si te vas no vuelvas

30 años de vida ilegal y clandestina

Rolando d'Alessandro

EDITORIAL DESCONTROL

Colabora con la
CULTURA LIBRE

EDITORIAL & IMPREMTA SCCL

DESCONTROL

Desde el principio, **Editorial Descontrol** apuesta por las licencias de publicación libre, **Creative Commons,** por eso, podéis copiar, distribuir y descargar libremente nuestros libros. Algunos libros de nuestro catálogo se encuentran en libre descarga

Evidentemente, la cultura libre no quiere decir gratuita, el precio del libro incluye derechos de autor, de corrección, traducción editorial, imprenta...

Si estás a favor que la cultura siga siendo libre, p**uedes colaborar haciendo una aportación a nuestra editorial**, así ayudas a la cultura o, puedes hacerlo realizando un ingreso a la siguiente cuenta corriente:

ES52 3025 0011 7614 0012 4093
Concepto COLABORACIÓN CON DESCONTROL

Muchas gracias por el apoyo!

SI TE VAS NO VUELVAS

Título de la obra: Si te vas no vuelvas
Subtítulo: 30 años de vida ilegal y clandestina

Autor: Rolando d'Alessandro

Título original de la edición catalana: Si te'n vas no tornis,
Edicions el Jonc, 2011

Edición actual noviembre 2017, Barcelona
Colección Barricada Present
Descontrol Editorial

ISBN: 978-84-17190-13-2
Depósito Legal: B 29302-2017

Diseño: Descontrol Editorial
Maquetación: Descontrol Editorial
Traducción: Mariano Martínez Paredes
Corrección: Mariano Martínez Paredes y Genoveva Gòmez Gonzàlez

Impreso en Impremta Descontrol
impremta@descontrol.cat

Reconeixement – NoComercial (by–nc):
Es permet la generació d'obres derivades sempre que no se'n faci un ús comercial i es citi la font.
Tampoc es pot utilitzar l'obra original amb finalitats comercials.

Editado por Descontrol Editorial
c/Constitució 19, Can Batlló, Bloc 11, Nau 83-90, 08014 -Barcelona-

editorial@descontrol.cat
distribució@descontrol.cat
descontrol.cat
934223787

SI TE VAS NO VUELVAS

30 AÑOS DE VIDA ILEGAL Y CLANDESTINA

ROLANDO D´ALESSANDRO

EDITORIAL
DESCONTROL

A Flora, Enrico, Enzo y Renata.

Agradecimientos a Genoveva,
por su aportación esencial a esta historia,
a Aglaia y a toda la gente que me ha acompañado.

INTRODUCCIÓN

Han pasado unos años de la primera edición en catalán del libro. Algunos también de la edición en italiano. Años en que he constatado con asombro lo acertada que fue mi compañera en la elección del título: si te vas no vuelvas.

Tal vez sea algo común a todos aquellos que, por una razón u otra, dejan su tierra durante décadas, emigrantes de continentes lejanos, refugiados, desplazados: llega un momento en que, siendo todavía extranjero en el país de acogida, ya no perteneces a aquel del que te fuiste. Hoy en día, las comunicaciones y la abundancia de transportes facilitan la conservación de cordones umbilicales, aunque no para todos, pero hasta hace muy poco no era así.

En mi caso, determinante fue también el peso de los cambios que el tiempo y la vida imponen: ausencias de personas queridas, nuevas muertes muy dolorosas, desaparición del halo mítico que el recuerdo había imprimido a los lugares, cambios en el entorno natural. Y el alejamiento cultural e ideológico de un contexto social profundamente distinto al que había dejado atrás.

Así pues, me he quedado en esta que considero mi tierra, con sus contradicciones, grandezas, miserias y conflictos, ahora ya desde una posición de precariedad normalizada, legalizada y compartida. Se han sucedido el 15 M, el sitio al parlamento, el desalojo de Plaça Catalunya y la experiencia de interponer una querella a la policía por violación de derechos políticos fundamentales y agresión –¡qué risa!–. Se ha producido el crecimiento exponencial de un movimiento por la independencia, en gran parte conectado con la

voluntad popular, presente también en el resto del Estado, de acabar de una vez con el régimen del 78. El de la impunidad franquista, del mantenimiento de los privilegios, de la continuidad de las estructuras de poder.

Han sido los años de los ayuntamientos del cambio, con Ada primera alcaldesa de Barcelona. Años en que Barcelona y Cataluña han seguido siendo escenarios de luchas laborales, anti-represivas, vecinales, por el derecho a la vivienda, el agua, la luz, la sanidad, la educación, la defensa del medio ambiente.

Años en los que la sociedad ha manifestado sentimientos de repulsa por las políticas exteriores de los gobiernos estatales y de empatía con los pueblos castigados por guerras imperialistas. En los que ha crecido la consciencia de la necesidad de acabar con el capitalismo.

Una sociedad que no ha cedido, a pesar de las provocaciones criminales, de los discursos de odio y muy a pesar de las previsiones apocalípticas y culpabilizadoras de cierta izquierda regresiva, a las tentaciones xenófobas, al relato de choques de civilizaciones.

He asistido atónito al infame atentado islamista en la Rambla, infame como todos los actos que tienen por objetivo a civiles, niños, ancianos.

Hace ochenta años la Aviazione Legionaria Italiana inauguraba aquí la técnica de los bombardeos de saturación, teniendo como objetivo la población civil.

Ahora con otras modalidades y otros rostros, pero movidos por la misma mezcla de anti-valores e intereses espurios, vuelven a intentarlo. Con el mismo odio que movía a los franquistas de entonces: odio por lo que de libre y de libertario esta ciudad alberga.

Algo más que agradecerle a esta tierra: la posibilidad de vivir una nueva fase de resistencias y de luchas.

LA SORPRESA

Prólogo de Matthew Tree

Me lo contó en el coche, hace cosa de un año, mientras íbamos de no recuerdo donde a hacer no recuerdo qué. El conductor, Rolando Del Guerra, al que conocía desde hacía más de una década, en realidad no se llamaba Rolando Del Guerra –me informó–. Durante todo ese tiempo había estado viviendo en Cataluña en la más absoluta alegalidad. De algún modo había logrado pasar de trabajador agrícola a intérprete de catalán/castellano-italiano sin tener ni pasaporte ni DNI. ¿La razón? Había sido buscado por la policía italiana –me aseguró – durante unos 20 años y ahora el crimen del que había sido acusado (y por el que había ingresado en la cárcel, una prisión italiana de la que había huido) había prescrito. Después de soltar todos los Cojones y Hostias que hizo falta, pregunté cautelosamente cuál había sido la naturaleza del presunto crimen. Un asesinato, me dijo.

Sabía, como sé que no voy a vivir hasta los 90, que Rolando Del Guerra (aún sigo llamándole así, porque así le he llamado durante tantos años: es en este libro donde utiliza, públicamente y por primera vez, el apellido con que lo bautizaron en Arezzo en 1954, D'Alessandro) no había matado nunca a nadie. No hacía falta hacerle esa pregunta. La pregunta más bien era como había sido posible que le acusaran de un crimen de tal magnitud y que fuera declarado culpable.

Y para entenderlo –aunque en el libro Rolando explica muy bien cómo lo vivió desde dentro– hay que echar un vistazo mínimamente objetivo a la Italia que lo encarceló: la de los años setenta, una década en la cual las cárceles se llenaron (como él descubrió) no sólo de delincuentes y criminales, sino de personas que no habían hecho nada de nada. Detrás de aquella situación anómala había unas causas a la vez históricas, políticas y sociales.

A finales de los sesenta, en el norte de Italia, hubo una larga serie de huelgas por una mejora general de los derechos laborales (que culminaron en el 'Otoño Caliente' de 1969, en el que millones de obreros y de estudiantes salieron a la calle); sin embargo, a principios de los setenta, el estado italiano, nominalmente democrático, continuaba recibiendo fuertes críticas tanto desde la izquierda como de la derecha, dado que ambas pretendían aprovechar la inestabilidad y la incompetencia del mismo para sustituirlo con sus propias soluciones políticas, que podían ir de un régimen neo-musoliniano hasta una acracia funcional, según el caso.

En 1970, por ejemplo, cuando el autor de este libro tenía 16 años, se destapó el llamado 'Colpo Borghese': un putativo golpe de estado, organizado por sectores de la ultraderecha, que tenían la intención de secuestrar al presidente, asesinar al jefe de la policía y ocupar los ministerios y la central de la RAI, la televisión estatal. Aunque el golpe fue abortado por los mismos organizadores, el ambiente de fragilidad política que ayudó a crear, marcó los años posteriores.

1973 vio la mayor huelga desde el 'Otoño Caliente', con seis millones de trabajadores en la calle en protesta contra las todavía insatisfactorias condiciones laborales. Los sindicatos crecían cada vez más. Grupos maoístas,

anarquistas, autónomos y trotskistas, incluidos Autonomía Operaia, Lotta Continua y Potere Operaio, comenzaron a organizarse, y algunos de sus miembros entrarían más tarde en las Brigate Rosse. Cada vez que durante aquellos años había un atentado o un asesinato –y no es que fueran pocos– la ineficacia y/o la mala fe de las autoridades llegaba a extremos notables: por ejemplo el atentado contra un banco de 1969, conocido como el atentado de Piazza Fontana –que dejó 16 personas fallecidas e hirió a otras 90–, tras el cual la policía detuvo al anarquista Giuseppe Pinelli y lo asesinó en las dependencias de una comisaría milanesa; a continuación detuvieron a seis anarquistas más, que fueron excarcelados sin cargos al cabo de tres años; luego se sospechó que la ultraderecha había organizado el atentado –como parte de su estrategia de desestabilización del gobierno– pero los acusados, incluido el notorio neofascista Stefano delle Chiaie, fueron absueltos.

Este tipo de caos judicial marcó toda la década. Cuatro ejemplos más serán suficientes para dar una idea de hasta qué punto fue grave la inoperancia del sistema judicial italiano de la época: cuando en 1972 fue asesinado en Milán el oficial de policía Luigi Calabresi, la policía primero culpó a Lotta Continua y a continuación a un grupo de ultraderecha; los responsables del asesinato no fueron detenidos hasta 16 años más tarde. El mismo año, una bomba mató a tres policías en Peteano; el atentado fue llevado a cabo por un miembro del grupo neofascista Ordine Nuovo y se descubrió que algunos oficiales de la policía militarizada italiana –los Carabinieri, el equivalente de la Guardia Civil española– habían falsificado y desviado pistas para evitar que los de Ordine Nuovo fueran descubiertos. En 1973, alguien lanzó una bomba contra la multitud que asistía a un homenaje formal al policía que

había matado a Giuseppe Pinelli (dicho policía había sido asesinado dos años después de la muerte 'accidental' del anarquista); al cabo de 17 años, se descubrió que la persona que había lanzado la bomba había sido un agente provocador que trabajaba para los servicios de inteligencia italianos...

En 1974, el año en que Rolando D'Alessandro (a partir de ahora vamos a recuperar su apellido original) fue detenido, hubo dos atentados importantes: el del tren Italicus y el de Piazza della Loggia. En el primer caso el culpable, un ultraderechista, fue indultado después de tres años de cárcel (y de una testigo de cargo recluida por la fuerza en un manicomio); y en el segundo, las investigaciones aún siguen abiertas.

Ante esta ola de violencia, de inestabilidad política y de malestar social, tanto la policía como la fiscalía italiana –y funcionarios del sistema judicial en general– parecen haber optado por una estrategia puramente gremial: la de seguir avanzando en sus carreras como buenamente podían, sin preocuparse ni poco ni mucho por la culpabilidad o inocencia de los numerosísimos presos –políticos o no– que la policía hacía pasar por los juzgados.

Este es, a grandes rasgos, el marco político-judicial en el que se produjo la detención de Rolando D'Alessandro, el 16 de junio de 1974, cuando contaba 19 años de edad, por el presunto asesinato de un vecino de su ciudad, en la Toscana.

Rolando no era, precisamente, la persona más sospechosa –no había ninguna prueba en su contra que no fuera (muy) circunstancial– y por esa razón, ni él, ni sus amigos, ni su familia pensaron que el juez pudiera hacer otra cosa que absolverlo en el acto cuando se le sometiera a juicio.

Quizás debido al hecho de ser un miembro activo (y no muy bien visto) de la sección local de las Juventudes del Partido Comunista, o quizás porque el fiscal era un joven ambicioso y trepador –o por ambas cosas a la vez–, Rolando D'Alessandro, contra todo pronóstico, fue declarado culpable.

Y ahí empieza su historia extraordinaria, en la que describe –con un realismo desarmante– la vida en la cárcel, su fuga al cabo de un año y medio, las peripecias que lo llevaron de París a Cataluña Norte y, finalmente, tras cruzar otra frontera estatal, hasta Barcelona. Donde yo y tantos otros lo acabamos conociendo.

Quizás una de las sorpresas más grandes de este libro, entre otras muchas, resulta ser el hecho de que Rolando, pese a ser buscado por la policía, a pesar de no tener papeles ni contar con un triste NIF, tenía muy claro que, una vez libre, debía continuar protestando contra el sistema que lo había tratado de un modo tan violento. De ahí, entre otras cosas, el papel destacado que ha tenido, a lo largo de esos años, en el mundo de las radios alternativas en Barcelona.

En fin, que este es un libro más que recomendable: es una mirada libre de autocensura a la brutalidad y arbitrariedad innata del sistema penitenciario italiano; es la historia de una fuga, a menudo accidentada pero exitosa al fin; y un retrato de una persona, el del autor mismo, que se revela –a su pesar, sin que ello fuera en absoluto su intención– como un individuo excepcional.

Hay aspectos de la realidad llamada cotidiana (en Italia o en cualquier otro país, Cataluña incluida) que no suelen ser muy visibles, cerrados como están tras las paredes de los centros penitenciarios o de según qué comisarías policiales; o bien obviados –debido a su carácter políticamente

delicado– por los medios que tienen el deber de informar de ello. Muchos de estos aspectos habitualmente ocultos de la vida, los vais a encontrar aquí, expuestos en toda su fealdad a la luz del día y ligados a una trayectoria personal tan única como real. Encontraréis momentos, situaciones, descripciones y comentarios que juntos conforman un libro –como ya hemos dicho– lleno de sorpresas, algunas malas, por razones obvias; y algunas buenas, por razones nada obvias.

Y aquí lo dejo, porque ya son las seis...

GOBIERNO CIVIL

Son la seis. Un café con leche con dos galletas, un poco de fruta y ¡Allá voy!, en bicicleta hacia la noche que clarea, por unas calles que se pueblan de gente adormilada. Hacia el Gobierno Civil. A hacer cola entre los extranjeros.

A las 8 un policía de mediana edad abre las puertas y nos deja entrar en pequeños grupos. Sigo a una pareja de ucranianos de cierta edad. La cola va avanzando. El policía la detiene a mi altura. Unos minutos y me deja pasar.

Entro encabezando el grupo. Mochila y cazadora en la cinta del detector de rayos X, por si llevaran goma 2, ántrax, pistolas, detonadores, cuchillos, hachas o corta uñas. Móvil y llaves en la bandeja de al lado. Paso por el arco. Con un poco de aprensión, pero no suena. En la primera mesa un chico negro le está explicando a una señora, que reparte parsimoniosa los numeritos del turno, que de Mataró le han enviado a Barcelona, al edificio contiguo, y que del edificio contiguo le han mandado aquí y que por su parte preferiría no tener que volver a Mataró, como le insinúa la señora, y vuelta a empezar todo el trámite. La señora finalmente cede y le facilita el numerito.

Me toca a mí. Tengo el 32. Me siento estrujándolo entre los dedos.

Los "¿quién lo iba a decir?", fluctúan por mi cerebro falto de cafeína. Quién lo iba a suponer hace 20 años, cuando desde la retaguardia de una manifestación, convertida en vanguardia en un abrir y cerrar de ojos gracias a una carga policial, yo lanzaba piedras contra las ventanas de la emblemática sede del poder estatal, para mí poder

a secas. Quién iba a decir que un día, un día como hoy, de un otoño árido y sofocante, me iba encontrar haciendo cola con gente de todo tipo de procedencias, razas y religiones, por no hablar de sexo y edad, a la espera del codiciado NIE. Es decir, el documento para extranjeros con derecho a residencia. No estoy a gusto aquí sentado en un banco, detrás de hileras de bancos alineados, todos de madera, como en una iglesia, con la mirada clavada, con cien miradas más, en el parpadeo de la pantalla donde las cifras se suceden con cadencia irregular. Espero.

Me toca. El de seguridad, de una empresa privada, me acompaña amable y jovial hasta la mesa número ocho de una sala atestada de gente que no me explico de dónde ha salido. Un joven se sienta ante el ordenador de la mesa ocho y llama al 32, que soy yo. Impreso por duplicado, documento de identidad y fotocopia del documento de identidad. El joven teclea con celeridad, recoge la hoja de la impresora, la timbra dos veces y me la da diciendo que vaya a hacer el pago a cualquier caja o banco. Y que luego me persone en tal comisaria, donde procederán a entregarme el NIE. Entendido, gracias. Saludo. Salgo. De camino a la comisaría me detengo en la primera caja de ahorros que encuentro. Bares, bancos y cajas de ahorros los hay a capazos en esta ciudad. Pago. Salgo. Identifico mi destino por la cola de gente estacionada en medio de la acera. No muy larga. Ha habido suerte. Me incorporo. Delante tengo a un montón de estudiantes ingleses, detrás uno de cocineros italianos. En la puerta, un policía nacional con una panza y una barba imponentes regula con autoridad el flujo de humanidad extranjera. Educado, por cierto, hasta les sonríe a los niños. Me para también en el primer escalón.

Espero formalito. Con un gesto me hace pasar. Entro. En una sala decorada con sobriedad y buen gusto: carteles en las paredes con fotos de desaparecidos, e instantáneas de miembros de E.T.A (los profesionales no caen en la adjetivación descalificadora: el cartel no reza "banda terrorista y asesina" como en los titulares de prensa, sino simplemente "organización"). Al fondo un mostrador con cuatro funcionarios de ambos sexos situados ante sus respectivos monitores. Tras ellos, en la pared, destaca una foto del rey de joven.

Divago pensando en el ahorro que representa la monarquía. Cambiar de presidente de la República cada seis o siete años te obliga a cambiar las fotos y los marcos en miles de lugares públicos. Con la efigie de un rey eso no pasa. Siempre que sea un rey que dure, claro está.

Me toca. El funcionario espera paciente mientras le voy esparciendo documentos sobre la mesa. Escoge algunos de la pila y se pone a teclear. La respuesta del ordenador, al parecer, no le convence, porque escribe algo más y seguidamente me pregunta si el número que me habían dado en el Gobierno Civil era realmente el 32.

—Pues sí –respondo–, aun lo debo de tener, espere que se lo muestro. Vaya, un momento, si es que lo tenía en el bolsillo.

Pero no necesita el papel, sino asesoramiento, porque se levanta y sale alegando que debe comprobar un dato. Ya estamos, pienso. Y en efecto, el hombre no vuelve, y en cambio oigo detrás de mí una puerta que se abre. Un joven atlético de largos cabellos se acerca y me invita a seguirlo "para resolver la cuestión" en otro lugar. Recojo mis cosas y le sigo por una puerta lateral y después por un largo pasillo. De reojo veo al policía corpulento de la

entrada abandonando su posición. ¿Y ahora quién la va a organizar la cola?

Entramos en un despacho pequeño y una señora muy compuesta me indica que tome asiento, me pide el carnet de identidad y pregunta si es la primera vez que estoy en España.

El chico de la melena se situa junto a mí. En la puerta ya son dos los policías uniformados.

— Mire –le digo–, es que mi situación es un tanto peculiar.

Y mientras le explico, le enseño la sentencia de extinción de la condena. El policía de paisano, que habla un poco de italiano, la coge, la mira y la traduce a los de la puerta. Uno de los dos entra y se sienta sobre una mesa mirándome con disimulo.

El de melenas sale y vuelve al cabo de dos minutos con mis papeles en la mano. Me informa de que están intentando contactar con la Interpol y que si todo está en regla me expedirán el NIE enseguida. En caso contrario... ya no dependerá de ellos.

Bien, entonces esperemos que todo esté en regla, comento. Saco mi libro de Preston sobre la Guerra Civil Española y me pongo a leer. Cuando entra o sale alguien levanto la mirada y sonrío. Qué se le va a hacer, yo soy así.

Al final el policía más joven hace una llamada. Pronuncia mi nombre, el antiguo, el que no utilizo desde hace más de 30 años. Explica que a ellos les consta una orden de búsqueda y captura internacional por asesinato. Dicho así da cosa ¿no? –le comento a la señora amable que está estudiando unos documentos en un rincón del despacho y que finge no haber oído.

El agente al teléfono guarda silencio. Yo también. Al final exclama: – ¿Cesado? ¡Cesado!.

Respiro. Y me asalta el recuerdo del suspiro de alivio que solté durante la lectura de la sentencia. Una lectura prolija, inacabable, llena de referencias a artículos del código penal, civil, a dictámenes del Tribunal Supremo y quién sabe a qué más. En algún momento me pareció que sonaba a absolución. Pero al cabo de nada me estaban sacando esposado y escoltado por una legión de carabineros, de vuelta a prisión y con un montón de años de condena. Esta vez es diferente.

El policía se levanta y viene hacia mí sonriendo. Es joven, moreno, de ojos claros, parece un buen tipo. Empiezo a preocuparme: ¿no iré a tener el síndrome de Estocolmo? Me dice que todo está arreglado. Que en sus archivos aun figuraba como fugitivo, pero que ahora el registro central ha recibido la comunicación de la Interpol y ha quedado anulada la orden de búsqueda y captura. Hasta se disculpa. —No se preocupe– le digo. —Es una historia muy vieja, añade. Sí, una historia vieja y fea.

Me acompaña por el pasillo hasta la sala donde, ajenos al incidente, los comunitarios no paran de desfilar. Esta vez ante el ordenador está el chico atlético y de pelo rubio. Yo no encuentro mis papeles. Sugiere que quizás estén en la mochila. Yo le sigo la corriente y vuelvo a vaciar todo el contenido encima de la mesa: libreta, libro, "bolis", un pañuelo bastante sucio, cepillo de dientes y una muda de calzoncillos y calcetines, porque con un par de noches en comisaría a la espera de comprobaciones yo ya contaba.

Llega el policía moreno con los papeles. Me los devuelve y me pregunta sonriente si vivo en Barcelona desde hace mucho. Decido contestar que sí, total ahora ya está. Y él me explica que ha trabajado con los italianos de la DEA[1] y

1 Administración para el Control de Drogas, por sus siglas en inglés.

que en Barcelona hay un montón de *latitanti*. Lo dice en italiano. — ¡No me diga!– Respondo poniendo cara de moderado interés. Nos despedimos cordialmente.

Me dan el NIE. Una hoja de papel que lleva impreso un número. Que hay que renovar en cinco años. Eso es todo. También el chico de melenas se disculpa. Lo saludo agradeciendo su amabilidad y resistiéndome a la tentación de pronunciar el fatídico "no, si usted sólo cumplía con su deber".

CÁRCEL

El gran portalón de hierro se abrió lentamente, chirriando como chirrían las puertas enormes en las películas de terror, y se cerró con estruendo tras el paso del coche. Los tres policías de paisano se bajaron y yo detrás, esposado, confundido.

Alrededor unos guardias con uniformes grises. Extraños. Nunca los había visto antes. Palabras, miradas torvas y cansadamente inquisitivas. Después una puerta, una salita estrecha, una mesa que ocupaba casi todo el espacio, cubierta de libros de registro enormes, polvorientos. Otra vez la firma y las huellas. Una puerta más, de hierro y con mirilla, y detrás un ojo.

El pasillo. Un despacho. El despacho de admisión.

Los policías me quitaron las esposas y se fueron saludando al funcionario del otro lado del mostrador. A mí no. Habían venido a entregar un paquete. El paquete era yo. Ya me acostumbraría.

El primer día en la cárcel es algo que queda grabado. Un recuerdo deformado. Pero nítido, por más años que pasen. Intenso e irreal, como una escena vista en el cine. Una maraña de emociones: miedo, angustia, desesperación y, a veces, hasta alivio. O, como en mi caso, estupor. Por los olores, los colores apagados, los barrotes, el carcelero que me mandaba desnudarme, el capellán que me preguntaba qué había hecho.

Me lo confiscaron todo: dinero, reloj, los cordones de los zapatos, las llaves de casa. A cambio me dieron una manta, una escudilla de aluminio, un vaso y unos cubiertos de plástico.

Me hicieron bajar, escoltado por tres o cuatro guardias, a un sótano. Por orden expresa del juez me llevaban a una celda de aislamiento. O de castigo.

También esta puerta era de hierro. La celda un agujero de tres metros por dos. En medio, como único mueble, un catre metálico fijado al suelo. Nada de ventana. La bombilla cubierta por una rejilla. Las paredes desconchadas llenas de nombres y fechas, y de un enorme y tosco dibujo de una mujer desnuda. En un rincón vi el pozal. Un gran cubo de barro cocido con una tapa. La levanté y estaba medio lleno. Meé. Después me estiré sobre el colchón sucio, tapado con la manta. Y me dormí.

Con aquel tratamiento el juez pretendía suavizarme. Pero mis únicos conocimientos sobre la cárcel procedían de libros como: *Te escribo desde una prisión griega, Mis prisiones o Recuerdo de la casa de los muertos*, de descripciones de campos de exterminio nazis o estalinistas y de testimonios de gente que había padecido la represión fascista. Después dirán que leer no sirve para nada… Así que para mí, aquella celda de castigo no era nada del otro mundo, comparada con los infiernos que habían descrito Silvio Pellico o Primo Levi.

Y empezaron a fluir las horas, los días. La sordidez o el horror de una foto fija son una cosa; otra peor es su repetición, su continuidad, las rutinas, iguales a sí mismas, durante tiempo y más tiempo.

Estudiaba las paredes. Las manchas de humedad o de quién sabe qué. Los dibujos, los grafitis. Con paciencia intentaba descifrar signos y palabras. Traducía de memoria frases inventadas. En latín, en griego, las lenguas muertas mal aprendidas en el instituto. Declamaba poemas en voz alta.

La luz siempre encendida y esa sensación permanente de ser espiado. Los ruidos, hechos expresamente para mantenerme despierto. Algo que entonces ignoraba.

A veces hablaba con los funcionarios más jóvenes, durante la hora de patio. ¿Cómo te llamas, cuántos años tienes, de dónde eres, tienes novia? ¿Y familia?, ¿Cuál es tu equipo favorito? Este tipo de cosas. Los más mayores en cambio abrían la boca solo para comentar el futuro tan jodido que me esperaba o colarme el consejo de colaborar con la justicia. Yo callaba, ellos no insistían y la conversación languidecía.

La comida me la pasaban por la ventanilla y una vez al día entraba un ayudante, escoltado por dos guardias, para vaciar el pozal. Me dejaban escribir cartas, con un bolígrafo que me retiraban una vez que había acabado. El fiscal tenía la esperanza de que acabara poniendo negro sobre blanco algo que me incriminara. Yo me la tomé como una simpática excepción a un régimen severo.

Durante un mes no pude lavarme ni afeitarme. Me daba un poco de asco de mí mismo. Luego iban a llegar las jaquecas, los mareos, los vómitos. De noche tenía sueños agitados y de día me quedaba horas y horas en un duermevela apático. Tosía. Podía fumar, eso sí.

No podía hacer gran cosa. Ni radio ni televisión. Nadie con quien hablar de un interrogatorio a otro, excepto los mencionados funcionarios que me vigilaban durante la hora de "recreo", en un patio diminuto, solo, y no cada día.

Un par o puede que tres semanas de este régimen, y los estados de ánimo y los pensamientos empezaron a cambiar. Extraña la sensación que tenía. Como si se desprendieran del cuerpo y del cerebro. Pensaba en lo que quería decirle al juez y se me olvidaba enseguida, confundía situacio-

nes imaginadas con otras vividas. No recordaba el qué, el cómo o el cuándo de hechos que intuía importantes. Pasaba de momentos de euforia injustificada a justificadísimas crisis depresivas. De esas en qué se te corta el aliento por la desesperación y te entran ganas de abrirte la cabeza contra la pared y meditas largo y tendido sobre si hacerlo o no, y sospesas los pros y los contras, y los contras son que en vez de palmarla te puedes quedar paralítico o medio idiota.

Una mañana, con un fragmento de vidrio encontrado en el patio, me corté con saña los antebrazos y las muñecas; el cristal era pequeño y no llegué a las venas. Solo conseguí llenarme de arañazos y ensuciarme de sangre. Pero me había desahogado y al final pude dormir.

Cuando entraron a pasar lista, el sargento, uno de los más nazis, me sacó de la litera y me examinó los brazos. Ordenó displicente que recogieran el trozo de cristal –entonces no había tanto miedo a la sangre infectada–, y me preguntó qué había esperado obtener. "Lo único que vas a conseguir será que te manden a un manicomio criminal". Le escuchaba sin entenderle. Nadie me había explicado que la auto-lesión es una de las formas de protesta más extendida entre los presidiarios. Nadie hablaba de ello en los periódicos, en la televisión, en las reuniones de partido, en el bar, en el instituto. Ni en los libros que había leído.

Era el comienzo, me hallaba en la frontera de un universo que no me interesaba en absoluto explorar. Solo pensaba, durante el aislamiento, en cómo salir. En cómo hacer entender que había habido un error. Porque al principio pensaba que era un problema de lenguaje, que tal vez no me había explicado bien o que ellos, jueces y policías, eran especialmente obtusos. Antes o después toparía con alguien que tuviera un mínimo de inteligencia.

Pero pronto iba a caer en la cuenta de que el problema era otro: mi lenguaje no existía. No me escuchaban. Nadie. Como mucho prestaban oído a lo que decía para encontrar contradicciones, para forzar interpretaciones. Guardias, jueces, policías, directores. Los interrogatorios eran piezas de teatro del absurdo: me hacían las preguntas, por lo general tonterías repetidas una y otra vez, yo contestaba y el carabinero transcribía dándole con dos dedos al teclado de una Olivetti. De vez en cuando leían el acta para hacérmela firmar y cada frase se convertía en objeto de una lucha encarnizada...

— No, mire, que yo no he dicho eso.

— Pero es que usted no para de contradecirse.

— No, es usted que no entiende o no quiere entender lo que le digo

— ¿Cómo te atreves? Mira, que si yo quiero tú de aquí no vas a salir nunca, ¿entendido?

Horas y más horas de insultos, insinuaciones, trampas infantiles, comportamientos histriónicos, amenazas y todo ello en presencia de un abogado, el mío, que mataba el tiempo mirando por la ventana (durante todo el periódo de aislamiento no me concedieron ninguna entrevista con mi defensor, que solo veía durante los interrogatorios y que por lo visto, en aquel contexto no podía actuar como un Perry Mason, sino como mucho evitar que me molieran a palos).

No me tocaron ni un pelo en aquellos interrogatorios, a veces convocados a media noche. El fiscal que me hizo arrestar y que se empleó a fondo para que me endosaran una cadena perpetua no era de esa clase de sádicos. Era de los que cuando llegabas, cada vez más sucio, más aturdido, más desaliñado, te recibía con una sonrisa socarrona. Y de los que enseguida iba al grano con preguntas solapa-

das, o simplemente banales, insistentes, con provocaciones y afirmaciones mil veces repetidas. Yo lo miraba, grueso y lustroso, bien vestido y con el nudo de la corbata impecable. Era joven, provinciano, y quería hacer carrera en aquella aristocrática, desdeñosa y pequeña ciudad de la península. Y yo era un buen caso. Una condena podía valerle un discreto empujón a su carrera. Y la obtuvo, aunque menor de la que le hubiera gustado. E hizo carrera. Pudo volver como magistrado antimafia a Sicilia, donde unos años más tarde sería acusado de aceptar un buen fajo de billetes a cambio de una absolución o una reducción de condena de algún padrino. Pero ésta es otra historia.

Lo suyo no era simple ambición. Había algo más aberrante, que yo entonces, poco más que un adolescente, sólo podía intuir. La perversión del poder. El hecho de saber que tienes en tus manos el destino de una o cien o mil personas no puede dejar de producir sensaciones fuertes, duras, como con la cocaína. Y, como con la cocaína, hace falta fuerza, integridad y una moral inflexible para resistir y mantener la propia humanidad. Pero son cualidades raras, éstas. Tan raras que jueces así yo no había conocido. Los que me encontré, pobres, eran unos adictos que parecían incapaces de vivir sin sus dosis diarias de llantos, lágrimas, gritos, miradas de gente arrastrada a la fuerza hasta las celdas.

Eso sí, con el noble sentimiento de estar cumpliendo una misión, también nobilísima: "¡…y sacadme del despacho a esa mujer y a sus mocosos de una vez, que por mucho que lloren, libertad provisional para el marido no va a haber! ¡Hay que ver cierta gente…, qué poca dignidad!".

En definitiva, mi relación con aquel hombre era un poco como la que podría establecerse entre Dios todopo-

deroso y un pecador que encima se atreviera a negar haber pecado.

Perdí la cuenta de las visitas que me hizo aquel orondo magistrado durante el primer mes de detención. Muchas. Tantas que al final perdí la paciencia y el autocontrol. Cansado hasta el agotamiento por aquel clima de humillación continua, programada. Cansado de escarnios, de verme embrutecido y maltratado, cansado de amenazas e insultos contra la familia. Harto de sentirme impotente, resignado. Y la cosa un día acabó en un arrebato y con mi silla por los suelos, el abogado aferrado a mi cuello (¡No hagas eso, que te pierdes!), el carabinero que trataba de librarse de mesa y máquina de escribir, y mi acosador que se caía de espaldas con la cara redonda llena de espanto y de sorpresa. Y de un odio tremendo cuando, por fin, entre gritos y maldiciones los guardias llegaron corriendo y me sacaron fuera. No me apalearon, solo algunos empujones y el anuncio de que ahora sí que estaba jodido y bien jodido: mi futuro iban a ser aquellas paredes y más valía que me fuera haciendo a la idea.

Pero no me he arrepentido jamás de aquel gesto, de haberle estropeado, aunque solo fuera por un momento, su jueguecito del gato y el ratón.

Como represalia me mantuvieron aislado unas semanas más, olvidándose a menudo de mi hora de patio y a veces hasta de mi comida.

Al final del segundo mes, por mediación de un suboficial "bueno" y de un capellán que sustituía temporalmente al titular, suavizaron el régimen, permitiendo que mi familia me hiciera llegar paquetes con comida y algún periódico. Y me concedieron algo más de patio y una ducha a la semana, eso sí, siempre escoltado y separado de los otros presos.

No cesaron en cambio las provocaciones del carcelero especializado, que se pasaba largos ratos apoyado en mi puerta, comentando: "Tú debes de estar loco para comportarte así con el fiscal", "Ya verás cómo ahora te caerá el máximo", "Más te valdría confesar", "¿Ya sabes lo que les hacen a los chavales como tú en un penal?".

Y tampoco la ceremonia de censura de las cartas, que me obligaban a repasar palabra por palabra: "Borra esta frase", "¿A qué te refieres con este comentario?"

Pero mi capacidad de reacción se había agotado con el intento de romperle la cara al fiscal. Y al final alguien decidió que había llegado la hora de dejarme en paz y sacarme de la celda de castigo.

El día antes del traslado a la sección, mis padres consiguieron en el laberinto de los juzgados el permiso para una visita…

•••

Y así vi por primera vez la gran sala de paredes encaladas, con el enlucido desconchado, los bancos y la enorme mesa que iba de la pared del fondo hasta el funcionario que estaba ahí plantado como un palo en el otro extremo. Y ellos, más pequeños, más delgados, mi madre con su sonrisa tranquila, mi padre que se mordía el labio para no echarse a llorar. Estábamos solos. Preguntaron al guardia si me podían abrazar. No, no se podía. Sentados a ambos lados de la mesa intentamos romper el silencio los tres a la vez. Tantas cosas que decir, que explicar. Pero había que superar el nudo en la garganta, la curiosidad llena de miedos de los que están fuera y la angustia impaciente del que está dentro. Una hora empleada en tranquilizarnos mutuamente. Una hora de: ¿Te encuentras bien? ¿Estás

comiendo algo? ¿Cómo te tratan? ¿Hay luz en tu... habitación? ¿Qué necesitas? Preguntas tan viejas como la prisión. Igual que la mías: ¿Qué dice el abogado? ¿Cómo va por casa? ¿Y los niños? ¿Y Teresa? ¿Y los tíos?

Y las respuestas igualmente antiguas, cargadas de pesar. Un juego de mentiras piadosas pronunciadas con convicción. Las escucharía y repetiría muchas veces a lo largo de aquellos años. Siempre iguales. Todo va bien, todo acabará pronto y seremos felices, felices como nunca hemos sido. Como es casi imposible serlo.

Nos aferrábamos a aquel mínimo presente hablando rápido, a trompicones, intentando alejar el momento de la separación.

La que más hablaba era mi madre, mi padre iba asintiendo y repitiendo con fuerza las palabras de ánimo, los consejos, los ruegos para que siguiera confiando en ellos, en los abogados, en Dios. Nadie hablaba de justicia. Todos entendíamos que habría sido grotesco hacerlo. Nadie lo hace.

Al cabo de una hora entró el sargento dando palmadas con su expresión inefable de papanatas en la cara. A mi padre se le escapó un ¿Ya?, bajito, intentando una sonrisa. Mi madre se levantó con esfuerzo y sin decir nada.

Es el momento que temes, y temes que te vayan a brotar las lágrimas que asoman. Mi padre me estrechó con fuerza las manos por encima de la mesa, mi madre las acarició. Después la puerta se cerró tras ellos, los dos cabizbajos, vencidos.

Hubo muchas más visitas en lugares igual de sórdidos, en otras cárceles, en otras ciudades. Mi madre nunca derramó una lágrima, aunque algunos funcionarios se tomarían la molestia de explicarme que fuera sí que lloraba, mientras se alejaba de prisa del brazo de mi padre. Pero

nunca olvidaré la expresión de su cara el día que, débil y cobarde, les hablé de la persecución por parte de un condenado a cadena perpetua que, según decían, había matado algunos jóvenes que se le habían resistido. Al principio no lo entendía, después estuvo a punto de desmayarse. Pero no lloró. Y tampoco lloró el día que un macarra sentado a mi lado saltó de la silla insultando a su mujer y lanzándole una botella que se estrelló contra la pared. Ni cuando unos cuantos nos echamos encima, porque el guardia se escabulló al primer grito y se organizó una batalla campal. Una pelea entre presidiarios.

"... si aún no has conseguido un cuchillo te haces uno afilando el mango de una cuchara durante horas y horas en la piedra de un escalón. O bien con el hierro de una taquilla o un trozo de la cama. O con el mango del cepillo de dientes que se convierte en un punzón o el peine que bien empleado corta. Y sino una botella rota. Pero para pegar y hacer daño cualquier cosa vale, la cafetera, por ejemplo, la pata de una mesa, una silla, la botella antes de romperla y, si no tienes nada a mano, patadas, rodillazos, codazos, cabezazos, o dedos en los ojos, en la nariz, en la boca para desgarrar y arañar, arrancar los cabellos o las orejas, apretar la garganta, triturar los cojones, morder...".

Mi madre, casi sin voz me llamaba, pero yo, encendido por la rabia y por la necesidad de hacérsela pagar a aquel desgraciado, no la oía.

Tampoco lloró cuando, en otra visita, un recluso sufrió una crisis de epilepsia y yo intentaba aguantarlo para que no golpeara con la cabeza en el suelo, pero era un pedazo de hombre y yo solo no podía. Sus dos hermanos, unos ancianos envueltos en unos abrigos gruesos de campesinos, se habían quedado helados murmurando "¡Ay Señor! ¡Que el Señor nos ayude!". El señor no les ayudó. Los guardias

tampoco. Sí que entraron un montón pero para interrumpir la hora de visita. Nos costó bastante convencer a los agentes, dispuestos a repartir leña, que el hombre era víctima de una enfermedad y que no serviría de nada pegarle.

En los días de visita la atmósfera cambia. Las tensiones aflojan, el aburrimiento se desvanece. Todos andan ensimismados, repasando las preguntas que harán: habrá o no perspectivas de libertad provisional, cómo va todo por casa, el sobrinito que ha nacido mientras tú estabas en prisión, el vecino que ha muerto de un ataque y los primos que siempre envían recuerdos y un pastel casero. Y todos esperan casi alegres, saboreando las miradas, las voces y las caras que recuerdan el pasado, una época de felicidad o de una infelicidad más llevadera.

Y las cartas, los paquetes; trozos de libertad que se esperan con impaciencia, que se reciben con alegría, que se abren con amor. Los más afortunados los reciben también de los amigos, de los compañeros, pero suelen ser pocos y rara vez perduran. El aliado seguro, el vínculo con la vida, son los padres, los hermanos, casi siempre las hermanas, a veces una mujer. Un vínculo que cuando se rompe deja un vacío espantoso. No es casualidad que el "sistema" sea tan duro, meticuloso y cruel en el control de estas relaciones que en principio todo el mundo considera sagradas. Si quieres provocar, humillar, atormentar a un preso hasta la destrucción, limítale las visitas, rómpele las cartas, trasládalo de un lugar a otro sin avisar y bien lejos, de manera que cada visita se convierta en un vía crucis. O bien hazle comentarios groseros sobre la esposa, las hermanas, la prometida, las hijas. Ríete de la pobreza y la ignorancia de los padres. Y eso es exactamente lo que hacen.

Acogí con indiferencia el fin del aislamiento. No me atraía lo más mínimo la compañía de los otros, sobretodo

después de las historias horrorosas que día sí día también algunos guardias se habían encargado de explicarme para amenizar mis paseos por el patio. Y además, tenía ganas de estar solo, porque me parecía que encerrado en mi mundo de sueños y fantasías conseguiría escapar de la miseria que me rodeaba. No obstante, cuando me dijeron que me preparase, no abrí la boca y, una vez recogidas mis cuatro cosas en una manta, hice un fardo, me lo cargué a la espalda y seguí a los funcionarios.

•••

El pasillo que llevaba a la sección me pareció espacioso y lleno de luz. Había estado dos meses en el calabozo, con luz eléctrica 23 horas al día. Solamente una vez me había dado la luz del sol, una mañana que me habían hecho salir al patio, una caja de cemento sin tapa de 4x4, un poco antes de lo acostumbrado.

Al entrar en la celda pronuncié un "buenos días" que obtuvo como respuesta un murmullo impreciso. Sin levantar la vista dejé mis cosas encima de la litera que me habían indicado, pero mientras los guardias salían y cerraban la puerta notaba las miradas de los otros. Me volví y miré a la cara a mis nuevos compañeros. Tres. El que tenía cara de camorrista se me acercó con una especie de sonrisa en los labios y la mano extendida:

— Me llamo Pasqualino, este es Raffaele y el viejo se llama Giovanni, todos buenos tíos. Aquí vas a estar bien, ya lo verás.

Raffaele, aproximadamente de mi edad, estaba tendido en la cama pero dejó el libro en el suelo y me saludó con la mano. Sabían perfectamente quién era yo, de qué se me

acusaba y cuál era mi situación procesal. Radio macuto funcionaba.

El más viejo, un hombre de unos 60 años, aparentemente todos vividos entre campos, labranzas y maltrato animal, resultó ser el más hablador y cómo no, el más curioso. Haciendo caso omiso de las miradas desaprobadoras del camorrista, se lanzó a una andanada de preguntas y comentarios, interrumpidos únicamente por la detallada y exhaustiva descripción de las desgraciadas circunstancias que habían llevado a un hombre respetable y respetuoso con la ley como él, a un lugar de perdición e infamia como aquel. Me zafé con el pretexto de un dolor de cabeza y me encaramé a mi litera, observando con disimulo a mis nuevos coinquilinos.

Pasqualino, un macarra napolitano, debía andar por los 30 años, muchos de ellos probablemente ejerciendo de taleguero. Los tatuajes lo cubrían por todas partes, en una pierna una serpiente enrollada, en la otra una calavera con un puñal clavado y frases del tipo: "Hembra desleal, va a acabar mal". En la espalda en cambio, lucía un dragón con todas sus llamaradas, colorines y atributos, en los brazos frases de amenaza, conjuros, pistolas y cuchillos. Y hasta en la cara llevaba los cinco puntos de la mala vida: honor, silencio, venganza y no recuerdo el resto. Además de los tatuajes tenía cicatrices: dos de bala en una rodilla y en un costado. Y, como testimonio de una cuchillada, una raya larga y blanquinosa recorría la calavera.

El más joven, que seguía leyendo plácidamente, llevaba tejanos y camiseta. Tenía pinta de estudiante. ¿Quizá un preso político?, pensé, pero no, me lo habría dicho.

Más tarde, cuando abrieron las celdas, tuve oportunidad de conocer al resto de inquilinos del módulo. Había

un grupo de yonquis, seis o siete, algunos de mi edad, que enseguida me invitaron a tomar un café en su celda.

Armados de radio, cigarrillos, algún que otro ácido introducido con ingeniosas estratagemas, un poco de hierba y mucho vino, vivían en la espera de la decisión de un juez sobre su libertad provisional. Estaban allí por robo, dos también por tráfico de drogas y uno por atraco: al parecer había amenazado a un farmacéutico con un cuchillo.

De las paredes de su celda colgaban recortes de revistas y fotos de cantantes. Y también una jeringuilla inmensa dibujada a carboncillo.

Uno de ellos, un rubio de cabellos largos y la cara llena de tics, me pasó la taza de café con una mueca nerviosa; llevaba una barba larga y descuidada y, en los brazos tatuados, un corazón rojo con el correspondiente love, algunos nombres y símbolos hippies. Pero en el pliegue de la boca y en la mirada se leía desesperación y fugazmente odio, que se agudizaba cuando hablaba de la brigada antidroga o de determinados jueces. Era un sentimiento nuevo que yo también estaba descubriendo. Pronto me di cuenta de que allí dentro el odio, junto con el miedo, era lo que más nos hermanaba, ya fuésemos hombres o bestias.

Había un tipo, alto y corpulento, con un aspecto terrorífico y cara de criatura. El día anterior se había tomado un ácido y nos explicaba que mirando por la ventana veía como los barrotes se volvían tan finos y frágiles, que hubiera bastado con alargar la mano y doblarlos para…, pero en aquel momento, Pastore, el funcionario bonachón había aparecido subiendo por las escaleras; subía como al ralentí, poco a poco, y se iba deformando en cada escalón, hinchándose como un globo encerrado dentro de un uniforme. El preso entonces había estallado en una carcajada

incontenible y él, amable y paternal: "Vaya, y qué contentos estamos hoy, ¿eh? ¡Bien, bien, así me gusta!".

Y de esta forma pasaron aquellas dos horas de socialización. Después, de nuevo el cierre, el recuento, el rancho.

Y este fue, grosso modo, el comienzo de la espera. Pautada por pequeños ritos celebrados con gravedad, desesperación, desasosiego, fanatismo. En una cotidianidad ritmada y siempre igual a sí misma. Y representó el descubrimiento de otro mundo, tal vez intuido pero jamás imaginado. Quizás por inimaginable. Por primera vez sentía que formaba parte de una comunidad sobre la que pesaba un dominio reducido a la esencia, sin disfraces, máscaras o púdicos velos. Sentía la miseria, y no solo la de las colillas recogidas y recicladas en una mezcla infernal, o la de los pantalones de uniforme para aquellos que no tenían ni unos harapos propios que ponerse, la de la comida que te revolvía el estómago, sino también la de la explotación o de la marginación de la que, la mayoría de mis nuevos compañeros, habían intentado escapar, yendo a parar a donde estábamos. Una realidad de trabajos más que precarios, de barracas o tugurios decrépitos, de catervas de críos por alimentar, de frío, suciedad, humillaciones e ignorancia. La ley será igual para todos –como afirma el que la redacta– pero la prisión, sin duda, es un privilegio para pobres.

"Te lo ruego, evita las malas compañías", las pobres madres de los más jóvenes pronunciaban con frecuencia esta frase en las primeras visitas, provocando la amarga hilaridad de los compañeros de trullo. Y sin embargo son justamente las relaciones con los otros internos la faceta a menudo más problemática de la vida de un recluso. Dicen que la agresividad de un preso se multiplica por ocho (o por 80, en cualquier caso mucho) respecto a la media de la

gente normal. Vete a saber lo que entienden los sicólogos por agresividad media, o si la agresividad es algo que se pueda sumar, restar, multiplicar o de algún modo cuantificar, pero dudo que en todos los casos sea posible superar la de tantos personajes que deambulan sobre dos patas o cuatro ruedas, por las calles y plazas de nuestros pueblos y ciudades, con una mueca de desconfianza, amargura y resentimiento permanentemente puesta. Todos ellos honestos ciudadanos, que firmarían por la reinstauración de la pena de muerte.

No acabo de creerme del todo que el contribuyente o el ama de casa modélicos, el pacífico tendero, el obrero honrado, sean menos agresivos que el preso, un ser acostumbrado a la hostilidad extrema del medio en que se mueve, obligado a sobrevivir en una mini sociedad definida por límites y normas brutalmente naturales y marcadas, sin mediación ni hipocresías, por la ley del más fuerte. Un medio en el que los días se suceden pautados por el miedo a la cuchillada, a los impulsos de autodestrucción o a que la máquina acabe hundiéndote del todo. No lo tengo nada claro.

Lo que si tengo claro es que no hay ninguna especie animal que no reaccione de forma violenta a situaciones anómalas, como la saturación de los espacios, la privación de una vida sexual, la limitación drástica de la libertad de movimiento o de las facultades, físicas y sensoriales, o el debilitamiento igual de drástico de todo estímulo ambiental.

La cárcel es violencia que genera violencia. Frase de sobras conocida. El hombre es un animal social, pero allí dentro todo está pensado para que el que no es asocial o sociópata, se vuelva tal. El reglamento, los funcionarios, las autoridades penitenciarias hacen todo lo posible y más

para empobrecer, reducir, manipular o directamente eliminar todos los espacios y momentos de comunicación. Con el exterior, mediante una retahíla interminable de normas, chantajes, prohibiciones, abusos e imposiciones. Dentro, con la ayuda experta de los sectores más podridos y colaboracionistas de los internos (mafiosos, fascistas y degenerados de toda calaña) y de las contradicciones y tensiones inevitables en situaciones de cohabitación obligada entre gente que proviene de experiencias adversas y diversas.

Pero, hasta en una sociedad de asociales, de gente con la mierda hasta el cuello, continúa existiendo la necesidad de estar con los demás, el deseo de vivir con los otros, de comprender y que te comprendan.

No tardé mucho en aprender a "comportarme". Saber comportarse es necesario en cualquier situación, pero allí su importancia es capital, porque un error puede costarte muy caro. "Comportarse" significa saludar a los conocidos con cordialidad pero sin efusiones excesivas, hablar pero con mesura, no faltar al respeto ni en el tono ni en las formas, no tomarle el pelo a nadie. Y también significa dotarse de un código de señales, para comunicar a los otros los límites de tu territorio. Más que de palabras, hecho de miradas, silencios, expresiones, gestos.

Muchos comenzaron a apreciarme y, para algunos, me convertí en una especie de confesor-asesor legal. Aunque tenía solo 19 años y una acusación de asesinato, venían a contarme sus historias de robos, desfalcos de poca monta y apuros de toda clase. Me traían las cartas de la familia o de la mujer y me pedían que les escribiera las respuestas "con palabras mías", que ellos "por no saber no sabían ni hablar".

Sí, son precisamente las normas de comportamiento, no escritas, pero muy rígidas, lo primero que hay que aprender.

Si no, puede suceder que gente bienintencionada, demasiado expansiva y hasta generosa, acabe con la cara rota sin saber el porqué. Y entonces se quejan y declaran que el famoso código de honor del hampa ya no existe y que los delincuentes hoy en día no son más que una pandilla de canallas incapaces de la más mínima solidaridad. Y puede que no se trate ni de lo uno ni de lo otro, sino simplemente de aprender de entrada a no mitificar ni despreciar a nadie.

En aquella época se hablaba mucho de "proletariado extralegal" y se le atribuían las mismas virtudes taumatúrgicas que alegremente se le adjudicaban al proletariado a secas. Pero lo cierto es que las sociedades de delincuentes, igual que las de las clases acomodadas de los barrios altos, se rigen por normas bastante similares; solo que más duras, en el caso de las prisiones, porque se adaptan a una realidad concreta y no admiten imitaciones baratas o imposiciones de comportamientos ajenos.

•••

Había mucha gente rara.

Trombetta era un macarra romano con una cara de payaso que te ponía de buen humor solo con mirarla. De improviso comenzaba a brincar improvisando danzas, se ponía a cantar o explicar batallitas que había protagonizado, como robos de gallinas. Constructor experto de barracas ilegales, afirmaba con orgullo ser capaz de construir en una noche una que cumpliera, según él, con todos los requisitos legales, es decir, que no se pudiera derrumbar

sin una orden judicial. En medio de la perplejidad general, podía pasar de golpe de la risa al lloro más desconsolado.

Un día, mientras cenábamos, apartó el plato de "fettuccine[2]" –hechas a mano, con huevo y amasadas sobre la tapa de wáter– y se derrumbó hecho un mar de lágrimas encima de la mesa: había recordado la imagen del padre de uno de los compañeros de celda que se había quedado saludando a su hijo pañuelo en mano hasta entrada la noche, desde un descampado delante de la prisión – pobrecillo, y como lloraba, es que con solo pensarlo se me encoge el corazón... Era un delincuente habitual, Trombetta, pero no había logrado acostumbrarse a la prisión, pese haber pasado allí gran parte de su vida.

A la prisión uno no se acostumbra. Pero se había tenido que adaptar y, como todos, inventarse un equilibrio.

Un equilibrio que en cambio no encontraba Mario. Gordo, bonachón, en torno a los 40 y con unas gafotas de un dedo de grosor, estaba en el talego por primera vez y le quedaba aún un buen trecho.

Casos de injusticia los encuentras a capazos en la cárcel. Gente pobre, marginada e ignorante, a montones. Gente que es incapaz de defenderse de reglas que no entiende. A la que se le imponen penas desproporcionadas. Castigos que van más allá de la "neutralización" del individuo desviado. Exhibiciones gratuitas de poder por parte de magistrados arrogantes. Y errores... Decenas, centenares, miles de "errores".

Cuando se descubre alguno, y siempre que sea un caso clamoroso, como el del hombre que se había chupado 24 años de penal antes de que su "víctima" volviera al pueblo desde el país donde había emigrado, le dedican media co-

2 Tipo de pasta en forma de fideos planos.

lumna en algún periódico que suscita comentarios del tipo ¡fíjate qué cosas!

En estos casos los medios de comunicación no emplean las grandes palabras, no claman por los valores sagrados que suelen invocar cuando los secuestrados son otros.

–¡Pero es que no es lo mismo –dicen– estamos hablando de errores!

¿Y qué? El código penal no considera atenuante el error en los casos de asesinato, lesiones, secuestro, etc. ¿Qué pasaría, me pregunto, si un grupo armado secuestrara por equivocación al doble de un torturador, un político o un empresario y lo encerrara durante meses en un zulo a pan, agua y palizas? Tendrían la cara, al darse cuenta del desliz, de decirle a su víctima inocente ¡oh, perdone! ha habido un lamentable malentendido. No se lo tome a mal y tenga usted estos 10.000…, no, mejor que sean 5.000€…, ya me entiende, por los gastos de manutención y hospedaje, ¿verdad?".

A propósito de secuestros, conocí a un grupo de sardos: dos eran ya mayores, con los cabellos casi totalmente blancos, los otros eran pequeños, hoscos y de mirada penetrante. Eran de lo más amable y educado, no levantaban nunca la voz; cuando se dirigían a alguien para charlar un rato, saludaban ceremoniosos y pedían permiso para pasear a su lado o para sentarse en el mismo banco. Pastores todos ellos, eran discretos y generosos (cuando les llegaban paquetes siempre compartían los quesos hechos por sus familias). Cumplían condenas de 20 a 30 años por el secuestro de un especulador que tenía una finca en Cerdeña.

La víctima del secuestro, entrevistada por los medios de comunicación después del feliz desenlace, había declarado que la experiencia había sido durísima: había tenido que dormir en una manta sobre el suelo y cada noche en

cabañas diferentes, donde llegaban después de largas caminatas. Para comer le habían dado solo pan y queso, y para beber agua y leche de cabra. En definitiva, durante unas semanas había hecho la vida que sus raptores hacían desde siempre, durante generaciones.

El secuestro de un tiburón del tocho es noticia. Moviliza a todo el mundo, prensa, policía, magistratura y carabineros. La detención de un chabolista, de un gitano, de un desgraciado cualquiera, no. Aunque el drama humano provocado por la pérdida del trabajo, los costes de una defensa legal y los desplazamientos de la familia, consecuencias inevitables de un encontronazo con la justicia, por corto que sea, son mucho más graves que el pago de unos millones para alguien que gana millones a mansalva.

Los secuestradores del constructor pagarán su delito, y lo pagarán muy caro, porque nuestras fuerzas del orden, tan poco efectivas en la persecución de crímenes fiscales o de altas finanzas, de tráfico internacional de armas o de personas, o bien de fascistas (y servicios secretos) responsables de las bombas que ensangrentaban la Italia de los años 70, consiguen resultados excelentes contra esta clase de criminalidad. Y en cambio ningún juez, ningún agente, ningún funcionario de prisiones pagará nada por haber privado a una persona, sin motivo, de libertad, de dignidad o esperanza.

Este abismo que separa la exigencia de responsabilidad o la necesidad de encontrar culpables en uno y otro caso queda explicado cuando se leen artículos de prensa, cuando se miran reportajes e informaciones, o se escuchan declaraciones de líderes de opinión, es decir, de aquellos que marcan los ritmos de las emociones sociales.

Los servidores del estado cuando amenazan, detienen, torturan o matan no lo hacen en calidad de hombres, per-

sonas o ciudadanos, sino como funcionarios. "Servidor del Estado" es un concepto que describe justamente a un ser que parece humano pero que no lo es, y tampoco puede serlo, porque no puede mostrar sentimientos ni emociones. Una especie de máquina. Y ya se sabe, las máquinas no tienen responsabilidad moral ni mucho menos legal. La paradoja se da cuando reciben un disparo, tal vez de algún idiota que piensa que un robot, que es un robot por la mañana, también lo va a ser por la tarde; es entonces cuando dichos funcionarios recuperan de repente su naturaleza humana y vuelven a ser, para la prensa, mártires del deber y padres amorosos con un montón de hijos y familia a los que colmaban de atenciones.

Pero volvamos a Mario. Había firmado cheques sin fondos por valor de 2.000.000 de liras, unos 2.000 euros (me leyó la sentencia, que ya se sabía de memoria, y la cantidad venía a ser esta). Sostuvo haberlo hecho sin darse cuenta y se le rieron en la cara. Y, como suele suceder, pasaron de la risa al insulto y a la provocación.

Y reaccionó. Con lo que le cayeron unos meses más por desacato e injurias. La sentencia no decía qué injurias y nunca tuve valor para preguntárselo, a pesar de mi curiosidad, porque resultaba difícil imaginarlo insultando a nadie: tan inofensivo, con su cara de niño grande, su voz aguda; tan incapaz de soltar un taco y mucho menos una obscenidad (a la polla, poniéndose colorado como un tomate, la llamaba el pene). Compartimos celda una temporada y las noches en que tardaba en llegar el sueño y el silencio te empujaba a mirar hacia atrás, y hablar ayudaba a soportar mejor los recuerdos, me explicaba su historia. Una historia como tantas otras, hecha de pobreza, pasiones desgraciadas, enfermedades.

Él, que siempre había vivido con su madre, un día se enamoró de una chica; pidió su mano (usaba esta expresión) y unos meses antes de la boda, con el piso de alquiler ya pintado y decorado, el viaje de novios organizado y todos los preparativos ultimados, su adorada princesa se largó con otro (una vez le dije que la entendía perfectamente, después de oírle roncar, pero quedó tan dolido que ya no volví a hacerle bromas sobre el tema).

El pobre quedó sumido en una depresión y poco después tuvo un accidente de coche. No se mató de milagro, pero el calvario por hospitales y centros de rehabilitación le llevó más de un año. Ya le daba igual vivir que morir. Fue al tener el alta y salir del hospital cuando, pagando las facturas que se habían acumulado, firmó los cheques sin fondos que le iban a costar la imputación, la detención y la condena. Estaba encantado con que yo le escuchara y le demostrara comprensión, y me lo agradecía preparándome chocolate con galletas en su fogoncillo a gas, contándome chistes o leyéndome pasajes de los libros que devoraba, prácticamente pegados a su nariz. De vez en cuando recibía paquetes de su casa y entonces pasaba largas horas escribiendo a su madre, llenando hojas con su letra diminuta y regular. Le llegaron incluso un par de cartas de su ex prometida, que me hizo leer y cuando sugerí que parecía una persona dulce y sensible que no había querido hacerle daño, él me confesó emocionado que la iba a seguir queriendo toda la vida.

Sí, encontré amigos allí dentro. Amigos con quien hablar de la vida, la que habíamos dejado fuera y la que nos esperaba a la vuelta. Tal vez por la necesidad de contar con quién compartir algo de compañía en un ambiente hostil. O por el deseo de no estar solos. Nos intercambiábamos regalos, compartíamos las pocas pertenencias: periódi-

cos, comida, cigarrillos, hacíamos frente común ante el enemigo. Los delincuentes, según dicen, son egoístas por definición. Puede, pero raramente he encontrado después el alto grado de solidaridad que puede mostrar un preso cuando lo exige la situación. Aun hoy, entre las cosas que me he ido llevando de traslado en traslado, en mi pequeño equipaje de nómada, junto con los recuerdos de la familia, conservo una pulsera de cobre que Vincenzo me hizo con los cables arrancados del altavoz de su celda. Era un heroinómano, de familia más que pobre, con un montón de hermanos y hermanas. La madre, viuda, venía a verle con regularidad (entre él y el hermano la pobre mujer se había recorrido los locutorios de media Italia) y le traía lo que podía: un poco de chocolate, unos paquetes de tabaco barato, un bizcocho casero, algo de fruta. Y él insistía en compartirlo todo con los amigos y los compañeros que tenían todavía menos. La pulsera me la regaló el día en que por fin le dejaron salir. Se fue con los ojos llorosos. Al salir encontró trabajo, un trabajo infecto y mal pagado que a pesar de todo mantuvo hasta el día en que unos policías, fastidiados por su negativa a "colaborar con la justicia" (es decir, convertirse en chivato) presionaron al dueño para que lo despidiera. Y el hombre accedió. Él cobró lo que le debían y se presentó en casa de mis padres, a los que no cesó de rogar e insistir hasta que le aceptaron 10.000 liras, como regalo para mí.

•••

Pero también estaban los otros. Con su prepotencia. Un ejército de infames, mafiosos, fascistas, violadores. Presos que hacen el infierno carcelario aún más infierno. Como en muchos penales y penitenciarías del Sur, donde

puede suceder que directores y funcionarios traten de usted y se quiten el sombrero ante unos "padrinos" que se comportan como los auténticos amos a cambio de mantener el orden: nada de evasiones, nada de revueltas, nada de protestas. Solo, y de vez en cuando, sangre. La que haga falta para que todo quede en su lugar.

Me trasladaron una vez. Había empezado una huelga de hambre, y me mandaron a un hospital penitenciario en Pisa. Estaba repleto de gente con la perpetua que se habían infectado de tuberculosis, de drogadictos con hepatitis (el SIDA aún estaba por llegar), de convalecientes con toda clase de heridas, todo tipo de autolesiones: venas seccionadas, hojas de afeitar ingeridas, labios cosidos, incluso algunas mutilaciones (un trozo de oreja, un dedo). Y heridas por peleas, cuchilladas, botellazos, huesos rotos, cráneos abiertos.

Un guardia con aire de fastidio me escoltó hasta una celda donde se amontonaban seis literas y cinco hombres ocupados en actividades diversas, tales como la lectura de una revista porno, la construcción del imprescindible barquito de cerillas o el examen detallado del techo (hay que estar tendido boca arriba con las manos cruzadas detrás de la cabeza). Cauto como siempre, intercambié cuatro frases con el vecino de litera, respondiendo con sonrisas breves y algunos tópicos a las preguntas, también pocas y genéricas. Coloqué mis cuatro cosas y me eché en la cama, de lado, con la espalda contra la pared y me adormilé hasta la hora del "*piri*". Una bazofia incalificable, con cuatro trozos de patata y un pedazo de carne dura y fibrosa que flotaban dentro. El asistente que la distribuía era un ogro gigantesco que parecía acabado de salir de una película de piratas en el papel del más feo. Totalmente pelado, con cicatrices por todas partes y la expresión más embrutecida que hubiera

visto en mi vida. En sus múltiples viajes ante la reja de mi celda, (no había puerta, solo una reja) comenzó a pararse y a preguntarme lo de siempre: por qué me habían encerrado, de dónde era, para cuánto tiempo tenía. Yo intentaba hacer como que no oía y no le contestaba. Los asistentes suelen ser chivatos, culo y mierda con los funcionarios, razón por la cual son tratados con desprecio por los demás presos. Algunos no tenían contacto alguno con el resto de reclusos y se pasaban la vida en las oficinas o en la cocina, para volver a sus celdas los últimos y salir por la mañana cuando nosotros todavía estábamos encerrados. Muchos estaban dentro por violación o asesinato de criaturas, otros eran fascistas. Unos seres despreciados por todo el mundo allí dentro, que podían perder la vida en cualquier rincón si se les pillaba desprotegidos.

Vine a saber que el machaca era muy amigo de un siciliano, pringoso, con bigote y aspecto de rufián, que estaba en mi celda y que a veces, mientras yo escribía o leía, dejaba caer lo bien y lo tranquilo que estaría en un celda sin tanta gente y tanto ruido. Yo le contestaba que estaba perfectamente allí y que no tenía ninguna intención de cambiar. Durante la hora de patio o de televisión insistía para que saliera a tomar un poco el aire, pero yo, desconfiado, me negaba sistemáticamente a seguirle y me quedaba haciendo ejercicio al lado de mi catre. Entonces empezó a insinuar que un chico como yo en un lugar como aquel necesitaba alguien que lo protegiese. Le corté en seco diciéndole que no necesitaba protección alguna y que me sentía perfectamente capaz de cuidar de mí mismo. Pero no se dejó impresionar en absoluto y pronto volvió a la carga afirmando que sabía de buena tinta que ya eran unos cuantos los de perpetua que se habían fijado en mí y que la cosa podía acabar muy mal si no me apresuraba a aceptar

la protección de alguien poderoso y respetado, como por ejemplo el asistente. Yo había oído decenas de historias de violencia sexual, de prostitución, de jóvenes reducidos a la condición de putos, esclavizados, tratados como animales o bien asesinados o lisiados de por vida; y las palabras del siciliano del bigote me helaron la sangre…

Es frecuente, sobre todo en las series americanas, oír a personajes, por lo general un policía "bueno", que explican el funcionamiento de las historias de sexo en la prisión en clave sarcástica. Ahora bien, ¿qué cabe esperar de guionistas que escriben frases del tipo "quiero ver cómo te fríes en la silla eléctrica" o bien "sentirás como te ahoga el nudo corredizo y cómo te estallan los pulmones"?

Al final decidí afrontar directamente la cuestión. Salí al pasillo cuando abrieron y le contesté cuando se dirigió a mí. Era, cómo decirlo…, ¿inmundo?, ¿repugnante? Tenía una condena a 30 años. En su haber contaba con cinco asesinatos: uno fuera y cuatro dentro. Algunos, chavales que no se le habían sometido.

Eran muchos los que le odiaban, porque además era un espía y sicario de la dirección. El suboficial le dejaba traficar tranquilamente con alcohol y drogas y llevar encima un pedazo de navaja que lucía a todas horas. Sus servicios como delator y gorila consistían en provocar y agredir a todos los personajes considerados "incómodos" y en participar en las palizas en las celdas de castigo. De vez en cuando, como premio, y para tenerlo tranquilo, le ponían un jovencillo en la celda. En su dialecto casi incomprensible me dijo que con él habría vivido a cuerpo de rey: coñac, música, buena comida, todo el día solo sin nadie que me molestara. Ya había pedido mi traslado a su celda, dijo, para la mañana siguiente.

Intenté discutir, explicarle que no necesitaba a nadie ni nada de lo que me ofrecía. Pero era como hablar con una pared, peligrosamente estúpido. Aquella noche no cerré ojo. ¿Debía pedir una entrevista con el juez de vigilancia? ¿A lo mejor subrayando la "petición" con algún corte o tragándome algún clavo para forzar un traslado a un hospital civil? ¿O bien matarle? Me sentía capaz de hacerlo, la mezcla de odio y de miedo me cargaba de adrenalina. A pesar de su instinto y astucia de depredador, estaba demasiado seguro en su papel de verdugo. Pero primero tenía que encontrar un cuchillo. En mi dormitorio había otro siciliano que ya había cumplido 30 años de su perpetua. Un hombre silencioso y amable que a veces me contaba historias y anécdotas de su Sicilia de la posguerra. Le pedí que me ayudara a encontrar una navaja o un punzón.

— Tú no tienes ni idea de lo peligroso que es: un cuchillo hay que saber usarlo y aquí hay gente que ha nacido con el cuchillo en la mano. Y además, aunque consiguieras cargártelo, ¿después qué?

— Me las habré apañado, al menos por esta vez. Y habrá un cerdo menos en esta mierda de mundo.

— Y una perpetua más. Piensa en el futuro: pasar la vida entre rejas y morir sin volver a disfrutar de libertad es el peor destino que le pueda tocar a un hombre. Aún eres joven, podrás salir, pero si hoy matas a uno pones en marcha una rueda que te acabará aplastando: ese tío tiene compadres que querrán hacértelo pagar y nadie te defenderá. Piénsalo bien, este es mi consejo.

Una vez hecho el recuento, el suboficial me avisó fríamente que podía cambiar de celda. Le repliqué con un susurro intenso que no tenía la más mínima intención de hacerlo. Se volvió refunfuñando que tanto le daba. Le cerré el paso. Sus colegas se quedaron quietos. Con la voz

ronca por los nervios le dije que de allí no me movía si no era para cambiar de prisión o para tener una entrevista con el director y que si alguien intentaba sacarme a la fuerza correría la sangre, y no solo la mía.

Me dejaron tranquilo. Bien mirado era un "nene" de clase media, tenía familia, amigos y compañeros, era un estudiante. Y resultó que aquel mismo día ingresó un chaval que tenía una condena de ocho años por robo. Se lo dieron. Durante el tiempo que aún me tocó pasar en aquel penal no lo vi nunca en el patio, en el pasillo o en la sala de la televisión. El asistente me ignoraba olímpicamente y mi primera reacción fue de alivio. Más tarde me avergonzaría. Sentiría ese regusto amargo en la boca. Un regusto de impotencia. De rabia, de asco y de miedo. Y también de estupor por aquel deseo nuevo, punzante, de matar. Después, con el paso del tiempo, quedaría el recuerdo… de un muchacho que a veces oíamos llorar y un odio sin grandeza.

•••

Me devolvieron a la prisión de preventivos. Allí todavía había celdas con las "bocas de lobo", ventanas semicerradas por fuera que dejaban entrar el aire y la luz –no muchas–, pero que impedían ver, lanzar o recibir algo desde el exterior. Pero había menos gente, la vida era más tranquila.

Durante las horas de "apertura" paseábamos arriba y abajo por el módulo, aceptábamos un café de este o de aquel o retornábamos la invitación como si fuéramos unos vecinos que hacían vida de sociedad. O bien platicábamos observando el poco paisaje que se podía contemplar desde la ventana grande de la galería, agarrados a los barrotes en una perfecta estampa carcelaria.

Dos horas al día nos abrían la puerta del patio, que era lo bastante grande como para dar cuatro patadas al balón, hacer la colada, tomar el sol cuando había y sobre todo caminar arriba y abajo. Parecíamos idiotas, decenas de hombres caminando en paralelo, en parejas, en grupos, solos, charlando o en silencio con los ojos perdidos en el muro de enfrente, y luego media vuelta y venga, hacia la otra pared. Alguna que otra vez se cruzaban miradas que encendían las alarmas, la tensión crecía de repente y el que no estaba implicado se apartaba.

Estallaban peleas, pocas, y todos sabíamos cuando podíamos intervenir para pacificar y cuando en cambio era mejor quedarse al margen y esperar a que acabara todo.

Un buen día llegó un grupo de romanos, trasladados desde San Vittore. Estaban dando su paseo en grupo por el pasillo de la planta baja a la hora de la televisión, y todo el mundo se estaba acomodando en las hileras de bancos. Los romanos no cesaban de repetir en alta voz "no veas que mierda de sitio, vaya asco de ciudad". Yo, a grandes rasgos podía estar de acuerdo, aunque me preguntaba qué habrían podido ver de la ciudad, si en los furgones no había ventanas, solo agujeros de ventilación. Pero en los últimos bancos había tres o cuatro destacados "hinchas" locales, encerrados por algún asunto de robo, que durante un rato se contuvieron. Al cuarto "vaya mierda de poblacho" se levantó el Dela, uno bajito con unos brazos como de chimpancé, que habían pillado porqué en un altercado con la policía, naturalmente durante un partido, le había arreado un puñetazo a un antidisturbios pero no había conseguido sacar la mano que se le había quedado atrapada en la visera del casco. Se levantó y tumbó al más alto. El Topo, amigo del alma del Dela –aunque la fiscalía prefería denominarlo cómplice–, pegó un brinco y

remató la faena asestándole al romano caído en la cabeza con el banco de madera. Sonó un crujido y desde la primera fila Roando, uno mayor y más pausado, medio se volvió diciendo: "Anda ya tío, que ni que fuera una nuez".

Los romanos recogieron a su compañero, el guardia les abrió la reja, lo llevaron a la enfermería y no se les volvió a ver el pelo por el módulo.

Otro gran problema era el ruido. Probablemente debo mi actual alergia al flamenco, al fado y a otras expresiones musicales de angustia popular, a las muchas horas de canciones y cancioncillas, de aterradoras lamentaciones, historias de muertos liquidados de mala manera, corazones rotos y desgracias de todo tipo que fueron la banda sonora de mi día a día durante un par de meses, a cargo de unos napolitanos instalados justo sobre mi celda.

Tenían solo una cinta, que yo rogaba para que se la secuestraran o estropearan durante un cacheo –aunque cuando cantaban ellos era aún peor– y la ponían a todo volumen de manera que sus historias de maleantes y macarras fueran perfectamente audibles hasta más allá de los muros. No me caían nada bien. Por suerte los trasladaron.

No podíamos tener dinero, pero el comercio era floreciente, ya que cada uno de nosotros tenía una especie de cuenta abierta, alimentada por las familias, pero sin pasarse porque no era conveniente que corriera la voz de que uno era rico; y con aquello podías pedir al de las compras, un interno que pasaba cada día con una libreta donde apuntaba los encargos, algo de dentífrico, jabón, papel higiénico, comida y un cuartillo de vino por cabeza y día. Aparte de eso había todo un tráfico de sellos y cigarrillos, moneda de cambio cotidiana.

Cada cual mataba el tiempo como podía. Los había que incluso leían; no siempre lo que les hubiera gustado,

porque los suboficiales y el capellán también ejercían de censores e interceptaban todo lo que, según sus insondables criterios, "no era adecuado". Antes de entregarnos cada libro le estampaban un sello con una V dentro de un círculo. Fumábamos. Escuchábamos la radio. Hacíamos flexiones. Jugábamos a las cartas.

•••

La primera invitación a participar en una evasión me llegó de una banda de atracadores en espera de juicio. Respondí que no, que gracias, porque seguro que en la apelación me iban a soltar más temprano que tarde.

No me fiaba un pelo. Un curioso equipo el suyo: un chaval de Apulia con cara de hombre duro y gesto siempre serio y taciturno, dos pavos florentinos de San Frediano y un niñato milanés hijo de papá. Borrachos y fanfarrones, no paraban de contarles a todos sus proezas. Una noche uno de los toscanos, un tipo bajito con nariz de boxeador, totalmente bebido, obligó a los compañeros de celda y a todo aquel que transitaba por el pasillo a asistir a la puesta en escena, en rigurosa exclusiva, de uno de sus golpes más logrados. Para darle un toque de mayor realismo se cubrió la cara con un pañuelo sucio y, a continuación, dio un salto acrobático por encima de la mesa, que representaba el mostrador del banco atracado, con la intención de aterrizar ágilmente al otro lado, es decir, a la zona donde se guardaba el dinero.

Quizás por culpa del pañuelo que se le subió o por los vasos de vino de más, en lugar de saltar limpiamente la mesa-mostrador, tropezó y se dio de bruces, arrastrando en la caída una preciosa botella de vino aun medio llena. Furioso por la reacción del público que se estaba partiendo

de la risa, la emprendió a puñetazos con uno de sus colegas que le decía que dejara de hacer el payaso.

Eran simpáticos, gente con la que charlar un rato o tomar un vino de vez en cuando, pero por descontado no unos cómplices ideales para una evasión. Que es cosa seria y arriesgada.

Se quedaron un poco frustrados e insistieron, porque según ellos en los juzgados de aquella ciudad la palabra absolución ni la conocían. No me convencieron y sin más dilación pasaron a la ejecución de su plan. Que no fue nada brillante. Era, eso sí, sencillo: consistía en abrir un agujero en la pared, justo por debajo de uno de sus camastros y, aprovechando el cambio de guardia de media noche, salir y escalar el muro exterior. Los dos días siguientes, la práctica totalidad de los internos del módulo hizo todo lo posible por distraer la atención de funcionarios y ordenanzas y desviar la curiosidad de los tres o cuatro potenciales chivatos. Quien tenía una radio subía el volumen al máximo, otros organizaban extemporáneos y ruidosos recitales de música y danza folk. Una auténtica revelación fue la que nos brindaron un par de proxenetas napolitanos con sus frenéticas tarantelas. Pero tantos esfuerzos y tantas energías no sirvieron de nada: la celda de los aspirantes fugitivos parecía una pedrera. Los golpes debían de oírse desde la calle y por la puerta salían nubes de polvo cada dos por tres. Y a pesar de los consejos, ellos andaban ebrios todo el día.

La primera jornada, aun: pusieron a dos a vigilar mientras los otros dos trabajaban, pero ya por la noche se dejaron de precauciones y empezaron a abrir pared utilizando como pico piezas de catre cada vez más grandes.

El segundo día, al atardecer, salieron los cuatro a tomar el fresco al pasillo: uno desaliñado y sucio, otro con la mano

vendada de cualquier manera y todos con los cabellos y las caras blancas de yeso. En resumen, que fue precisamente el funcionario más "pasota" y con menos luces, que estaba de guardia aquella noche, quien disimuladamente salió de la sección y dio la alarma. La cosa no fue divertida. Desde los ventanales vimos a una hilera de hombres uniformados tomando posiciones a lo largo de todo el perímetro externo. Nos apuntaron con metralletas y focos. Desde los altavoces se nos ordenaba que volviésemos a nuestras celdas y nos portásemos bien. Nos concentramos unos cincuenta en el pasillo de la planta baja. Solo dos obedecieron. No había ningún guardia y en una especie de asamblea de urgencia discutimos qué hacer. Los que tenían experiencia en revueltas y evasiones dijeron que nos teníamos que negar a entrar en las celdas hasta que el suboficial o el director nos dieran garantías. Sobre todo en lo referente a palizas y traslados. Otras represalias eran inevitables, las legales y administrativas. Pero eso lo sabíamos todos: menos visitas, menos horas de patio, menos televisión... En definitiva, menos de todo aquello que puede hacer un poco más soportable el cautiverio.

Los altavoces desde el exterior ya escupían ultimátum, así que hicimos entrar a los cuatro chapuceros, aún más blancos (menos el de Apulia, silencioso y frío como siempre), en una celda donde podían parapetarse con más facilidad, si los guardias se mostraban demasiado agresivos.

Y el pelotón llegó, armados con escudos, cascos, porras, cadenas, perros y capitaneados por un sargento y un cabo de lo más animal Exhibiendo unas muecas que no prometían nada bueno. Eran unos veinte y no nos dieron tiempo para reaccionar. Disolvieron la barrera humana que con poca pericia habíamos formado, liquidando a golpes, gri-

tos y empujones nuestros intentos de parlamentar, y nos metieron al azar en las primeras celdas que encontraron. Después se dirigieron hacia aquella de la que salían ruidos de barricada.

Tenía una doble puerta: una de madera con cerrojo, que se habría hacia fuera, y una reja que se abría hacia adentro, mucho más fácil de atrancar. Los cuatro chavales estaban amontonando literas y todo lo que encontraban.

El sargento fue con un par de agentes a comprobar que en la celda del butrón ya no quedara nadie, y después fue a plantarse delante de la de los atracadores. Las negociaciones duraron poco. El jefe del pelotón se limitó a decir que si salían enseguida y por las buenas, sólo irían los cuatro al agujero, de lo contrario entrarían por las malas, ellos irían al calabozo y el resto en aislamiento.

Mario, el milanés, que evidentemente habían erigido en portavoz de los cuatro, respondió que el resto no teníamos nada que ver y que ellos solo pedían una entrevista con el director y poder quedarse, aunque fuera encerrados, en el módulo. Añadió que si intentaban entrar por la fuerza, al menos un par iban a autolesionarse.

Error. La perspectiva de ver un poco de sangre fresca no es ningún desincentivo para una cuadrilla de agentes ansiosos de repartir leña. Todo lo contrario. Y en efecto, se apresuraron a traer a rastras el "desbarricador", un aparato que recuerda una maquinaria de guerra antigua, una especie de palanca enorme que permite quitar de en medio, desde una distancia prudencial, somieres y otros obstáculos adosados a las rejas.

No tardaron mucho. Cuando vieron que no había nada que hacer, los cuatro atrincherados salieron protegiéndose la cabeza con las manos y los brazos. No habían cerrado las mirillas de nuestras puertas y era la primera vez que pre-

senciaba una paliza. Nosotros gritábamos y golpeábamos los barrotes con todo objeto metálico al alcance, aunque el único efecto visible fue excitar todavía más a los agentes desenfrenados. Uno de ellos pasó cerrando todas las mirillas y durante un rato solo se escucharon los golpes sordos de las porras, las imprecaciones, los gritos, los insultos de los agresores y después los cuerpos que rodaban escaleras abajo. Y quejidos.

Cuando fuera volvió a reinar el silencio nosotros seguimos chillando un buen rato. "Puercos asesinos, lo pagaréis". Patadas a las puertas. Uno de los funcionarios "enrollados" iba de un lado a otro pidiendo que nos calmásemos, que ya todo había acabado, que no había pasado nada grave. Poco a poco fuimos callando, agotados, pero entonces comenzaron los murmullos, las llamadas de una puerta a otra, de una ventana a otra. Voces que preguntaban si se habían llevado a alguien más junto con los atracadores, que susurraban los nombres de los agentes reconocidos del pelotón, que sugerían una huelga de hambre.

Y yo pensaba en las escaleras que llevaban al subterráneo y que me habían impresionado en mi primer día, con aquellas paredes cubiertas de extrañas manchas negras… Porrazos, palizas y más palizas, un año detrás de otro. Cada dos o tres escalones se coloca un guardia apoyado en la baranda y la víctima tiene que pasar entre la pared y las porras. Si cae, y casi siempre cae, la diversión es doble: las lesiones son más dolorosas y es más cómodo darle patadas, pisarle las manos o aplastarle los cojones.

Según dicen, hay, o mejor, había tribus de nativos americanos que sometían a los guerreros enemigos, y a veces también a los amigos, a una prueba semejante. Con la diferencia que si el guerrero conseguía resistir a los golpes que le llovían encima y llegaba al final del pasillo, formado

por las dos filas de verdugos, no solo podía estar a salvo sino que, además, se le honraba. Pero ellos eran salvajes.

En nuestro mundo civilizado la única esperanza para el involuntario protagonista de la ceremonia es que los oficiantes se cansen lo antes posible.

•••

Era la segunda vez que participaba en una protesta colectiva. A la primera había asistido y participado a los pocos días de llegar a la sección. Una noche me despertaron de golpe unos gritos espantosos. No eran solo gritos, sino más bien una especie de gemidos prolongados, vagos, violentos y reiterados que acababan en un estertor que ponía la piel de gallina. Y le acompañaban golpes desesperados contra una puerta. Saltamos todos de la cama para ver qué estaba ocurriendo y nos precipitamos a oscuras hacia puertas y ventanas. Los ruidos y los gritos salían de la celda de los yonquis. El funcionario de turno, uno de los más jóvenes, acudió corriendo y, desde dentro, le pidieron que llamara a un médico enseguida porque había uno en plena crisis de abstinencia con espasmos y convulsiones. El funcionario se apresuró a comunicárselo al sargento, que llegó asegurando que el médico estaba avisado. Sin abrir la puerta echó un vistazo y se fue. Pasó una hora. A intervalos el más joven de la celda sacaba la cabeza y, llorando y renegando, preguntaba cuánto iba a tardar aun aquel jodido médico, que su amigo se estaba muriendo, que ya no podía contenerlo, que se estaba ahogando y que todo estaba lleno de vómitos y de mierda.

Piro, el cocinero, preparó un té, unos calabreses ofrecieron su reserva de Valium y analgésicos, y el guardia iba corriendo de un lado para otro llevando las cosas y cuando

no tenía nada que llevar iba a ver a la entrada del módulo por si, por fin, aparecía alguien.

Y finalmente, escoltado por un grupo de carceleros, hizo su entrada triunfal el facultativo de la prisión. Le abrieron la puerta y escoltado entró. No estuvo ni dos minutos y salió gesticulando encolerizado. Era un hombretón con cuatro cabellos grises y cara de loco. Chillaba: ¿Que tiene el mono? ¿Y a mí qué? Estos cabrones lo que quieren es su dosis, ¿y me hacen levantar de la cama a estas horas por esta mierda? ¡Capullos! ¡Que se jodan!" No se puede decir que nos extrañara su actitud. Era el prototipo de médico de chirona, casi una caricatura de lo mucho que se parecía al cliché. Convencido de que un presidiario es por definición un comediante prefería que murieran diez verdaderamente enfermos que concederle lo que quería a uno que finge para conseguir un traslado, un ingreso en el hospital o una dosis de lo que fuera. Prescribía siempre las mismas pastillas, ya fuera para el dolor de cabeza como para el estómago, vómitos, mareos o molestias respiratorias. Y Valium para el resto, desde la epilepsia hasta el insomnio. Los compañeros de Giacomo intentaron reventar la puerta. El funcionario de turno, que había vuelto a quedarse solo, perdía el color por momentos. En todas las celdas se abrieron las ventanas y la gente se encaramó a las rejas golpeando frenéticamente con lo que hiciera más ruido, gritando hacia la ciudad dormida que nuestro compañero se estaba muriendo, que lo estaban matando. Lanzábamos hojas de periódico encendidas, humildes estrellas fugaces que nadie veía. Una eternidad más tarde, el joven superó la crisis. Aquella vez no hubo represalias.

Los días que siguieron al intento de evasión fueron tristes. Se pueden sufrir castigos y abusos con un encogimiento de hombros. Se pueden aceptar con indiferencia

las privaciones, se pueden tolerar las prohibiciones que restringen todavía más tus limitados espacios de vida, si en las palabras y los gestos de los "superiores" lees la rabia, la frustración y hasta el miedo por el éxito, grande o pequeño, de uno o muchos de nosotros. En cambio, cuando en sus caras sólo ves la voluntad de aplastarte, de doblegarte, de hacerte admitir su "superioridad", la humillación pesa. No es por nada que los carceleros se hacían llamar así, "superiores".

A la mañana siguiente fueron muchos más los que hicieron el recuento y comprobaron los barrotes. En silencio, interrumpido solo por las órdenes secas del sargento, se dividieron en dos equipos y empezaron los cacheos. Nos hicieron levantar y salir al pasillo en calzoncillos y descalzos. Todos firmes durante un par de horas delante de las celdas, que revolvieron a conciencia. Los ruidos eran inconfundibles e imaginabas cómo iba a parar al suelo todo lo que había en las taquillas, cómo tumbaban los somieres, las mesas, las sillas. No dejaron nada en su sitio. Al final, una vez pasada por la criba toda la sección, en las manos del suboficial quedó el botín: cartas, algún mango de cuchara afilado, clavos, un par de billetes de mil liras. Una vez dentro, cada uno en su celda, renegando, deprimidos o llorosos nos pusimos a reordenar taquillas y mesas, recoger del suelo la ropa, las sábanas, las mantas. Barrimos la pasta, el azúcar, la comida que habían pisado. Recogimos las maquetas de barcos hechas con cerillas, pegadas de una en una, ahorrando la cola porque era muy cara y había que presentar una solicitud por cada compra de un botecito. También habían arrancado posters y dibujos. Y las fotos. Me senté delante de la litera, al lado del montón de mis cosas que había ido recuperando del caos. Una radio había ido a parar a un rincón, uno de los compañeros intentó

hacerla funcionar. Aquella mañana no nos habían dado el sucedáneo de café y también pasó la hora del patio sin que nadie viniera a abrirnos las puertas.

Mi compañero no paraba de toquetear su radio repitiendo como un disco rayado "cerdos, cerdos, cerdos". Me ponía nervioso.

La gente se comunicaba de una celda a otra. Los más expertos sabían que no se había acabado, que continuarían las provocaciones. No dejaban pasar jamás la oportunidad de apretar un poco más, de demostrar cuan frágiles éramos y hasta qué punto dependían de ellos las pequeñas excepciones al reglamento carcelario. De recordarnos quien tenía la sartén por el mango.

No hubo patio. En cambio nos escoltaron a todos, uno tras otro, hasta el despacho del director. Un desfile que duró dos días. No pedía mucho su Señoría, solo que alguien le explicara, como prueba de buena voluntad, puesto que ya sabían lo suficiente sobre el intento de fuga, quién estaba al corriente del plan y los nombres de los posibles aspirantes a sumarse a la evasión. Y si no sabías absolutamente nada que al menos demostrases tu desinterés (o mejor aún tu satisfacción) por la suerte de los culpables que al fin y al cabo se habrían largado pasando de vosotros, sabiendo como sabían que después de una evasión el reglamento se aplica inexorablemente, los traslados aumentan y las visitas disminuyen.

"Y usted que es una persona tan diferente de esta purria, ¿no había intuido nada de nada?, ¿cómo dice? ¿Y qué más le da a usted cómo se encuentren? Más le convendría evitar el contacto con este tipo de gente. Mire, si quiere un consejo, yo de usted me andaría con mucho ojo, que los hay capaces de todo... ¡¡¡¿¿¿HUELGA DE HAMBRE, DICE???!!!! ¡¡¡¿¿¿POR SOLIDARIDAD???!!! ¡Alto ahí! ¿Tú

te has vuelto loco o qué? ¿Qué quieres, que me cabree de verdad, que acabe contigo? ¿Sabes que si quiero te puedo enviar a Sicilia de estampida? ¡Y allí ya te arreglarían bien, ya! ¿Pero qué te has creído? Que aquí mando yo, ¿entendido? Y si no paráis de tocarme los cojones ahora mismo os quito a todos las visitas y los libros y los diarios y también las cartas, ¡no te jode! ¡Y a callar que si no te envío al hoyo y tiro la llave al mar! A mí con esas, ¡a mí que ya acumulo más de cien denuncias, a mí! ¡Yo que he conseguido hacer llorar a tíos que eran el terror de Porto Azzurro, yo! ¡Y de Ucciardone! ¡Y de Poggio Reale!"

En realidad no fue tan terrible. No hubo palizas ni deportaciones a Ucciardone, la temida prisión palermitana. Algunos empujones, algunas bofetadas, unas amenazas; pero nada de sangre. Nadie habló y como castigo nos dejaron un par de semanas encerrados, sin patio ni televisión. Pero al final incluso los cuatro atracadores, algo maltrechos y desmoralizados, volvieron con el resto. Les esperaba el juicio y lo preparaban a su manera. Carlino, el del salto casi mortal, no dejaba de repetir a diestro y siniestro que, para él, recuperar la libertad era cuestión de días y que a él ni jueces ni policías ni testimonios le hacían ni fu ni fa, y que, como mucho, se la chuparían. La mañana de la primera vista aparecieron afeitados, perfumados, elegantísimos con la ropa de las grandes ocasiones y algo embalados también gracias a las copas que ya se habían trincado. Salieron jaleados por la población del módulo, desfilando con paso triunfal. Volvieron al medio día, más bien alicaídos. Sobre todo Mario, el capo, que iba delante y que a las preguntas sobre cómo había ido, hacía una V con los dos dedos de la mano derecha.

— ¡No tíos, qué victoria ni qué hostias! ¡Dos!

— ¿Cómo que dos, dos qué?

— ¡Dos años, coño! ¿Qué iban a ser, cacahuetes?

Más tarde alguien nos diría que durante la declaración del policía que los había detenido, se había levantado exclamando (según él educadamente):

— ¡Hostia comisario, usted desbarra!"

El juez se había puesto como una moto, había interrumpido la vista y se habían retirado a deliberar, y a los cinco minutos habían salido con la condena de dos años: –injurias a un agente de la autoridad– con unos cuantos agravantes. Para que después digan que las palabras no pesan. ¡Y una mierda! Carlino seguía asegurando impertérrito que a él jueces y policías bla, bla... El día de la sentencia, salieron de sus celdas cantando. El de Apulia no. Más bien parecía estar maldiciendo en silencio la mala hora en que había conocido a aquella pandilla. Durante todo el juicio se había limitado a responder sí o no, o simplemente con gestos de negación, a todas las preguntas; y el resto del tiempo había callado mirando al techo como si la cosa no fuera con él.

La vuelta del grupo también fue ruidosa, aunque no dichosa. Tres ordenanzas subieron a buscar las cosas del pullés, porque antes de que dictaran sentencia ya le esperaba la escolta para trasladarlo quién sabe dónde y a él lo habían dejado en la portería con los grilletes puestos. Le bajaron el hatillo, los carabineros le empujaron al furgón y ¡asunto concluido! Unos meses más tarde supimos que le habían visto en San Vittore, Milán, y que costaba reconocerlo. Habían intentado violarlo entre tres y él, a cuchilladas, los había enviado a la enfermería, a uno de ellos grave. Pero los amigos, colegas, acólitos o lo que fueran de los agresores, un buen día lo sorprendieron desarmado y lo masacraron hasta dejarlo en coma y desfigurado.

Al resto de la banda los dejaron en la celda a meditar sobre la sentencia: unos veinte años por cabeza, cinco más de los que pedía el fiscal. No habían tenido suerte con el presidente del tribunal, un cabronazo notorio que, en función de cómo se levantaba aquel día, aceptaba íntegramente la petición de la fiscalía o bien la incrementaba según criterios personalísimos. Hasta había llegado a infligir penas superiores a las máximas establecidas por ley.

Los dos más jóvenes se derrumbaron sobre la litera, uno con la cabeza entre las manos y el otro hecho un mar de lágrimas, mientras el jefe de la banda iba y venía como animal enjaulado. De pronto se detuvo y empezó a revolver febrilmente en su colchón. Sacó una hoja de afeitar, se acercó a la puerta y se hizo un corte en el brazo por encima de la muñeca, ante la mirada ausente de los otros.

Más tarde afirmaría que lo había hecho para obligar al director a internarlo en el hospital, desde donde contaba con poder huir. Según la versión de los otros, iba borracho y no sabía qué coño estaba haciendo. En todo caso se cortó realmente una vena.

¡Hostia tíos, haced algo! ¡Madre mía cuanta sangre! ¡Ay madre, ayudadme que me muero! ¿Pero no veis que me muero? – Y venga gritos. Sus cómplices, insensibles, lo mandaron a la mierda a él y a sus ocurrencias que los habían metido en aquel fregado. "¿A qué cojones quería ahora con sus paridas? que se matara de una vez y dejara de tocar las pelotas que ya tenían suficientes quebraderos de cabeza". Al final el funcionario se asomó para ver qué pasaba y, como sangre había, le llevó a la enfermería, más blanco que una sábana y taponándose premuroso la herida con un pañuelo. Al suboficial ni se le pasó por la cabeza pedir una escolta para enviarlo al hospital y lo cosió él mismo en plan rápido sin esperar al médico. Unos días

después los trasladaron. En Florencia, el tribunal de apelación les redujo la condena a la mitad.

•••

En la cárcel las historias de evasiones, fugas y fugitivos siempre atraen la atención de los presentes. Son muchos los que como mínimo lo han intentado. Allí dentro la libertad es un concepto tangible, sencillo, quiere decir encontrarse al otro lado del muro, sin esposas en las muñecas y policías a los lados. Conseguí saltar pero me torcí el tobillo y me cogieron a la media hora, pero fue media hora de libertad y valió la pena.

La evasión, es decir, el acto de sustraerse a la ejecución de la pena, es en sí mismo un delito leve. Circunstancia curiosa, tal vez vestigio de derechos antiguos, cuando escapar del cautiverio se consideraba una forma de defensa inalienable. Las penas suelen oscilar entre algunos meses y un par de años. Si bien esta benevolencia no se extiende a la reacción de la institución penitenciaria: palizas, aislamiento, traslados, secciones especiales, abusos, amenazas y provocaciones.

Cuando lo conocí debía andar por los 24 o 25 años. Era simpatizante de *Lotta Continua* como muchos otros "sociales" reclutados en las cárceles por organizaciones de la izquierda radical, que tratándolos como sujetos políticos, les retornaban así su dignidad. Más allá de los muros, en las calles, las fábricas, las universidades y los barrios, se luchaba contra el sistema, se atacaba la legalidad burguesa. Era la misma lucha.

Él ya había huido dos veces. La primera, lo capturaron en un control policial al cabo de un año, la segunda lo descubrieron mientras trepaba por el muro exterior y

le dispararon en una pierna, pero consiguió saltar y despistarlos. Se escondió en una nave industrial vacía, entre bidones y palés abandonados. Se quedó tres días, sin comida y con la herida infectada. Una mujer lo encontró delirando y llamó a la policía. En la enfermería, durante la convalecencia, le escupió en la cara a un agente que se reía de él. Le arrastraron zurrándole meticulosamente hasta el agujero donde lo encerraron, pero aún tuvo tiempo y fuerzas para coger a través de la mirilla el brazo de un sargento y dislocárselo. Entonces lo mandaron al manicomio criminal para un tratamiento completo. Aunque hecho polvo, lo apalearon metódicamente, encarnizándose especialmente en la pierna herida, el hígado, el estómago. Le envolvieron la cabeza con una manta y le golpearon un buen rato, ni demasiado suave ni demasiado fuerte. Lo raparon al cero, lo embutieron a la fuerza en un uniforme marrón de tela basta, la de hacer sacos, y lo llevaron a la celda a patadas. Una escolta le seguía en todos los desplazamientos: en los cambios de celda, al médico, al patio. Y uno de los funcionarios, siempre el mismo, de vez en cuando le soltaba alguna patada, así, sin más, para entretenerse. Hasta que un día él se hartó y le soltó un puñetazo en la nariz. Era un chico robusto. Mientras el guardia iba al hospital con el tabique nasal hecho cisco, él acabó en la sección especial, la de las camas de contención y sujeción.

Allí te desnudan y te atan con tiras de cuero. En las muñecas, en los tobillos, en la garganta, de manera que no puedas levantar ni la cabeza. Veinticuatro horas al día. A veces semanas. En algunos casos meses. Una manta echada por encima de cualquier manera. Y los excrementos y la orina a través de un agujero en medio de la litera. Los reclusos encargados de la limpieza, flor y nata de la categoría, te repasan de vez en cuando con una escoba o

un mocho. También se encargan ellos de alimentarte. Te meten por la boca una bazofia, lo mismo da demasiado fría que demasiado caliente, y o la engulles o te ahogas.

Un día fue a verle el siquiatra. Intentó aparentar calma y serenidad respondiendo a las preguntas con actitud razonable y conciliadora; reconoció que tenía los nervios a flor de piel, pero en parte por las vejaciones a que le habían sometido; se interesó por el funcionario herido. Pero, por dios, que lo desataran, que no podía más de aquel tormento, que el dolor de los calambres lo volvía loco. El siquiatra parecía comprensivo y tomaba notas. Continuaron charlando un buen rato y al final, mientras se levantaba, le aseguró que lo devolverían al régimen normal al día siguiente.

— Pero en tu historial tengo que hacer constar que eres un sujeto socialmente peligroso, añadió.

— ¿Socialmente peligroso? ¿Pero por qué? ¡Si yo fuera de aquí no había tocado nunca a nadie!

— Sí, ya, pero es que aquí hasta un santo se convertiría en un animal, así que siempre pongo lo de la peligrosidad social.

— Pero es injusto, ¡así quedaré marcado para siempre!

— ¿Y qué puedo hacerle? Así son las cosas.

Entonces empezó a agitarse, a sacudir las ataduras, a chillar que eran todos unos cerdos, asesinos y cabrones. Chilló y chilló pidiendo ayuda hasta que llegó un enfermero, que con una jeringuilla lo envió al mundo de las pesadillas, después de unos minutos de angustia y de ahogo. No sabía cuánto tiempo duró la "cura". Solo recordaba un lento deslizarse de gritos, insultos, sueños sobre un fondo de techo blanco, grietas, moscas, manchas de humedad. Cuando lo desataron casi no se tenía en pie y se tambaleaba por las náuseas, el vértigo y el mareo.

Lo habían desatado porque el juez de vigilancia había concedido un permiso de visita a su mujer, que fue a verle con el niño, después de un viaje agotador. Para la ocasión lo acicalaron: una camisa de tela gruesa dos tallas más grande y unos pantalones de color indefinible, deformados, que dejaban al descubierto buena parte de los tobillos; lo raparon y le pusieron el correaje, un cinturón de cuero con una hebilla a cada lado, también de cuero, para inmovilizar las muñecas. Es más elegante que las cadenas, que la bola al pie o la camisa de fuerza y, si los pantalones tienen bolsillos, puedes incluso aparentar una postura desenfadada metiendo las manos dentro.

Entró en el locutorio y vio a su mujer al otro lado del panel de vidrio, con su hijo en el regazo; la mujer miró compasiva a aquel infeliz que acababa de entrar en la sala y volvió a concentrarse en el niño. Él se acercó despacio. Se le sentó delante y al ver los ojos horrorizados de la chica le rogó que no se asustara, que mantuviera la calma, que no había pasado nada. Ella, lívida, era incapaz de articular palabra, pero de golpe comenzó a chillar, a gritar que algún día lo iban a pagar; el niño aterrorizado lloraba y él, con las manos en los bolsillos, de pie, balanceándose ahora sobre una pierna ahora sobre la otra, la miraba sin saber qué hacer. La visita se acabó enseguida. Ella, desquiciada, salió corriendo y durante un rato resonaron en el pasillo los bramidos del niño y el alboroto que ella montaba exigiendo la presencia del director, del juez, del ministro, de la virgen María.

Cuando lo conocí era un chaval con un físico aun fuerte y carácter indómito, pero ya se cansaba con facilidad hasta para hablar, y para dormir necesitaba cada noche dos somníferos que los enfermeros le facilitaban con generosidad. Le quedaban por cumplir cuatro o cinco años más. No re-

cuerdo su nombre, pero es como si todavía oyera aquellas conversaciones, aquellas horas sentados o caminando por turnos dentro de la celda.

Estábamos en Reggio Emilia, en el manicomio judicial donde me habían enviado para la evaluación siquiátrica que el fiscal había solicitado con la esperanza de que le dieran algún elemento que apuntalara su teoría acusatoria, y las primeras noches en la oscuridad oía los gritos de uno que repetía sin cesar "me quiero morir". De vez en cuando alguien le respondía "anda y muérete ya, cojones". La réplica inmediata era " ¡y una mierda!", y vuelta a empezar con el "me quiero morir".

Hablábamos mucho, de cosas antes nunca imaginadas. Como la libertad, un bien demasiado precioso para esperar que alguien te lo regalara. Había que conquistarla.

Cuando se presentó otra oportunidad ya estaba en un nuevo centro. Era un plan "sucio", con secuestro de rehenes entre las familias de visita, en el locutorio. Lo organizaban unos fachas que tenían buenos contactos que les iban a pasar unas pistolas. Dije que sí y no le expliqué nada a nadie. Porque no quería hacer de espía, aunque fueran fascistas. Pero no pensaba seguirles el juego. Por suerte no hubo necesidad de actos heroicos. Un juez, digamos que simpatizante de su movimiento, los convocó una mañana y les advirtió que de momento "quietos paraos" y que confiaran en sus amigos, que fuera seguían trabajando para sacarlos de allí dentro. Y que si no, vete tú a saber...

Lo dejaron correr y se comportaron, no porque se fiaran demasiado de los camaradas de fuera, más bien por el "si no".

•••

En la cárcel no dejé de "hacer política", con los delincuentes, los ladrones, los terroristas, los anarquistas, los autónomos. Y también con funcionarios, camisas negras o algún que otro peón de la Camorra. Era un hacer política bastante diferente del de "fuera". Eran muchos los rebeldes, mucha la rabia, era gente acostumbrada a luchar totalmente sola. Y pocos los revolucionarios de partido. Aunque los había.

Por doquier se creaban organizaciones o, según la terminología de la época, espacios de agregación: grupos, círculos, células, colectivos, comités.

En el primer centro coincidimos siete: uno que se definía anarquista, dos próximos a Lotta Continua, uno del área de Autonomía Obrera, el resto comunistas de varios pelajes. Allí nadie les daba demasiada importancia a las siglas, la mayoría se había politizado en chirona y eran incapaces de captar las sutilezas que fragmentaban el mundo de las organizaciones revolucionarias y antagonistas.

El tema importante y que se vivía con intensidad era el hecho de descubrirse miembros de una clase, o por lo menos aliados de clase, por parte de gente que siempre había vivido en los márgenes de la sociedad, y que ahora se la jugaba para cumplir con su papel en una lucha colectiva. Muchos serían utilizados para hacer lo que mejor sabían hacer, es decir, robar, falsificar, atracar, disparar, ya no en su propio interés sino por una causa. Y así adquirían una nueva dignidad, y mataban y se dejaban matar por ideas, dentro y fuera de las prisiones.

No existían las divisiones que se introducirían más tarde, cuando las leyes especiales ampliaron el abanico de los "encarcelables", de la mano de algunos intelectuales de la autonomía creativa y universitaria, entre presos políticos y comunes. Las mismas Brigadas Rojas, a pesar de su le-

ninismo ortodoxo, en los "comités de lucha" colaboraban con presos sociales de toda clase, siempre que no fueran fascistas, mafiosos o violadores. Relación difícil de entender en un mundo que solo sabe leer la realidad a través de las lentes de categorías fijas, maniqueas, esclerotizadas.

En fin, que lo que pomposamente denominamos "colectivo" era políticamente bastante indefinible. Para la administración ninguno de nosotros era un "político". Nos reuníamos entorno a un café y discutíamos de la vida en la prisión, de su naturaleza, de cómo resistírsele. Nada del otro mundo. Un pequeño grupo de los tantos que había, sin pretensiones de vanguardia, ni de *agit prop*. Pero el simple hecho de reunirnos y hablar era sospechoso, y en cada conversación en el pasillo, en el patio, en una celda, siempre había un funcionario que se ponía a la escucha o nos interrumpía con cualquier pretexto.

Algunos de los reclusos más jóvenes se nos acercaban, un poco por curiosidad, un poco por la compañía y otro poco buscando protección contra agresiones y acosos.

Y así fue como, al convertirnos en interlocutores organizados, hablando, dialogando, debatiendo, amenazando o respondiendo a las amenazas (que por suerte nunca llegaron de mafias de las de verdad), logramos que la atmósfera en aquel pedazo de infierno se volviera más respirable.

Acababa de ingresar un sardo de 19 años, enclenque, medio analfabeto, con una acusación por resistencia e injurias a un representante de las fuerzas del orden y lesiones graves. Cuando llegó tenía la cabeza hinchada como una sandía policroma. Azul, negra, roja, violeta. En pocas horas le habían machacado, primero los carabineros en la calle, después la policía en la comisaría y, "dulcis in fundo", el pelotón de matones de la "trena" al completo que le había

reservado una pequeña acogida a la salida del despacho de admisiones.

Una tarde vino a vernos lloriqueando porque su compañero de celda lo amenazaba para que se dejara sodomizar. El anarquista del grupo, un chabolista romano, se encargó de hablar con el tipo, también romano, un ladronzuelo media mierda y veinteañero que solía decir que desde que habían inventado la pólvora todos los hombres éramos iguales. Pero pólvora allí no había, o en todo caso él no tenía, y así escuchó con mucha atención lo que le decía su paisano. Él también lloriqueaba al final y prometía que no lo volvería a hacer, que el vino, la soledad, la tristeza... "Hazte pajas", le sugirió nuestro embajador a modo de conclusión. Nuestro colectivo crecía. Los nuevos, todavía bajo el trauma de la detención, venían enseguida, cuando descubrían la existencia de aquel espacio de gente normal. La celda más grande en la que dormíamos cuatro compañeros era el punto de encuentro. Se tomaba café, una infusión, un vaso de vino. Siempre había alguien que te pasaba un cigarrillo, un cómic o algo para picar. Escuchábamos música, hablábamos de nuestros problemas, nuestras ilusiones, nos descargábamos de angustias y de miedos. Sentados en el suelo, en las literas, entre aquellas cuatro paredes recubiertas de recortes, de fotos y de dibujos enganchados con chicle, nos habíamos fabricado una dimensión propia.

No duró demasiado.

Armando volvió del tribunal con una condena a siete años por robo. Tanto el director como el capellán y el juez de vigilancia le habían asegurado repetidamente que en ningún caso lo trasladarían, porque en la ciudad estaba la única familia que tenía, su madre, más pobre que una rata y además, enferma. Según el ayudante de cocina (el más

descuidado y sucio de los reclusos, condición al parecer necesaria para ser encargados de cocina y enfermería) habían avisado del Palacio de Justicia y cuando el compañero había llegado con los grilletes puestos, ya le esperaba a la entrada una segunda escolta de carabineros. Sabiendo qué ganaría con protestar, firmó sin decir ni pio todo lo que le ponían por delante. Dinero no tenía y sus cosas le dijeron que se las enviarían. Así que lo subieron al Alfa Romeo y rumbo al sur. Hacia el Ucciardone.

No se supo nada más. Había sido obrero en una fábrica, era del sur, un poco ingenuo, como tantos otros. Se había apuntado al PCI (Partido Comunista de Italia) por, como él decía, motivos tácticos. Para intentar rescatar, haciendo crítica desde dentro, aquello que todavía le quedara de revolucionario.

Pero el partido comunista más grande de occidente tenía demasiados anticuerpos para resultar, ni siquiera mínimamente, influido por la acción de bacterias como Armando, nuestro militante de base. Muchos habíamos caído en el mismo error. Habíamos creído que una institución podía acabar siendo modificada con voluntad, sentido común y mucho esfuerzo.

En aquella época el PCI libraba su última batalla victoriosa. Comprometiéndose a fondo para aniquilar, en nombre de la legalidad democrática y constitucional y de la defensa de las instituciones, el movimiento de los años setenta, es decir, a los autónomos, los grupos armados, la disidencia y la insurrección que florecían por doquier. El PCI, nuevo partido de un orden viejo, ayudó a reprimir y neutralizar a los extremistas de izquierdas. No tuvo el mismo éxito, obviamente, contra la subversión fascista, contra los protagonistas, autores e instigadores de las numerosas "masacres de estado" (Piazza Fontana, Brescia,

Italicus, Bolonia), aun impunes hoy en día. Ni contra el entramado de poderes ocultos: servicios secretos, masonería de la P2, red Gladio.

En el PCI de entonces, el concepto de moda era el "centralismo democrático". Podías decir, sin pasarte, todo lo que quisieras, siempre que después acabases haciendo lo que te decían. Esto en lo "democrático". De lo del centralismo se encargaba la casta de funcionarios del partido. Con sus americanas y corbatas, o jerséis de cuello alto para las visitas a la fábrica o las reuniones con las bases. Oscuros sacerdotes de la reconversión industrial, del control social, capaces de convertir decisiones de baja política en dogmas sagrados e inviolables, y camarillas de escaladores ambiciosos e intrigantes, en un Olimpo de camaradas casi infalibles; capaces de tejer telarañas de complicidades que ceñían universidades, fábricas, barrios populares...

El modelo Orwell, o mejor dicho, el modelo "rebelión en la granja", es la gran aportación del PCI a la política general de una Italia que nunca se había librado del todo de la nostalgia de la mano dura y del líder enviado por la providencia.

En aquellos años, secciones, células y federaciones funcionaban también como centros de información, de recopilación y tratamiento de datos útiles para la "lucha contra el terrorismo". Otra vieja evocación estalinista que ha dado siempre resultados excelentes. Y estalinistas eran sus métodos: difusión de rumores, intoxicaciones a través de la prensa (poderosa) del partido, elaboración de listas de ex militantes sospechosos de izquierdismo.

Él, el compañero enviado a Ucciardone, se había negado a participar en una especie de rondas de vigilancia de lugares sensibles, como sedes de gobierno, comisarías, tribunales. Hubo una discusión, intercambio de insultos y

amenazas: él rompió su carnet y nadie le siguió, a pesar de que algunos viejos maquis sacudían cabeza. Después, en el bar, le darían la razón. Pero el partido no se tocaba. El partido era la esperanza de la revolución. Era la revolución. Había que defenderlo, siempre y a cualquier precio. Aunque hubiera que abandonar o delatar a unos compañeros que se equivocaban. Pocos años después, los que movían los hilos del partido cerraron la barraca, desmovilizaron las tropas. Todo el mundo a casa. La guerra de clases se ha acabado. Seguimos, décadas después, a la espera de una explicación.

Pero también ésta es otra historia.

Como decía, lo trasladaron. Al día siguiente le tocó a otro, a un tercero lo cambiaron de módulo. Dispersaban el grupo. Y un buen día me tocó a mí. Un traslado a no se sabía dónde. Pero también la primera vez en muchos meses que salía del perímetro de la prisión. Dejaría a los compañeros, me alejaría de mi familia, pero volvería a ver las calles, la gente, las casas, el campo.

Siempre y cuando no me metieran en un furgón sin ventanillas. O en uno de aquellos vagones de tren con ventanas enrejadas que tanto se parecían a los de transporte de ganado.

•••

Un traslado no es un simple desplazamiento de una prisión a otra. Cuando va bien te lo comunican con tiempo, puedes informar a la familia con un telegrama y preparar tus cosas. Pero con frecuencia te pillan desprevenido y marchas con lo puesto, sin saber dónde irás a parar, sin que nadie lo sepa.

En admisiones me esperaban, puntuales, tres carabineros en amistosa conversación con el suboficial de turno. Firma aquí y aquí. Me dieron el reloj. El dinero no, a la escolta. Y después los grilletes. Los yanquis tienen las esposas que, con su notorio sentido del humor, llaman "brazaletes". En otros sitios atan a los prisioneros con cuerdas. Algunos utilizan bridas de plástico de electricista, de aquellas que si las aprietas se clavan en la carne y hay que cortarlas cuando las quitan. Incluso hay quien lleva a la gente a morir con los pulgares atados con un trozo de cordel. En Italia, para los traslados, la herramienta reglamentaria eran los grilletes. Una pieza de hierro en forma de E que traba las muñecas con una barra plana, móvil y regulable mediante un ingenioso sistema de tornillo. Tu colocas una mano en un sentido, la otra en el contrario, y ellos aprietan y, si la cosa no te gusta o eres contrario a que te vean en público en aquellas condiciones, los chicos de la escolta se encargan de persuadirte, si es necesario –y a veces aunque no lo sea– trabajándote un poco el estómago o el hígado.

Tengo que decir, en honor a la verdad y a la Benemérita, que una vez, de las veinte que me pusieron el artilugio, el agente me preguntó –¿Te hace daño? Y, ante mi receloso "sí", aflojó unas vueltas el tornillo. El trasto se complementa con una cadenilla que, en el otro extremo, lleva a un carabinero.

Con la bolsa de plástico en la mano, seguí a los escoltas hasta al patio exterior, donde el chófer tenía el Alfa Romeo en marcha, y me sentaron atrás, en medio de dos agentes (yo me había pedido ventana). Los dos militares no eran demasiado gruesos pero cómodo no estaba. Se abrió el portalón. No era como me lo había imaginado. El tráfico sí, y la gente y las chicas también, pero no la alegría.

No era el mismo querido, aburrido, conocido mundo que recordaba. Por los lados de la autopista desfilaban árboles y campos, cerros y olivares. Hacía sol y era hermoso. Y yo me sentía mal. Los carabineros charlaban entre ellos de lo que habla la gente: chismorreos sobre colegas, proezas escolares de los hijos, el coche nuevo, el último partido de la liga, comentarios sobre los jóvenes de hoy en día, todos vagos y drogados, de la gente que ya no sabe qué es trabajar. Vaya unos para hablar de trabajo, pensaba yo, pero callaba, como si no estuviera.

En una gasolinera pararon para repostar y para mear. Los cuatro. Qué majos, se preocupaban por mí. O por el asiento del Alfa. De todos modos, gracias. Yo bajé el último, siguiendo la cadena. La gente bajaba de los coches y autocares. Me gusta la gente. Me gustaba hablar con la gente por la calle, intercambiar miradas y sonrisas con las chicas. Muchos de los que estaban en el bar salieron a mirar. Como en uno de esos desfiles de los circos con elefantes en fila, los de detrás sujetando con la trompa la cola de los de delante. Un hombretón con cara de tratante de cerdos preguntó al sargento: –¿Qué ha hecho? (¿Y por qué no me lo preguntas a mí, cara de culo?) Molesto, seguía a los agentes que apretaban el paso. Con un par de estirones me hicieron entrar en los lavabos. Me las tuve que arreglar con las manos atadas, con uno que sujetaba la cadena desde la puerta entreabierta. A la salida los mirones habían aumentado y una señora exclamó: – ¡Pero si aún es un niño! Las mujeres se conmueven con más facilidad. Había niños y me habría gustado decirles a los padres que aquello no era un espectáculo educativo. O puede que sí. Me miraban curiosos y yo a ellos. Me había equivocado esperando solidaridad, simpatía, calor humano o hasta indignación. Por suerte tampoco había el clima de entusiasmo popular

que acompañaba al patíbulo a los condenados durante el Terror, con lanzamiento de fruta podrida y escupitajos.

Solamente una vez, en la sala de espera de un hospital civil donde me habían llevado para una revisión, una pareja de ancianos me dijeron: –¡Ánimo hijo!

El resto del viaje pasó rápido. En la nueva cárcel superé todos los trámites en un estado casi catatónico. Se quedaron todos mis libros. No era el único que acababa de llegar. Había movimiento en las prisiones. Y muchos traslados.

Los delincuentes puede que sean: "individualistas", "sicópatas", "lumpen", "masa de maniobra manipulable por todos los poderes", "gente incapaz de entender la solidaridad", "contrarrevolucionarios"...

Puede, pero daban guerra.

Las luchas se extendían de una ciudad a otra como un oleaje. Había motines. Comenzabas en algún gran centro de preventivos, que una vez "pacificado", contaminaba las penitenciarías.

La represión ayudaba. Después de un motín, los más activos o la mayoría o la totalidad de los reclusos eran deportados. Y cada uno se podía convertir en una chispa que prendería fuego allí donde fuera a parar. Porque en lugar de asustarse y agachar la cabeza, ante las condiciones en que llegaban los amotinados, se encendían el odio y rabia. Y su coraje estimulaba el deseo de emularlos.

Llegó a Mammone, Cerdeña. Cuarta etapa en un mes. Todo había empezado en Venecia, donde habían destrozado la cárcel, y los antidisturbios, para entrar, habían tenido que sudar sangre. Con bombonas de camping gas envueltas en trapos o diarios encendidos, habían agujereado el techo y, desde el tejado, bombardeaban con una lluvia de tejas a los policías que intentaban entrar. Habían reventado metó-

dicamente puertas, ventanas, literas, lavabos, sanitarios. Todo. Con método, porque se trataba de hacer totalmente inhabitable la prisión. Pero al final los gases lacrimógenos se podían cortar con un cuchillo. Y seguían cayendo más botes. Era imposible respirar. A los del tejado los hicieron bajar a tiros desde el patio y el muro exterior. Y al final los antidisturbios consiguieron abrirse paso. Cuando entraron parecían colocados. Con máscaras, escudos, fusiles escupiendo botes de humo a boca de cañón. A uno le dieron de lleno en el estómago y vomitó sangre. Entraban celda por celda y todo eran gritos, estridor, quejidos. En una toparon con un gigante que estaba a la espera de juicio, decían que había hundido una lancha de la policía de aduanas lanzándole una piedra enorme desde lo alto de un puente sobre el canal. Entraron cuatro y salieron uno tras otro malparados. Entonces llenaron la celda de lacrimógenos y le hicieron salir a punta de pistola y metralleta, jurando que lo matarían. Sabía que lo harían. Lo esposaron, hicieron que se arrodillara y lo masacraron con las culatas de los fusiles.

Finalmente los antidisturbios se marcharon. Y entonces entraron los carceleros y se reanudó la fiesta.

Él era un chavalote alto y recio. Rubio, de ojos azules y tartamudo desde aquel día. Nos enseñó las marcas de los golpes y las cicatrices. El motín debía haber tenido éxito, ya que los habían tenido que trasladar a todos. Él, junto con seis o siete más, fue a parar a Cerdeña después de un viaje de dos días, sin comer. Su familia, como las otras, tardó dos semanas en averiguar donde le habían llevado, a pesar de las visitas diarias a la prisión, al tribunal.

Cuando llegaron, a las diez de la noche, los condujeron al despacho del director, que les ordenó ponerse firmes. Tocaba discurso. Se debían meter en la cabeza que allí

no se toleraban actos de protesta de ningún tipo. Que los únicos derechos que tendrían dependerían de su comportamiento y de la buena voluntad de los funcionarios. Que con él, los tocahuevos no duraban mucho. Y que, en fin, no había otra cosa que mar; era fácil evadirse y desaparecer, –¿No le parece, comandante?. Risotadas.

Los metieron en el calabozo de castigo. A la petición de escribir a la familia para comunicar que estaban vivos, la respuesta fue "no". Ellos rechazaron la comida.

Un minuto después, un escuadrón de funcionarios grandes como armarios, irrumpieron en la celda armados con bastones. Vale, vale, comeremos. Los apalearon y los dejaron allí, él desmayado sobre sopa, sangre, vómito, orina.

Represión. Represalias. Venganzas jurídicas. No eran pocos los que, entrados con condenas irrisorias, habían acabado pasando media vida en la cárcel.

Como Alberto, que había llegado a Florencia, a Le Murate, para asistir a un juicio pocas horas antes que se iniciara la revuelta. No tenía ni idea de qué estaba pasando y pidió al funcionario que lo encerrara con llave. Y se puso a deshacer su fardo y a ordenar con esmero sus cositas en la taquilla. Mientras se estaba haciendo la cama notó el olor acre de los gases y los gritos y el estrépito que se aproximaba. Primero entró un bote de humo. Lloraba y tosía cuando se abrió la puerta y se le aparecieron tres o cuatro antidisturbios con casco, porra y cadenas. Trató de explicarles que él no tenía nada que ver, que acababa de llegar, que se lo preguntaran al superior, acabó callando, intentando protegerse la cabeza con las manos ante los golpes que le llovían. Le rompieron dos dedos.

Al día siguiente, con la camisa nueva (regalo de la madre), ahora transformada en harapos ensangrentados y

la cara hecha un mapa, lo llevaron ante el tribunal para que le ajustaran las cuentas que tenía pendientes con la ley.

Quería que constara lo que había pasado. Quería denunciar los maltratos. El presidente del tribunal le paró en seco. No eran cuestiones pertinentes a la causa que les ocupaba. Y añadió que si el acusado así lo deseaba, podía presentar una denuncia más tarde a las autoridades competentes. Alberto desistió, como hace casi todo el mundo, sabiendo como sabía que, insistiendo, acabaría probablemente recibiendo más de lo mismo.

Pietro hablaba despacio, vacilante. Parecía un viejo, como de setenta años. Una figura canija embutida en un pijama desgalichado. Le había tocado el motín de Parma, ni siquiera un motín, más bien una protesta. Habían roto cuatro somieres para apuntalar las puertas y subirse al tejado. Los antidisturbios se encargaron del resto. Requisaron todo aquello que podía tener algún valor: transistores, casetes, mecheros, cigarrillos, sellos, y todo el resto hecho añicos. Amontonaron en medio del pasillo cristales, escombros, hierros y maderas, formando una especie de alfombra, a cuyos lados se desplegaron. Los presos tenían que pasar por en medio. Y mientras zurraban hacían jarana. Cuando alguien caía, se le abalanzaban encima. A los más viejos también. También a uno al que habían operado del estómago hacía poco. Los puntos se le desgarraron y chillaba como un animal en el matadero. Los que se resistían a bajar de los pisos de arriba eran lanzados escaleras abajo a patadas. El viejo nos explicaba que en la guerra había visto escenas terribles y que había esperado que con la caída del fascismo se acabaran aquellas pesadillas. Que no entendía que clase de odio puede empujar a alguien a actuar de esta forma.

Pregunta equivocada. No es el odio lo que empuja a una jauría a despedazar al animal salvaje.

•••

Con el tiempo iba a descubrir que no siempre era cierto aquello de que "el único carcelero bueno es el carcelero muerto". No había sólo presos en la cárcel. Se pasea mucha más gente por la prisión. En primer lugar los funcionarios, que entonces llevaban un uniforme gris. No todos eran iguales. Los había jóvenes, viejos, llorones, cumplidores, torturadores, críticos, sádicos, apostólicos, corruptos, diplomáticos, duros, resignados. Muchísimos venían de las regiones del Sur. Muchos eran casi analfabetos. De una ignorancia sorprendente, por lo menos hasta el grado de sargento. Gente de campo que había preferido hacer de esbirro a doblegar la espalda para labrar la tierra.

En general, la máxima aspiración del funcionario era evitar "marrones". Ir tirando. Aprendían rápido, como nosotros, las normas de cohabitación y las respetaban, incluida la "*omertá*". Yo, justamente, las aprendí de dos cabos durante el periodo de aislamiento. Mantente al margen. No hables demasiado. Respeta y hazte respetar. No hagas comentarios. No mires fijamente a nadie. Fuera collares y cadenitas y lleva el cabello bien corto. Si alguien se pelea, tú a lo tuyo. No mires ni escuches nada que no tengas que ver u oír.

Los duros eran una minoría. Unos cuantos incorruptibles fanáticos del reglamento y unos cuantos matones.

Carmelo era un joven moreno y de ojos claros. Bajito. Tímido y sonriente. Le daban miedo los colegas, los superiores y, por supuesto, los internos. Se excusaba en voz baja cuando le ordenaban registrar una celda o cachear un

preso antes de las visitas. De vez en cuando le dejábamos participar en nuestras discusiones políticas. Escuchaba con atención, con la frente fruncida de tan concentrado que estaba. Y acababa comentando que teníamos razón.

Un día, después de leer la noticia de un atentado de un grupo armado, me dijo que no entendía como podían disparar a una persona, por muy justas que fueran las ideas por las cuales luchaban. Le dije que la noche del intento de evasión de los cuatro atracadores lo había visto con los demás, sobre el muro externo de la prisión, con la metralleta. Le pregunté que qué habría hecho si yo, a quien apreciaba y que, en cierta manera, consideraba amigo, hubiera intentado saltar el muro y le hubieran mandado disparar. Contestó que no quería ni pensarlo. Yo insistí. Al final dijo que habría cerrado los ojos y disparado, porque era lo que tenía que hacer, era su deber.

— Pues eso, para ellos es lo mismo, le dije.

Sus colegas lo consideraban algo simple. Pero también con ellos intentábamos hacer un poco de sensibilización. Trabajo político, lo llamábamos. En general no se negaban a escuchar, ni tampoco rebatían nuestros argumentos. No los entendían y basta. Eran fatalistas y, para ellos, la injusticia era un mal, quizás no necesario, pero seguramente inevitable.

"Pasacantando" era uno de los más ancianos. Llevaba la gorra torcida y arrastraba los pies en sus desplazamientos de una silla a otra, de una siesta a otra. Su frase preferida era: – Haced lo que os dé la gana, pero dejadme en paz.

Baiocchi, en cambio, era un sargento idéntico a Mike Buongiorno, un personaje de la primera etapa de la televisión que comenzaba y acababa sus incalificables programas con un también incalificable pero entusiasta grito de "¡alegría, alegría!". Siempre risueño, el Baiocchi animaba a

todo el mundo, repartía golpecitos en la espalda, era una fuente inagotable de chistes. Solo le faltaba gritar "alegría, alegría!" cada vez que entraba en escena.

En cambio, Nola solo tenía un tema, más bien una obsesión con la que podía dar el latazo por horas y horas a quien se prestara a escucharlo: la jubilación. Pero no negaba nunca un favor y se avenía a llevar encargos de una celda a otra durante las horas de chape.

Vitaliano era un trozo de animal que hablaba un italiano casi incomprensible y que, cuando hacía broma, clavaba unos costalazos que te dejaban sin respiración. Lo habían trasladado y expedientado un montón de veces por los trapicheos que montaba, como vender cuchillos o botellas de alcohol o cualquier otra cosa que le permitiera redondear el sueldo. Pero aparte de esta faceta emprendedora, él también era un partidario convencido del vive y deja vivir.

Después estaban los cabrones, los duros. Como un sargento napolitano del barrio de Forcella y un romano, que parecían salidos de una película de nazis. Cuando llegó el primero, radio macuto ya se había encargado de divulgar su apodo, la Hiena, y su currículum: torturador, director de masacres como la de Florencia, donde había ordenado abrir fuego contra los amotinados que se habían subido al tejado. Mientras disparaban iban charlando y riendo. Los testigos recordaban a un carcelero que, entre calada y calada, apoyaba con cuidado el cigarro sobre el parapeto antes de apuntar. Un muerto y doce heridos de bala, según fuentes oficiales. No se presentó nunca en nuestra sección sin una escolta adecuada.

Alguna vez me convocó a su despacho. Se quedaba mirándome en silencio y después me dejaba allí, de pie, media hora, a veces más, sin hacerme caso. Otras veces me

observaba, mientras jugaba con un bolígrafo, y me interrogaba. Sobre mi imputación, la situación procesal, mis relaciones con los otros presos, sobre los otros reclusos. Al final, antes de despedirme, mencionaba que me había llegado un paquete o que el juez me había concedido una visita de la familia.

Barbi, toscano, tenía un estilo más estalinista, le encantaba recitar artículos del reglamento al decirte que había rechazado, a veces en tu nombre, un libro o unas revistas enviadas por un amigo. Se deleitaba leyéndome en voz alta las cartas que me llegaban. Con otros, la diversión consistía en corregir los errores ortográficos, las expresiones dialectales de las mujeres, los padres, los amigos. Lo que más le gustaba era abrir paquetes y desmenuzar las tortas caseras, machucar la fruta. Era el rey de los cacheos: cualquier pretexto era bueno para ordenar uno y si encontraba algo no contemplado en el reglamento, aunque fuera un objeto inocuo que te habían dado en el locutorio con permiso del guardia, te abría expediente, te mandaba al agujero, te suspendía las visitas.

La dureza de una prisión dependía en gran medida del porcentaje de cabrones entre los funcionarios. De la cantidad y calidad de las provocaciones.

En el manicomio criminal había uno que, cada vez que pasaban para el recuento, bramaba como un loco que mi celda era una pocilga. Que me tenía que levantar cuando ellos entraban. Que tenía que cuadrarme y saludar. Sus colegas se reían. Era su forma de divertirse un poco. Yo callaba. Me lo encontré cara a cara, en un pasillo desierto, una tarde que volvía de la entrevista con el abogado. Estaba de guardia y tenía que abrirme la puerta. Con cierta mísera satisfacción le vi tragar saliva mientras le daba golpecitos en la espalda y le cuchicheaba. ¿Qué podrías hacer ahora

que estás solo, eh? Después, apartándolo, entré y cerré por dentro con el pestillo. Otro era feliz cuando le tocaba estar de guardia durante las visitas. Antes de que entrásemos en el locutorio nos soltaba bromas pesadas sobre el aspecto físico de mujeres y hermanas. Contento como unas pascuas, reía viendo nuestras caras mientras nos manoseaba. Y acabada la visita, todo eran gritos, insultos y promesas de todo tipo de castigos por haber violado ni se sabía qué norma.

Recuerdo un aniversario. Uno de los tristes aniversarios pasados en "chirona". Había tenido que presentar una solicitud escrita para que me permitieran recibir una muda de pantalones y camisa. Te daban un formulario que ya llevaba impresa la frase "Ruego a Su Excelentísima Señoría que...", y tú solo tenías que llenar los espacios reservados al "ruego"; que era que me devolviesen la ropa que me habían confiscado al llegar de otra prisión, ya que llevaba más de un mes y medio sin cambiarme, la camisa estaba sucia y arrugada y los pantalones rotos; no podía coserlos, ya que aguja e hilo estaban severamente prohibidos. Tenían que venir mis padres y mi hermana. La primera visita después de tantos trámites y esperas en los juzgados para conseguir el permiso. Y para ellos era importante.

Finalmente llegó el momento en que esperas a que te llamen, caminando de una punta a otra de la celda, pero con la ropa limpia puesta. Por fin abrieron. Visita. Iba casi corriendo por los pasillos. Y topé con el cabrón. Sin aliento, le dije que me habían llamado. Estaba impaciente por ver a mis padres y hermana. Preocupado por sus esperas, que sabía muy largas. Y él, más despacito que de costumbre, me cacheaba la espalda, los costados, debajo de los brazos, el estómago, las piernas de los tobillos hasta el culo. No es por nada que también lo llamábamos "mano-

seo". Me hurgó en los cabellos como una mona cazando pulgas. Dentro de los zapatos. De mala gana acabó dejándome pasar. El locutorio estaba casi lleno y, entre el humo y la confusión, los vi en un rincón. Se levantaron y nos estrechamos las manos por encima de la mesa. Les habían permitido entrar el pastel al locutorio y allí estaba, encima de la madera, prácticamente desmigado. Mi madre lo ofreció a todos los presentes para que lo probaran. Todos aceptaron agradecidos. No había velas, por supuesto. Ni champán. Ni alegría. Fue una visita breve. Al marchar, mi padre y mi madre se me colgaron del cuello por encima de la mesa. Mi hermana me dio un pequeño rosario de madera. No éramos creyentes ninguno de los dos, pero se lo había dado para mí una persona querida. Se lo enseñé al agente que, paternal, nos estaba dando prisa "Venga, venga que tenemos que salir" y me dejó que me lo quedara. Salí al pasillo con un nudo en la garganta. Era cuando volvían a cachearnos. Me puse en la cola abstraído en mis pensamientos. Cuando ya estaba con los brazos alzados, el puerco de antes, se puso a gritar como un poseso que sacara de inmediato lo que me habían dado. ¿El rosario? Pero ya no me escuchaban. Sentí un golpe en los riñones. Aguanté. Era fuerte y ágil. Y estaba rabioso. Podía haber sido una buena pelea. Fuera, no allí. Me insultaban, me empujaban, me amenazaban. Yo callaba, con las manos detrás de la espalda. Ni me protegía. Me obligaron a desnudarme. Examinaron cada centímetro de cada prenda. Incluso deshicieron los dobladillos. Frenéticos, no paraban de gritar. Yo, desnudo, temblaba de frío y de rabia. Mudo. Un suboficial que pasaba por allí preguntó qué era aquel jaleo. Le dijeron que mi hermana me había pasado algo. Dije que era un rosario; que podían hacerme una radio-

grafía o sacarme las tripas, que no encontrarían nada más. Ordenó que me vistiera y volviera a mi celda.

Esta clase de abusos a veces provocan tragedias. Como la historia de un abuelo al que alguien había regalado un ratoncito blanco. Le daba de comer, le había fabricado una casita de cartón, le hablaba y el ratón se quedaba quieto en su mano. Un día entraron para un registro, uno de rutina. Nadie se fugaba de aquel lugar y él ya era viejo. Pero lo mismo tiraron sus cosas al suelo, le revolvieron la cama arrancando las sábanas pulcramente estiradas. Una vez acabado el registro, de vuelta en la celda, en un rincón descubrió a su ratón aplastado, un grumo de sangre y pelo. Lo limpió. Empezó a salir un poco más al pasillo, al patio; a intercambiar breves conversaciones con este y con aquel. Hasta que supo quién había sido. Y un día en que aquel carcelero entró en su celda para el recuento lo mató golpeándolo con el cubo hasta romperle el cráneo. Los otros guardias sólo consiguieron inmovilizarlo y arrastrarlo fuera cuando lo vio bien muerto. Lo único que respondió al juez durante el interrogatorio fue "Mató a mi hijo".

Era un hecho ocurrido años antes, no demasiados, en uno de aquellos penales donde la gente enfermaba y se contagiaba de tuberculosis y casi todos los presos tienen condenas de por vida y sus pensamientos se reducen al tabaco, al vaso de vino, la última visita de un familiar con el cual ya no hay nada de qué hablar, la comida de las siguientes navidades o del año anterior o de hace dos años. Y donde poco a poco son olvidados del mundo, olvidados incluso del cura, los asistentes sociales, lejos de todo.

•••

De entre los curas, conocí a uno que visitaba regularmente a los inquilinos de las celdas de castigo después de un registro o de una paliza, para recordar a los apaleados que no debían olvidar en ningún momento que los malos eran ellos, y que merecían infiernos mucho peores, y que la única, si bien remota, esperanza de salvación para gente de su calaña era el arrepentimiento, la sumisión, la obediencia. A menudo, el infeliz destinatario del sermón optaba por una ración suplementaria de hostias o de castigos y lo echaba a empujones y maldiciones.

Otro capellán era un pasota, decía su misa y no respondía jamás a las peticiones, que quería por escrito. Tanto daba que solicitáramos una entrevista o una confesión.

El más presentable de la categoría religiosos era un franciscano que sustituyó por una temporada al titular. Nos daba conversación, traía libros, ayudaba haciendo pasar cartas y mensajes al exterior. Sin embargo, con él también menudeaban los "paciencia hijo mío, confía en Dios" o "resignación, hijo mío, resignación".

En comparación con los capellanes, las "Damas de San Vicenzo" tenían la cándida ingenuidad del voluntario. La más viejita, delgada y diminuta, un poquillo encorvada, siempre quería venir a saludarnos personalmente. Nos traía dulces, revistas infumables, se interesaba por los juicios, los trámites, las familias. Y decía, en medio de un mar de brazos tatuados y de caras hirsutas y cortadas: "¡Ay, mis muchachos! ¡Cómo me gustaría poder veros fuera¡ ¿Cómo os tratan? ¿Bien, verdad? ¡Claro que sí! Los guardias, pobres, también son buena gente. Para mí sois todos buenos chicos. Jóvenes sin suerte, eso sí, que es lo que siempre digo a mis amigas. Y rezo por vosotros, ¿sabéis? Rezo siempre".

Un día llegó con un cesto lleno de rosarios que distribuyó entre todos y, después de explicar cómo se utilizaban a los que ya se los habían colgado del cuello o decoraban los barrotes, preguntó si sabíamos cómo mantenerlos siempre brillantes. Era una pregunta con trampa y el "Topo", con su mejor sonrisa, picó diciendo: "¿Con Sidol?" Hubo un alboroto de risas y cogotazos. ¡Sidol. ¡Qué ocurrencia! Si no entraba ni la cola para las maquetas, ¡imagínate el Sidol! La ancianita restableció la calma aclarando que, para mantener el brillo, había que utilizarlos mucho, había que rezar. Silencio cortés. Era mejor cuando repartía chocolatinas. De calidad más bien escasa, pero a muchos les gustaban.

Asistentes sociales vi una, una vez. Rellené el formulario para la solicitud, lo confieso, más que nada para ver de cerca a una mujer. Decían que era joven y mona. Fue una decepción. Casi no levantó la vista de los papeles que tenía delante. Me escuchó unos minutos y me interrumpió de pronto para decirme que lo que tenía que hacer era apuntarme a los talleres. Los talleres eran el módulo donde, por cuatro chavos, te tirabas seis o siete horas al día montando interruptores por cuenta de no sé qué empresa, una subcontrata de alguna multinacional. Como el coste de la mano de obra lindaba el cero y las instalaciones eran del Estado, alguien debía sacar una buena pasta por aquellos interruptores. No había pausas y te vigilaban de cerca. Además, los que se apuntaban tenían que trabajar a destajo. Los había que tenían hijos fuera y tenían que mantenerlos, así que necesitaban desesperadamente aquel sueldo, ni que fuera una miseria.

Lo intenté: una fila de mesas y gente trabajando en cadena. Yo tenía que incrustar un montón de piezas de plástico microscópicas en una caja que me iba pasando el tío que estaba, también de pie, a mi lado, que a su vez la

recibía de otro que las iba sacando de una caja de cartón. Yo cada vez le decía "gracias" al colega que, finalmente, un poco brusco, me dijo que ya estaba bien de "gracias", que le ponía nervioso. Lo dejé. Y cuando al cabo de un mes vi lo que había ganado, también dejé de trabajar. Aquella mezcla de represión y explotación fabril me pareció excesiva.

La asistenta social esta vez me hizo llamar para decirme que si yo no mostraba buena voluntad volviendo al taller, difícilmente podría interceder a mi favor ante el juez de vigilancia y que en un futuro eso tendría consecuencias en el régimen carcelario, en los permisos, los certificados de buena conducta. Era un discurso ensayado y repetido automáticamente, pero a mí todo aquello me traía sin cuidado. No pensaba quedarme. Y ahí se acabó la entrevista. La empresa debía pagarle alguna comisión, ¡seguro!

Dicen que ahora hay un montón de gente que frecuenta las cárceles. Abogados, profesores, educadores sociales, animadores, mediadores. Dicen que en los centros con una dirección más progresista puedes encontrar hasta actividades con gente externa; entran ONGs, hacen teatro y conciertos, hay emisoras de radio y en algunas dan conferencias. Yo, de todo eso, jamás vi nada. Por no ver no vi ni un solo juez de vigilancia. Total, lo importante era vigilarnos a nosotros, y eso ya estaba garantizado.

Y por descontado, también estaban y están los siquiatras, los sicólogos, los "psicocarceleros" que tanto se esfuerzan por reinsertar, recuperar, neutralizar al presidiario-criminal con técnicas menos truculentas que las tradicionales. Y posiblemente más eficaces.

Una noche de verano, años más tarde, cuando vivía en Mallorca, conocería en una fiesta a un psiquiatra ale-

mán que había trabajado en Stammheim[3] . Después de un tiempo no pudo resistir más, se retiró del programa y de la profesión para ir a vivir lejos de su país. En aquel centro de máxima seguridad, pensado para "tratar" a los miembros de la RAF, perfeccionaron y sistematizaron las técnicas de privación sensorial que hasta entonces solo se habían empleado como complemento a la tortura física y que habían sido estudiadas antes por los ingleses en Long H[4] contra prisioneros del IRA. Cubículos angostos. Paredes y suelos totalmente blancos. Ninguna ventana. Ninguna visión del exterior. Luces encendidas las 24 horas del día. Ningún contacto con el resto de presos. Silencio. Ni radio, ni televisión, ni libros, ni objetos personales. Siempre bajo el ojo de una tele-cámara. La llamaban la tortura blanca y equipos de expertos seguían paso a paso el proceso de desestructuración de los presos. Todo era gravado meticulosamente: la aparición de los estados de confusión mental, la pérdida del sentido de la orientación o del equilibrio, las angustias, las crisis depresivas, los brotes sicóticos, las alucinaciones.

Preciosos estudios que más tarde tendrían aplicación en numerosas cárceles especiales de media Europa. Pero los psiquiatras que me tocaron a mí no eran tan modernos. Eran de aquellos que te atiborraban de pastillas o prescribían la camisa de fuerza.

•••

3 Prisión cercana a Stuttgart, famosa en los años setenta porque albergó a los principales miembros de la Fracción del Ejército Rojo (RAF por sus siglas en alemán).

4 Cárcel en Irlanda del Norte que albergó presos del Ejército Republicano Irlandés (IRA por sus siglas en inglés).

Pocos de mis amigos y compañeros vinieron al juicio. En la universidad aun no tenía, acababa de matricularme y solo iba a algunas clases, en tren. Los del partido debían de haber recibido órdenes concretas y, por lo que empezaba a entender, eran gente que las órdenes las obedecían, posiblemente con la esperanza de poder darlas algún día. En cambio sí estaban los compañeros del equipo de atletismo, se ve que corriendo, saltando y lanzando bolas de hierro o jabalinas, se establecen vínculos más profundos que intercambiando chácharas sobre revolución.

También estaban unos cuantos del instituto, y entre los pocos, Taddo, testigo de la defensa en relación con uno de los inestables indicios sobre los cuales la acusación basaba su tambaleante hipótesis. Taddo, categórico, oponía una certeza exculpatoria a la atrevida teoría y a los "podría ser" de un experto. Y la compartía con otros cuatro chicos más, todos del PCI. Al Tribunal eso de los testigos que refutaban indicios acusatorios les pareció ultrajante y puso remedio enviándolos al calabozo uno tras otro. Los sacaron 24 horas más tarde, después de las oportunas visitas nocturnas de madres y esposas en lágrimas rogando "hijo-mío-no-te-pierdas", y cuando los devolvieron, todavía esposados, ante el tribunal ya habían olvidado todos los detalles.

Pero con Taddo no podían, era un cabezota que a pesar del miedo a acabar en chirona (cuando vio cómo se llevaban a los otros se quedó blanco como una sábana) se hubiera dejado matar antes de darle la razón a alguien que no la tenía. Así que el fiscal adoptó en su caso la táctica del "¿está usted matemáticamente seguro de haber visto lo que dice haber visto"?. Le funcionó porque Taddo, que también era pulcro hasta la exageración en la utilización de las palabras, respondió que las matemáticas no tenían nada que ver con lo que uno ve. Así que rapidísimamente

hicieron constar en acta que el testigo no tenía la certeza matemática del hecho narrado y le echaron fuera a pesar de las protestas. Las del testigo, porque mis abogados vete a saber en qué estaban pensando. Le dije adiós mientras lo escoltaban con amable firmeza hacia la puerta y nunca más he vuelto a verlo.

La que vino un día a saludarme, con mi madre, contenta al comprobar que no todos me habían abandonado, fue Valentina. Se ruborizó, como en el instituto cuanto tenía que salir a la pizarra. Una jovencita tímida y graciosa, de una zona de montaña, que en la clase solo se juntaba con su amiga Rosetta, otra chica rubita de ojos claros. Venían cada día desde sus casas alejadas y nunca se las veía fuera de las paredes del instituto. No ligaban demasiado con el resto por su manera de ser, un poco reservada y brusca, y eran ignoradas por los chicos, con sus camisetas de lana áspera, sus calcetines hasta las rodillas, y sus historias que sonaban a otro mundo como la de la cerda que el verraco "había desgraciado" y que habían tenido que sacrificar, como explicó un día echándose a llorar en clase.

•••

Mi padre había tenido que dar fondo a todo su sentido del deber, como jefe de estación, para identificar el cuerpo, pero cuerpo prácticamente ya no quedaba, así que tuvo que recorrer las vías con los carabineros y otros ferroviarios, en busca de jirones de ropa y de carne.

El párroco no puso pegas y al funeral fue todo el pueblo. Nadie entendía por qué lo había hecho.

Por qué, con 18 años, salió en plena noche, caminó un par de kilómetros a lo largo de la vía y esperó la envestida del tren abriendo los brazos.

Después del entierro, con otros jóvenes, me refugié en la pizzería, lugar de encuentro habitual, donde puse en el "juke box" una de las canciones más escuchadas en aquella época. Estaba sentado en el fondo del local, pensando en la camiseta roja que Natalino llevaba aquella noche de verano, la última con la que lo habíamos visto en la placeta de la estación. Pensando en la figura gordita y patética de su padre, el médico, en las tías solteras que habían hecho las veces de madre, en las flores, las miradas de la gente, el ruido mortecino de los pasos de todo el pueblo en procesión detrás del ataúd.

Delante de la pizzería se paró el Baracchi con su moto, una Benelli 125; eran pocos los que en el pueblo tenían motos tan potentes. Se quedó hablando y riendo con algunos de los que estaban en la terraza. De vez en cuando hacía rugir el motor, así, para fardar.

Lo miré, ausente, una presencia molesta, pero de pronto volvió a acelerar el motor una vez más y volvió a reírse con su risa chillona y vulgar y algo me hizo saltar; pegué un brinco y, casi a la carrera, atravesé la pizzería, me lancé sobre él y le di un puñetazo en la mandíbula. Cayó, arrastrando su moto, y me quedé mirándolo sin decir nada. Enseguida noté que me agarraba el dueño del local, un veneciano con brazos de luchador, que me empujó calle abajo. Volví a casa sin decir nada.

Y callado me quedé en el juicio, cuando lo llamaron a declarar para demostrar que yo era un individuo violento y agresivo. Pobre Baracchi, que no ha sabido nunca el porqué de aquel puñetazo.

Al final se retiraron a deliberar. Muchos años más tarde, un miembro del jurado popular confesó a un conocido que pasaron aquellas horas sentados, haciendo girar los pulgares en silencio, esperando que el presidente diera la orden

de volver a la sala. La sentencia ya estaba decidida. Ni la absolución ni la cadena perpetua que pedía el fiscal. Solo un montón de años. Los miembros del jurado eran campesinos, gente de pueblo intimidados por la figura de la autoridad.

Se había acabado. Y, a pesar de todo, a pesar de la condena, sentí un curioso alivio y pedí a la escolta que me llevaran de vuelta a prisión mientras el presidente todavía leía las penas accesorias. No se oía al público. Solo los sollozos de una chica. No he sabido nunca quién era. Estaban mis tíos, mis primas, mi hermana. Mi madre no. Se había quedado en casa, enferma del cáncer que acabaría con ella, esperando y rogando para que volvieran con una buena noticia. Mi padre pidió a los agentes de la escolta que le dejaran acompañarme hasta el furgón. Fuera ya anochecía. Un frío ocaso de diciembre. En las calles habían apagado las farolas y un cordón de policías apartaba a empujones y porrazos a los amigos y compañeros de mi hermana que querían acercarse para darme ánimos. La escolta daba tirones de la cadena, intentando hacerme bajar el puño. Quién sabe por qué, pensé que era una buena idea cantar La Internacional y lo hice con convicción, con mi padre que me seguía, mantenido a distancia por los carabineros, diciendo: – sí hijo, canta, canta, hasta que me subieron al furgón. Y al día siguiente un periódico decía que había cantado Bandera Roja, error que atribuí a la ignorancia político-musical del redactor. Aunque, la verdad, ya de niño me habían echado del coro parroquial a pesar de la escasez de aspirantes cantores.

El trayecto no era largo y nadie dijo una palabra.

El padre de Baldi era un hombre alto, grueso y peludo como un oso. Vivía fuera del pueblo en una villa bastante deteriorada en medio de un parque que se había vuelto tan

agreste como su propietario. Tenía una moto de aquellas que ya no se fabricaban desde hacía años, probablemente una reliquia de guerra. Era concejal del ayuntamiento por el MSI[5] y sobre él circulaban anécdotas, como un estruendoso pedo que se había tirado en un pleno municipal. Su mujer, menuda y de talante tímido y señorial, había heredado la villa, pero de dinero nada. Solo tenían un hijo, que iba a mi clase. Cada día recorría en bicicleta los muchos kilómetros de subida que había entre su casa y el instituto, lo mismo si llovía como si nevaba, como si caía un sol de justicia. En parte porque no tenía más remedio y en parte porque su padre quería convertirlo en campeón. Pero él, pobrecillo, de campeón no tenía madera. Se esforzaba, pero era inútil. No éramos demasiado amigos, seguramente porque él amigos de verdad no tenía y estaba siempre solo, hijo único en aquella mansión desvencijada. O puede que yo lo viera así porque, ideologizado como estaba, aquello del padre fascista me echaba un poco para atrás.

Pero cuando los diarios una mañana publicaron mi foto y la noticia de que me habían condenado, mi madre oyó llamar a la puerta de la calle y desde la ventana vio al señor Baldi que le dijo: –¡Señora, no sabe cuánto lo siento!, antes de salir a toda prisa con su moto.

Murió al cabo de pocos años, poco después su mujer, y dejaron al hijo y a la abuela en aquel caserón. Y dicen que un día el muchacho, ya un hombre, solo y desesperado, cogió un fusil de caza, disparó a la anciana y se fue a la carretera nacional, donde se lanzó bajo un camión.

•••

5 Movimiento Social Italiano, partido de ideología fascista.

Entro en la ciudad por la puerta por donde salí, hace 32 años. Todo resulta más pequeño que en el recuerdo, hasta la cárcel, con sus muros que dan a la calle y las torretas de vigilancia, dotadas de cristales blindados desde la fuga.

Fuera, un guardia de pelo gris camina pegado a la pared, sorteando los coches mal aparcados. Lo miro, por si fuera uno de los antiguos carceleros. Improbable: los más veteranos ya deben de haberse jubilado o estarán criando malvas; y los jóvenes eran pocos, tres o cuatro. ¿Pero y si lo fuera? Lo miro, me mira. No lo reconozco y, además, me da igual. ¿Qué tendría que hacer, invitarlo a una cerveza para hablar alegremente del pasado? Paso delante del portal que se está abriendo para dejar entrar el camión de la limpieza. Miro de soslayo el patio aun cubierto de grava y de cemento.

Me quedo un momento mirando el muro exterior. Las ventanas con los barrotes, aun iluminadas.

Prácticamente no ha cambiado nada. Más coches cerca de la estación, gente de piel más oscura, acentos diferentes. Las mismas calles, los mismos edificios aristocráticos. La misma atmósfera de culto a la belleza, mejor si es rentable, mejor si es vendible, alquilable, explotable. Sin los excesos y el mal gusto de otros países y territorios. Un poco más de escepticismo pragmático (y ya había mucho entonces) en las conversaciones que se cruzan en los bares de siempre. Cambian, y tampoco tanto, las músicas que salen de los locales. Los uniformes de los policías. La pinta de las cuadrillas de adolescentes. Tampoco han cambiado mucho los diarios, con sus escándalos, hechos luctuosos, polémicas, deportes, eventos culturales estrictamente locales. ¡Por favor, como si hubiera cultura fuera de aquí! Hasta los apellidos de los políticos son los mismos.

Mi padre está enfermo. Mi padre no puede mear solo. No puede caminar. Mi padre llora y grita despierto y dor-

mido porque no puede liberarse de su cuerpo que, ahora, es una prisión.

Vuelvo al cementerio. Mi madre murió con 53 años después de luchar hasta el final para defenderme. Ya no tenía energías para plantar cara al cáncer. Ahora está aquí, en la pequeña capilla de familia, con los abuelos, las hermanas, su hijo Tito y tío Enzo.

Miro, escucho en silencio, pronuncio las palabras que se esperan de mí. Asumo mi papel.

Llueve. Es el otoño que se anuncia. Llueve sobre los cipreses, los olivos, las viñas, los cerros. En fin, llueve sobre la dulce tierra toscana, en realidad tan dura como cualquier otra. Toscana, la tierra donde te pueden salir con frases del tipo "coso, cósame la cosa", que lo mismo puede significar "perdone caballero, ¿podría pasarme la sal?", que "Paolo, saluda a tu madre de mi parte". Y el caso es que se entienden.

•••

Hojeo un dosier. Un viejo cuaderno con recortes de periódico amarillentos pegados con esmero, meticulosamente, por un jefe de estación que así intentaba mitigar su angustia.

Una cara joven. La mía, de hace más de 30 años. Repaso los artículos, los titulares, los pies de foto, pero enseguida me canso. Ahora ya no tengo tan bien la vista. Se me revuelve el estómago leyendo las obscenidades, las estupideces, mi vida de chaval exhibida, deformada, grotesca. Irreconocible. ¡Y lo mal que escriben estos periodistas! ¡Y lo bien que consiguen empobrecer la realidad, volviéndola inexorablemente sórdida!

Un titular me sobresalta: "Otra evasión fácil".

OTRA EVASIÓN FÁCIL

El recuento de la mañana había pasado hacía poco. Habían abierto las puertas de las celdas y golpeado los barrotes y las paredes. Los ordenanzas habían traído el café con leche, que al menos estaba caliente. No me levanté y, cerrando los ojos con fuerza, intenté atrapar el sueño interrumpido por la luz y los ruidos. Tal vez era hermoso. Otro día que empezaba. No había prisa. Algo de lectura, la radio, fantasear, conversar, pasear arriba y abajo por el pasillo o por el patio. Me quedaban catorce años. Nudo en el estómago.

Anselmo irrumpió excitado, los hombros encogidos dentro de su jersey demasiado ancho y deformado. Al parecer tenía grandes novedades. Ojeaba receloso a su alrededor. Yo lo miré interrogativo, cubriéndome hasta los ojos con las mantas. Hacía frío. Se sentó en mi cama hecho un nervio: –¡Ya lo tenemos!–dijo – ¿El qué?– le contesté. El serrucho, teníamos un serrucho, allí, en su celda. Con cuatro hojas de recambio. –¡No!, –¡Sí! Me levanté de un salto y me vestí. Qué importaba ya la humedad fría de pantalones y camiseta. Preparé la cafetera.

Una semana antes me había preguntado si me apuntaría a una evasión. Seríamos tres. Mi juicio se estaba celebrando y contesté que quería esperar a la sentencia. Ahora el juicio se había acabado. Me habían condenado y no tenía ninguna intención de quedarme. Sabia decisión, la mía. Porque, aunque estaba en preventivos y allí tenía que quedarme hasta la apelación en Florencia, el fiscal tenía otro plan y ya me había preparado un traslado a Porto Azzurro. Era su manera de vengarse por no haber conseguido que

me echaran la cadena perpetua. Con 21 años y sin antecedentes, a Porto Azzurro. ¡Mal nacido!

Había un tercero y era uno de los fascistas. Hice una mueca pero Anselmo dijo que el serrucho era suyo, que se lo había pasado un funcionario simpatizante, para que se diera el piro junto con sus camaradas. El problema era que el facha de sus camaradas no se fiaba y se había dirigido a Anselmo, un preso común. Imaginé los titulares de los periódicos. Y acto seguido pensé "¡bueno, y qué!", habría pactado con quien fuera con tal de salir de allí. Pero el facha debía convencer primero al carcelero de que tenía que esperar el momento adecuado para escapar con sus camaradas. Probablemente un par de semanas.

Hecho, nos largábamos. Pero las cosas había que hacerlas bien. El plan era cortar los barrotes de una de nuestras celdas de la planta baja. La de Anselmo, que estaba solo y no recibía nunca visitas. Después escalaríamos el muro exterior. Por la noche no solían hacer rondas por allí; y menos en pleno invierno, pero había que comprobarlo unas cuantas noches más. Desde el muro saltaríamos al recinto de un club de tenis y, después, ¡largo! Quedaba por encontrar un coche que nos esperara.

Vigilábamos por turnos mientras Anselmo aserraba los barrotes. Tardó tres días. Durante el *chape* y antes del recuento cubríamos los cortes con masilla reblandecida que sacábamos de los ventanales del módulo y que disimulábamos con herrumbre.

Los guardias se olían algo. Quién sabe, podía ser que aquel serrucho no hubiera llegado por la iniciativa espontánea de un agente con simpatías fascistas. Golpeaban los barrotes con más insistencia que nunca. También aporreaban las paredes con unas mazas. Entraron en mi celda para hacer un registro a fondo. Era el último día. Yo llevaba

encima un trozo de hoja de la sierra. Pude esconderlo en la manga a tiempo antes de salir al pasillo. Y una vez fuera, aprovechando el movimiento, conseguí deslizarlo en el montante de una celda vacía, antes de que me cachearan. Esperando que no llegara un nuevo interno aquella misma noche o al día siguiente.

Al atardecer del tercer día, a la hora de la televisión, la vía estaba abierta, me susurró Anselmo al oído sentándose a mi lado en la última fila. Poco después nos reunimos los tres en su celda, con la puerta abierta de par en par para no levantar sospechas. Una normal invitación a tomar algo. Repaso general: teníamos la cuerda, fabricada con sábanas cortadas en tiras bien anudadas, y que acababa atada a un gancho hecho con un trozo de taquilla. Teníamos algún dinero en billetes, conseguidos de otros presos o durante las visitas. Y sellos que podríamos utilizar como moneda de cambio.

Llegó el momento. Avisé a un joven romano, boxeador del barrio de la Garbatella como solía definirse orgulloso. Le dije que necesitábamos a alguien que nos hiciera ganar un poco de tiempo y que desviara de "aquella" celda la atención de carceleros y curiosos. Ni se inmutó. "No te preocupes", y se despidió con un breve apretón de manos.

El último recuento lo hacían hacia las once, a veces incluso más tarde. Si todo iba bien contábamos con dos o tres horas de ventaja antes de que saltaran las alarmas. Teníamos que llegar lo más lejos posible. En pocos minutos cada uno hizo su equipaje. Una bolsa de plástico con unas mudas y pimienta en polvo. Para los perros. Una fotografía, algunas cartas.

Franci, el fascista, estaba nervioso. Cerramos la puerta. El último repaso al material. Fuera llovía y en las torretas no había nadie. Los barrotes se aguantaban ahora con

cinta aislante, otra idea de Anselmo. Tiramos y en la reja se abrió un boquete. Me pareció demasiado pequeño. Yo tenía que ser el primero en salir. Me metí de cabeza y no pasaba. Volví atrás y probé sacando a la vez la cabeza y un brazo, mientras detrás los otros dos saltaban, renegando en voz baja. Quedé encallado y me tuvieron que liberar tirando hacia adentro. A Anselmo de pronto le vino una inspiración y me hizo sacar primero las piernas, mientras me aferraba a la reja. Fácil. Me deslicé afuera, en medio del viento y la lluvia. Sentí el frío del agua en la cara. Una descarga de vida.

Desde dentro me pasaron la cuerda y las bolsas. Unos pasos y llegué a la base del muro exterior. No había nadie. Nadie que nos mirara desde el parapeto, nadie patrullando, nadie en las ventanas. Estaban los reflectores, pero bastaba con moverse por las zonas de sombra. Al segundo intento el garfio se enganchó en la baranda. Mientras los otros dos salían por el agujero comencé a trepar por la cuerda. Aguantaba.

Una vez arriba vi que lo que me había soportado en la subida no había sido el gancho sino un nudo de la cuerda. La aseguré mejor. Mis dos compañeros llegaron, siluetas oscuras en medio de la noche, con sus bolsas de supermercado entre los dientes. Recordé una escena de "Rufufú" y me dio la risa. Anselmo subía ágil a pesar de sus 40 años. A Franci, en cambio, lo tuvimos que izar por los brazos.

Agachados recorrimos el camino de ronda hasta el punto desde donde podíamos saltar. La pista de tenis estaba desierta. Volvimos a colocar la cuerda. Era un salto respetable. Esta vez Anselmo fue el primero. Después el facha, y cuando estaba a punto de llegar al suelo, sus casi 90 quilos se cargaron el invento. Yo tenía, y tengo, vértigo.

Y la cuerda se había roto bastante arriba. Bajé hasta donde pude. Y me solté.

El suelo estaba mojado y las zapatillas resbalaron. De golpe todo fue dolor, un dolor agudo que subía desde el sacro. Se me cortó la respiración y no podía levantarme. Me ayudaron a darme la vuelta. Me pusieron de pie. Me notaba las piernas raras, pero podía caminar. Al final del pasaje nos topamos de frente con un buen hombre equipado con paraguas, correa y perro que nos observaba. Parecía haber seguido toda la operación con mucho interés.

Nos dio las buenas noches y nos saludó con la mano que sostenía la correa. Desfilamos por delante respondiendo a su saludo y apretamos a correr. La prisión, detrás de nosotros, seguía silenciosa. Ni gritos, ni disparos, ni sirenas. Nos resultaba extraño ver su mole desde fuera. Llegamos al lugar de la cita. Pero el coche no estaba.

No se lo tomaron demasiado bien mis cómplices. Pero no era momento de recriminaciones y recurrimos, sin discusiones, al plan B, el tren. Nos separamos de Franci. Cada uno por su cuenta. Se entregaría al día siguiente: llamó a puertas que no se le abrieron y la mezcla de hambre y frío hizo el resto. Fue uno de los pocos neofascistas que tuvo que cumplir condenas largas, en prisiones muy duras. Logró salir, muchos años después, bastante jodido.

Con Anselmo me dirigí a paso normal a la estación. En las vías muertas había vagones de mercancías y de pasajeros. Nos subimos para secarnos y reordenar un poco las ideas. Era un convoy muy largo y pasamos de un vagón desierto a otro, acercándonos a las luces de la estación. Esparciendo la pimienta en polvo a nuestro paso, por los pasillos.

Llegó un tren de pasajeros, que iba hacia el Sur. Habríamos preferido la dirección contraria pero no teníamos

elección. Cuando estaba a punto de arrancar saltamos a la vía y alcanzamos corriendo el último coche.

Era un cercanías. El revisor era joven. Negociamos el precio del billete hasta Orte, final del trayecto, y le pagamos con los billetes que teníamos y algunos sellos. No era tan extraño, eran los años en que en Italia había desaparecido la calderilla y en bares y tiendas, en lugar del cambio, te devolvían chicles, caramelos, mini cheques emitidos por bancos, cajas de ahorro y entidades de crédito de todo tipo y, por supuesto, sellos. Y así, después de un breve regateo pudimos acomodarnos en un compartimento totalmente vacío. Pasó un chico y desde el pasillo echó una mirada distraída dentro. Volvió atrás y abrió la puerta. Era de mi pueblo. — Colega – dijo — no sabía que te hubieran soltado. — Es que en realidad no me han soltado – le contesté.

No éramos lo que se dice amigos, era bastante más joven que yo. Insistió en darnos los cuatro chavos que llevaba encima y también el abrigo, que rechacé, porque sabía que su familia no nadaba en la abundancia y un abrigo para ellos era un gran gasto. No hizo mención de aquel encuentro con nadie, ni aquella noche ni más tarde.

Llegamos a Orte. Allí gastamos el resto de los sellos en un taxi que nos acercara algo más a Roma. Debían haber pasado un par de horas. Era el momento del *chape* en el módulo. Y debía de haber saltado ya la alarma. Al recuento les faltaban tres. Encontrar el agujero por donde nos habíamos escurrido les costó un poco más, porque Anselmo con mucho tino había vuelto a colocar los barrotes en su lugar. Se armó. Guardias corriendo a lo largo del muro, bajo la lluvia helada. Guardias en el recinto, reflectores enloquecidos, luces de farolas, linternas, bombillas fotoeléctricas. El director chillando como un loco. En la ciudad, como

contrapunto a las sirenas de la prisión, aullaban las de los coches patrulla de policía y de carabineros.

•••

Enseguida colocaron controles por doquier. Sellaron el barrio, las puertas de la ciudad, las carreteras. Pasaron la alerta a las estaciones de tren. Desplegaron un montón de perros, que durante días, seguidos por policías enfangados e imprecantes, harían batidas por los bosques y campos de la comarca.

Fueron a las casas de la familia, de los amigos. Empezaron aporreando la puerta de mis padres al grito de "abran, policía". La calle se había iluminado de destellos azules y hormigueaba de hombres armados. Abrió mi padre, en pijama y zapatillas. Le pusieron dos pistolas en el pecho. Dos amigos de mi hermana, que le hacían compañía en la sala de estar, acabaron de rodillas y con metralletas apuntándoles a la cabeza. Muebles arrastrados, puertas abiertas con violencia, órdenes y gritos. Querían saber dónde me había escondido, dónde había ido. Mi madre esperaba en silencio en su habitación. Intentó explicar que no sabían nada. Pero no la escuchaban, así que calló y se mantuvo de pie al lado de la puerta mirando como lo revolvían todo. Una vez más. Al final se fueron, no sin que antes el jefe de policía les recordara su obligación de comunicar cualquier información que pudiera llegarles sobre mi paradero.

Flora, mi madre, tenía ojos azules, sonrisa dulce y voz suave. Era la más pequeña de cuatro hermanas y cuando, antes de la guerra, murió la mayor, la segunda, tía Renata, fue presa de una extraña neurosis y se obsesionó con que no podía dejar morir a la pequeña; y así empezó a sobrealimentarla obligándola a comer también sus raciones,

hasta que un día Flora dijo basta. Y cuando decía basta, era basta, eso desde bien pequeña. Renata entonces se dedicó a la tercera hermana, Rina, que en poco tiempo engordó tanto que los abuelos y el médico de la familia tuvieron que intervenir alejando a Renata: con 17 años le encontraron un puesto de maestra en un pueblo de la montaña.

Flora había nacido entre dos guerras, una época en que morir joven era mucho más fácil que ahora. Muchos años más tarde, cuando con su hermana mayor recordaban los años de su juventud, lloraba. Pero eran lágrimas de reencuentro, más que de pesar o de nostalgia. Un desafío humilde pero obstinado a la realidad.

Su padre, el abuelo Tito, era jefe de estación de una red de ferrocarriles locales. Era aún joven cuando lo trasladaron del Casentino al Véneto, donde se llevó a mi madre. Al cabo de un tiempo volvió para quedarse definitivamente en la tierra donde había nacido. Era una persona tranquila, que recuerdo poco porque murió de cáncer cuando yo era muy pequeño. Al poco le siguió su esposa, la abuela Gina. Buena gente, tolerante, con aquel sentido del humor toscano que viste cualquier situación, hasta las peores, con ironía, normalmente amable, sin caer en el cinismo. Jefe respetado, que no temido, de su pequeña estación en un pueblo a los pies de las montañas, durante la ocupación nazi escondía, en el fondo de los vagones que pasaban por territorio boscoso, armas para el maquis. Era entonces una zona de frontera. Acabada la guerra se negó a recibir ninguna distinción que le relacionase con la Resistencia, para evitar "discutir" con su hija Renata, joven fascista idealista y nostálgica que mantendría su fe por el resto de sus días.

Tenían un perro, Febo, protagonista de un cuento que Flora, cuando nosotros éramos pequeños, mandaría a una revista, única manifestación de sus aspiraciones literarias,

y que ganó. El premio, una polaroid, una maravilla tecnológica por aquel entonces. Febo se había perdido durante un bombardeo aliado. Lo encontrarían un año más tarde, famélico, rondando entre las ruinas de la estación.

Todos los vecinos del pueblo se habían refugiado en los bosques de las montañas circundantes. Fueron meses de dura supervivencia, evitando los bombardeos angloamericanos y las represalias de los alemanes. Viejos, mujeres, niños, algunos hombres adultos. Sufrieron frío, hambre, miedo y sed.

Pero en las narraciones de Flora los sufrimientos solo eran el difuminado telón de fondo de historias y personajes. Como la "loca Fringuelli", así la llamaban, una madre soltera hija de familia acomodada. Llevaba a su hijo en brazos durante los desplazamientos del grupo, una larga columna de civiles, funcionarios, obreros, peones, con las familias y las cuatro cosas que habían podido meter en las maletas y hatillos. Caminaban despacio, montaña arriba y abajo, por pistas y senderos entre bosques de castaños y abetos. Una tarde la muchacha resbaló en un riachuelo y cayó con el niño, que se quedó inmóvil en el suelo, puede que desmayado, puede que simplemente dormido. Ella se levantó, lo miró y dijo "¡Oh!, fíjate, se ha muerto" y reemprendió el camino como si nada. Los otros, tan cansados como ella, recogieron el crío sin decir nada y se lo devolvieron.

En el grupo tenían un caballo y Flora, que siempre sintió verdadero amor por animales y plantas, no se separaba de él. Un día llegaron unos maquis al campamento. Dijeron que el caballo había que domarlo y, para hacerlo, lo ataron con un lazo. El animal se estranguló y, ya que estaba muerto, lo despedazaron y lo comieron. Mal asunto el hambre. Pero Flora no quiso comer ni pudo entender aquella cruel-

dad, y puede que por eso siempre recordaría que aquellos maquis se marcharon dejando armas escondidas en su campamento de refugiados. En caso de haberlas encontrado los alemanes, habría supuesto la muerte para todos los hombres y probablemente también para las mujeres y los niños. Aquella era tierra de nadie, un lugar donde no había escrúpulos ni piedad.

Pero no había odio en sus recuerdos. Un milagro en una tierra donde las SS habían masacrado pueblos enteros metiendo a todos sus habitantes en las iglesias y tirando dentro granadas de mano. Donde los aliados bombardeaban y ametrallaban a la población civil en vuelos rasantes. Donde los "camisas negras" fascistas colgaban a comunistas o supuestos comunistas con alambre de púas, o les quemaban vivos. Donde una partida de maquis había enterrado vivos a dos chavales de 17 años, enrolados voluntarios, eso sí, en las tropas de la república de Saló.

Tenía muchísima paciencia. Evitaba los enfrentamientos, pero si no podía evitarlos no daba su brazo a torcer. Contra la complicidad corporativa de sus colegas maestros se plantó un día en defensa de una pobre niña que iba a clase con mi hermana. Era un poco retrasada y de familia muy humilde. No avanzaba en los estudios. Gordita, con la bata siempre manchada y el lazo rosa, elemento obligatorio del uniforme de niñas, mal hecho y torcido. La maestra, una mujer ácida y a punto de jubilarse, la maltrataba. Y no con los gritos, castigos o cogotazos habituales en la época: la empujaba, le tiraba de los cabellos y la humillaba constantemente delante de los otros, obligándola a estar de rodillas horas y horas, mofándose de las trenzas sucias, de la carita de "pepona" que abofeteaba con rabia dejándole los dedos marcados. Le golpeaba con una regla las manos, la espalda, la cabeza. No recuerdo el nombre

de la niña, solo su cara siempre asustada. Todo el mundo lo sabía y todo el mundo se callaba. Sus padres era gente sencilla que creía que la hija merecía los golpes y humillaciones, y a quien nunca se les hubiera ocurrido oponerse a aquel acoso.

No sé exactamente como ocurrió, nosotros también éramos pequeños. Flora no denunció directamente a la maestra maltratadora. Ella, que no era una católica practicante y que iba a la iglesia como concesión resignada a las normas sociales, aplicaba al pie de la letra unos cuantos principios evangélicos. Como el que reza "quien esté libre de pecado...". No la denunció, pero hizo lo imposible para quitarle aquella criatura de las manos. Rompiendo el silencio, planteó el tema en el claustro y consiguió, con argumentos y amenazas, que la niña pasara a su clase.

Para ella era importante su trabajo. Antes de mi detención, la habían destinado a una escuela de una pequeña aldea cerca de casa, una escuela con criaturas de seis a diez años en la misma clase. Iba en coche, se había sacado el carnet aposta: mi padre ponía en marcha el Fiat 1100 de tercera mano, ella ponía la primera y arrancaba, después pasaba a la segunda y, botando, encaraba el paseo. Recorría los diez kilómetros con la segunda puesta y cuando llegaba apagaba el motor y dejaba el coche en la puerta de la escuela. Al final de la mañana uno de los padres hacía la maniobra y ella se dirigía a casa. Si todo iba bien volvía a recorrer los diez kilómetros en segunda. Si, en cambio, encontraba cerrado el paso a nivel, mi padre o uno de los ferroviarios tenía que ir a rescatar al coche y a la maestra.

Fui una vez a su escuela. Reinaba un silencio tranquilo: los niños leían y ella se paseaba entre los pupitres susurrando, escuchando. A la salida se entretenía hablando con

madres preocupadas y convencidas de tener unos zoquetes por hijos, que solo servirían para burros de carga.

Cuando, después de mi ingreso en prisión, mi familia se vio empujada a dejar el pueblo, a mi madre le asignaron una plaza en la ciudad. Fue cuando secuestraron a Aldo Moro.

Todas las escuelas de Italia recibieron una circular con la orden de leer el comunicado de condena del terrorismo de las Brigadas Rojas. Solo un puñado de maestros y profesores tuvo el valor de oponerse a aquella manifestación de régimen. Fueron los que querían recordar que en Italia también habían muerto, y estaban muriendo, muchas personas víctimas de la violencia fascista o del estado. A algunos les costó el puesto. Ella fue una de este puñado de desobedientes y en lugar del comunicado leyó una página del evangelio con la parábola de la paja en el ojo ajeno. El director la convocó, pero los padres la apoyaron a pesar de la histérica caza de brujas que imperaba en el país. Nadie la denunció. ¿Actuó de ese modo porque tenía un hijo en prisión? Seguramente alguien lo pensaría. Pero ya años antes la habían convocado para formar parte de un jurado popular y ella se había negado: – ¿Quién soy yo para juzgar a otro ser humano? – les dijo.

Fue al tercer registro en casa, me contaron, cuando le escupió en la cara al comisario. Para ella, que experimentaba auténtico horror hacia escupitajos y escupidores, era la máxima expresión del asco y el desafío.

•••

También mi padre había sido un refugiado, en las mismas montañas, pero con otro grupo. Sus recuerdos eran algo distintos, tal vez porque, aunque muy joven, era

hombre, y la familia no se había preocupado tanto por evitarle la visión de los horrores de la guerra. Eran recuerdos de pesadilla y las pesadillas le visitarían durante el resto de su vida. Imágenes de campos de minas, de hombres ahorcados, de prados sembrados de cadáveres, de un soldado alemán y de un soldado negro, americano, ensartados en sus respectivas bayonetas. Se había librado en un primer momento del alistamiento en las milicias fascistas porque era el más pequeño de la familia y su hermano mayor estaba en la India, como oficial prisionero de los ingleses, capturado en El Alamein. Uno de los pocos supervivientes, y ni él mismo sabía cómo había logrado sobrevivir a las bombas primero y a la disentería, la malaria y las privaciones del cautiverio después. No teníamos demasiada relación con este tío que había hecho carrera, que se consideraba y pensaba como un burgués, pero durante mi aislamiento, fue él quien me hizo llegar el tabaco. Yo no fumaba, pero él sabía bien hasta qué punto los pequeños caprichos, los pequeños gestos ritualizados, te ayudan a sobrevivir cuando estás encerrado.

También el grupo de refugiados de la familia de mi padre malvivía en tierra de nadie, entre las incursiones de los comandos alemanes, los camisas negras y los raids de la aviación aliada. Hasta que un día una bomba de fragmentación hirió a su hermana de 20 años, una muchacha bonita de pelo cobrizo, orgullo de la familia por lo bien que tocaba el piano. La metralla le afectó la columna vertebral. Lo mandaron a él en busca de ayuda hacia las líneas alemanas, más cercanas, pero una patrulla en retirada lo apresó. No entendían ni una palabra de italiano y decidieron fusilarlo. Cuando lo contaba, nosotros le tomábamos el pelo, porque nos lo podíamos imaginar cavando su propia tumba, con la meticulosidad que le caracterizaba. Lo

salvó in extremis mi abuela, matrona napolitana, que, preocupada por la tardanza, había ido a buscarlo y había encontrado a un oficial austriaco que medio chapurreaba el italiano.

Entonces la familia emprendió una penosa marcha hacia el frente aliado con la hija herida en una litera improvisada. Los acogieron en un hospital de campaña británico, donde un médico indio la intervino lo mejor que pudo. Para mi padre los indios, desde entonces, pasaron a ser aquella gente de piel oscura y sonrisa grande que permitieron que su hermana muriera con dignidad y no rabiando de dolor como un perro.

•••

La noche de la evasión, llevaron a comisaría a amigos, a conocidos, a ex compañeros de celda, a algunos con el abrigo por encima del pijama. Fueron interrogados y amenazados. Voló alguna bofetada (así nunca encuentran a nadie, pero lo hacen igualmente).

También pagaron los presos, a pesar de no saber nada. Más tarde se construyeron torretas nuevas a lo largo del muro; cerradas, con cristales blindados y, me imagino, calefacción.

Nunca he corrido como aquella noche. La reclusión debilita, pierdes vista, pierdes color, pierdes en resistencia. O engordas o adelgazas. Como yo, que de 70 quilos había bajado a 59. Pero aquella noche corría ligero bajo la lluvia. Anselmo aguantaba el ritmo. Corrimos toda la noche. Saltando de traviesa en traviesa a lo largo de las vías. Cuando se acercaba un tren nos agazapábamos tras los cañizales o en el suelo detrás de un pilar o de un montón de tierra. Esquivamos un control de carabineros, situado en la ca-

rretera nacional, al lado de las vías. Los veía, oía sus voces, se movían entre las luces de sus coches con las metralletas en la mano.

Avanzábamos en la obscuridad y a los lados desfilaban poco a poco los campos, las viñas, las sombras de los árboles, las casas que aun dormían. Solo alguna luz, iluminando un porche, una ventana. Me imaginaba las cocinas espaciosas, las estufas encendidas. A unos hombres taciturnos sentados a unas mesas de madera con sus tazones de café con leche, mojando trozos de pan. El primer cigarrillo del día en la jamba de la puerta, el cuello del tabardo levantado.

Corrimos hasta una pequeña estación en las afueras de Roma. Casi no habíamos hablado. Cuando te sientes acorralado el instinto animal se impone a la razón y las palabras sirven de bien poco. Teníamos miedo, frío. Estábamos cansados más allá del agotamiento. Y no queríamos que nos atrapasen. Nos habíamos evadido, nos perseguían, teníamos que correr. Correr más que ellos. Correr y basta.

Clareaba y habíamos dejado atrás el temporal. Las manchas, las sombras indistintas e inquietantes volvían a ser árboles, matorrales, cabañas. En los cerros y los prados afloraban los colores de la hierba y de los bosques. El olor de la tierra se mezclaba con el aire frío y picaba en los pulmones. Éramos libres, estábamos vivos.

En un pueblo nos subimos a un coche de línea repleto de trabajadores y estudiantes. No nos quedaba dinero y no pagamos. No éramos los únicos. Eran tiempos de "autorreducciones", y eran miles, centenares de miles, millones quizás, los italianos que se reducían las facturas de la luz, los alquileres, el teléfono, que hacían "compras proletarias", que ocupaban espacios. Era mucha la gente que había trasladado de la fábrica a la vida cotidiana la lucha por el salario. Que luchaba también por la gratuidad de los

transportes públicos: “que pague la patronal, total sirven para llevarnos a sus fábricas”.

Entramos en la ciudad. En los lavabos de un bar nos cambiamos y nos arreglamos un poco. Vimos un periódico en la papelera. La noticia de la evasión estaba en la cuarta página.

¡Qué decepción! A un presidiario, como a cualquiera, le gusta que le reconozcan los méritos: los había que, con tal de ver su nombre en la prensa, cometían atracos en lugar de robos, arriesgándose a diez años más de condena y a alguna bala.

Llamamos a unas cuantas puertas de periódicos y revistas para vender lo poco que teníamos: informaciones, noticias, experiencias. Conseguimos algún dinero. Y después de un montón de llamadas a una red de contactos, encontré a una compañera de un colectivo de lucha. Era bonita. Yo tenía el encanto del rebelde fugitivo. El encanto de la rabia, de las ganas de vivir. Nos acogió. Pero no podía durar.

Nuestros nombres desaparecieron de los diarios. Se habían suspendido las batidas con perros. Pero la búsqueda se ampliaba y, tarde o temprano, llegarían a aquel cuarto piso de un barrio popular de Roma.

Me dijo que había un pariente suyo que podría esconderme en su casa hasta que se calmasen las aguas. Lo dijo con estas palabras. El hombre vivía solo, no tenía vida social. Podría quedarme en el piso sin salir, pero no había sitio para Anselmo. Anselmo, el ladrón politizado que a cada sentencia repetía: “estos piensan que somos loros y que vivimos 200 años”. Dije que no. Él, en cambio dijo sí, que no hiciera el idiota, que era mucho mejor separarnos, mejor para los dos, que se las apañaría perfectamente. Me sentí un traidor y un infame cuando le vi marchar, calle

abajo, encogido de espaldas dentro de su jersey de lana demasiado grande. Se entregó una semana más tarde.

Una habitación en la periferia de la ciudad. Un bloque con vistas a un mar de bloques. Algunas luces mortecinas.

Era un piso de dos habitaciones y pasaba los días delante de la tele, comiendo y devorando los libros que encontraba. El hombre que me escondía estaba fuera todo el día, debía tener unos 50 años y no sé en qué trabajaba. Eso sí, me aclaró enseguida que era un nostálgico, es decir, un fascista mussoliniano. Como mi tía, pensé, que a pesar de ello era tan buena persona. Era un romántico, aquel hombre. Del Duce recordaba los ojos, la mirada magnética, con la que él se había cruzado una vez, y el timbre de la voz y las palabras impregnadas de ideas que parecían grandes, y las ovaciones, las multitudes inmensas como océanos; y después la derrota, la traición, el oprobio de los cadáveres ultrajados y para algunos la prisión. Pero no solo por eso lo consideraba un romántico. Tenía su secretillo, que no me explicó él. Un amor, un gran amor de adolescente, que con el paso del tiempo había crecido en vez de apagarse, por una muchacha que un buen día decidió casarse con otro. Más rico, más poderoso. Él no cambió y siguió siendo su amigo fiel, su ayudante, su confidente de por vida. Lo que fuera con tal de poder estar a su lado.

Mi compañera vino un día. Me entregó un sobre y una cartera de piel. Dentro había dinero y unas cuantas joyas. Las pocas joyas de mi madre. En el sobre había una carta con cuatro líneas de caligrafía nerviosa, palabras de afecto y de ánimo de mis padres.

Había ido a verlos a casa. Era mucha la gente que lo hacía. Amigos míos, de la familia. La policía no podía controlarlos a todos. La hicieron pasar a la habitación de mi madre enferma. Les dijo que estaba vivo y en lugar seguro. Ella

se levantó de pronto con renovada energía y sacó de un cajón el dinero y las joyas. Le dijo que las había guardado esperando ese momento. La abrazó, la bendijo. Le dio una dirección donde podría escribir.

Más de un mes estuve escondido en casa de Alberto, que así se llamaba. Pero no podía pasarme la vida escuchando la radio, leyendo cualquier cosa, mirando la calle por la ventana y decidí que no quería abusar más de su hospitalidad. Tenía dinero, no tenía documentos, pero ya me las arreglaría.

Busqué una habitación. La primera fue en casa de un matrimonio de viejos tenderos, cerca de la Pirámide. La segunda en el piso de una familia de Garbatella, el barrio del joven que me había cubierto la evasión. Tuve una historia con una de las chicas de la casa. Con marido e hijos. Y nuevamente me marché, siguiendo el consejo de la matriarca, buena mujer, comprensiva, que había visto ya demasiados dramas en la vida.

Durante el día rondaba por las universidades ocupadas, por las asambleas de barrio. Había lucha, había vida en Roma. Y también sangre. Pero mucha ilusión. En los barrios se organizaban "autorreducciones" y los piquetes contra los cortes de electricidad, contra los desalojos. Se ocupaban edificios acabados de construir y que la especulación iba a dejar vacíos durante años; barriadas enteras recibían a la policía con batallas campales. Se producían ataques fascistas. Batidas de la secreta. Había palizas y peleas. Por doquier había una eclosión de colectivos, radios libres, revistas, y los muros hablaban y cantaban. Los diarios y octavillas pasaban de mano en mano. Las librerías eran volcanes de ideas, con centenares, millares de títulos cargados de teorías, experiencias, sueños de revolución. En las manifestaciones había mucha adrenalina y poco

miedo. Eran centenares, puede que miles, los que formaban servicios de orden combativos, con cascos y también sus cócteles molotov, barras de hierro y más de una pistola. Pistolas que un año más tarde empezarían a disparar. Yo me quedaba en un rincón en las asambleas de la universidad, en las manifestaciones. Participé en algunas refriegas, con el riesgo de que la policía me detuviera como autónomo o que los manifestantes de sindicatos o del PCI me sacudieran.

Contactó conmigo gente de un grupo armado, encargada del reclutamiento. Rechacé su propuesta y no insistieron, pero quisieron mantener el contacto y me ofrecieron papeles a cambio de informaciones sobre fascistas. Nos vimos unas cuantas veces. A la última cita vino una chica. Para que me reconociera yo llevaba "Cien años de soledad" en la mano y paseaba como un turista por la Plaza de San Pedro. La mujer, rápida y escueta me comunicó que de documentos nada de nada y que vigilara porque la habían seguido.

No volví siquiera a mi habitación alquilada y, repitiéndome para mis adentros "será idiota la tía" como un mantra, me encaminé hacia la estación, subiendo a la carrera a autobuses de los que bajaba cuando ya arrancaban en la parada siguiente, entrando y saliendo de grandes almacenes, de iglesias y de cualquier lugar que tuviera dos salidas. Todo lo que tenía de valor lo llevaba encima: el reloj, el dinero y las joyas, que no había vendido, en una cartera de piel metida en la cintura. Puede que aquella cartera me salvara de la detención. Puede que pensaran que llevaba una pistola y decidieran esperar.

Subí a un tren, esta vez hacia el Norte. Cambié en Florencia. Después no sé dónde. Llegué finalmente a Trieste. Años después supe que me habían seguido hasta allí. ¡Eran

buenos los tíos! No me di cuenta de nada. Pero en Trieste me perdieron la pista. El que me seguía debía estar tan cansado y soñoliento como yo, puede que incluso más.

•••

No había estado nunca en Trieste. La verdad es que había estado en muy pocos sitios. Antes de los 19 años la gente de mi pueblo no viajaba demasiado, como mucho emigraban. Ni siquiera lo hacían los hijos de los ferroviarios, aunque disfrutaran de billetes gratis para toda Italia.

Un joven sentado en un taburete en la barra de un bar, leía Lotta Continua. Era alto, moreno, fuerte. Me instalé a su lado, pedí un café y le pregunté por algún lugar donde dormir. Me habló de la residencia universitaria: estaba ocupada y podían colocar una litera en la habitación de alguien de su colectivo.

Una residencia ocupada no me parecía un lugar demasiado seguro. Pero tenía pocas opciones, me quedaría una o dos noches como mucho y después me buscaría la vida. Le pagué el café y lo acompañé. Me presentó a sus camaradas. Pidió que me hicieran sitio. La cama, una de esas militares de campaña recuperada de quien sabe dónde, la colocaron en la habitación que un gigante friulano compartía con un turco enclenque. Con razón le llamaban el "turquito", prácticamente el único extranjero de la universidad.

Les dije que me iba a recuperar el equipaje, y en un supermercado compré algo de ropa, una maleta, cepillo de dientes, dentífrico, cuchillas de afeitar. En una papelería me agencié una libreta, unos bolígrafos y en una librería un par de volúmenes. ¡Hecho!

Por toda la habitación campaban plantas que el friulano cuidaba con pasión, orgulloso de sus habilidades de "pulgar verde". Y era un continuo ir y venir de visitas, de día y de noche. Igual que en la cárcel, con la diferencia que aquí no había que temer cuchilladas o botellazos por peleas o ajustes de cuentas. Y, además, había chicas. Guapas, guapísimas algunas. Sonrientes, con sus voces armoniosas, los cuerpos y gestos suaves. El olor fresco.

Me encontré a gusto enseguida. El comedor, baratísimo y, después del rancho carcelario, parecía alta cocina. Me sentía arropado por una comunidad acogedora, amiga. Los días pasaban entre distribuciones de octavillas, lecturas, debates y tertulias interminables, seguidas de reuniones, cenas y unas copas. Las noches nos las podíamos tirar hablando de todo y de nada: de la vida, los sueños, las utopías, las contradicciones, los miedos. Lo personal entonces era político, e ideas, proclamas, pensamientos leídos y elaborados se mezclaban con confesiones, historias, pasiones y emociones. Y yo empecé a mentir.

Es decir, a inventarme una historia. Un pasado construido de respuesta en respuesta, con retazos de verdades adaptadas y pequeñas invenciones. Empezando por el nombre, claro. En Trieste, yo era Alessio. La procedencia, es decir, la respuesta al ¿de dónde eres? era un problema, porque yo conocía bien pocos lugares fuera de mi pequeña ciudad y no podía arriesgarme a encontrar alguien que me saliera con un "¡Ah! de Pisa, y ¿cómo se llamaba ese centro social tan enrollado?" o "y qué buenos los superbocadillos de ese bar, ¿en qué calle estaba?" Como primer banco de pruebas de mi nueva identidad, aquella comunidad de jóvenes revolucionarios, que eran curiosos pero sin exagerar, fue perfecta. Eran tiempos de clandestinidad difusa y todo el mundo conocía la diferencia entre una pregunta

y un interrogatorio. Y además, aunque alguien sospechara, el riesgo de que el rumor llegara a la policía era muy bajo, porque la delación en aquel medio era inconcebible.

En aquella colmena de juventud, para mí enorme, estaba representado todo el amplio abanico de la extrema izquierda. Incluso había un anarquista individualista, estudiante de matemáticas, que se pasaba todo el santo día encerrado en su habitación o en la biblioteca calculando los tiempos y los ritmos de la inevitable revolución. Y un clandestino de las Brigadas Rojas, obligado a quedarse día y noche en la habitación de una compañera, de donde salía sigilosamente, a altas horas de la madrugada, para hacer pintadas en las paredes, firmando con la estrella de cinco puntas y llamando a la lucha armada.

A mí me tocó, y me iba bien, un colectivo marxista leninista. Participaba con interés en las reuniones, los debates. Conocía el idioma que se hablaba. Y también era bueno para piquetes y servicios de orden. Olía a la legua a secretas y fascistas, y siempre estaba preparado para responder a agresiones. Con los compañeros del grupo tuvimos algunas discrepancias justamente sobre los anarquistas y una discusión cuando me negué en redondo a cargar contra el grupo que quería participar en una manifestación llevando banderas negras con la A dentro del círculo blanco. Me caían bien los anarquistas: soñadores e idealistas, aunque con cero sentido práctico. Lo cierto es que nunca había conocido a ninguno. Eran setas raras en mi región roja.

Me gustaba mucho escuchar a Guccini. En la prisión cantaba "*La Locomotiva*", desafinando horriblemente cuando atacaba a pleno pulmón aquello de "iluminaba el aire la antorcha de la anarquía". Allí, en la residencia universitaria, había un compañero que tocaba la guitarra y la cantábamos en coro y entonces el "comisario político"

saltaba diciendo “parad ya con estas gilipolleces” y venga a discutir. Por otro lado, él también me resultaba simpático, el comisario político. Sobre todo desde que había abofeteado, en las escaleras de la universidad, a un militante de Comunión y Liberación, una organización católica conservadora, porque le había dicho que el dinero de las octavillas se lo daba el KGB. “Sí, pero tú antes le habías preguntado si las suyas las había pagado la CIA”, le reprendía su pareja, una chica morena, alta y decidida que le había arrastrado por un brazo. “No compares”, se defendía él, “su insinuación era un insulto, la mía un análisis político…”.

•••

Mientras tanto se había activado la red de soportes y complicidades, lo único que puede facilitar la supervivencia de un fugitivo. “El entorno”, lo llama la prensa. Si no tienes, estás perdido. Familia, tribu, partido. Vínculos de interés, de ideales, de sangre, que ahondan sus raíces en leyes antiguas y poderosas. “Nunca te abandonaremos”, me habían dicho mis padres cuando me detuvieron. Y mantuvieron la palabra. Cuando las miradas del pueblo donde vivíamos cambiaron de color y se volvieron esquivas, hostiles, toda mi familia se trasladó a la ciudad, y gracias al nuevo y parcial anonimato, pudieron organizarse para ayudarme en mi huida.

El primer contacto directo fue con mi tío Enzo, marido de la tía Renata. La cita era en un tren entre Milán y Venecia. Él tenía que quedarse sentado en un compartimento, y yo tenía que pasar y volver a pasar para comprobar que nadie lo seguía. Nos abrazamos. Llevaba una maleta car-

gada de regalos, de cartas, un sobre con dinero que debían haber recolectado entre toda la familia.

Era un oficial deL ejército de tierra, aunque jamás lo habíamos visto con uniforme. Delgado, casi calvo y siempre increíblemente alegre, nos hacía reír cuando éramos pequeños con su repertorio de anécdotas de juventud: "Usque tandem Catilina", que él y sus amigos del instituto traducían "¿por qué vas en tándem Catalina?" Los mismos amigos que en el verano entraban en los bares y decían al camarero: — ¿Tienen café frío? ¿Sí? Pues caliénteme una taza, por favor.

En el instituto, uno de sus profesores era un mutilado de la Primera Guerra Mundial, le faltaba un brazo, creo. Que cuando se alborotaba demasiado la clase, decía tío Enzo, solía recordar con voz estentórea y vibrante que ¡él había conducido a 300 hombres a la muerte!, y la clase entera respondía a coro: — ¡bonita faena, sí señor! Tío Enzo nos insistía: — ¿Lo pilláis? Había llevado a 300 hombres a morir. ¡Vaya si se había lucido!

Durante la guerra le había tocado ir a Yugoslavia, donde él y sus hombres evitaron cuidadosamente cualquier enfrentamiento con la resistencia. El armisticio entre Italia y los aliados le sorprendió en Cerdeña y allí, con el ejército en plena desbandada, realizó –él era teniente– el único hecho de armas que le gustaba rememorar al capturar una patrulla alemana. Los desarmaron, los pasearon un poco buscando a quien se hiciera cargo de ellos y, al final, los dejaron ir. Sólo querían volver a casa. Era un militar pacifista, mi tío, que habría votado por la abolición de todos los ejércitos, si hubiera tenido la oportunidad, y que, durante los primeros años de mi huida, se movió como un perfecto clandestino. No dudó un solo momento, aun cuando se jugaba el trabajo, su buen nombre e incluso la libertad.

Violaba la ley, ayudando al sobrino fugitivo, con el mismo buen humor y afable ironía con que copiaba en los exámenes cuando era joven.

Un año más tarde, en París, me contaría las instrucciones recibidas de mi padre:

— Lo ves, Enzo, te escribo la dirección en este papelillo, así si te atrapan ¡te lo tragas!

— ¡Pero hombre, Enrico, no exageres! Y además, así, sin agua… –le he dicho, ¿y sabes qué ha hecho?, ha dicho "así" y se ha tragado el papelito… Como te lo cuento. Y yo que alucinaba: ¡Anda ya, Enrico! ¡Qué miedo me das! ¡Vamos hombre!

Aún era relativamente joven cuando cayó enfermo de un cáncer de estómago y mi padre me explicaba que hasta el final, cuando le inyectaban la morfina, seguía con sus bromas, diciendo que eso de los chutes sí que molaba.

Tía Renata, su mujer, le siguió unos años después. No habían tenido hijos y se consideraban nuestros segundos padres. La tía era una fascista "nostálgica". Cuando el frente pasó y nuestra comarca fue liberada por los angloamericanos, una mañana se presentó al comando aliado para denunciar la caída de un avión enemigo, como ordenaban las leyes. Solo que las leyes a las que se refería ella eran las de la república de Saló y el avión abatido era un caza americano que volvía de una incursión. Los oficiales ingleses, al principio, no entendían qué les estaba diciendo aquella jovencita. Por suerte el abuelo Tito fue a recuperarla antes de que la metieran en un campo de concentración. Era una fascista extraña mi tía, no aguantaba a los "rojos", que para ella eran los del PCI, pero me regalaba los libros de Marcuse, aprobaba las manifestaciones del 68 e increpaba al carnicero, asustado por las Brigadas Rojas: "¿De qué tiene miedo? ¿De una bomba en la tienda? ¡Si esos son los

únicos en este asco de país que tienen coraje y plantan cara a quien se ha de plantar!".

Creo que lo que no soportaba era la hipocresía de gran parte de un pueblo que había idolatrado al Duce y que le había escupido encima una vez muerto, algo poco decoroso, por cierto. Nunca pude desaprobarla del todo.

Dama de la Cruz Roja, siempre atareada con obras benéficas, cofundadora del Organismo Nacional para la protección de los Animales en nuestra ciudad, quiso que la enterraran con su uniforme y me hizo llegar la medalla que le habían concedido por sus méritos. También ella había sido maestra, recordada por tantos ex alumnos a pesar de los años.

Cuando también le diagnosticaron un cáncer, no quiso tratamientos ni morfina, confiando en que el corazón no aguantara mucho el dolor y que todo acabara deprisa.

•••

Fue casualidad.

Iba caminando por los bordes de una manifestación cuando una chica toscana, conocida lejana de mi infancia y ahora compañera autoexiliada al Norte, me reconoció, y me llamó.

Ella y su colectivo eran lobos solitarios. Es decir, gente que participaba en las movidas políticas, pero por su cuenta, sin encuadrarse en organizaciones o estructuras rígidas y definidas. No era una rareza, había muchos que estaban aprendiendo a vivir sin los referentes y las disciplinas de los partidos. Se aglutinaban en colectivos de base, comités de barrio, grupos de afinidad.

Presentes en muchas ciudades, en una noche podían quemar, hacer saltar, destrozar decenas o centenares de

agencias inmobiliarias, sucursales bancarias, centrales telefónicas. Los periodistas lo llamaban "terrorismo difuso". Para nosotros era legítima defensa contra el auténtico terror del sistema.

Ella era de uno de esos grupos que, además, daba soporte a compañeros en fuga o buscados. Les ayudaban, con documentación y dinero, a salir del país. Este tipo de cosas.

Cuando le recordé que yo no era ningún represaliado político me contestó que represaliados son todos los que luchan y se rebelan. Había miles. El año siguiente al de mi evasión, de las cárceles italianas se fugaron más de trescientos presos. Y no eran cárceles colador, distintas de las francesas, las alemanas, las españolas o las suecas. De distinto había un hambre de libertad más difusa e intensa.

Charlamos un buen rato y me dijo que podían encontrarme un documento de identidad y facilitarme la salida a Suiza. Desde allí podría ir a París. Y en París alguien me ayudaría a dar el salto a América Latina. O al Líbano. Sí, porque entonces también el Líbano y Palestina eran territorios de acogida para el imaginario revolucionario.

Dudé. Me encontraba a gusto en Trieste, con mis nuevos compañeros. Había conseguido establecer un contacto estable con mis padres a través de un convento. Pero también sabía que no podía durar, que tarde o temprano tendría que reemprender el camino si quería tener la seguridad, una razonable seguridad, de poder despistar a los que me estuvieran buscando. Y quería empezar a luchar de verdad, a combatir en situaciones extremas. Me atraía la idea de lugares y situaciones donde todo fuera más claro y sencillo, aunque infinitamente más duro.

Al final, una noche en Venecia, le dije que sí. Una cita que parecía romántica. Dos jóvenes que se encuentran una noche de mayo, paseando despacio por los puentes, las ca-

lles desiertas, en silencio. Que se paran, se abrazan y se besan.

No sabía casi nada de ella y no hablamos de nuestras vidas. Estaban, y eran mucho más importantes, los sueños colectivos. No la volvería a ver y lo sabía. Por la mañana me acompañó al tren. Ensueño de ojos violeta que se alejaban.

Intento recordar como fue el paso por la frontera. Alguien me dio un documento. Subí a un coche con un joven que, charlando mientras conducía, me llevó a la frontera. Tampoco recuerdo si los policías nos pararon o si nos hicieron señas de ir tirando. Todo fue muy rápido. Nada solemne. Me encontré en Suiza, en Lugano, y fuimos a comer a un restaurante. Me pasaron el dinero, que habían traído en otro coche, y que ya habían cambiado en francos suizos y franceses. Me llevaron a la estación para coger el tren de Zúrich. Al llegar dos compañeras me llevarían a dormir a su casa. Al día siguiente cogería otro tren hacia París, donde buscaría el contacto que tenía que darme el pasaporte y el destino definitivo.

En Zúrich resultó que las dos chicas casi no entendían el italiano y me dejaron delante de una pensión. "¿Tienes un documento, no?", me dijo una. Bueno, sí, tener tenía, pero no sabía hasta qué punto era bueno. Pero, en fin, tarde o temprano había que probarlo.

En el establecimiento estaba todo en alemán: listado de precios, informaciones, instrucciones a lo largo de las escaleras de madera, de los pasillos, detrás de la puerta de la habitación. El único cartel en italiano estaba al lado del espejo y decía: "Prohibido mear en el lavamanos". Casi no dormí, debía ser la zona de copas, porque hasta la salida del sol no pararon los cánticos y los monólogos de borrachos en la calle.

Me levanté muy temprano. La estación estaba muy cerca. Compré un billete, solo de ida, para París. Todo era extraño: los sonidos, los trenes y después el paisaje. Extraño y fascinante al mismo tiempo. En la frontera los policías franceses echaron un vistazo superficial a mi carnet. Indicaron mi maleta. La bajé de la red y la abrí encima del asiento. Otra ojeada distraída y se marcharon. Volví a la contemplación del paisaje. Kilómetros y más kilómetros de llanura, de campos verdes, de bosques, de parques. Pocas casas, algunos pueblos. Tan diferente de mi abarrotada tierra, donde las noches cruzadas en tren nunca son del todo oscuras, con puntitos de luz que se empujan y se atraen por doquier.

La gente subía y bajaba. Gente que hablaba raro; que vestía raro; que miraba raro. Hasta los colores eran raros.

Y al final, París. Una polvorienta estación gris, atestada de gente, de maletas, paquetes, pañuelos, golpes, gritos, silbidos, lágrimas. Calor.

•••

Arrastré la maleta hasta el bar de la estación y estrené mis nociones de francés. La verdad, tenía que haberme imaginado que, haciendo dictados y aprendiendo palabras como "*canif*" o "*parbleu*", no saldría airoso de la prueba de fuego. Pedí un vaso de leche y el camarero me lo hizo repetir tres veces para, seguidamente, llamar a su colega y empezar ambos como a hacer gárgaras y reír. No entendía nada, pero no me gustaban nada sus caras.

Renuncié a la leche y salí de la estación pensando cómo organizar la supervivencia. Tenía algo de dinero y tenía que durar. Entré en una panadería a comprar un croissant y preguntar si, por casualidad, sabían de alguna habita-

ción de alquiler por el barrio. En los pueblos los tenderos están al tanto de estas cosas, claro que en París tal vez fuera distinto. La dueña de la panadería era una bretona regordeta que no se rió de mi acento, al contrario. Contestó que sabía de una habitación ("*chambre de bonne*") y yo le dije con entusiasmo que si era de "bonne" iría de perlas, mientras me preguntaba qué diantre sería eso. Ella misma me acompañó, dejando a la dependienta detrás del mostrador. Tocó un timbre, habló con una portera. Yo seguía sin entender casi nada de toda aquella charla llena de sonidos curiosos. Como en una carrera de relevos, la portera pasó el testimonio a un apartamento en el tercer piso. Me despedí agradecido de ella. La señora del tercero, también muy amable, me abrió el camino hasta el séptimo.

El alquiler no era caro, pero la habitación tenía las dimensiones de un armario, con una cama y una mesita empotradas dentro. Era una de aquellas buhardillas parisinas con tejados inclinados de pizarra. Podía estar de pie solo del lado de la puerta. El wáter, a la turca, y el lavamanos estaban en el rellano. Si quería ducharme tenía unos baños públicos a unas tres travesías.

Pagué los primeros meses. Una vez solo inicié la ceremonia de transformación de un espacio desconocido en refugio, casa o, en mi caso, según la terminología mediática de aquella época, en madriguera. Fui sacando mis cosas de la maleta: una radio, un par de libros, una cafetera, la ropa que, bien doblada, guardé en la maleta debajo de la cama. Un libro, la radio y la libreta en la mesilla. La cafetera encima de un fogón de gas, justo detrás de la puerta. La dejaría preparada antes de ir a dormir y la encendería al despertarme, desde la cama, una costumbre de la prisión. El otro libro sobre la cama. Dos o tres fotografías arrugadas en la pared. Hice la cama, atando las puntas de

las sábanas por debajo del colchón de espuma para dejarlas bien lisas. Un cojín improvisado con una toalla y la cazadora. Casa.

Con un poco de esfuerzo conseguí abrir la claraboya que era la única ventana y saqué la cabeza por encima de un paisaje de tejados oscuros, muchas ventanas, un patio, la punta de un rascacielos –la torre de Montparnasse– y un cielo gris y cargado. Volví a cerrar y me eché encima del colchón con las manos detrás de la nuca y la mirada clavada en el techo.

Me desperté al día siguiente, algo tarde, con el cerebro que bullía de cosas por hacer. Tomé el café casi ardiendo y, descalzo, en calzoncillos y con el cepillo de dientes en la mano, fui a tientas hasta el lavabo, desfilando ante unas cuantas puertas a lo largo del recorrido, que no había notado. Se abrió una y, en el umbral, apareció una muchacha alta y pelirroja, que respondió con un gorjeo incomprensible a mi "ciao".

Tenía programado ir a buscar al contacto. Me había aprendido la dirección de memoria y me la iba repitiendo. Pero antes necesitaba una ducha. Bajé a la carrera los siete pisos de escalones de madera. La portera me indicó con gestos donde estaban los baños públicos. Yo me esperaba una especie de termas romanas o de baños turcos. Decepción. Sólo había una serie de cabinas equipadas con un pequeño vestidor y un plato de ducha. Más austeros, pero semejantes a los baños colectivos que teníamos en la estación cuando era joven, dos años y toda una vida antes. Uno para los jefes de estación, otro para los trabajadores de la línea y de la central eléctrica. El agua se calentaba con una caldera alimentada con leña. Era un lugar espacioso y acogedor, sobre todo en invierno. Me gustaba ir y

cuando en mi casa instalaron una bañera no sentí ningún entusiasmo.

Me duché, sin más. Tenía que quitarme de encima la suciedad y el sudor del viaje, de la contaminación de la ciudad, del sueño. Costaba poco y en el precio iba incluida una toalla limpia. Fresco y animado, salí en busca de un mapa de la ciudad. No fue fácil situarme y encontrar el barrio donde vivía la persona a la que tenía que ver. Era hacia el Norte, del otro lado de la ciudad. Tenía que coger el metro, otra dimensión desconocida. Bajé al París subterráneo y me quedé embobado un rato mirando carteles, mapas, instrucciones escritas en varios idiomas, hasta que creí haber entendido como funcionaba el sistema. Pedí un billete. "¿De qué tipo?" De turista, un abono semanal, un pase con descuento para familias numerosas, para militares, para jubilados. Dios. Un billete.

Entré y, de nuevo, me impactaron sonidos, olores y colores extraños. Y mucha gente. Me había acostumbrado a olfatear el miedo en los otros y sentí que allí abajo había un montón. Miedo a los "*blousons noirs*", a los árabes, a los policías, a los nazis racistas, y también miedo a llegar tarde o a no llegar a final de mes.

Al final del trayecto salí a la superficie, agarrándome intranquilo al pasamano de unas escaleras mecánicas, y me encontré en otra ciudad. Árabes, negros, mulatos, tropeles de niños, voces incomprensibles, músicas del otro lado del Mediterráneo, aromas de comidas desconocidas. Me costó encontrar la dirección. Enfilé por unas escaleras estrechas, cruzándome en los rellanos con miradas desconfiadas. Toqué el timbre y, desde la mirilla, un ojo me preguntó quién era. Pronuncié bajito el nombre de quien me enviaba y una especie de santo y seña. La puerta se entreabrió, y una chica rubia, mona, me miró mientras llamaba a alguien.

Llegó un joven árabe, bien plantado, que me preguntó qué quería. No me parecía oportuno hablar del asunto en el rellano. Pero él hablaba rápido y yo entendía la mitad de lo que decía. Le repetí el nombre del contacto y, al final, le anuncié que quería ir a América Latina o al Líbano, para luchar. Cortó, diciendo que me había equivocado de dirección, y me cerró la puerta en las narices.

FUGITIVO

Empezábamos bien. En las libretas que llenaba cada día con mi letra de pata de gallina, escribía cosas como "ya no creo en el mito cobarde de la neutralidad. Allí donde llega la garra del poder, allá donde la norma y la normalidad se basan en la división de clases, en la explotación de todo lo explotable, en la lógica del máximo beneficio, no existe institución, organismo, práctica social que no esté contaminada hasta la médula". Entonces lo sentía así, y hoy también, solo que ahora lo expresaría en otros términos. Y, sobre todo, no caería en la trampa de pensar que los enemigos de mis enemigos tienen que ser forzosamente mis amigos.

Como en el caso de Khomeini, que en aquellos días era el personaje de moda, el héroe que a mis ojos y a los ojos de tantos se alzaba contra la prepotencia imperialista yanqui. Un tipo simpático. Hasta el día en que vi en Libération las fotos de militantes kurdos atados delante de las ametralladoras, fusilados a montones. Hasta que me harté de ver en la tele del bar las masas de mujeres enteramente cubiertas de negro. Hasta cuando tantas alabanzas a Alá y a su infinita potencia, y todas las estupideces que me recordaban los años del catecismo, me tocaron las pelotas.

Fueron meses y más meses de vida bohemia. Proscrito bohemio, sonaba bien. Aprendí un montón de cosas... Como, por ejemplo, que cuando un homosexual se te insinuaba con más o menos insistencia, por la calle o en un bar, no hacía falta romper una botella y amenazarlo con marcarle la cara, bastaba con decirle que no. Aprendí a liar cigarrillos. Me gustaba aprender.

Y me gustaba la ciudad. Pronto la dibujé con mis recorridos. Con las rutinas y actividades que sirven para secuenciar y disciplinar las jornadas. Los museos tenían días de visita gratuitos y una vez a la semana me embelesaba vagando por las inmensas salas del Louvre. En Nôtre Dame los domingos daban conciertos de órgano. La "carte orange" servía para un número ilimitado de viajes en transporte público y yo me pasaba horas en bus explorando la ciudad desde las ventanillas. Había parques donde deambular meditando, bancos donde sentarse, diarios que leer. Estaban los *quais*, a lo largo del Sena, con sus *bouquinistes* que vendían libros usados. Les Halles, el antiguo mercado central que había dejado lugar a un inmenso agujero, convertido por aquel entonces en los exteriores de la película de Ferreri "*Touche pas à la femme blanche*". En el recientemente inaugurado centro Georges Pompidou, encontraba lo mismo manuales para la fabricación de explosivos que revistas, cómics o clásicos de la literatura rusa. Y me podía pasar tardes enteras leyendo, sin que nadie me molestara. En el mismo barrio había pequeños locales o restaurantes populares donde la comida era tan buena como barata, y las muchísimas mesas eran servidas por cuadrillas de eficaces camareros equipados con la tradicional servilleta blanca doblada sobre el brazo. Y a menudo me quedaba embelesado contemplando el polvoriento escaparate de madera y cristal de un trapero que exponía, colgadas cabeza abajo, unas ratas inmensas, grandes como conejos, desecadas. Eran los habitantes de las alcantarillas del antiguo mercado. A poca distancia, otro establecimiento –una librería de viejo– exhibía una cabeza de jíbaro reducida, momificada. Los párpados y los ojos cosidos con hilos de fibras vegetales.

También llegaba a París el oleaje del movimiento italiano. La flor y nata de la inteligencia francesa hizo público un manifiesto contra el ataque a las libertades que el Estado y poderes paralelos, más o menos ocultos, estaban llevando a cabo en Italia. La gota que hizo desbordar el vaso de la sensibilidad democrática de Deleuze, Foucault y compañía fue el proceso del "7 aprile"[6], un montaje que atribuía a una dirección única las luchas en fábricas y calles, y las de los grupos armados, convirtiéndolas en un complot. Decenas de profesores, estudiantes, activistas de la autonomía obrera acabaron en la cárcel acusados de ser los organizadores, instigadores, promotores de todo aquel clima de revuelta. Un proceso que se hizo célebre gracias al llamado "Teorema Calogero". El tal Calogero, fiscal del caso y miembro de Magistratura Democrática, con gran desparpajo mental y jurídico, construyó una argumentación acusatoria en virtud de la cual, si alguien como, pongamos por caso, la revolución proletaria tiene los mismos objetivos que un grupo armado, será responsable penalmente de pertenencia a banda armada, aunque no haya visto nunca siquiera a un miembro de organizaciones clandestinas, ni haya empuñado nunca una pistola o una honda. Dicho de otro modo, si el vecino del piso de arriba y yo tenemos el objetivo común de hacer durar el sueldo hasta final de mes y él pega a su mujer, demasiado derrochadora, acabando en comisaría, allí también debería acabar yo, por concurso en violencia doméstica.

Una vez más, el genio "*italicus*" abrió camino. Hoy, treinta años más tarde, tenemos jueces del Tribunal Espe-

6 Enjuiciamiento masivo en 1978, una vez desaparecido Aldo Moro, contra decenas de intelectuales de la izquierda no institucional, acusados de "intento de subversión de la legalidad democrática de la República.

cial español que aplican esta fórmula para neutralizar los movimientos del país vasco, incluso los pacifistas, en base a la presunta coincidencia de objetivos con ETA.

Muchos de los acusados del "*7 aprile*" se refugiaron en París, donde se instalaron, más o menos plácidamente, gracias a la palabra que Mitterrand dio a las personalidades francesas comprometidas en la defensa de aquel colectivo. Porque, eso sí que lo tienen los franceses: presidentes e instituciones que honran sus compromisos.

Grupos y más grupos de chicos y chicas, en las universidades y en los barrios parisinos, emulaban a sus, mucho más numerosos y organizados, compañeros de la "autonomía italiana". Uno de los puntos de encuentro era la universidad de Jussieu. De donde a veces salían, lo que ellos llamaban manifestaciones ofensivas. Algún molotov que quemaba a medias, algún que otro aparador hecho añicos y algún que otro choque con la policía. Y una vez, en el aula magna ocupada para una asamblea, hubo una paliza con cadenas de moto a dos técnicos de una oficina que habían seguido hasta allí a los chavales que acababan de reventar todos sus ordenadores.

Yo prefería actuar solo. Asistía a las asambleas desde un rincón y me quedaba con las consignas. Hacía pintadas y algún pequeño sabotaje, como quemar un coche de una empresa de seguridad o reventar algún aparador con un artefacto fabricado de cualquier manera, que a veces funcionaba y otras no.

Como chico de pueblo que era, me movía con cautela por la ciudad, entre las mareas de caras grises, de miradas apagadas. Hacía largas caminatas, entre el lento avance de inmensos bloques de cemento o de piedra vista, recubiertos de vidrio y de metal. En medio del desfile de luces chillonas, de reclamos hipnóticos, de un ruido que cre-

cía o disminuía, pero que nunca desaparecía del todo. Por doquier, sonidos agudos, penetrantes, lancinantes. O bien, amortiguados por la nieve o la niebla, como en la llanura donde había nacido. Asistía con asombro a la exhibición de riqueza, de abundancia, de despilfarro y de miseria, de soledad y degradación.

•••

La metrópolis era como un gigante repleto que se vomitaba encima.

Gradualmente me iba confundiendo con las masas que poblaban metros, autobuses, plazas y supermercados. Era fácil desaparecer en aquel calidoscopio de humanidades diversas.

Intenté restablecer el contacto con los compañeros italianos que me habían ayudado a salir. No lo conseguí. Dos del colectivo habían "caído" y el resto se había dispersado. Puede que algunos también hubieran decidido refugiarse en París.

No podía volver atrás ni marchar a otro lugar con un simple carnet de identidad. De nuevo la espera, aliñada con miedo, y amargura, y soledad. No era peor que la prisión, pero pesaba. Esperaba tendido en la cama, escuchando la radio, descifrando con paciencia los sonidos que emitía, cada vez menos incomprensibles. O bien sentado bajo un árbol en el parque de Luxemburg. Días, semanas, incluso meses rondando bajo el cielo, los tejados oscuros de las casas, las fachadas austeras o románticamente decadentes.

Pensando en mis padres, en la vida que nunca volvería.

Me apunté a una biblioteca de barrio. Una chica pecosa y con trenzas rubias me hizo un carné sin pedirme

más requisitos que el nombre y una dirección. Cogí la costumbre, cuando salía a la calle, de llevar siempre un libro conmigo. Resultas mucho menos sospechoso si llevas algo inofensivo o banal en la mano: una carpeta, una barra de pan, la bolsa de la compra con las hojas de apio que sobresalen. Un libro te ayuda a mantener una actitud relajada, normal, cuando pasas cerca de unos policías, porque, cuando te miran, nunca sabes qué hacer con las manos: si las metes en los bolsillos se les pueden disparar las alarmas, y si las dejas colgando o te rascas, puedes llamar la atención. Lo mismo con las miradas: como los mires fijamente puede parecer una provocación, si bajas la mirada o la desvías puede parecer miedo. Con un libro en la mano te puedes fingir concentrado en un pasaje particularmente interesante, o puedes levantar la mirada posándola en un punto justo por encima de la cabeza de quien te mira. No desafías y expresas calma y seguridad. Suele funcionar.

Busqué trabajo, pero no era fácil: por la lengua, por los controles y porque, en realidad, no sabía hacer nada en concreto. Alargaba el dinero de mi familia gastando el mínimo indispensable: el alquiler, la carta naranja, pan, leche, arroz, queso, café, algo de fruta... Muy de tarde en tarde iba a tomar un café, más que nada para sentir un poco de calor humano y, en invierno, simplemente calor.

Y fue justamente en un café donde conocí a May, una morena muy mona que se me aproximó, se presentó, elogió mi francés de emigrante y acto seguido, –¡oh, desilusión!– me soltó si quería tomar una copa con ella y su amigo. Una simpática parejita parisina; él también un chico guapo, rubio y risueño. Hablamos un rato; ellos con su acento de auténticos parisinos y yo tropezando con fonemas y sintaxis. A la segunda cerveza él fue a lavabo y ella, directa, me preguntó si querría hacer un "ménage a trois". No capté la

idea enseguida y, cuando lo hice, le dije que sintiéndolo mucho y como consecuencia de traumas que no venían al caso y todo el rollo, algo me impedía participar en cualquier clase de relación de carácter homosexual. Con ella en cambio... No se lo tomaron a mal y nos hicimos amigos. Los primeros amigos que hacía en París. Me invitaron a su casa, un estudio enmoquetado lleno de cojines, posters y olor a incienso. Y un sábado también a comer, en casa de los padres de ella, una familia judía acomodada, él un señor culto y cordial que se interesó por la situación política en Italia y que, en la mesa, nos pasó una kipá a mí y a Francis, ignorando los comentarios sarcásticos de May.

Fue con ellos con quien me emporré por primera vez. Para mí, educado en la rígida moral de un pueblo, primero católica, después comunista y finalmente cato-comunista, fumar un porro era drogarse. Pero con aquella gente me sentía seguro, sentado en el suelo, escuchando músicas nuevas: Pink Floyd, Moustaki, Brel, Cohen... Bueno, nuevas para mí, claro. La experiencia no fue tan perturbadora como me temía. Solo una ligera, rara, sensación. Y al volver hacia mi guarida en plena noche, yo, que de noche no salía nunca por seguridad (hay menos gente, más controles, menos posibilidades de confundirte entre la multitud, los policías están más tensos y suspicaces), afronté las calles sin miedo y con el ánimo ligero. Si eso es la droga, bienvenidas sean las drogas, pensaba.

Mi francés progresaba y me movía más cómodamente por la ciudad. Y entonces conocí a Joan en una cola, en la oficina de empleo. Era de un país llamado Cataluña, para mí muy exótico, del que no recordaba haber oído hablar nunca. Y me introdujo en su ambiente de estudiantes extranjeros instalados en París para especializaciones varias. Ellos también vivían la bohemia, aunque más de

uno tenía, lujo inaudito, una ducha en su apartamento. Y no los buscaba la policía, claro.

Volvía a ser miembro de una comunidad. La soledad me pesaba menos y las tardes y las noches se acortaban en aquellas reuniones en que se cenaba, se fumaba, se hablaba en un mezcla de francés, español, catalán e italiano. Se organizaban comidas colectivas a expensas del supermercado del barrio, nos procurábamos entradas gratuitas para el cine y el teatro, o nos inventábamos trucos, como entrar escurriéndonos por las salidas de emergencia. Nos intercambiábamos libros requisados en macro librerías, falsificábamos una amplia gama de carnets para tener acceso a comedores universitarios, o de correos, o ferroviarios. Encontrábamos siempre algún teléfono público roto desde el cual llamar por unos céntimos a cualquier parte del mundo, sabíamos cuáles eran los hospitales donde te atendían sin preguntar demasiado, sitios libres en casas ocupadas...

Y así fue como pude abandonar mi armario-habitación para trasladarme a un piso compartido en Gentilly, justo detrás de la ciudad universitaria. Para llegar a él cruzaba jardines rebosantes de coetáneos desocupados o afligidos por preocupaciones que envidiaba; y pasaba por delante de la tétrica silueta de la casa de Camboya, cerrada desde hacía un par de años después de una pelea en la que había muerto un chico.

•••

Una foto. Un hombre con pasamontañas, una cazadora, unos tejanos. Doblado hacia delante, empuña una pistola con las dos manos, apuntando hacia un enemigo que no se ve, en medio de una calle ancha. Contra un

fondo de humo, de figuras desenfocadas, de desorden urbano.

Otra foto: un chiquillo salta, exultante, con una sonrisa de niño dichoso. A sus espaldas algo está ardiendo.

Eran las imágenes que llegaban de Italia. En las manifestaciones multitudinarias había quien respondía con fuego al fuego de la policía. Quemar furgones de los antidisturbios a golpe de cócteles molotov era un acto gozoso.

Al cabo de unos meses volví a cambiar de sitio y fui a parar a un gran piso en Place d'Italie, lleno de brasileños. Gurú, llamado así por su increíble apariencia de santón hindú, era el titular del contrato y, por tanto, una especie de anfitrión para los otros inquilinos. Que jamás cuestionaban la proliferación de plantas que, rodeadas de atenciones y premura, ocupaban exuberantes todos los rincones luminosos de la casa. Era algo mayor que yo, alto y delgado y siempre estaba de buen humor, con sus camisas airosas y de colores chillones. "Me gustan las camisas grandes y las mujeres pequeñas", decía. Pero había días en que tenía que sumergirse en la bañera con agua caliente y sal para calmar los dolores. No era reuma o artritis. Lo habían torturado. Había formado parte de un grupo armado marxista-leninista, como casi todos los estudiantes y gente de ciudad de la pequeña burguesía. Nada que ver con el sertao[7], o los secuaces de Mariguela[8]. Lo capturaron, lo torturaron y lo soltaron: querían que los otros, que todo el

7 Meseta brasileña (en portugués, Planalto Brasileiro) es la denominación geográfica de un gran macizo o planicie extensa (meseta), que cubre la mayoría de las regiones oriental, meridional y central del Brasil.

8 Carlos Marighella fue un político y guerrillero brasileño, uno de los principales organizadores de la lucha armada contra el régimen militar instalado en 1964 y en pos del establecimiento del comunismo en Brasil.

mundo supiera qué le sucedía a quien caía en sus manos. Nunca hablaba de las torturas, ni por alusiones, cosa que tenía en común con otras personas que había conocido y que habían pasado por el mismo infierno. Quien ha sufrido torturas no suele hablar de ello, como las mujeres violadas. Se trata de experiencias absolutas, impronunciables. Condensados de sumisión a un poder avasallador, de humillación absoluta. Terror del de verdad.

Que haberlo, a pesar del silencio mediático y los desmentidos oficiales, "*haylo*". Incluso en nuestra civilizada Europa, capaz de engendrar un Stammheim y que ha tolerado la guerra sucia contra ETA o contra el IRA, o los vuelos de la muerte de la CIA, o que aún deja impune Bolzaneto.

Gurú huyó de Brasil, pasando a Chile poco antes del golpe de estado de Pinochet, de manera que acabó en el estadio de Santiago. Los supervivientes recordarían siempre el tipo con ojos de poseído que, al cabo de dos días a la intemperie y sin comer, se puso en pie en las gradas, exhibiendo una raquítica ala de gallina en la mano, que le había tocado cuando repartían el rancho, diciendo: – ¿Alguien la quiere? Es que soy macrobiótico.

Logró salir, no sé cómo, y obtener el estatus de refugiado político en Suecia. Y de Suecia a París, donde se ganaba la vida limpiando supermercados y oficinas. Siempre que los dolores se lo permitieran.

Los otros brasileños que vivían en el piso también eran exiliados, uno de ellos sin papeles y bajo perenne riesgo de expulsión. Llamaban solo desde cabinas –nunca desde las mismas– apuntaban nombres, direcciones y números de teléfono en papel de fumar, utilizaban nombres de guerra, en la calle vigilaban que nadie les siguiera, evitaban hablar de política o de su situación en casa o en locales cerrados.

Y luego, al menos un par de veces por semana, montaban unas fiestecitas que acababan, una vez sí y otra también, con la policía aporreando a la puerta, alertada por algún vecino que tenía que levantarse a las seis y no apreciaba la samba. Entonces Gurú, desde el umbral y apoyado por alguna chica atractiva y colocada, aseguraba a los agentes que no harían más ruido y que palabra que lo sentían mucho.

En fin, no era el lugar más adecuado para un prófugo europeo, pero me daba pena dejarlos. Por otro lado, hubo una amnistía en Brasil y, de uno en uno, fueron volviendo a casa. Contra todo pronóstico también se la concedieron a Gurú. Me explicó su historia en los últimos días, y de qué le habían acusado: una emboscada a un oficial del ejército. No tenía buena puntería, así que solo le había herido y, a él, le fue como ya sabía. Volvía a Brasil. Me dio una dirección, que perdí.

Una amiga francesa dejaba una buena buhardilla en un inmueble cercano a Père Lachaise. Iba a menudo a pasear por las avenidas de aquel cementerio y un día fui a verla.

Margot era enfermera en uno de los grandes hospitales parisinos pero decidió irse unos meses a Ogaden, con Médicos sin Fronteras. No me habló de sí misma mientras preparaba el té, sino de los heridos, de los viejos, de los enfermos que tenía a su cuidado. Sospechaba que los clochards más ancianos eran utilizados como conejillos de indias para experimentar nuevas técnicas y, cuando una mañana descubrió que de repente había muerto un anciano vital y bromista con el que había trabado amistad, no lo pensó demasiado y presentó una denuncia pidiendo una investigación. La tildaron de loca y la denuncia no prosperó. Poco tiempo después, la sancionaron por intentar reventar el armario donde guardaban los opiáceos, para

coger morfina: una mujer estaba muriendo entre dolores atroces y el médico de guardia había olvidado firmar la autorización. Decidió marcharse, dejando el piso y todo el resto. No sabía cuándo volvería.

Me quedé con su habitación y durante unos meses no supe nada de ella. Finalmente volvió, cargada de frustración e impotencia. En los campos de refugiados había visto cómo los camiones entregados por la cooperación internacional se llevaban a los jóvenes y hombres que el ejército consideraba aptos para la guerra. Cómo regalaban herramientas agrícolas a una población nómada que consideraba la agricultura una actividad más vergonzosa que la prostitución. Cómo reían las madres cuando los cooperantes alimentaban a los niños más débiles, los hijos que ellas habrían abandonado a su suerte. Cómo se repartían cargamentos de biblias, regalo de alguna iglesia anglicana, entre analfabetos animistas que se morían de hambre.

De vuelta en París descubrió en su cuenta una buena cantidad de dinero: el sueldo que la ONG le había pagado. Dinero que no quería. De hecho, siempre encontraba algo o a alguien que, según ella, lo necesitaba más. Acabó dándoselo a un emigrante que había conocido en la calle.

Actuaba de la misma forma con su cuerpo. Era graciosilla y descuidada, y con frecuencia los hombres la utilizaban para después plantarla, a veces con alguna enfermedad venérea como recuerdo.

Siendo muy pequeña había sido violada por su padre. No lo odiaba. Simplemente se fue. Con 16 años acabados de cumplir, se fue del horrible pueblo donde había nacido y malvivido hasta entonces. Y a pesar de todo no era una persona triste.

•••

Pasaron los meses. Y el dinero de mi familia, incluso bajo un racionamiento espartano, no podía durar eternamente. No me quedaban demasiadas opciones: trabajo en negro o robos y atracos.

Mi primer intento de robo lo hice en un viaje a Normandía. Me habían prestado una tienda de campaña y la instalé en un camping próximo a un pueblecito de la costa. La comisaría estaba en un edificio aislado. Por la noche los policías iban a dormir con sus familias y el local quedaba sin vigilancia.

Mi formación en la materia no pasaba de las anécdotas que me habían contado en la cárcel, las novelas policíacas y las películas de acción. Estudié la zona, los horarios y los puntos de ataque. Me fabriqué un kit: un par de bolsas de plástico para meter los pies y no dejar huellas, unos guantes de goma rosa –los únicos que había en el supermercado del pueblo–, un destornillador enorme, cola, una linterna. Y una noche borrascosa trepé al balcón del primer piso. Embadurné un cristal con la cola y pegué encima un cartón. Di un golpecito y no pasó nada. Al tercer intento se rompió, pero en lugar de quedar adheridos al papel, los cristales acabaron en el suelo con un estrépito considerable. Unos perros comenzaron a ladrar. Y yo salté al suelo boca abajo, entre geranios y petunias.

Esperé. Los perros se calmaron y volví a subir. Entré, girando el pomo desde dentro. Abrí de par en par puertas, armarios, cajones, archivadores, que contenían montones de papeles, cuatro máquinas de escribir y unas pocas monedas. Algunos cajones estaban cerrados con llave. Intenté forzarlos con el destornillador. Podía ser que contuvieran armas o documentos. Pero el destornillador se dobló: ya me había parecido que no era de gran calidad.

Era demasiado tarde para ir en busca de las herramientas adecuadas. Frustrado, se me ocurrió que no quedaba otra que destruir la información en el local. Pegarle fuego. Era un inmueble aislado, no había ningún riesgo para las personas, y yo con la policía, todas las policías, estaba en guerra. En el lavabo había un botiquín y dentro una botella de alcohol. Rocié algunos papeles. Después me palpé los bolsillos. No llevaba encendedor. Y ni una caja de cerillas en toda la comisaría...

Me escurrí de nuevo por la ventana. Cerré. Salté al parterre. Me quité los guantes rosa de lavar platos y, antes de pasar bajo la luz de las farolas, los metí en la bolsa.

De regreso en París, me alisté nuevamente en el ejército de buscadores de trabajo. Horas de metro entre empujones, codazos y malhumor colectivo. Horas de fatiga. Al anochecer me arrastraba escaleras arriba hasta el catre para dormir, mejor sin sueños, hasta el día siguiente. Y, por la mañana, vuelta a empezar. "Metro, boulot, dodó" era la fórmula que pautaba la vida de la gente trabajadora.

Eran trabajos de mierda. Pagados como trabajos de mierda y con la cantinela de fondo de, "si no te gusta, ahí está la puerta, que fuera hay cola". Y era cierto.

Lavé platos, descargué cajas, repartí propaganda, hice traslados, cuidé niños. Uno entre tantos en el mar de la precariedad: inmigrantes, jóvenes marginados, hippies.

Una mañana llegué a la explanada donde descargaban los camiones y encontré todos los TIR aparcados y con los motores apagados, largas filas silenciosas. Conductores y mozos estaban sentados en el suelo o haciendo corrillos. Antoine, un veterano, un fortachón de 50 años, había quedado atrapado hacía unos minutos entre la caja del camión y la rampa de carga. El conductor no se dio cuenta

de nada. Tenía el tórax aplastado, pero era muy resistente y aguantó hasta el hospital.

No era la primera vez que sucedía. Recogí mis guantes, el almuerzo y marché. No era justo morir así, sin un porqué aceptable fuera de las cuatro perras que le daban, única garantía de subsistencia para su mujer y sus hijos. Era absurdo. Absurdo decir "qué desgracia" al devolverle un trozo de carne fría a la familia, o lanzar dos cubos de agua sobre la sangre coagulada en el suelo.

Una foto más. Entrega de las medallas de los Juegos de la Juventud en el instituto. Yo, muy fardón, con los brazos en jarras y la medalla de oro. Nanni, un escalón más abajo, sobre el pódium montado a toda prisa con cajas y taburetes, inclina la cabeza para evitar mi codo. Íbamos a la misma clase en primaria. Él, con sus cabellos muy cortos y las mangas de la bata deshilachadas, era un "niño bueno, que no da trabajo, que se esfuerza, pero que no tiene cabeza para los estudios", y en todo caso su futuro ya estaba decidido. Al final de la escuela le esperaba el taller. Es decir, 60 horas semanales, las faenas más pesadas, y en lugar de sueldo algo de calderilla para ir a bailar el sábado. Ni siquiera sé si Nanni iba a bailar.

Era el mes de agosto cuando una bombona de gas explotó y lo quemó vivo. No tenía ni 16 años y no fue culpa de nadie. Fue una desgracia. Como la que se llevó al padre de Tina. Vivían al lado de la estación, en los pisos para trabajadores del ferrocarril. Él trabajaba en las catenarias, un hombre campechano que vivía para su única hija y que solo iba al bar a echar una partida de cartas los domingos, después del almuerzo. Quién sabe en qué estaría pensando aquella mañana, cuando trepó y tocó el cable equivocado y se estuvo carbonizando hasta que consiguieron descolgarlo. Cuando lo pusieron en el ataúd, con su traje bueno, le

colocaron dos monedas en los ojos. Una tradición antigua, el óbolo que el difunto paga a Caronte.

Los llamaban homicidios blancos. Nunca entendí qué veían de blanco en cuerpos carbonizados o aplastados, en brazos y piernas machacados, en el esputo de los enfermos de silicosis, en los tumores que consumen a las víctimas de las llamadas "fábricas de la muerte".

•••

Volví a las caminatas nocturnas. No podía dormir, los pensamientos, descontrolados, se amontonaban en el cerebro y se apretujaban como en un vagón de metro. Me gustaba la noche, el silencio. A pesar del miedo.

Y me topé con el primer control. A cuatro pasos de casa, frenó en seco, a mi altura, un coche oscuro. La calle estaba desierta, solo un chico negro a unos sesenta metros en la acera opuesta. Se abrieron las puertas del coche y salieron tres energúmenos. Me apoyé de espaldas a la pared y, mientras con el rabillo de ojo buscaba una vía de salida, vi al negro que daba la vuelta en seco. Detrás de los tres apareció un policía uniformado, querían los documentos, querían saber quién era, dónde iba, qué hacía. Llevaba mi documento falso y mientras lo examinaban, uno de ellos se percató de la maniobra del negro y, al grito de "al negro, por allí, al negro", dejaron caer al suelo todo lo que yo llevaba en los bolsillos y se lanzaron aullando en su persecución.

Pero de día no quería renunciar a salir. Seguía yendo a algunas clases, de oyente. A Jussieu. O a Vincennes, la universidad gueto. Una astuta medida del gobierno francés para el post 68: un buen campus a unos cuantos kilómetros de la ciudad, en medio de un bosque. Allí metes a los

docentes más conflictivos que a su vez atraerán a los estudiantes más folloneros, y que se espabilen entre ellos. Y si se les pasara por la cabeza ir hasta París para manifestaciones y altercados varios, les cortas la carretera y listo. La estrategia parecía funcionar, ya eran multitud los camellos traficando a las puertas del recinto y los que se matriculaban solo para obtener el aprobado político. Pero en cualquier caso había vida, ilusión, gente de todas clases, experiencias y saberes del mundo.

Una de la librerías que visitaba era también el local de un colectivo libertario, Marge, formado, según ellos, por ladrones, drogadictos y prostitutas que sabían de memoria Las Flores del Mal y citaban a los clásicos de la literatura francesa o rusa. Los conocí en una conferencia de Umberto Eco, que había ido a París a disertar sobre los nuevos lenguajes. La sala estaba repleta de los típicos italianos izquierdosos desplazados, entre los cuales desentonaban unos cuantos individuos, con la ropa arrugada y cara de pocos amigos, que opinaban que había que tener narices para ir por el mundo teorizando y haciendo academia mientras los sujetos del análisis eran perseguidos, encarcelados, apaleados y, de vez en cuando, eliminados. Mi aportación tampoco estuvo a la altura de la conferencia, pero mi alusión a los compañeros de Radio Alice, al proceso "*7 aprile*" y a los grupos armados provocó un cierto movimiento entre algunos de los presentes, que estaban de servicio. Al grito de "fuera los secretas" se organizó una buena tangana. Un tipo larguirucho con una vieja cazadora de cuero negro y los cabellos largos me escoltó hasta la salida, me dio una octavilla y me dijo que si quería podía contactarlos en la librería. Publicaban una revista. Vivían en comunidad. Me gustaban.

Una de sus actividades preferidas era seguir las apariciones públicas de Bernard Henry Levi, joven exponente de la corriente llamada nuevos filósofos. Les acompañé una tarde a una charla que daba en una sala del centro Georges Pompidou. Fue muy divertido: Bernard, que se sabía guapo y fascinante, siempre perfectamente consciente de las cámaras, vio como le secuestraba el micro un joven delgaducho con ojos de alucinado y un jersey demasiado ancho, que entre un fragmento de Rimbaud y una cita de Marcuse, afirmó que ya estaba hasta la coronilla de ver como siempre monopolizaban el uso de la palabra los mismos productos de la industria cultural. Y que había que empezar a compartir micros y cámaras. Mientras hacían circular el micro por la sala y lo ofrecían a quien tuviera algo que decir, empezaron las discusiones, volaron algunas bofetadas y se descubrieron afinidades. Como la rubia espectacular en traje de noche que, subida en la silla, proclamaba que ella, como mujer, como judía y sobre todo como mujer judía, estaba hasta el moño de aquel mundo de falsa cultura mercantilizada y "¡vamos chicos, barramos toda esta mierda!". O Carlo, un tipo elegante con americana y corbata que, sentado a mi lado, preguntó con calma distinguida a uno que exigía llamar a la policía, si quería tragarse el bigote. Nos hicimos amigos. Él también era italiano, autónomo, con condenas diversas que le esperaban.

Otro judío "antisistema" había muerto en París no hacía mucho, abatido por tres sicarios a plena luz del día, delante de decenas de testigos. El delito fue reivindicado por una organización llamada "Honor de la policía". La víctima se llamaba Pierre Goldman y era autor de dos libros, el primero, una autobiografía. Judío de origen polaco nacido en Francia, hijo de un maquis, había sido miembro de diversos grupos de extrema izquierda y guerrillero en América

Latina. En Francia había cometido algunos atracos antes de que lo capturaran, pero le imputaron dos asesinatos. Sin pruebas. Su caso pronto se convertiría en una especie de proceso Dreyfus. En el comité de apoyo estaban Simone Signoret, Françoise Sagan, Sartre. Podía caerle pena de muerte. En el primer juicio le condenaron a cadena perpetua, más tarde el Tribunal Supremo le absolvió de las dos acusaciones de asesinato. Le quedó una condena de 12 años por tres atracos. Cuando salió, escribió otro libro, una novela cargada de odio contra la policía, la magistratura, todas las instituciones represivas. Colaboró con Temps Modernes y Libération. Dicen que quería crear una red de soporte armado a los vascos de ETA, opuesta a la estructura que la policía española estaba montando utilizando delincuentes comunes de la mafia marsellesa. Dijeron que lo habían matado por ello, no por los libros. A su entierro acudieron 15.000 personas. Nunca se encontró a los asesinos.

Poco antes habían matado a otro personaje, que Goldman había intentado en vano atraer a su proyecto de red. Una personalidad que fascinaba a los medios de comunicación y al público francés. Se le llamaba "enemigo público número uno" y le abatieron 19 tiros cuando al volante de su coche acababa de aparcar. Jacques Mesrine ni siquiera consiguió librarse del cinturón de seguridad mientras un comando de tiradores de élite lo acribillaba. Le atribuían 30 asesinatos. Probablemente tenía más muertes en la conciencia, porque había luchado en Argelia en un batallón de asesinos y torturadores. Pero él, en su libro, de aquellas muertes no estaba orgulloso.

•••

A pesar del síndrome del emigrante, que te empuja a culpar al país de acogida y a su gente de las causas de tus males –en el fondo los acusas de no ser como tú, como la tierra que has dejado–, comenzaba a amar París. A quererla de verdad. Uno de esos amores imposibles que te hacen sufrir porque sabes que no son correspondidos o que no podrán durar.

Había gente maravillosa, me gustaban los colores con que se vestían, la sorprendente diversidad, la belleza de los cuerpos y los rostros, las caras de mil expresiones mezcladas a las caras reducidas a máscaras monstruosas.

Y me gustaba la ciudad, sembrada de rincones mágicos, de barrios encantadores, como Le Marais, de olores y de sonidos que embriagaban.

Hasta los militantes clandestinos eran diferentes. Quise conocer a unos que habían sido amnistiados hacía poco. Los contacté a través de un comité de soporte. Teníamos que encontrarnos a la salida del metro de Pigalle, y nos reconoceríamos por el diario que teníamos que llevar bajo el brazo. Originales. Llegué pronto y me senté en una terraza desde donde abarcaba una buena panorámica y me dispuse a controlar. Un poco antes de la hora vi a un muchacho que se puso a pasear arriba y abajo jugueteando con un diario, me acerqué y le dije: "¿Eres tú?". Pegó un salto. Era el vigía. El que debía controlar que no hubiera movidas raras… Llegaron los dos ex combatientes, uno era una chica, con una voz ronca. Me explicó ruborizándose que era maestra de primaria. Hablamos. Les dije que quería hacer un artículo para una revista. Me interesaba su experiencia de grupo armado, distinta de la de los italianos. Eran divertidos, estaban encantados de poder explayarse con alguien. Eran de un pequeño grupo del Movimiento Autónomo, pero habían realizado acciones bastante espectaculares,

como colocar una bomba en el rellano del piso de un ministro. La bomba no explotó. Comimos cuscús, bebimos un poco, reímos mucho. Decían que lo peor había sido ver la imagen que los medios de comunicación habían creado y difundido de su lucha. "¿De qué me suena?", Pensaba yo con ternura. Nos despedimos calurosamente. Me dejé engullir por el metro, y un par de horas y una decena de maniobras de despiste más tarde, llegaba a mi habitación.

Me paseaba a orillas del Sena, y me parecían graciosos hasta los "*bateaux mouches*" y las "peniches", esas curiosas barcazas de transporte fluvial. Me detenía en los puentes a contemplar como discurría el agua turbia. Me llegaba con frecuencia hasta Montmartre para admirar las puestas de sol. Observaba la variopinta humanidad de Pigalle y de Barbais, sus locales con los rótulos de neón justo al lado de pequeños bares con aparadores polvorientos. Contemplaba, sin osar acercarme, a unas prostitutas bellísimas.

Contemplaba a los *clochard*. En mi pueblo de la Toscana también había vagabundos, claro está. Personas en las que confluían la pobreza y los problemas mentales. De hecho había dos, Ezio y Roggi que eran de la zona, y que con Nanna, formaban un trío de marginados que se ganaban una vida más bien miserable haciendo de bufones para los holgazanes del lugar. Que no eran todos unos sádicos, solo simples tarados ético-mentales que mataban el aburrimiento gastando bromas más o menos pesadas. La Nanna,una viejecilla minúscula , al parecer, había ejercido en sus tiempos la antigua y noble profesión de meretriz. La diversión, cuando pasaba delante del bar rebosante de hijos de sus antiguas competidoras, arrellanados sobre las sillas de la terraza, consistía en llamarla y provocarla hasta que perdía los estribos y, para demostrar lo infundado de

la acusación de ir sin bragas por el mundo, se levantaba las faldas para enseñar su lencería a la concurrencia.

Ezio, en cambio, sufría lo que los expertos definirían como una discapacidad más severa, caminaba torcido y parecía incapaz de hablar de manera inteligible. Vivía, creo, en alguna alquería pero orbitaba todo el día por el pueblo, entre la estación y la plaza, observando los trenes y respondiendo con sonrisas estoicas a los escarnios de taxistas y transeúntes.

A veces el juego consistía en azuzarles unos contra otros y se formaban corrillos alrededor de la Nanna que repartía bastonazos a diestro y siniestro, mientras Ezio se bamboleaba moviendo los brazos como un muñeco y Roggi, que era más fuerte, y se hacía con algún dinerillo recogiendo chatarra y cartones aquí y allá, pero que también era cojo y falto de equilibrio, en ocasiones acababa por los suelos bajo el ataque combinado de los otros dos.

Y no eran estas las bromas más crueles.

A veces me asalta la sospecha de que alguna noche de verano especialmente aburrida, algunas de esa gentes de bien no hubiera promovido emparejamientos entre aquellos pobres infelices. Lo seguro es que eran frecuentes los empujones, los insultos, los escupitajos, con los niños más cabrones en primera fila, animados, o en todo caso no disuadidos por sus padres.

Un día de verano, al atardecer, mientras esperábamos la caída de la noche para ir a cazar luciérnagas, un grupito de hombres se entretenía lanzándose unos a otros la gorra de Ezio, regalo de algún parroquiano de buen corazón (que también había, fueran cristianos o comunistas). Finalmente uno la llenó de agua y se la puso, al pobre desgraciado.

También mi padre estaba tomándose un café en una mesita apartada. Mi madre lo llamó desde la ventana, le

dijo algo que no entendimos y él, sin rechistar, se dirigió al taxista que se había vuelto a hacer con la gorra del desesperado Ezio, le indicó que se la diera y la devolvió en silencio a su propietario, que se la encasquetó bien fuerte y se marchó arrastrando los pies. Nadie dijo nada. No era mala gente.

Pero los clochards parisinos eran otra cosa. De todas las razas, edades y géneros. Hermanados por la vida en la calle, por el vino de tetrabrik, por el vacío que les hacía la gente cuando se sentaban en un banco del metro. Diferentes.

París también era diferente, una ciudad donde aún guillotinaban seres humanos. En Libération leí la crónica de la última ejecución. Un joven. Le ofrecieron el último cigarrillo. Lo fumó temblando y después pidió otro y otro y otro, hasta que uno de los verdugos dijo que exageraba.

La ciudad, que años antes, en plena guerra de Argelia, había sido escenario de una matanza de la que casi habían conseguido borrar la memoria. En 1961 en París decretaron el toque de queda para los árabes. Y los árabes, con el apoyo de organizaciones de franceses progresistas y solidarios, decidieron violarlo organizando una manifestación pacífica hacia el centro de la ciudad. Fueron miles los que bajaron de los barrios del Norte, pero en cuanto se acercaron al centro se desencadenó la represión. Los CRS[9] y sobre todo los gendarmes, cargaron encarnizadamente contra decenas, centenares de manifestantes. La marcha se transformó en una caza al árabe. Muchos fueron masacrados a golpes, otros lanzados al Sena malheridos o ya muertos. Nadie sabe cuántas víctimas hubo aquella noche del 17 de octubre del 61. El río devolvió numerosos

9 Compañía Republicana de Seguridad, por sus siglas en francés.

cadáveres los días siguientes. Veinte años más tarde se descubrieron fosas comunes. Siete años después, las mismas calles acogían las revueltas del mayo francés. Y 48 años más tarde ésta es una página de la historia de Francia que no aparece en los libros de texto, ignorada por los medios de comunicación y por la gran mayoría.

La rabia no me abandonaba. En los diarios y revistas leía sobre la muerte de muchos compañeros en Italia. Me impactaban las imágenes, las historias, las emociones que intuía detrás de las palabras sórdidas o venenosas de las crónicas. También en Alemania morían en Stammheim los militantes de la RAF, llamados por la prensa "banda Baader Meinhof". Dentro de sus celdas de aislamiento, insonorizadas, iluminadas e híper controladas, Irmgard Möller se clavó cuatro puñaladas cerca del corazón, Andreas Baader se disparó en la nuca con una pistola del calibre nueve parabellum y Gudrun Ensslin se colgó. Eso dijeron los políticos democráticos. El estado alemán hacía así gala de un sentido del humor bien peculiar. Pero la opinión pública no se escandalizaba por esas bagatelas, no más que hoy en día.

Y en París, un diario sensacionalista aprovechó la oportunidad para publicar unas fotos de Gudrun Ensslin, una mujer muy guapa, semidesnuda. En muchos kioscos la exponían como reclamo publicitario de la revista, y yo y otros las arrancábamos, intercambiando insultos con los airados kiosqueros.

Seguía leyendo mucho, sentado en la moqueta del FNAC o en la biblioteca del barrio. O del Beaubourg, el edificio monstruoso pero acogedor donde me refugiaba muchas tardes, sobre todo en invierno. Descubrí a Jean Genet a través de su introducción a un libro sobre la RAF. Explicaba la diferencia entre brutalidad y violencia. La brutalidad es

la fuerza que impone, que aplasta, que paraliza, que liga y perpetua injusticias. La violencia es vida. Es acontecer. Un parto es violencia, decía, todo nacimiento es violencia, fractura de una situación o realidad inmóvil. Una flor irrumpe de la tierra. La brutalidad es poder y suele ser legal. La violencia en cambio es revuelta y suele ser legítima.

Me agencié una pistola. Mejor dicho, una pistolita, una 22 que parecía un juguete. No quería dejarme encerrar, me daba pánico la idea de un posible retorno a la prisión. No sabía disparar y con aquel trasto, en un tiroteo, sólo habría facilitado argumentos a la policía para tirar a matar. Como el chaval rom que había conocido en el manicomio criminal de Reggio Emilia, que rodeado por la policía en campo abierto (había hasta un helicóptero, me decía orgulloso) sacó una 7,65. Le dispararon con metralletas. Él contraatacó, pero obviamente estaban fuera de su alcance. Lo hirieron y su madre aun guardaba la camisa manchada de sangre. Lo condenaron a 17 años por intento de asesinato.

•••

Vinieron muchas veces a verme a París. Primero mi tío Enzo, cargado con una maleta llena de comida, ropa, regalos y objetos de confort, que en el argot de mi tía significaba chocolate, golosinas y bombones, cartas y fotografías. Siguiendo el plan meticulosamente diseñado por mi padre, había dado la vuelta a Italia saltando de un tren a otro, arrastrando el equipaje que le había llevado a la estación de Génova un amigo de confianza que no sabía ni quería saber dónde cojones iba con tanto misterio. Y después de dar vueltas por París, en parte por precaución y en parte porque había olvidado la dirección, llegó finalmente a mi puerta jadeando por las escaleras. Le gustó mucho mi bu-

hardilla. Con el repiqueteo de la lluvia sobre los techos de pizarra y mientras tomábamos un café, me explicó que aquel ruido le recordaba las noches bajo la tienda y el calor precario de su litera de soldado. Cuando, en las mañanas de invierno, tenían que romper el hielo para conseguir agua para lavarse.

Se quedó pocos días. Días de alegría recuperada. Leí las cartas de mi madre, de mi padre, de mi hermana, de las primas, de la tía. Contesté a todas en la mesa de un café, mientras mi tío lo miraba todo, curioso y satisfecho. Recordamos los días transcurridos en la playa, cuando él era el alma del grupo de sobrinos. Lo llevé a comer un cuscús. Superó enseguida la primera sorpresa, él, extasiado por el descubrimiento de nuevos sabores y aromas. Y finalmente lo acompañé al tren, triste, imaginando su tristeza por dejarme solo, diciendo adiós desde aquel andén rebosante de gente que hablaba de modo distinto.

Un día me enamoré. Una fiesta donde me habían arrastrado casi a la fuerza, porque yo no quería saber nada de fiestas, que ni bailaba ni bailo. Y en la fiesta había una chica morena, con una larga melena rizada, encantadora. Fue un "*coup de foudre*" y de pronto muchas cosas cambiaron. Tenía una compañera. Era de Barcelona. Volvería a París en varias ocasiones hasta que decidió quedarse. Y un día de enero supimos que esperábamos una criatura.

Cuando me visitaron y se lo dijimos, mi padre dio un bote, pero Flora dijo que era una noticia maravillosa y nos abrazó. Adoró aquella ciudad. Sus ojos claros bebían los lugares, los rincones tantas veces leídos, escenarios impregnados de historia y de historias. A pesar de los miedos, el dolor y de saber próxima la muerte, se alegraba de verme lejos, pero en un mundo fascinante, centro de nuevos afectos.

Fugitivo. Perennemente en la cuerda floja. Sin oficio ni beneficio. Y creaba una familia. "¡Qué inconsciente eres!" Me decía a mí mismo.

¿Pero qué culpa tenían mis padres, que habían soñado con unos hijos normales, mi compañera, que quería ser madre o la niña que debía nacer?

Por otro lado, ya estábamos viviendo una vida casi normal. Solo había que subir unos escalones más: un trabajo, una casa.

Pero no en París. Demasiadas tentaciones, demasiadas provocaciones y demasiadas dificultades para una chica cada vez más encinta.

Y así reemprendí el viaje.

•••

Prisión de Perpiñán. "*Ici ils ont raccourci le dernier de la bande à Bonnot*", dijo riendo uno, sentado detrás de mí en el autobús, mientras pasábamos por delante.

Hablaba de un grupo de atracadores libertarios de los años 20. Ponían en común el dinero de los golpes para financiar otras luchas, y puede que al final simplemente para financiar su supervivencia. Una lucha en todo caso. Uno de ellos, un polaco, quería siempre su parte. Pero no era uno que tuviera familia, que gastara en vicios o mujeres. Un día, los compañeros, intrigados, lo siguieron a las afueras de París, hasta un descampado que albergaba un mercado de pájaros cantores o de reclamo, y vieron como compraba todos los que podía y los liberaba en el bosque.

Una foto más.

Tengo 24 años. Apoyado en una escalera, posando al lado de una pareja de campesinos, dueños de la extensión de árboles frutales que se ven detrás. Es la recogida. Él se

llama René, un pequeño propietario que de vez en cuando me contrataba de jornalero.

Fue voluntario a hacer la guerra de Argelia a los 19 años, nos explicaba echando mano a la azada. Y había visto cosas horribles. Había oído maullar las balas por encima de su cabeza. Había participado en batidas y, una vez, había dejado escapar a un maquis herido. Un hombre acurrucado en una zanja, empapado en sangre, que le miró a los ojos con terror. Él se volvió hacia sus compañeros diciendo que allí no había nadie.

En su mismo regimiento estaba un amigo suyo de la infancia, con quien solía ir a cazar. Y un buen día en que la patrulla había capturado un rebelde que habían dejado atado en un rincón del campamento, vio a su amigo levantarse de repente. Mientras los demás comían sentados en el suelo, sacó el cuchillo y le cortó el cuello al prisionero. Después empujó el cadáver, que aún se movía, al río. — Nos quedamos helados– decía René – nunca he entendido por qué lo hizo.

Los 'árabes', había dos en nuestro equipo, medio en broma le llamaban racista. ¿Y vosotros qué? –Les replicaba — ¿Qué haríais si una hermana vuestra se fuera con un negro? ¿Con uno de esos senegaleses que luchaban en el ejército francés y que se lanzaban al ataque, convencidos de que un amuleto al cuello les protegería de balas, granadas y bayonetas? La echaríais de casa. Como mínimo. O los mataríais a los dos, a ella y al negro".

De los dos argelinos, el más joven hacía el Ramadán y nosotros nos preguntábamos, mientras bebíamos un trago de agua casi a escondidas, cómo podía soportarlo. El otro solo había mantenido el rechazo a la carne de cerdo, pero no se enfadaba por las bromas sin gracia de los demás, que le ofrecían rebanadas de pan con jamón, o longaniza.

Los días de fiesta, se llegaba hasta Marsella, "a visitar a los judíos", nos decía, y compraba ropa barata, maletas, cazuelas, cualquier cosa que pudiera revender a sus compatriotas o a los emigrantes españoles.

•••

Habíamos aterrizado por casualidad en aquel pueblo del corazón del Rosellón, en medio de la llanura y rodeado de viñas. La casualidad se llamaba Ferràn, amigo de la universidad de mi compañera.

Se encontró con él un día en la estación de Francia. Le explicó que tenía familia y cultivaba un huerto biológico en la Cataluña Norte. Eran unos neo rurales, hippies para la gente del lugar, que miraban con una mezcla de sorpresa, simpatía y desconfianza a aquellos jóvenes que en lugar de huir de las faenas del campo para buscarse una plaza de funcionario, obrero o policía como hacían sus hijos, trabajaban la tierra con métodos que llamaban "biodinámicos" y que eran los de sus abuelos. Ferràn labraba su trozo, alquilado a un agricultor que no sabía qué hacer con él, con un arado tirado por un mulo salvado "in extremis" del matadero. Nando, el mulo cojo, flaco y piojoso, se encontró viviendo una segunda vida en una cabaña de madera para él solito, con heno y grano del bueno a capazos, un lecho de paja siempre limpia, enérgicas, pero afectuosas, cepilladas y muy poco trabajo que hacer.

Contentos de que compartiéramos su experiencia, nos encontraron alojamiento en una casa destinada a los jornaleros españoles durante la vendimia. De tres pisos. En el antiguo establo de la planta baja, una taza de wáter (que completamos con el barreño de plástico más grande que encontramos como bañera). En el primer piso, cocina con

un fregadero de piedra y un dormitorio. Y, arriba, el desván. No había goteras, aunque el techo habría agradecido un repaso. Pisos de madera, paredes desconchadas y ventanas que no cerraban demasiado bien. Pero era una casa de pueblo, y nos encantó, con su pequeña chimenea y los crujidos del pavimento de madera.

Jamás había empuñado una azada, pero allí se necesitaban brazos jóvenes y espaldas fuertes, y yo los tenía. Trabajaba con Ferràn cultivando de todo, para maravilla de los vecinos de las parcelas colindantes. Sin abonos químicos ni pesticidas. Y todo nos salía bien: judías, lechugas, escarolas, patatas, zanahorias, tomates, sandías, melones, berenjenas, calabacines, guisantes, habas... No podían evitar reírse, pero nos respetaban, porque a pesar de ser jóvenes y urbanitas no nos asustaba el trabajo. Cargar el coche e ir a vender a los mercados de los alrededores era una tarea que asumían las chicas, y en primavera y verano sacábamos suficiente dinero. Y cuando no, echábamos jornales.

Una mañana de verano nos llevaron en camión hasta un campo de albaricoques. Había que arrancarlos cavando un gran agujero que después había que desinfectar, porque la tierra estaba enferma. Un pico, una pala y el sol que caía a plomo. Y al picar, recordaba los comentarios que se suelen hacer al ver a un peón parado y apoyado en el mango de la herramienta. Y lo mucho que me habría gustado verlos probar, siquiera por una media hora. El sudor me escocía los ojos, la luz me cegaba y yo seguía cavando mecánicamente cuando noté que algo me salpicaba cara y brazos. Era sangre, una sangre grumosa. Sin valor para mirar qué era lo que había matado, ¿un conejillo tal vez?, fui a cortar otro árbol limpiándome como podía las manos sucias de tierra, de sudor y de sangre.

Conseguí una bicicleta de segunda mano y durante meses me recorría cada día a las seis mis diez kilómetros. Preludio de ocho o diez horas de frío, tramontana o calor, de comentarios sobre el programa de radio Montecarlo o del día a día de la vida en el pueblo.

Pero tenía su gracia. Yo me había criado en un pueblo.

En el pueblo de mi infancia había una estación. Y las noches de verano estaban perfumadas de olores a tierra. La estación se alzaba en el límite de la zona habitada, al final de la avenida iluminada por farolas medio cubiertas por castaños de Indias. Al otro lado de las vías se extendían los campos y un canal que escurría por la llanura entre el verde y las flores de las riberas.

Había mucho movimiento de mercancías en aquella época, sobre todo de noche. En la cama, desde bien pequeño, me había acunado el estridente y rítmico ruido de los interminables convoyes cargados de pirita, de remolacha, de nabos. Con frecuencia los vagones permanecían en la vía muerta por unas horas, incluso días. Algunos trasportaban animales: pollos, polluelos, cerdos, terneros, en ocasiones caballos. Cuando uno de estos convoyes quedaba parado al lado de la plataforma de carga, nosotros, los críos, íbamos a ver los animales desde las ventanas enrejadas.

Un día de agosto dejaron al sol un vagón de terneros. No sé de dónde venían, pero el calor era terrible y quién sabe desde cuando no bebían. Los mugidos desesperados se escuchaban desde la cocina de nuestra casa, en el primer piso de la estación. Mi madre estaba nerviosa y la vimos confabular con mi padre, que se preparaba para el turno de noche. Esperamos que dieran las doce para bajar los tres de puntillas, sin despertar a las otras familias. Mi padre nos estaba esperando con su impecable uniforme de verano y

con Monti, un buen hombre, a nuestros ojos ya viejo. En fila india, el comando familiar se armó de cubos y se dispuso a actuar. Mi padre rompió los precintos de la puerta del vagón y la abrió. Monti, que era de familia campesina y sabía cómo tratar a los animales, entró mientras nosotros llenábamos y pasábamos los cubos. No recuerdo durante cuánto tiempo. Trabajábamos sudados y en silencio. También los terneros parecían haber entendido que era mejor no hacer ruido, y se agitaban, pero sin mugir, esperando su turno.

Más tarde, mucho más tarde a juzgar por el cansancio, los adultos volvieron a cerrar la puerta, colocaron como pudieron los precintos y nos retiramos.

Yo no lo sabía, pero romper los sellos era algo muy serio, sobre todo para alguien como mi padre, legalista hasta lo indecible, que un día había perseguido avenida arriba a un ganadero que, para agilizar los trámites de reserva de un vagón de animales, le había dejado un sobre encima de la mesa.

El pueblecito del Rosellón era pequeño y típico del Midi. Su calle mayor, con su ayuntamiento, su escuela y la oficina de correos, en comparación con los grandes bulevares parisinos, me parecía el callejón diminuto de una maqueta polvorienta. En el centro de la plaza campeaba el enorme plátano y las travesías laterales eran demasiado estrechas para los coches. A nuestro paso, se movían con un suave oleaje las cortinas de las ventanas como de casas de muñecas. Era una isla de tejados rojos en medio de un mar de verdes viñedos. Los altavoces, repartidos estratégicamente por la plaza y calles principales, difundían las notas de una sardana, como preámbulo del anuncio de una defunción, del plazo para pagar una tasa, la llegada del

camión de la fruta o del furgón del pescado, e incluso una oferta de colchones o de naranjas al por mayor.

Mis pertenencias cabían cómodamente en una maleta. Lo único que podría haber acumulado eran libros, pero solía dejarlos atrás en cada traslado. Excepto un par o tres, de esos nunca me separaba. El más importante, mi biblia personal, había sido un regalo de un profesor, una vez que estuve enfermo cuando tenía 12 años. "Tres hombres en una barca" de J.K. Jerome, humor inglés de un burgués del siglo XIX y compendio de casi todos los arquetipos humanos y sociales que uno pueda encontrar en su viaje por la vida.

Mi compañera necesitaba algo más y, puesto que ahora teníamos una casa, quería decorarla con sus cuatro cosas, que había que ir a buscar a Barcelona. Las cuatro cosas llenaron una furgo y del traslado de Barcelona al Rosellón se encargó Vicenç, el marido de su hermana mayor.

Menudo, de pelo castaño y ojos claros, era unos 15 años mayor que nosotros y trabajaba como operario cualificado en la empresa de un familiar. Medio operario y medio artesano, ya que diseñaba y realizaba máquinas que servían para fabricar piezas diversas. Era un manitas y sabía hacer de todo: de electricista, lampista, de albañil, pintor, carpintero... Para la familia y para los amigos. De hecho para cualquiera que le pidiera un favor. Era una de las almas del orfeón de su barrio, coral y espacio de socialización, uno de los muchos que componen el particular tejido asociativo catalán. Trabajador incansable y solidario. Cuando era poco más que adolescente, se prometió con una jovencita del cuadro de baile del orfeón, que se convertiría en su esposa para siempre, y madre de sus tres hijos. Era moderadamente de izquierda y profundamente catalanista. Cosa que no le impedía acoger con generosidad y sin

reservas, primero a mí, el joven italiano que convivía con su cuñada y, más tarde, al hijo de inmigrantes andaluces que se casaría con su hija mayor. Casa, familia, orfeón, trabajo y vacaciones en el Maresme, o en algún campamento transformado en comunidad sin pretensiones libertarias, donde se instalaban con los amigos. Los niños jugaban, los hombres hacían actividades de hombres y las mujeres se ocupaban de cosas de mujeres. El único vicio que tenía era el tabaco y unas gotas de coñac barato en el café después de comer. Fumaba Ducados o Habanos, un paquete o hasta dos al día. Una vez le preparé un café con crema (me lo habían enseñado unos napolitanos en la cárcel, circunstancia que omití) batiendo el azúcar con las primeras gotas de líquido denso que escurría por la cafetera. Le gustó tanto que se lo contaba a todos sus amigos. Un mal día se puso enfermo. Un tumor en la garganta. Unos meses de papillas ingeridas a través de un tubo, hospitales, médicos, palabras pronunciadas con esfuerzo tapando con la mano el agujero del aparato que le habían colocado en el cuello. Y murió. El veredicto médico fue "culpable de tabaquismo". Las estadísticas lo condenaban como responsable de su dependencia. Nadie se planteó hasta qué punto los años pasados trabajando con productos químicos de toda clase, inhalando sin ninguna protección gases y polvos tóxicos, podían tener relación con su muerte.

•••

En septiembre, una vez acabados los jornales en la fruta, empezaba la vendimia. Llegaban miles de españoles, en una emigración estacional que les traía desde Andalucía al Rosellón y, después, escalonadamente en el tiempo, hacia arriba, por toda Francia, hasta la Champagne. Yo me que-

daba en la zona y enlazaba la vendimia en la llanura con la de las tierras altas.

Vendimia. Tenía un diario. Una libreta de papel rayado.

Empezaba con una foto de grupo: Colette, llamada la Saca porque su madre se hacía los delantales con tela de saco. Sesenta años, delgada, un pañuelo anudado alrededor de la cabeza y enemiga de cualquier modernidad: jamás comprar una lavadora, la ropa sale mucho más limpia con la "*lessiveuse*" (un gran cubo de metal, agua caliente y un bastón para remover la colada). Madre de Jean-Marie y mujer de Julien. Julien, grande, fuerte y cojo. Su frase preferida: "antes de hablar remueve la lengua siete veces y luego calla". También el hijo, Jean-Marie, es un hombretón, con una fuerza proporcional a las pocas ganas de trabajar. François es corpulento, cara roja y pasión por la caza. Soporta bajo su gorra de lana, en forma de preservativo, todas las impertinencias de su hermano pequeño. Jules, hermano pequeño del anterior. Su mujer e hija son objeto de la compasión del grupo. La cara se le enciende en frecuentes ataques de ira, pero es un trozo de pan. Paulette, mujer de François. Pequeña y ex-peluquera. Pierre, 23 años, hijo de los dos, mecánico. Juliette, mujer de Jules, rellenita y simpática, público agradecido de los cotilleos de la cuñada. Pierrette, hija de 12 años de la anterior, viene a vendimiar tres días por semana medio dormida, y el padre se encarga de espabilarla a gritos o a pedradas, que ella esquiva con maña. Jean Louis, amigo de Jean-Marie, gran aficionado a la bebida y a los bebedores.

Yo soy el porteador, el que transporta la uva desde los recolectores a los remolques, y también el único asalariado (a Jean-Marie le pagan en vino) en este grupo de tres familias que se juntan para cosechar las respectivas viñas. Suele haber un porteador por cada cinco, seis o siete vendimia-

dores. Al salir el sol llegamos a la viña, descargamos todas las herramientas y yo coloco portadoras de madera, sucias y pegajosas, en una punta del campo. Los otros comienzan a cortar y yo me cargo el canasto a la espalda, un gran cubo de plástico con dos correas y forma de cono, como si fuera una mochila.

En el canasto caben 35-38 quilos de uva, como mucho 50. Las viñas peores son las que están en pendiente: si bajas cargado puedes romperte los dientes, y si subes, ni te explico. A veces descargo directamente el canasto en el remolque trepando por una escalera de hierro resbaladiza.

Al principio de la jornada, cuando estás como una rosa, no hay ningún problema, el aire es fresco, no hay bichos. Pero a medida que avanza el día llegan las torceduras de tobillos, las contusiones musculares, las vértebras comprimidas, los desgarros de piel con los sarmientos cortados, los arañazos.

La nieve del Canigó se va extendiendo. Las correas agarrotan las espaldas. Encendemos el fuego a las nueve y caliento mi bocadillo de queso. A medio día paramos casi dos horas y yo aprovecho e improviso un lecho con la ropa que me he ido quitando según el calor. ¡Lástima de las hormigas! A la noche me cuesta dormir: me duele todo. Después del trabajo visito a un chico irlandés que he conocido en la plaza. Vive con su compañera y dos perros en una cabaña decorada con cajas de madera y carteles pacifistas. Para ir, paso por delante del garaje donde duermen tres o cuatro grupos de familias españolas, junto al basurero.

Pierre se está divorciando de la mujer (23 y 20 años respectivamente). Jules ha llegado tarde a la viña con la camioneta que lleva todo el material y la discusión con François ha culminado en un original "¡cara de muerto!".

Hay movimiento en la casa de Colette. Ha llegado la cuñada para cuidar del abuelo, que tiene 96 años y es sordo y prácticamente ciego. No cesa de decir que se quiere suicidar y le responden que lo haga pero fuera. También en la otra casa hay un anciano enfermo, la nuera dice que el pobre tiene miedo a morir y le da pena. Indignación generalizada: "¿Pena? ¡Ninguna! Esos no querrían morirse nunca, querrían seguir tocándonos los cojones. Pero ¡les llegará la hora, les llegará!, ¡Ya lo creo que les llegará!"

Cuando se pone el sol, los hombres vuelven a la casa, se lavan, se cambian de ropa y van a dar una vuelta. A la hora de la cena se sientan en la mesa y el cabeza de familia corta el pan y escancia el vino. Lavar la ropa del día, cocinar, poner la mesa, retirarla, lavar los platos y limpiar toca a la mujer.

Cinco viñas: cargar y descargar entre nubes de mosquitos. Ya tengo llagas en la espalda. Una viña asesina: llena de pendientes y pedregosa. Con 40 quilos o más encima. Y deprisa, que es una uva que pesa y hay mucha.

En Egipto han asesinado a Sadat.

Se han roto las correas de los dos cestos. Colette se ha hecho un corte profundo. Comienzan a fallar las fuerzas. Han pasado 17 días y lo bueno es que se han formado durezas donde rozan las correas.

Ahora Jules ya se pelea con la uva: le da patadas y la insulta porque no llega al grado. Con frecuencia tenemos que empujar la furgoneta porque las viñas son más inaccesibles. Las mañanas cada vez más neblinosas y frías. Las cuadrillas se van yendo hacia Cognac, la Alsacia o la Champagne. Jules sigue hablando solo, maldiciendo una misteriosa "meada del capellán negro", culpable, al parecer, de hacer bajar el grado. Lleva la uva a una cooperativa en territorio occitano

y mientras descargan, los "*vignerons*" de uno y otro lado se increpan: "catalán zopenco", "gabacho cerdo".

En estos cerros hay un montón de fósiles. En el bar, un campesino del pueblo se ríe de mí porque digo que antiguamente debía de haber existido un mar o un lago inmenso. ¡Anda tío lo que dice este! ¿Tú no serás de los que lo creen todo, verdad? ¿Cómo que han ido a la Luna, no?

Ha muerto la suegra de Colette. Más de 35 años de convivencia y ninguna de las dos había dicho una sola palabra de sus desavenencias al hijo y marido respectivos, a pesar de la guerra sorda a base de reproches y de caras largas.

Último día. Y última discusión entre Jules y el resto de la cuadrilla. Vuelan los insultos por encima del furgón que se ha quedado clavado en medio del camino enfangado: "cabeza de aceite" (Jules al hermano) "asno", "cabezón" (la cuadrilla a Jules), "asno, cuidado que te voy a romper una botella en la cabeza" (la mujer de Jules al cónyuge), "en casa vas a recibir" (Jules a su media naranja).

Se acabó. Me despido entre abrazos y besos, cargando las botellas de vino que me han regalado las tres familias. Subo a la bici e inicio la tirada de 70 kilómetros que me separa de casa. Por suerte es casi todo bajada.

•••

A Bages llegó también otra pareja de Barcelona: la hermana de Ferràn y su marido, que se instalaron en nuestra calle. Ella, siempre risueña y hacendosa. Él, un barbudo tranquilo y de pocas palabras. Tenían dos criaturas y el mayor padecía una enfermedad incurable. Habían querido dar un vuelco a su vida y habían escogido aquel pueblo, alejado de la compasión chismosa de su barrio. El chico se unió a nosotros trabajando como jornalero y enseguida

me fijé en una cicatriz que le cubría casi todo el brazo derecho. Una tarde, más comunicativo que el resto de días, me contó que se había quemado fabricando un "petardo". Imaginé alguna fiesta mayor, pero me aclaró que lo que había intentado era hacer volar en pedazos una estatua franquista. No era un militante puro y duro, sino un simple miembro de un grupo excursionista. No sabía gran cosa de política, desconocía el léxico de la lucha de clases, pero sabía que el franquismo era el enemigo.

Una mañana, mientras podábamos una viña oímos la sirena de los bomberos, orgullo de un pueblo que no tenía gendarmes ni policía municipal, y él dijo "anda, se le ha calado fuego a alguien en la barraca". Al volver del trabajo, justo saltar del furgón, ya vimos el grupo de vecinos que rodeaba a sus niños. Magda, su mujer, no dejaba de repetir entre lágrimas "mi casita, mi casita". Un cortocircuito y la estructura de madera, los muebles, el suelo y todo el resto habían ardido como una cerilla.

Y como las desgracias nunca vienen solas, se activó el engranaje burocrático y, a los pocos días, llegó la orden de expulsión. No para él, que había sido contratado por un campesino de buen corazón, pero sí para ella y los niños. Volvieron todos a Barcelona. Unos meses más tarde llegó la noticia de la muerte del niño mayor.

Lo que más me gustaba del trabajo en el campo era podar viñas. Las jornadas eran de siete horas, las cuadrillas poco numerosas y los ritmos menos frenéticos que en las faenas de verano. Eso sí, la tramontana cortaba. Pero, en cierto modo, era una ocupación creativa, casi como esculpir una planta que el frío reducía a algo mineral. Los jefes de cuadrilla eran pequeños propietarios o emigrantes españoles que, con buena disposición y paciencia, me enseñaban técnicas y trucos. Aprendí rápido. Parábamos para almorzar,

a veces encendíamos fuego. Bebíamos vino en bota. Me gustaban aquellos ratos de descanso al resguardo del viento, envueltos en jerseis y abrigos, con la gorra bien calada hasta las orejas.

También trabajé en una bodega limpiando el interior de las enormes tinas de vino. Entraba medio desnudo, desde un ventanuco a un metro del suelo, con los pies por delante. Dentro, una bombilla iluminaba las paredes circulares, forradas de cristales violeta, y unas nubecillas de anhídrido carbónico que salían de los montones de vinaza que iba sacando con la horca. El capataz me llamaba, de vez en cuando, y me hacía sacar la cabeza para comprobar si aún estaba consciente. Acababa el día bastante colocado. Era peligroso pero pagaban bien.

Mientras tanto, el vientre de mi compañera iba creciendo y cada vez le costaba más trabajar en el campo, seleccionando melocotones o recolectando judías. No teníamos una "gran" vida social. Los jóvenes del pueblo, los pocos que había, tenían como principal objetivo escapar de allí lo antes posible. Y nosotros éramos unos excéntricos que, además de hippies, empleábamos mayoritariamente el catalán.

En el pueblo, y sobre todo en el campo, el catalán se oía, pero la gente mayor se esforzaba en hablar siempre en francés con los hijos. De manera que eran bien pocos los jóvenes capaces de comunicar con fluidez en la lengua de sus padres, simple jerga que no tenía cabida en las escuelas, administraciones, medios de comunicación o en el ámbito público, salvo en contadas excepciones. Quedaba confinada a las paredes de las casas donde estaba muriendo, como el occitano que, en poco más de una generación, había pasado de ocho millones de hablantes a casi la extinción.

Y también se escuchaba el español. Algunos campesinos eran hijos de los refugiados que, en una inmensa columna, habían huido a Francia en el 39, perseguidos por los nacionales. Los restos del ejército republicano y muchos civiles. Muchísimos. En la frontera los desarmaron y los encerraron en improvisados campos de "acogida", como los de las playas de Argeles. A su alrededor, alambre de espino y fusileros senegaleses. Había quien intentaba construirse refugios con cañas y trozos de madera retornados por el mar, pero los guardias los abatían. El frío, la sed, el hambre, la suciedad y la disentería hicieron estragos. Después, los supervivientes se dispersaron en mil riachuelos. Hubo quien se embarcó, otros se enrolaron para luchar contra los alemanes; los hubo que acabaron en otros campos, esta vez de concentración o de exterminio. Otros más encontraron trabajo. Algunos se quedaron en la zona, acogidos por familias autóctonas, compasivas y necesitadas de mano de obra.

La tierra albergaba muchos recuerdos de aquellos hechos. Uno de los propietarios para el que solía trabajar frecuentemente iba a cazar hacia los lagos de Carançà, por donde había cruzado un grupo numeroso del ejército de la República en retirada. Escondieron las armas justo después de la frontera. Él había encontrado un revólver inglés, un máuser y una pistola automática, armas anticuadas pero en perfecto estado.

Yo le escuchaba y un día fui a la búsqueda. No encontré nada, pero me gustó la experiencia y cogí la costumbre, en los raros periódos de inactividad, de coger la mochila y marchar hacia la montaña buscando pasos, setas o inspiración. A veces con la ayuda de un ácido. Pasaba la noche al raso, en un saco de dormir, y caminaba, mal equipado, sin brújula ni mapas, orientándome con el sol, el instinto o el

musgo. Hasta que una vez me encontré mal, con fiebre y un violento dolor de cabeza, sin agua ni comida, sin saber hacia dónde ir. Por suerte di con dos excursionistas que me ofrecieron un bocadillo, un té caliente y una aspirina.

•••

Mi primer ácido lo tomé en París. Acababa de leer unos libros de antipsiquiatría: Basaglia, Cooper, Lang. Me habían llamado la atención unas terapias con LSD. Abría puertas a viajes, incursiones en tus sueños, en tus miedos, certezas y deseos. Eran viajes en territorio desconocido, donde había que adentrarse acompañado, pero yo no podía permitirme que alguien visitara mi mundo escondido, mi mundo de dobles verdades. Si había descubrimientos que hacer, tenía que hacerlos solo.

Aunque una noche de fin de año en Montmatre, sentado sobre una moqueta polvorienta y en medio de un surtido grupo de sudamericanos que hablaban de política en francés y español, acabé al lado de un italiano de pelo largo, siempre a la espera del canuto que no nos llegaba nunca, porque emprendía media vuelta y nos dejaba invariablemente a los dos con la mano extendida. Comenzamos a hablar en italiano y, después del último intento frustrado de dar una calada al porro, mi nuevo amigo me propuso compartir un tripi. ¡Al diablo la prudencia!, era fin de año, un buen momento para experimentar riesgos nuevos. Y al cabo de un momento estábamos en medio de la luz fría de la madrugada escuchando nuestros pasos, nuestros acentos toscanos. Cruzamos a pie toda la ciudad que respiraba lenta por las bocas de metro, las rejillas de ventilación, los portales de los edificios grises y graves. Lo invité a un café en mi habitación realquilada. Mientras

estaba en la cocina intentando encontrar los enseres oí: "¡Pero si éste es Andrea, un compañero de Lotta Continua!" No sé lo qué inventé para explicar la presencia de uno de sus camaradas, en una foto colgada en una pared en París, abrazando a una chica embarazada. No me preocupé demasiado, él también se había metido un tripi y al día siguiente probablemente pensaría que había sido una alucinación más. La pareja de la foto eran mi hermana y su marido.

Mi padre evitó siempre pronunciar la palabra suicidio: el cura había oficiado el funeral en la iglesia y habían enterrado el cuerpo en tierra consagrada; había sido un desgraciado accidente.

Hacía años que Andrea se iba hundiendo. Droga, palabra susurrada sin detalles y con caras de circunstancias. Como se hace con los tumores, que para muchos aún son el "mal feo". Un progresivo alejamiento del mundo. Había sido un destacado militante de Lotta Continua, una opción valiente en aquel bastión del partido comunista. Era jovencísimo, cuando aceptó casarse por el niño y trabajar en el kiosco de la estación, donde un día convenció a su colega de no avisar a la policía para denunciar al miembro de la Brigadas Rojas que habían reconocido. En la primera fase de mi huida me ofreció su pasaporte.

Aquel primer viaje psicodélico no fue un gran qué, quizás la dosis era insuficiente. Los ácidos, la mescalina, eran la prueba del nueve en los momentos de crisis, cuando no sabía dónde ir y buscaba el camino correcto. Cada experiencia enseñaba, descubría, iluminaba. Acababa agotado, como si volviera de una batalla, pero victorioso, por el simple hecho de haber vuelto.

Ferran no me hacía nunca preguntas indiscretas, y tampoco me las hizo cuando le dije que, para el nacimien-

to de la niña habría querido estar en Barcelona, pero sin pasar por ninguna frontera "oficial". Se zambulló con entusiasmo en el papel de guía clandestino. Sacó mapas de excursionista y del ejército, se pasó horas estudiándolos y fue un par de veces a explorar el terreno. Era un crack. Y resistente además. Capaz de recorrer a toda velocidad kilómetros y más kilómetros arriba y abajo por caminos de cabras, siempre al mismo ritmo, sin perder nunca la orientación. Escogió el lugar, lo organizó todo: un coche nos llevaría hasta muy cerca de la masía que había servido de refugio a Quico Sabater[10]. Al otro lado, a unas siete horas de marcha, nos esperaría otro coche.

10 Uno de los últimos maquis antifranquistas, abatido en los años sesenta por la Guardia Civil en Sant Celoni, durante una de sus periódicas incursiones en territorio español.

UNA FRONTERA MÁS

Lo seguí, una larguísima mañana de finales del verano, él infatigable y yo jadeando por las cuestas más empinadas, sin hablar, sin detenernos. En caso de encontrar alguna patrulla éramos excursionistas que se habían desorientado, la pinta ya la teníamos. No encontramos a nadie, solo el silencio de los bosques, de las paredes de roca y el rumor del riachuelo que en algunos trechos crecía y saltaba entre piedras lisas y vegetación espesa. Y yo me moría de ganas de tirarme de cabeza en el agua fría.

Un cartel de reserva de caza, diferente de los que había en la parte francesa, me indicó que ya estábamos en España. Catalunya, me corrigió mi guía. Llegamos al lugar de la cita, un prado donde acababa la pista forestal que subía desde el pueblo, al pie de la montaña. Y en una punta, medio escondido entre los árboles, vimos el coche. Era ella, mi compañera, con un amigo que no había querido que condujera sola, con su barriga de más de ocho meses. Acompañamos a Ferràn a Figueres, a coger el tren de vuelta, pero antes nos detuvimos en Besalú, a brindar con cerveza fresca por el éxito de la operación, por el peligro burlado, por la amistad y la solidaridad, por el próximo nacimiento de la niña. El bar era bonito, con una terraza cubierta por una parra y que daba al río, en la plaza de un pueblo de callejones y edificios medievales y una luz distinta. Lo miraba todo con deleite. Y escuchaba en las voces de la gente, leía en los rótulos de los establecimientos, una nueva lengua. No del todo, pero nueva en cierta manera. Respiraba, una vez más, olores diferentes. Todo me pareció más pobre, menos verde. Pero hermoso.

En Figueres, antes de entrar en la estación, Ferràn me hizo prometer que lo llamaría cuando tuviera que volver a cruzar.

Ferràn moriría a los 40 años. Un tumor en el cerebro. Al principio lo trataron como una enfermedad mental: un licenciado que había decidido vivir como un labriego forzosamente debía de tener algún trastorno síquico. Después ya no hubo nada que hacer. No había vuelto a verle desde que dejé definitivamente el Rosellón. Una amiga común me llamó para decirme que estaba enfermo. Que estaba en casa de sus padres, encerrado en una pequeña habitación. Fui en tren al pueblo de la costa donde vivía su familia. Lídia, su mujer, llegó a la estación más delgada de como la recordaba y me dijo que prefería que no fuera, que a él no le gustaría que lo viera en aquel estado; él, orgulloso de su fuerza, de su resistencia a la fatiga y al dolor. Sentí algo así como una sensación de alivio. Tampoco fui al funeral.

Era hijo de una familia catalana trabajadora. Se declaraba anarquista y se sentía independentista. Se había casado con una hija de familia burguesa, de las que en casa siempre hablaban castellano. Tuvieron cuatro hijos y las dos pequeñas acabarían viviendo en ciudades francesas diferentes: una, con un judío ortodoxo; la otra con un islamista radical. Como un mal chiste. Dejaron de hablarse las dos hermanas, y la no-mujer del islamista hacía el Ramadán escupiendo la saliva, cómo los más duros y convencidos, porque el profeta había dicho que había que hacerlo. Qué poco le habría gustado a Ferrán, ateo convencido, enemigo de imposiciones y de dogmas.

El día en que habían partido el cuello a Puig Antich en un locutorio de la prisión Modelo, con el instrumento de tortura llamado garrote vil, Ferràn estaba trabajando en su huerto y clavaba rabioso la azada en la tierra y llora-

ba. Impotente como muchos de su generación, él también tenía su rabia, fruto de humillaciones históricas, colectivas y personales, fruto de políticas de terror y miedo. Y él también se había procurado un pequeño arsenal, enterrado en un rincón del huerto, junto a la cabaña de Nando: un viejo máuser del ejército republicano, un Winchester y una Beretta 7,62. A los que más tarde añadí mi 22.

Cuando se lo pedían, escondía en casa a gente que huía de España, aún demasiado franquista a pesar de la muerte del viejo sátrapa. Uno se quedó más tiempo y trabajaba con nosotros, obrero, andaluz, bajito. Había participado en algunos atracos para alimentar la caja de resistencia de unas huelgas en grandes fábricas de Barcelona. Con la policía pisándole los talones, cruzó las montañas. Venía con él una muchacha, que no soltaba nunca una palabra, quizá por timidez o por miedo. Él también enterró su "hierro", una P 38, en nuestro depósito casero de armas. Era un trabajador nato y hacía la faena de dos hombres, ganándose así el respeto de Ferràn, pero también era leninista y bastante cerrado, así que las discusiones duraban a veces hasta la madrugada. Para él todo era muy sencillo: "estábamos en guerra", una guerra que no habíamos querido y en la cual "ellos acabarían ganando inevitablemente", porque "ellos" no solo eran más fuertes, más numerosos y más potentes, sino que, y sobre todo, no dudaban en torturar, porque sabían cómo sembrar terror de verdad entre sus enemigos, acosando, amenazando a las familias. Porque sabían mentir y tenían los medios para imponer sus mentiras. Porque no tenían los escrúpulos, las dudas, que debilitan el brazo y desvían el golpe. "A nosotros –decía– solo nos queda la opción de resistir y devolverles un poco de su violencia".

Al cabo de un par de meses se fue. De repente, sin decir nada a nadie, llevándose a la chica. Y todas las armas. Nos

enfadamos mucho. Pero nos consolamos pensando que tal vez haría un buen uso de ellas.

•••

Bebí con los ojos el trozo de Cataluña que desfilaba a los lados de la carretera, desde la frontera a Barcelona. Era final del verano y hacía mucho calor. La ciudad me pareció saturada de tráfico, polvorienta, cubierta de una luz intensa y sucia.

El compañero nos dejó delante de la casa de ella, de su madre, una mujer jovial y activa que había sido enfermera militar republicana, destinada en el frente durante la Guerra Civil y afiliada a la FAI. Cuando la hija le dijo por teléfono que esperaba una criatura, no pensó en preguntarle si se casaría, sino si necesitaba ayuda.

Y a final de septiembre nació la niña. Un parto accidentado, con el padre, yo, que iba arriba y abajo desconcertado sin saber bien qué hacer, las enfermeras que nos prestaban poca atención porque ella era primeriza y no querían molestar al médico en plena noche. Para luego correr y precipitarlo todo, sin anestesia ni nada, porque tenía que ser natural; yo, en un rincón, ella empapada de sudor y gritando y el médico hablando en catalán; y había tanta luz, que pensaba que cegaría a la niña. Las miraba y me sentía extraño por dentro. Aquella cosita estaba allí por decisión nuestra y era responsabilidad nuestra defenderla, cuidarla. Era nuevo. Era un reto.

Unos meses más tarde, en mi recién estrenado papel de padre, cabeza de familia y protector del hogar, deshice el camino hacia tierras francesas. Encontré otra casa, un piso de dos habitaciones, pequeño pero con baño, nevera, agua caliente, ventanas y puertas que cerraban y una estufa de

queroseno que calentaba mucho. Cuando llegó la niña, ya gateaba y aprendió su primera palabra en italiano: "brucia", porque cuando se acercaba a la estufa yo le decía "non toccare che brucia", hasta que un día tocó y se dio cuenta de que, efectivamente, quemaba.

•••

Trabajaba, dormía, iba a hacer la compra, comía, paseaba con ellas. A menudo llegaban visitas: amigos de Barcelona o de París y también, una vez, mis padres. Felices, mi madre sobre todo, de verme tan normal, con una vida y unos afectos normales, aunque con una posición social algo distinta de la que ellos habían soñado. Que tampoco era tan ambiciosa: periodista, oficial de marina, una profesión segura con un poco da aventura.

Pero yo seguía inquieto. Ahora que había contribuido a traer al mundo una criatura tenía una razón más para cambiarlo, porque aquel mundo era un asco. ¿Y cómo puedes traer a un nuevo ser sin intentar hacerlo, aunque solo sea un poco, más decente?

Mi lucha política tuvo que adaptarse. En aquella época la llamaba "defensa del territorio de la agresión capitalista" (cuando me paraba a pensar, porque toda lucha de verdad debe tener una parte de teoría y una de reflexión, sino no pasa de ser un simple rebote). Agresión que a veces tomaba la forma de una carretera en construcción, de tala de un bosque, de una urbanización. En resumen, violencias al hábitat natural para hacer dinero. Era una guerrilla de fin de semana. Durante las raras excursiones en 2 CV, identificaba los objetivos y a la semana siguiente volvía en bicicleta, o en autocar si era demasiado lejos, armado por lo general con un paquete de azúcar, unas tenazas,

cigarrillos y cerillas. Los cigarrillos hacían de mecha. El encendido tarda de cinco a diez minutos, dependiendo del tipo de cigarrillo y del viento. Esperaba que cayera la noche y clavaba clavos y cuñas de hierro en los troncos marcados; cambiaba de lugar las señales de las obras; echaba azúcar y agua en los motores de las máquinas; cortaba cables telefónicos; quemaba excavadoras o casetas de herramientas; colocaba clavos de cuatro puntas hechos en casa con tapones de corcho en los caminos de acceso a las obras y, finalmente, volvía a casa agotado y satisfecho. Actuaba con prudencia, comprobando que no hubiera vigilantes o sistemas de alarma. Pero no siempre acertaba. Y una vez que estaba huyendo en bicicleta, a toda velocidad por una pendiente a la luz de la luna, oí, y en seguida vi, un perro que también bajaba a gran velocidad por la ladera. No ladraba, mala señal, si es cierto el dicho "perro ladrador, poco mordedor". Era grande y parecía negro y yo no tenía ni palo ni cuchillo, solo un tirachinas y bolas de hierro que llevaba por si tenía que romper reflectores o farolas. Así que bajé de la bici y tensé el elástico apuntando mientras él, ya a muy poca distancia, gruñía ansioso buscando un punto por donde saltar. Solté la goma y la bola le dio en un costado, el gruñido pasó a lamento y decaído el animal volvió camino arriba, hacia la obra, donde un compresor empezaba a arder.

No ha seguido una trayectoria lineal, mi vida. Me consuelo pensando que en general ninguna vida lo hace. En todas hay altibajos. Pero yo era un buscado. Y no tenía ni documentos ni dinero. Podía ocurrirme de todo: un control, un accidente. Por banal que fuera, podía hacer que se viniera abajo todo mi nuevo mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Tal vez fuera menos arriesgado robar o estafar, aunque no supiera, o mejor dicho, aunque supiera que son oficios que no se improvisan. Pero todo se aprende, y además había leído a Bertolt Brecht: "*Es más criminal fundar un banco que robarlo*".

La oportunidad me la presentó una tarde, en un bar, un ex empleado de banca de ideas radicales: "Tíos, para luchar contra el capital, se necesita un buen capital". Todos asentíamos. Y dinero hay a paladas, solo hay que ir buscarlo donde lo haya a montones, por ejemplo en un banco. Por ejemplo, en un banco anticuado, del cual un empleado resentido tiene planos e información".

Fácil: un pequeño túnel, un butrón en el pavimento y a continuación se abre la cámara blindada con la lanza térmica, se saca el dinero, se carga y se sale por patas. Millones seguros. Millones suficientes para vivir una vida por la revolución, sin tener que venderse por un puñado de calderilla. Solo necesitamos un plan. Y lo tenemos. Tres o cuatro compañeros resueltos. Y los hay. Una lanza térmica. La traerá él. Y bombonas de oxígeno y una furgoneta y herramientas diversas. Y dinero, que para el material ya hace falta bastante. Y que habrá que encontrar.

Y sí que lo encontramos, desembolsado por un grupito de intelectuales con ganas de radicalismos y escasas aptitudes prácticas, a cambio de pegar fuego a un par de coches de amigos del sistema. Mis cómplices, entusiasmados, opinan que no sería una mala forma de ganarse la vida. Freno su entusiasmo recordándoles que se trata de una operación puntual.

Siguen un par de meses de encuentros discretos y discusiones acaloradas. Para llegar a la céntrica calle donde se erige nuestro objetivo, decidimos atacar por las alcantarillas. Y una noche de diciembre, poco antes de Navidad,

bajo una intensa nevada, bajamos a reconocer el terreno. Entramos por un pozo de inspección. Recorremos kilómetros a la luz de linternas, bajo los arcos de unos túneles fantasmagóricos, calzados con botas de goma que chapotean en el agua blancuzca y fangosa. Tenemos brújulas. Tenemos tiempo. Encontramos el lugar. Sí, se puede hacer. Estamos exactamente bajo la calle principal. Volvemos atrás con el más joven a cuestas: se ha torcido un tobillo. A pesar del frío, sudo a través de la neblina que flota en el aire, rozando paredes de piedra mojadas, dejando atrás galerías grandes y pequeñas que se abren a los costados del túnel principal: todo un laberinto. El tráfico fluye sobre nuestras cabezas, el agua entra a chorro por canales y bajantes.

La salida de la galería principal está en el cauce del río. Cortamos la cadena que cierra la reja con unas tenazas y colocamos un candado nuevo. Las nubes escampan y con la claridad de la luna veo un pequeño rectángulo oscuro en el suelo, sobre la nieve. Me agacho para recogerlo y es el DNI del cerebro del plan, que está admirando complacido el candado nuevo. Le doy en el brazo y le paso el carnet. Le da la risa.

Unas gotas de ron quemado se imponen. Nos quitamos las botas y las guardamos dentro del coche en bolsas de plástico. Encontramos un bar abierto, carretera abajo, y nos paramos. Bebemos, fumamos y repasamos el plan mientras el dueño del local masculla que los vasos, después, no hay manera de limpiarlos.

Ahora sí que está todo a punto, lanza térmica incluida. Que tampoco es tan fácil de manipular, con su palo de metal de casi un metro que hay que montar como si fuera un fusil. Y que, además, hay que ir cambiando, tenemos una docena, esperemos que basten. También tiene tela lo de trajinar las bombonas, robadas de una obra, porque no

son trastos que puedes comprar en el supermercado. Y el traje de amianto. Nos había quedado clarísimo cuan necesario era, la primera vez que logramos encender la lanza. Eso era lo más complicado, porque no basta con una cerilla o dos: hace falta un soplador, que también nos había costado un ojo de la cara. Probamos el equipo en una aldea de montaña abandonada. Costó, pero al final se encendió, gracias a que alguien, en un arranque de inspiración, abrió sin avisar la llave de paso del oxígeno. Y entonces todo el mundo salió disparado porque la punta de la lanza empezó a chisporrotear y a volverse de un blanco que daba respeto. Dentro del traje de amianto hace muchísimo calor, pero no hay que preocuparse, dice el cerebro del golpe, porque tendremos un extractor para el aire caliente, alimentado por un generador silencioso, que también servirá para el martillo neumático.

Lástima que clarísimamente hará falta más dinero. Así que volvemos a contactar con los intelectuales partidarios de la acción directa teledirigida, para ver qué están dispuestos a pagar por el derribo de un chalet, probablemente abusivo, de un conocido especulador inmobiliario.

Y los preparativos continúan.

Reunión itinerante (el movimiento dificulta las escuchas con micrófonos direccionales). Parece que ya no falta nada: todo controlado.

"¿Y el tema de las alarmas? ¿Cómo lo tenemos? ¿Las neutralizan desde dentro?"

"Ah no, ya no trabaja allí el contacto. Pero es muy posible que no haya alarmas", responde el cerebro del golpe.

Suspiro.

"Un momento, a ver si lo entiendo: ¿no nos habías dicho que estaba todo listo, que solo faltaban dos o tres detalles? ¿No serán las alarmas uno de los detalles? ¿Que

no habías pensado en ello? ¿Qué quiere decir que puede ser...?"

La discusión corre el riesgo de degenerar. Y más vale no llamar la atención, así que nos separamos. Lo dejamos plantado en medio de la acera, diciéndole que nos olvide. Me da hasta un poco de pena.

Hay experiencias que ponen a prueba la amistad y ésta acabó con el vínculo con los otros dos compañeros.

Empecé a imaginar con tristeza un futuro de madrugones y de copitas de pastís antes de comer. Hasta el alcoholismo, la cirrosis, el hogar del jubilado. Por suerte, un amigo insistió para que fuéramos a Mallorca. Él se volvía, después de su doctorado en París, y aseguraba que encontraríamos trabajo y casa. "Sin duda mejor que aquí".

Volvimos a hacer las maletas, cerramos la casa, nos despedimos de amigos, vecinos y conocidos y pusimos rumbo al Sur. A Barcelona. Las chicas por La Junquera, yo por la montaña. Y desde allí, el barco, hasta Mallorca.

•••

Mallorca es tranquila, decían.

La isla de la calma, la llamaban. Los controles en la calle eran inexistentes o casi. El "casi" era por el rey, que en Mallorca tenía casa y unas cuantas distracciones, y convertía la ciudad en un avispero de policías de paisano.

Como la pareja de mozos bien plantados que un atardecer me pararon. Con aquella formalidad del protocolo de actuación policial que obliga a tratarte de usted y de "caballero", procedieron al control de identidad. No se conformaron con la típica excusa de que era turista y que en mi país no estábamos acostumbrados a ir por la calle con el carnet de identidad entre los dientes. Indiferentes a

mi argumentación, siguieron preguntando por qué un simple turista hablaba tan bien español. Respondí que tal vez por mi trabajo de traductor y uno de los dos comentó sarcástico que no sabía que alguien pudiera ganarse la vida con un trabajo así. ¡Ya ves quién fue a hablar!, Pensé, ¡no te fastidia! Obviamente opté por encogerme de hombros con cara de memo y decir: "Se hace lo que se puede...", y me dejaron marchar.

La isla de la calma. Eso debía de ser antes de la llegada de la marabunta turística. Pero si evitabas las playas saturadas de hoteles y la zona de diversión nocturna, podías tener la sensación de vivir en un lugar casi de ensueño.

Alquilamos un pisito al lado de la estación del tren de Sóller, una estación de postal, vía única, vagones de madera con una primera clase que era una especie de saloncito. Nos montábamos con la niña y eran una gozada aquellos lentos paseos, observando desde las ventanillas los campos, los túneles y finalmente, desde la sierra de Tramontana, el panorama que ofrecían los bosques, el mar, los tejados del pueblo. Era hermoso, luminoso, sereno.

Estaban los olores y los colores y el sonido del mercado. La belleza del campo, con tantos olivos y algarrobos. Salpicado de almendros. O lleno de higueras. Los campesinos ni se molestaban si cogías. Total, decían, los higos se los acababan dando a los cerdos. Pueblos con nombres y atmósfera romántica: Valldemosa, Deià. Y estaban las calas, desiertas gran parte del año. En Deià había una, con una fuente de agua dulce que caía en cascada sobre la playa. Allí se practicaba el nudismo y podías embadurnarte de barro antes de tirarte al agua desde las rocas.

Estaba el sol, estaba el mar, el perfume del agua y de los pinos. Noches de luna y lugares encantados.

Estaba el aroma de las panaderías y de las comidas, patrimonio cristianizado en los nombres, pero a menudo con los mismos ingredientes legados por un pasado judío. Los judíos conversos, es decir, los que había preferido la conversión a la expulsión o la muerte, allí se seguían llamando "chuetas" y aun eran objeto de un mal disimulado racismo. Y habían pasado cinco siglos.

La gente era como la del resto del Mediterráneo, me imagino. Tranquila, amable y desconfiada. Y conservadora, cualidad que no parecía haber evitado la venta de tierras y almas al turismo. Tranquila, sí, aunque al parecer también era tranquila antes del 36, y sin embargo justo después de que se difundiera la noticia del golpe militar de Franco, los muertos ya eran miles. Generaciones de rencores, de odios, de temores acumulados, se desataron en un baño de sangre.

En aquel contexto no nos hizo ninguna gracia la noticia del golpe de estado de Tejero. Mallorca formaba parte de la región militar de Valencia, donde el general golpista Milans del Bosch y la radio difundían una proclama amenazadora. Creo que ni siquiera hizo falta persuadir a los redactores con las armas: ya se sabe, los periodistas son trabajadores, no héroes, por mucho que se las den de cuarto poder y de garantes de la democracia. La escuchamos en casa de amigos, y aquel día se nos pasaron las ganas de reír. Una voz marcial advertía que cualquiera que se encontrara en posesión de armas sería pasado por las mismas. "¿Pero de qué coño de armas habla ese gilipollas?", Comentaron escandalizados los presentes. Escandalizados, porque aquellos militares sediciosos, que se llenaban la boca de palabras como honor y coraje, valor y orgullo, el golpe lo estaban dando, una vez más, contra un pueblo que, si antes tenía pocas armas, tras 40 años de dictadura

era uno de los más inermes del mundo. En todo caso, en Valencia, para disuadir a la plebe de empuñar los cuchillos de pan y las bombonas de butano, el valiente general hizo salir los tanques a la calle. En Mallorca no, pero la Guardia Civil y la Policía patrullaban nerviosos, por si a algún rojo se le ocurría asomar la cresta. Finalmente el golpe fracasó, aunque yo opino, igual que mucha gente, que en realidad la jugada les salió redonda: excusa perfecta para legitimar una monarquía entronizada por Franco como garantía de la continuidad del régimen. En los días sucesivos había quien respiraba aliviado, mientras los fascistas hacían de un idiota, como Tejero, un héroe y pintaban "viva Tejero" por todos lados.

Una noche salimos en comitiva unos cuatro o cinco amigos, y aplicando la técnica del comando familiar urbano, es decir, parejas jóvenes con criaturas que iban conversando desenfadadamente por la ciudad, y bajo cada "viva Tejero" que encontrábamos, le añadíamos con espray "y su pastelera madre", fórmula consensuada después de un intenso, aunque breve, debate.

La técnica del comando familiar la volveríamos a aplicar en pequeñas iniciativas de "trastada", como los boicots a agencias inmobiliarias o a McDonald's: unos se paraban delante del objetivo a conversar en corrillo, mientras otros introducían silicona en la cerradura, tiraban ácido a los cristales, rayaban el aparador con una punta de diamante o meaban en la puerta, según los casos.

•••

La niña crecía. Mi compañera daba clases particulares de primaria o secundaria y hacía de figurante en obras de teatro. Yo montaba exposiciones para el colegio de arqui-

tectos o daba clases de italiano a chicos y, sobre todo, chicas de familia bien. Una de mis alumnas, hija de un capitán de un cuerpo de seguridad, llegó una vez muy preocupada pidiéndome que mirara por la ventana por si había aparcado mal. El coche estaba bien donde estaba. "¿Y entonces por qué todo el mundo me miraba cuando he bajado?", dijo desde su metro ochenta de tía rubia con minifalda, bragas rosa y camiseta escotada hasta el ombligo.

Bastaba para pagar el alquiler, la luz, la comida. No teníamos vicios caros, de vez en cuando una cerveza con los amigos, un bocadillo en el bar. En contadas ocasiones un cine, con la niña en el regazo, que solía dormirse tranquila.

A menudo me pasaba por la zona del puerto, donde había hecho un amigo, el dueño de un bar que un día me informó que buscaban gente para pintar, alquitranar y limpiar el yate de un ricachón alemán que lo dejaba amarrado todo el año en Mallorca, con capitán incorporado. El capitán no hablaba muy bien el español y era un hombre tristón, con aspecto de borracho deprimido. Y triste no sé si era, pero borracho sin duda. Cuando finalmente conocí al "ricachón" alemán me sorprendió descubrir que era joven y simpático. Tanto, que no se quejó cuando, en lugar de salir a navegar viento en popa por las frescas aguas mediterráneas con sus amigos, le tocó "pencar" al sol en el dique seco con brochas, espátulas y productos diversos; porque nosotros, los trabajadores contratados, nos habíamos retrasado un poquitín en los plazos.

La verdad es que el equipo de trabajadores lo formábamos solo Philippe y yo, y que, en una escala del uno al diez, nuestra experiencia en barcos y marina se situaba más o menos en un dos, y eso gracias a Philippe que tenía un pequeño velero y sabía algo de maniobras y le gustaba navegar.

De su Suiza natal, Philippe hablaba fatal: demasiado disciplinada, demasiado cerrada, demasiado intolerante. Había huido para no someterse a aquella atmósfera que se le hacía insoportable. Sin embargo, no era un alocado o un rebelde, al contrario, era un tipo súper discreto. Vivía austeramente en una casita alquilada, entre olivos y carrascales, siempre pulcra y ordenada. Y era un anfitrión feliz cuando invitaba a los amigos para una fondue o un muesli que preparaba él mismo.

Trabajamos juntos unos meses, él con un respeto meticuloso de las medidas de seguridad: máscaras, guantes, gafas de protección. Y no andaba equivocado, porque el polvo que levantábamos era para procurar silicosis a un batallón y los productos que manejábamos eran de todo menos inocuos. Le perdí la pista cuando nos fuimos de Mallorca. Fue un amigo común quien, años más tarde, me dijo que Philippe había desaparecido en un temporal frente a las costas de Galicia. Habían encontrado su barca vacía y volcada. Navegaba solo.

La estancia en Mallorca duró un año.

Un año en que estuve más cerca que nunca de la idea que en general uno tiene de cómo hay que vivir la juventud. Los trabajos que hacía, comparados con los de Francia, eran gloria. Y teníamos un círculo de amistades numeroso y variado. Sicólogos, camareros, bailarinas, profesores de instituto. Y también uno que trabajaba en aduanas junto con guardias civiles que le amenizaban las horas con diálogos del estilo:

— Me he comprao un equipo histérico con dos mafles.

— Estéreo querrás decir.

—¡ Bah!, Me es inverosímil!

— Será indiferente.

— Pues eso, son palabras sinagogas – Él juraba que todo era cierto.

Entre los más íntimos, éramos los únicos en tener una hija. Y todos querían ejercer de tíos y ella estaba feliz. Iba con nosotros a todos lados, en cochecito, en brazos. Cantaba y reía, siempre alegre, con sus ojitos azules y la sonrisa de payasita.

Empecé con el taekwondo. No pedían ningún documento para apuntarse y el maestro me apreciaba y pensaba que tenía físico para la competición, hasta que supo que tenía 25 años, "¡Ah, bien!, entonces nada, eres demasiado viejo". ¡Pues sí que…! Aunque poco podía importar, tampoco habría podido entrar en el mundo de la lucha, si había que federarse, pasar revisiones médicas oficiales, presentar documentos. Me consolé pensando que también me ahorraría muchas hostias.

Pero una hostia la recuerdo. Entre los bares que frecuentaba con los amigos, un circuito de pequeños locales fuera de las rutas turísticas, había uno cerca del puerto y, a veces, entraban marineros de diferentes procedencias. Y un atardecer tranquilo llegó uno, español a juzgar por los tatuajes, y con una cogorza considerable a juzgar por su actitud. Se bebió de un trago la cerveza de una compañera y fue a por la mía, que también se tragó. Entonces la otra compañera se apresuró a acabar la suya antes de que se la apropiara. Eso lo irritó y exigió que le pagáramos otra copa. Decidimos irnos, y cuando me interceptó para impedirme salir le apunté a la mandíbula. No quería hacerle daño. Se tambaleó sin caer y por un momento pensé que tenía que darle con más fuerza y romperle la nariz. Pero dos o tres del bar se lo llevaban fuera. Era hermosa Mallorca. Con una magia peculiar, diferente de la de los bosques de castaños, hayedos y montañas envueltas en bruma de

mi tierra. Los mallorquines que conozco no saben vivir mucho tiempo alejados del mar. Son presa de angustia, necesitan la proximidad de la extensión inmensa, siempre igual y siempre cambiante, que les rodea y que es su camino hacia el mundo.

Había transcurrido un año de plácida vida isleña. Aunque trabajo no había demasiado, la isla era pequeña y todo el mundo acababa conociéndote. Tal vez ya no me buscaran con intensidad, pero lo más seguro seguía siendo un lugar que favoreciera el anonimato.

Lo hablamos; y nos decantamos.

BARCELONA

Barcelona es un delta. Ramificado, lento, cenagoso, abierto a las mareas y fértil. Aquí, el viaje que había durado casi seis años acabaría dispersándose en mil canales. La militancia, los afectos, el trabajo, la cultura. La familia, las amistades. Sentimientos. Emociones.

Mi carrera de fugitivo se transformó en un desplazarse prudente, en un apropiarse de un territorio a explorar, conocido poco a poco: aquí peligro, aquí agua, aquí placer, aquí controles. Había tantas cosas por aprender y hacer.

Y la primera era criar o, mejor dicho, echar una mano para criar a la niña. Que, pobre, no tenía posibilidades de escoger. Su padre y su madre eran como eran y en ellos confiaba y a ellos se adaptaba.

Un conocido me explicaba que de pequeño había imaginado a todos los papás y mamás de sus amigos como unos yonquis que no paraban de chutarse, porque los suyos eran así. Y nosotros, aunque de otro modo, "diferentes" también lo éramos.

Nos quedamos en Barcelona, capital de un territorio con sus montañas, llanuras, ríos, lagos, bosques, campo. Con su gente, músicas y olores, usos y costumbres. Y con su lengua.

Vivimos en unos bajos, una vivienda algo oscura y húmeda que daba directamente a la calle, al lado de plaza de España. Un barrio popular, no muy lejos de la Zona Franca, de los polígonos industriales con las grandes fábricas como la Seat, y relativamente próximo al puerto. Un distrito lleno de talleres y de naves, donde acababan de cerrar el matadero, que ocupaba varias manzanas, ahora

transformado en parque con una estatua de Miró, "Mujer con pájaro", que vi instalar, perplejo.

Estaba la plaza de los gitanos, gitanos blancos, es decir, asentados, unos vecinos del barrio con sus peculiaridades –y yo de peculiaridades entendía–, que iban a la suya y no se mezclaban más de lo indispensable con los payos, es decir, nosotros. Las gitanas que conocían a mi compañera, la saludaban cuando iban solas y la ignoraban si iban en grupo.

Las había muy hermosas, siempre vestidas de forma vistosa y atractiva. Y los patriarcas, señoriales e imponentes, de negro con gorra y bastón. Uno hacía cada día la ronda de las familias de su clan para asegurarse de que todos tuvieran comida.

También era gitano Helios Gómez, cartelista de la República y también vecino del barrio, a la fuerza, ya que estuvo preso en la Modelo. Y en la Modelo pintó los frescos de la capilla, que al parecer son una magnífica obra de arte. Al parecer, porque la dirección de la cárcel un día decidió hacer limpieza y mandó encalar todo. Más tarde, el hijo del pintor fundaría una asociación para recuperar la capilla como parte de un futuro museo de la represión, ubicado en la misma prisión.

Cuando caía la noche, desde las ventanas de las cocinas salía el sonido de los tenedores que batían los huevos en el imprescindible rito de la tortilla para cenar. Era un barrio combativo que contaba y cuenta con centros sociales y centros cívicos donde se organizaban actividades que intentaban reunir eso que hoy llamaríamos "sensibilidades diferentes". Aunque la cosa planteaba riesgos, y en mi primera experiencia como organizador de acontecimientos político-musicales, faltó poco para que la iniciativa no acabara en batalla campal. Porque al concierto, todo un

éxito de convocatoria, vino de todo, desde cabezas rapadas independentistas a punks anarquistas y, al final, nos encontramos con dos formaciones enfrentadas que se morían por sacudirse. De alguna manera conseguimos convencerlos para que fuesen a hacerlo un par de calles más allá.

Cerca de casa estaba Montjuïc, la montaña que cae a pico sobre el mar, dominada por un castillo, más bien fortaleza, que acogía hasta hace poco el museo militar, con la estatua de Franco delante, y la bandera catalana en la vitrina de los trofeos de guerra.

Iba allí a pasear con la niña, que era muy sociable cuando otro ser de su medida se le acercaba con la intención de unirse a sus juegos. Y una tarde, mientras sentado leía un libro y ella jugaba, oí que un niño le decía que el catalán era un idioma de gente ignorante y que, según su padre, no había que jugar con niños ignorantes. Me la llevé diciéndole, al padre, que en mi pueblo le habrían partido la cara.

Alrededor de la fortaleza hay un foso que da la vuelta a la montaña donde alguien decidió hacer unos jardines y un campo de tiro con arco; algo que me parecía de cierto mal gusto, ya que contra aquellas paredes durante muchos años habían practicado el tiro contra dianas de carne y hueso.

Era el mismo Montjuic que, poco después de la muerte de Franco, vio a Federica Montseny, icono del movimiento libertario, ex ministra de la FAI en el gobierno republicano y una vida pasada en el exilio, hablando entre un mar de banderas negras y rojas. Centenares de miles de personas reunidas para aclamar a su pasado anarquista.

Alejándose de su pasado, ahora la montaña empezaba a estar salpicada de equipamientos artísticos, culturales y deportivos.

En 1991, aprovechando las instalaciones ya listas para los Juegos Olímpicos, el estadio fue escenario de una serie de macro conciertos con estrellas internacionales tipo Rolling Stones, Madonna, David Bowie y Prince. Y ocurrió que en el primer concierto, con los Rolling Stones, los servicios de seguridad provocaron más de una trifulca. Porque los casi 400 vigilantes (contratados por una de aquellas empresas que también proveen de "seguratas" al metro) tuvieron la brillante idea de registrar bolsas y bolsillos de los miles de entusiastas seguidores, en busca de porros y de las variadas substancias ilegales, cuyo secuestro acabaría afectando muy negativamente al clima de celebración festiva que debe imperar en un acontecimiento donde el incautado, además, ha pagado una pasta.

En fin, que la productora se vio obligada a contratar a alguien que supervisara a los controladores. Una amiga pensó en mí, que, según ella, era una persona de ideas claras.

Y así entré en el *show business* por un tiempo. Ritmos frenéticos, estrés, coca, histeria y un montón de anécdotas que contar a los amigos. Como aquella de un alto cargo de la Guardia Urbana (posteriormente investigado por asuntos de corrupción) que quería ver tan de cerca a Madonna que se salvó por un pelo de recibir unas buenas hostias de los gorilas de la dama. O la de los policías nacionales que tuve el enorme placer de echar del *backstage*, porque David Bowie no quería subir al escenario si había gente armada rondando. O la de un manager yanqui que entregó un fajo de billetes a un pavo que pasaba coca después de preguntar si era de fiar. Tranquilo, le dijeron, que es inspector de policía. O, finalmente, la del miembro de una ONG que consiguió colarse gracias a una acreditación de la tele italiana para entregar una camiseta reivindicativa a

Madonna, que se la puso sonriendo para, después del concierto, emprenderla a puñetazos con su escolta.

Me lo pasaba genial supervisando a los centenares de individuos de la seguridad. Era el tipo de gente que siempre me había mirado de reojo cuando entraba en bancos o grandes almacenes.

Sin pena ni gloria, el ciclo de conciertos se acabó, y el jefe de la productora organizó una fiesta de despedida para los colaboradores, con barra libre de alcohol y coca. Entre raya y raya, acabé conversando con la mujer del *boss*, una morenaza escultórica, empeñada en explicarme que para ella era de lo más excitante dominar a los hombres, pero no en el sentido que yo imaginaba, todo piel y humores, sino como ejecutiva mandona del tipo "y tú ahora haces eso porque te lo digo yo", hasta que mis pupilas estilo ET comenzaron a desenfocar.

Finalmente, en el 92, llegó el gran acontecimiento. Y el mismo estadio fue escenario de la ceremonia de apertura, a cargo de Els Comediants. Un gran espectáculo. El rey pronunció el discurso de inauguración en medio de una pitada monumental. Los cámaras y cronistas de las televisiones estatales no sabían qué hacer, porque era imposible filtrar el sonido. Tampoco podían mostrar otra imagen que no fuera la tribuna de las autoridades, porque el estadio estaba lleno de banderas catalanas que ondeaban al ritmo de los silbatos. Como venganza, las instituciones democráticas se dedicaron a la caza de independentistas. Atraparon a unos 40 y se ensañaron a fondo. Al cabo de unos quince años, el Tribunal de Estrasburgo dictaminó que por supuesto habían sido torturados. Eso no quiere decir que mandatarios y mandados tuvieran que pagar nada: un veredicto simbólico, un tirón de orejas entre colegas... Pero al menos los chavales que en el 92

fueron golpeados, ahogados, electrocutados, amenazados, insultados, humillados..., tuvieron la satisfacción de ver restablecida la verdad.

•••

Pasaban los meses y los años. La rabia seguía sin desaparecer pero se diluía, como el odio. Dejé de soñar con batallas desesperadas en que moría luchando con las armas en la mano. "Ándate con cuidado, por favor, no te arriesgues", me decía mi padre por teléfono o mientras subía al tren al final de sus raras visitas.

Pero Catalunya forma parte del mundo. Y había las mismas injusticias. Además, había otras que no imaginaba. Aunque al principio me costó entender hasta qué punto puede ser doloroso, por ejemplo, que la lengua de tu familia, de tu infancia, sea primero reprimida y después menospreciada y marginada. Entender por qué, en este rincón de la civilizada Europa, el Estado era visto por mucha gente como un organismo ajeno y hostil del que había que resguardarse.

Foto. Un pequeño rótulo en un gran portal al lado de la plaza Urquinaona: Asociación de Familiares y Amigos de Presos Políticos. Llamé y me presenté. Estaban reunidos. Hombres y mujeres de distintas generaciones y procedencia política. A los mayores los iría encontrando a lo largo de los años, encabezando a menudo las manifestaciones más combativas, enarbolando la bandera roja, la ikurriña, o la senyera con la estrella roja. También, y sobre todo, cuando empezaban las cargas y llovían las pelotas de goma.

Trabamos amistad. Pere, de mi edad, se hallaba junto a Gustau, el chico al que habían matado de un tiro en la espalda, durante la manifestación multitudinaria del 11 de

septiembre de 1978 en la calle Ferrán. "Libertad, amnistía, estatuto de autonomía", gritaba la gente, y los "grises" disparaban. En el local siempre encontrabas a Engracia y a Jaume. Él, un antiguo obrero delgado y nervioso, ella una mujer maternal y afable, pero tenaz y trabajadora. Los iba a ver a menudo y pasábamos horas hablando. Me describían la situación de las prisiones españolas; me hablaban de los FIES (régimen de tratamiento penitenciario reservado a los presos considerados muy peligrosos), de la COPEL (organización que englobaba a los presos sociales), de los políticos, de los vascos, muy arropados por su pueblo pero siempre en el punto de mira de jueces y funcionarios. Del "vía crucis" de las familias. De las conversaciones delante de las rejas de las cárceles especiales, a la espera de la hora de visita. –También vinieron la semana pasada a registrarme la casa y me rompieron dos muebles. –Pues a mí me han forzado la puerta cuatro veces. Y eso que siempre le digo al juez, mire, que llamen, que yo la puerta se la abro.

Me sentía mal fingiendo también delante de ellos, que me veían como un estudiante italiano, que había llegado a Barcelona por amor.

Se definían políticamente marxista-leninistas e independentistas. Pero eran abiertos, solidarios con todos los represaliados. En una ciudad llena –es un decir– de anarquistas, independentistas y comunistas regenerados con el lifting del eurocomunismo, rigurosamente repartidos en compartimentos estancos, ellos destacaban como una "amanita muscaria" en un cesto de trompetas de la muerte.

Yo, como italiano medio, criado primero en la retórica del "Risorgimento", y en las teorías cato-comunista primero y universalista después, tenía la firme convicción de que nacionalismo, siempre y en todos sitios, rimaba con fascismo. A pesar de que todos los izquierdosos italianos

que conocía vibrasen con la Azzurra y se hicieran constantemente pajas evocando las maravillas producidas por los pueblos y las tierras itálicas (ya me dirás si eso no es patriotismo). Los dialectos y las lenguas menores, es decir, no oficiales del Estado, eran cosa de gente inculta, de campesinado reaccionario que había que redimir. Una especie de pelagra destinada a desaparecer con el avance del progreso, de la civilización y del jabón.

En París, las primeras veces que escuché a los amigos catalanes, valencianos, mallorquines, todos universitarios o doctores, hablando con desenvoltura su curioso lenguaje, pensé, apoyado por los compañeros franceses, españoles y sudamericanos, que recurrían a un excéntrico recurso, una especie de verlan[11], un lenguaje secreto. Una forma un poco esnob de diferenciarse de aquellos que solo hablaban lenguas de verdad, como el español, el francés, el italiano o incluso el alemán o el inglés.

Los compañeros de este comité me ayudaron a entender que podía haber, que había, una gran diferencia entre una opresión y la reivindicación de un derecho. Me costó, pero al final me convencí de que, efectivamente, un Hitler que invade Polonia y quiere repoblar el mundo con una raza pura, la suya, un Mussolini que se anexiona Abisinia o unos Reyes Católicos que "descubren" y depredan América en nombre de sus patrias, no eran ni hacían lo mismo que los vascos y catalanes que, al fin y al cabo, solo quieren ocuparse de sus propios asuntos, y en su propia casa.

---

11 El verlan (de la inversión, en francés, de la locución adverbial à l'envers: verlan = lan ver = l'envers) es una forma de argot en esa lengua que consiste en la inversión de las sílabas de una palabra, algunas veces acompañada de elisión. También se habla de formas verlanizadas para caracterizar los vocablos nacidos bajo la influencia del verlan.

•••

"Ve con cuidado, no te arriesgues".

Sabía y me lo repetía que no tenía que hacerlo, que no era prudente, pero continuaba moviéndome por la galaxia de los movimientos alternativos. Descubría otros: anarcosindicalistas, ecologistas. Y también antimilitaristas, antifascistas, antirracistas y un montón de anti más.

Iba a reuniones y participaba en manifestaciones y acciones diversas. Como lanzar cubos de pintura rosa –en realidad tenía que ser roja, pero habían añadido poco colorante– contra los caza-minas de EEUU amarrados en el puerto de Barcelona pocos días después de los ataques aéreos contra Trípoli (15 de abril de 1986).

Colaboraba en boletines, revistas, agencias de noticias alternativas. Más o menos radicales. Como *La Europa de las Naciones*, publicación de actualidad e historia de las naciones sin estado de Europa. Me fui cuando la entidad que la editaba decidió otorgar el premio anual de defensor de los derechos de los pueblos a Franjo Tudjman, quien argumentaba, como historiador y como presidente del flamante estado croata, que los ustachas en la Segunda Guerra Mundial no habían masacrado un millón de serbios sino "sólo" 600.000.

Me movía por los ambientes libertarios: ateneos, librerías, bares, centros sociales, conciertos. Menos, por las sedes sindicales, porque el clima no era demasiado fraternal, con disputas judiciales entre la CNT del exilio y la del interior, con todos los matices que se me escapaban y se me escapan. No era exactamente como la había soñado la Barcelona libertaria, la Rosa de Fuego de las milicias obreras, de la autogestión, de las fábricas y hoteles colec-

tivizados, de Ferrer y Guardia y de los levantamientos populares contra el reclutamiento forzoso.

Aquí, pensaba, podría resolver el problema cada vez más acuciante de los documentos, porque había leído que la CNT tenía una presencia fuertísima en el gremio de tipógrafos y, por tanto, sería fácil encontrar a alguien que... Problema acuciante porque, además de ser falso, mi carnet de identidad había caducado y, por otro lado, hacía falta un pasaporte para entrar y quedarse en España. Pronto iba a dejar de hacerme ilusiones.

Una noche, unos desconocidos (¿matones a sueldo, fascistas?) quemaron el portal de un Ateneo Libertario, en el barrio de Gracia. Y a la tarde siguiente hubo concentración, con mucha gente que recorría el barrio repartiendo octavillas y consignas, y los vecinos que aplaudían diciendo: "Resistid chicos". Pero al despedir a los concentrados con un discurso tipo: "Vale troncos, ahora toda la peña a casa, y al loro", estalló una reyerta multitudinaria, que vio a gente liarse a hostias por todos lados, agarrarse del cuello, rodar por los suelos, lanzarse sillas. Motivo: un miembro de la CNT había colocado a un perro que pasaba una pegatina de la CGT.

—Una cuestión interna, creo –le respondí, abriéndole paso, entre los contrincantes, a un señor mayor que había venido a solidarizarse.

Igual de variado, o puede que más, era el mundo del independentismo, con grupúsculos marxistas, asociaciones de defensa de la lengua, asociaciones culturales y colectivos autónomos, que eran los que más me gustaban, con su estética skin, la más funcional para el combate, el ska y las peleas con los fachas.

En otro punto de la geografía de los movimientos, los ecologistas estaban enfrentándose al reto del programa de

nuclearización del país. En el País Vasco intentaron construir una central, pero al final al gobierno y las compañías no les cuadraron las cuentas, porque ETA y buena parte de la sociedad vasca, la central de Lemoiz no la querían. Y los costes humanos y, sobre todo políticos y materiales, corrían el riesgo de superar con creces los beneficios.

En Cataluña les fue mejor a eléctricas y constructoras, a pesar de que aquí también había mucha gente contraria al nuclear, con un movimiento bastante potente, que al grito (o pegatina) de "¿Nucleares?, ¡no gracias!", convocaba manifestaciones, acciones de desobediencia civil no violenta, charlas, contra-información. Hasta que a alguien se le ocurrió la brillantísima idea de concentrar todos los esfuerzos en la iniciativa legislativa popular, con la recogida de miles de firmas para "obligar" a los partidos políticos a tratar el tema en el Parlamento. Efectivamente, recogida de firmas hubo, y los partidos hicieron su debate. Y las compañías eléctricas, cuatro centrales nucleares.

Me atraían más las luchas de calle, que aún había. Las manifestaciones que acababan en altercados. Los piquetes en los días de huelga. De "mani" en "mani", habíamos formado una mini brigada internacional con Stephan, un suizo rubio y nervioso, Mark, un bávaro moreno, atlético y risueño, y Pep, hijo de inmigrantes, nacido en Francia. Íbamos por libre e improvisábamos barricadas, lanzábamos piedras y bolas de hierro contra los furgones de la policía o coches de lujo, rompíamos escaparates. Como los del Corte Inglés durante una huelga general, junto con unos cuantos obreros cabreados. De dentro salieron disparados un montón de antidisturbios, como muñecos con resorte de una caja con sorpresa. La adrenalina disminuye o hasta elimina el dolor y solo en casa nos dimos cuenta de los moratones, rozaduras y articulaciones magulladas.

Había desaparecido un presunto militante de ETA, capturado por la Guardia Civil. Dijeron que había huido. Con las manos esposadas a la espalda, se había fugado de un furgón blindado y de una escolta de seis o siete agentes armados y entrenados. La "Benemérita" no cultivaba demasiado el arte del comunicado de prensa. Pasados unos días lo encontraron flotando en un río. Veinte años más tarde, oh sorpresa, los análisis dirían que el agua en sus pulmones no procedía del río y que el prisionero había muerto mientras se le aplicaba la tortura de la "bañera".

A los miles de manifestantes que salimos a la calle un anochecer lluvioso en Barcelona no nos costaba mucho imaginar lo ocurrido. Acusábamos al Estado y a la policía de asesinato y tortura y acabamos a botellazos y pedradas contra la Delegación del Gobierno Civil, desde donde disparaban pelotas de goma.

Nosotros, el comando internacionalista, nos parapetamos detrás de un coche de la urbana y con tirachinas apuntábamos a las ventanas del edificio. Nos fuimos, intercambiando empujones y alguna patada con sindicalistas, que nos acusaban de provocadores.

Finalmente, la mini brigada autónoma se disolvió. Mark volvió a Alemania, lo detuvieron y condenaron a 20 años por "pertenencia a banda armada": se había integrado en un comando autónomo que hacía sabotajes, y eso, en el nuevo marco legal, ya era terrorismo. Stephan murió cuando aún no había cumplido los 40 años, se metía demasiadas porquerías. Pep volvió a emigrar, esta vez con esposa e hijos. Yo me quedé.

•••

En Barcelona me encontraba a gusto, en un barrio que un buen día la policía tapizó con fotos de hombres y mujeres del GRAPO en busca y captura; y a la noche ya no quedaba ni una, arrancadas por niños camino de la escuela, rascadas con cuidado profesional por los porteros, rasgadas por los transeúntes.

Era una sociedad tranquila que sabía cómo resistir y luchar sola, sin demasiados partidos, sin grandes estructuras políticas o religiosas que la dirigiesen. Cuando los socialistas en el gobierno montaron un referéndum trampa para meter al país en la OTAN, en Catalunya la respuesta fue espontánea y masiva. Grupos de amigos, parejas de ancianos, miembros de organizaciones de toda clase repartían carteles pagados por una asamblea de centenares de asociaciones, llenaban ciudades y pueblos de eslóganes, conferencias, debates. Cataluña votó No a la OTAN.

Hasta los medios de comunicación oficiales, a pesar del gobierno de centroderecha, eran diferentes de los del resto de España y de Europa, aunque solo fuera un poco.

San Jordi. Final de los 80. La Rambla llena como una colmena de puestos de libros y de rosas. Riadas de gente de todas las edades en una corriente ininterrumpida y ordenada.

En Canaletas, cruce entre Pelayo, plaza de Catalunya y las Ramblas, unas feministas piden la legalización del aborto. Con un hornillo de gas intentan inflar un globo aerostático.

Llegan las furgonetas de la policía. Salen decenas de hombres con casco y escudos. Rompen el globo a porrazos y también a alguna feminista protestona. La gente reacciona. Un cámara de la televisión vasca graba. Llegan refuerzos. En la pantalla, agentes uniformados tiran por el suelo libros, golpean a ancianos que se defienden con pa-

raguas, sacan las pistolas. Se ven abuelas en el pavimento, caras ensangrentadas. Pero la gente no se va. A centenares, desarmados e indignados, plantan cara por todos lados a los policías que, unas cuantas escenas de violencia más tarde, suben a sus furgonetas y se retiran.

La televisión autonómica catalana emite una y otra vez las imágenes, hasta que un juez ordena su secuestro. "Acatando la decisión del magistrado entregaremos las cintas a las autoridades –dice el presentador del telenoticias–, pero antes, por deber informativo las emitiremos íntegramente".

Puede que solo en un país así fuera posible, dentro de Europa, sobrevivir durante más de 25 años sin papeles. En plena edad del control, de las cámaras hasta en los lavabos, de las fichas antropométricas, de las bases de datos genéticos, de las huellas dactilares en los accesos de gimnasios y piscinas. La era del Gran Hermano orwelliano.

Es una tierra curiosa, donde una campesina que no ha visto nunca una gran ciudad te puede decir que, a ella, el matrimonio entre homosexuales no le parece que esté bien, pero que tampoco es tan grave si no te obligan, ¿cierto? Donde la gente sabe ser tolerante, ¡qué coño!, que el 50% de su población ha venido de fuera en las dos últimas generaciones. Y donde la desconfianza hacia el Estado y sus instituciones, sobre todo las represivas, perdura a pesar de todos los lavados de imagen y el despliegue de los Mossos de Esquadra.

Me acogió gente que había desafiado hasta hacía pocos años los últimos coletazos del último régimen fascista de Europa, con manifestaciones, con asambleas, editando y comprando libros, yendo a ver películas a Perpiñán, haciendo pintadas en los muros.

Chicas como Nina, con sus vestidos floreados y sus trenzas, que en el capazo ibicenco llevaba los molotov. O Aurora, una persona inquieta de respuesta rápida, que en una carga de la policía se abrazó a una farola diciendo: "yo de aquí no me muevo si no es en presencia de mi abogado", y que con Neva, estudiante y aspirante a actriz, con perfil de diosa griega, iba a los conciertos de la "Nova Cançó" y luego ayudaba a cruzar la frontera por pasos secretos a militantes de organizaciones clandestinas. Chicos como Pol, apaleado, detenido por haber gritado "asesinos" a la policía que rodeaba la iglesia donde se celebraba el funeral de Puig Antich. O Ignasi, barbudo y fornido, volcán de ideas y eslóganes que plasmaba en pancartas y murales. O Txema, militante y fundador de pequeños partidos marxistas que trabajaba en los barrios más populares, tan moreno que, a pesar de su árbol genealógico híper catalán y las camisetas y botas de excursionista-geólogo, en París lo tomaban por marroquí.

De aquella generación de luchadores antifranquistas los hay que han hecho carrera: en general, los que se quedaban en la retaguardia citando a Marx y Bakunin y que ahora son hombres y mujeres de orden, entre los cuales no falta quien afirma que si a los 20 años no eres de izquierdas no tienes corazón y que si a los 40 no eres de derechas no tienes cerebro.

Pero la mayoría, los que tenían inteligencia, coraje, preparación y, sobre todo, mucha honestidad, emprendieron caminos vitales simples, limpios. No son empresarios ni políticos. No se han hecho famosos, ni ricos, ni poderosos. Son profesores, maestros, funcionarios, artesanos, algún periodista, algún músico o actor, algún obrero. Gente modesta que, con modestia, sigue participando en las luchas sociales. Que en el trabajo, en casa, en el barrio, con los

amigos sigue aquellos pocos valores que hacen que una sociedad no explote.

Seguíamos siendo los únicos en tener una hija, a quien intentábamos criar sana y sin los complejos ni los lastres de la educación que habíamos sufrido. Nada de alimentos refinados, azúcar o colorantes. Nada de pañales de usar y tirar, que irritan el culito y contaminan. Lavábamos a mano pañales de algodón que blanqueábamos tendiéndolos al sol o remojándolos en agua oxigenada. Nada de chupetes o biberones. Leche materna y después papillas integrales, tostadas en casa, con miel y fruta. Nada de caramelos y golosinas industriales. Y la ropa reciclada de familiares y conocidos.

Risueña y regordeta los primeros años. Tímida y delgada después. Una niña que enseñaba encantada a la cajera del hipermercado los zapatitos que acabábamos de requisar de la sección infantil. Que correteaba feliz y que enfundada en un abrigo de dos tallas de más, se lanzaba de cabeza al Mediterráneo gris y frío de enero. Que reía con versiones cómicas de episodios de historia patria, como el rapto de las Sabinas, que yo inventaba para ella, y que cuando estaba enferma, escuchaba encantada cuentos como "Los músicos de Bremen" y soñaba con ser veterinaria y salvar y curar animales. Y de pronto ya tiene 17 años y se va al extranjero por un año y vuelve, y un anochecer de final de verano, un coche la atropella y por poco el mundo se para. Por muy poco. Por un milagro no se para.

Y como un padre normal, trabajo.

Poco a poco iban llegando las traducciones, y yo iba sacando partido de mi formación clásica, de los estudios universitarios realizados en la cárcel, de tantas y tantas horas de lectura. Y venga a plasmar en la lengua de Dante, Petrarca y, sobre todo, Boccaccio, manuales de todo tipo,

menús para restaurantes, cartas, catálogos, folletos. Incluso algún libro. Siempre en negro. La contabilidad de las agencias no era demasiado rigurosa, por suerte; y entre todas, la menos rigurosa era la de la PAX, una empresa montada por cuatro amigos acabados de salir de la universidad. A final de mes, en un despachito, el socio contable ensobraba los sueldos mientras en la habitación de al lado, el socio de marketing, equipado con balanza de precisión y cuchillo, preparaba talegos de chocolate y papelinas de coca o de speed, una porquería de anfetamina en polvo muy de moda entonces; los traductores hacíamos cola primero en una puerta y después en la otra.

Acabé entrando en el círculo de la interpretación: se puso enfermo un conocido y me convencieron para que fuera a hacer de "florero". Una vez en la cabina, le cogí el gustillo. Aunque también era más arriesgado que traducir cartas comerciales o instrucciones de lavadoras, porque los edificios oficiales o las sedes de multinacionales tienen vigilancia. Y cuando hacía noches de hotel, me pedían los documentos. Durante años me las arreglé con excusas ("ostras, me he dejado la cartera") o desplegando encima de los mostradores acordeones de carnets de asociaciones de escritores o de federaciones de radios libres. Pero con el paso de los años todo se iba volviendo más complicado. Y complicadísimo después del 11-S de 2001. Empezaron a pedirte el número de documento en el momento mismo en que te ofrecían un trabajo.

De modo que se fueron reduciendo las adrenalínicas operaciones de acceder a lugares de trabajo en sedes gubernativas, parlamentos, municipios, diputaciones, tribunales o televisiones. Era una lástima porque se ganaba más y, en el fondo, tenía su punto el compartir los nervios, que no las causas, con colegas nerviosos por la dificultad del

trabajo. Cada vez era un reto, me sentía osado entrando en instalaciones de alta seguridad, hasta en la escuela de policía. Puede parecer extraño que nunca acabara esposado y de cabeza al trullo, pero es de sicología elemental: ¿a quién se le puede ocurrir que el intérprete, una profesión tan difícil, uno que va con traje y corbata y una cartera con ordenador y diccionarios, y que está molesto porque se ha dejado su carnet y ahora le están esperando, sea en realidad un individuo buscado por la Interpol, fugado de una prisión? ¿Qué puede hacer el guardia de turno? ¿Negarle el acceso y arriesgarse a recibir una bronca si algún ponente se queda sin traducción? Así que lo normal es que todo acabe con un "de acuerdo, pase usted, pero la próxima vez tráigalo, ¡eh!".

•••

Decía mi padre que me salvaba el ángel de la guarda, es decir, el espíritu de mi madre, y puede que tuviera razón.

Reunión del MRG (Movimiento de Resistencia Global). Estamos en plena lucha antiglobalización. Es un movimiento pacífico, inocuo, pero a lo largo del día, mientras nosotros hablamos, discutimos y bromeamos, una pareja de paisano se queda plantada a unos cincuenta metros del edificio donde trascurre la asamblea, en la universidad de Lérida. Al anochecer, un compañero y yo vamos a tomar el tren. El resto sube a los coches, una treintena de personas. En el bar de la estación dos policías de uniforme vienen directos hacia nosotros. Los papeles. El compañero se pone nervioso porque tiene unas hojitas de maría en el bolsillo y antecedentes por insumisión. "¡Si supieras!" pienso mientras desgrano mi habitual "lo siento mucho, pero me he dejado los documentos en casa". El "mosso" duda, al

parecer no tienen órdenes de detener a nadie, no queda bien detener a gente que ha participado en reuniones anunciadas públicamente, sólo identificarlos e intimidarlos. Consultan a la central repitiendo el nombre que les he dado y el del compañero. Llega el tren, me dicen que todavía no puedo marchar. El otro chico sube. El revisor se impacienta. Los mossos titubean. Subo decidido y no me retienen. Nos sentamos aliviados y llamamos a los otros. La chica que contesta, bajito, nos dice que están retenidos por policías con pasamontañas en un control antiterrorista y que lo están registrando todo, hojeando documentos y agendas. Y a los abogados, por protestar, les han dicho que en un control antiterrorista el único derecho es el de mantener la boca cerrada. Cuelga.

La sensación de peligro es como una niebla. Todo parece lento. Los años y el instinto te enseñan a disfrazar la resignación y el fatalismo de serenidad tranquila. La inmovilidad en la naturaleza es una defensa eficaz. Si no huyes, si no tiemblas, puede que seas peligroso. O no comestible.

Los sentidos se adaptan a una vida salpicada de miedos. Miedo a una llamada a la puerta a media noche. A una calle desierta. A una inspección laboral. A un control rutinario. A un teléfono pinchado. A un accidente de tráfico. Al borracho que te cruzas por la calle, al recepcionista, portero, vigilante, vecino, compañero de trabajo.

O al policía que, histérico, me apuntó a la cabeza una noche. – ¡Está amartillada!, repetía. Y yo intentaba tranquilizarlo diciendo que se equivocaba, que no había hecho nada, que no llevaba nada encima, mientras que su colega echaba a correr calle abajo gritando y con la pistola en la mano: – ¡los otros están ahí abajo! ¡Quietos, policía! Y con la cara aplastada sobre el techo de un coche pensaba que realmente era mala suerte caer en una batida antidroga y

casi deseaba que a aquel idiota se le disparara la puñetera pistola y acabáramos de una vez.

Pero el idiota me dijo que caminara y me empujó dentro del portal donde seis o siete profesores y alumnos de la escuela donde trabajaba y con quien acababa de cenar permanecían con las manos contra la pared y las piernas separadas. Se volvieron todos diciéndome: "pero tío, ¿qué has hecho?" Después de unos minutos de diálogo de besugos entre policías nerviosos y unos sospechosos cada vez más indignados y menos asustados, que amenazaban con querellas y cartas a los periódicos, los dos agentes se fueron. Sin darse cuenta de que, en el suelo, había menos documentos de identidad que personas alineadas contra la pared. Entre exclamaciones y reproches a los cuales me hubiera gustado añadir la clásica frase: – ¡Y no sabe usted con quién está tratando!

Cambiamos de casa. El nuevo piso era muy grande y bonito. Al menos nos lo parecía, habituados a estrecheces como estábamos. El alquiler era razonable y el contrato indefinido, un lujo que pronto se convertiría en objeto de universal envidia, porque el gobierno socialista ya estaba inaugurando la loca carrera al ladrillo y la especulación. No nos acababa de molar el nuevo barrio: oficinas, bares de copas (de aquellos que mi primo llamaba nights y que aquí se llamaban puticlubs) y más oficinas, y más bares, y más restaurantes. Pero era muy céntrico. Había poco comercio útil, pocos cines, ninguna zona verde o centro social, pero tampoco demasiada policía. Había, en cambio, un tráfico brutal e incesantes obras en la calle: alcantarillado, gas, telefonía, electricidad, fibra óptica, AVE, vestíbulos de metro...

Tenía sus personajes curiosos, el barrio. Como un vecino, media cara afeitada y la otra media con barba, que se

colocaba en el cruce Balmes con Provenza, agitando una bandera de cuadros blancos y negros para dar salida a los coches y motos que esperaban en el semáforo. O que en el metro intentaba dirigir a los pasajeros hacia imaginarias salidas para hombres y para mujeres.

Hacía poco que nos habíamos trasladado y una mañana me levanté temprano para ir al mercado. Me gustan los mercados, con sus puestos de pescado en el centro, rodeados por círculos de carnicerías, de salazones, de legumbres donde vendían –¡horror!– incluso pasta ya cocida. De huevos, pollos, menudillos, olivas, verdura. Y fuera, bordeando el perímetro, los puestos de ropa, hierbas, cazuelas.

La calle aún estaba desierta. Había dos policías en la acera, pero no me miraban. Desplegaban una cinta de aquellas en que pone: "no pasar, policía". La tensaron haciendo un rectángulo con unas vallas. En medio había un cuerpo y, bajo la cabeza calva, se ensanchaba una mancha de sangre densa y rojiza. Dos pisos por encima, de la baranda de un balcón, colgaba un bastón con el mango curvado, un bastón de abuelo. Uno de los policías encendió un cigarrillo, el otro dijo algo por radio. No me detuve, solo una ojeada a la zapatilla al lado del cadáver, a la bata marrón.

Poco después, esta vez una noche de verano impregnada de aromas y de vida, me encontré en la esquina de casa con una ambulancia y dos enfermeros con los guantes puestos, aquellos guantes de látex para tocar sangre o mierda o un enfermo. Sobre la acera, delante de un edificio recién restaurado, había una mujer con minifalda. Boca abajo, como si se hubiese tumbado para dormir. Parecía guapa. No muy joven, pero guapa. Y ella también tenía aquella gran flor roja que se le abría bajo la cara.

Nunca supe quiénes eran, ni sus historias. Pero me hablaron. Mis pesadillas de cada noche estaban llenas de

celdas y puertas cerradas, de evasiones y persecuciones, de perros y balas que me seguían y a veces me atrapaban. Aquel anciano y aquella mujer me dijeron que no me angustiara, porque si no quería volver atrás nada ni nadie podrían obligarme. Que siempre hay un camino de salida. Siempre hay una posibilidad de evasión.

•••

El Ensanche acoge gran parte del patrimonio modernista de la ciudad. Dice la pequeña historia que Gaudí había encargado para el portal de la Pedrera una inmensa placa de cristal de Bohemia que valía un ojo de la cara. Cuando la pieza llegó, perfectamente embalada y protegida, y los obreros pidieron instrucciones, la respuesta fue que la dejaran caer al suelo. Lo hicieron, pensando seguramente que el hombre estaba como un cencerro. La plancha se hizo añicos y los trozos, pacientemente recogidos, sirvieron para dar forma a un portal de dibujo fantástico, primera atracción del onírico edificio que fascina hoy a las tropas de turistas japoneses. Como todas las obras de Gaudí, se inspiró en la observación meticulosa de la naturaleza, o en las drogas. Alquimista, drogadicto, genio.

La ciudad lo exhibe hoy con orgullo, a pesar de que los que ahora lo utilizan como reclamo turístico son los mismos que hace treinta años miraban hacia otro lado, cuando un insaciable especulador inmobiliario semianalfabeto y futuro presidente del Barcelona compraba edificios emblemáticos del modernismo para hacer pisos de lujo u oficinas. Y fue la gente del barrio, como Elisenda, tranquila hija de tenderos, la que salió a defender el patrimonio de la ciudad, ocupando por la noche edificios condenados al derribo. Salvaron así "in extremis" el Chalet, precioso

palacete en la Gran Vía, que más tarde albergaría un centro cívico.

En este pulso entre ciudadanía y responsables municipales –socialistas después de la muerte del dictador–, apoyados por tiburones de las finanzas y viceversa, no estaba en juego sólo el destino de espacios físicos, sino también el ejercicio de derechos o la gestión de los bienes colectivos. Como el agua o el espacio radioeléctrico.

En la plaza Real la policía se ha instalado desde hace años. Los yonquis han dejado paso a "pies negros" italianos o vagabundos alemanes. Los gitanos han desaparecido y los bolsos de los turistas los manejan especialistas argelinos o chavales de nacionalidades diversas, española incluida.

En el último piso, en una esquina de la plaza, había una radio.

El nuestro era un "grupo de afinidad", nos reivindicábamos así. Teníamos en común el respeto mutuo y las ganas de experimentar. Una treintena de personas de edades, nacionalidades y trayectorias políticas diversas fuimos capaces de ponernos de acuerdo y montar una emisora de alcance metropolitano, empresa por la que nadie daba un duro entre los movimientos sociales.

Hicimos las primeras reuniones en bares, y el dinero lo encontramos organizando mercadillos de segunda mano, cenas-extorsión con amigos, familiares y conocidos, rifas con un bautizo del aire en avioneta como premio –uno del grupo era piloto– o tirando de nuestros bolsillos, hasta poder comprar los equipos y alquilar un local en el corazón del casco antiguo.

El repetidor lo montamos en la cumbre del Carmelo, en el lugar donde habían estado las baterías antiaéreas de la República. Una buena colocación, técnicamente hablando, además de la única posible, ya que en Montjuïc

estaban los militares y el Tibidabo estaba copado por la torre de telecomunicaciones. Allá arriba, en lo alto del Carmelo, dominando toda la ciudad desde un barrio de casas de autoconstrucción, había una gitana de unos 50 años, con pendientes y dientes de oro, y un moño bien negro en la nuca, que alquilaba sus gallineros para que radioaficionados, taxistas y servicios varios, que no podían pagarse un repetidor oficial, instalaran sus equipos. De legalidades y licencias la señora pasaba y la única preocupación era no olvidarse de subir a pagar el alquiler una vez al mes. Iban incluidos la electricidad, pinchada, y la tranquilidad de contar con el mejor seguro contra robos: un clan gitano.

"¿Una radio libre metropolitana en Barcelona, con las leyes que hay? ¡Estáis locos! ¡Si eso fuera posible ya lo habría hecho alguien!".

Para demostrar que posible era, un domingo lanzamos al aire un programa grabado. Y a kilómetros de distancia se pudo oír la cuña de presentación de la nueva emisora libre. Cava, brindis, alegría. La euforia duró poco porque los aparatos, comprados de segunda mano a un colectivo italiano, sólo aguantaron unas horas. Y al día siguiente me llamaron desde un despacho de la dirección de telecomunicaciones para informarme de las consecuencias de emisiones ilegales. Nunca supe cómo me habían localizado. Tal vez los gitanos no se sientan tan vinculados por la ley del silencio cuando se trata de asuntos de "payos".

Las amenazas de multas y embargos no me impresionaban demasiado. En cambio me inquietaba, y bastante, el hecho de estar en el punto de mira de una autoridad, porque las autoridades suelen charlar entre ellas y podían acabar informando a aquella que más interés podía tener en mi currículum. Por suerte, incluso en estos ámbitos, los catalanes son refractarios a meter las narices en asuntos

ajenos y, además, entonces no tenían demasiadas competencias en materia de orden público e inmigración. En todo caso, habían tomado nota de nuestra existencia y nos convocaban a una reunión. El director general era un hombre bastante joven, liberal, del partido catalanista mayoritario, escuchó y preguntó. Y nosotros le ayudamos a descubrir que radios libres había prácticamente en todos los países democráticos del mundo. Y "¿por qué demonios España, con Cataluña dentro a su pesar, tenía que ser siempre tan diferente?".

De modo que se abrió una curiosa mesa de negociaciones entre Generalitat y una mezcla de punkis, neohyppies, rojos de diversa intensidad, anarquistas y un fugitivo extranjero. Aunque esto último no era tan visible como las crestas y las cadenas de los demás negociadores.

Al final, Barcelona consiguió su radio libre de alcance metropolitano, más dos frecuencias para radios de barrio. Un potencial de audiencia prácticamente único en Europa..., que sólo se aprovechó a fondo durante la huelga general del 94, cuando la radio fue canal y herramienta, y se demostró que otra comunicación era posible al convertirla en una gran ágora, donde se encontraron miles de personas para informar, opinar, convocar, corregir, proponer, pedir y ofrecer.

Pero, después de cinco años de esfuerzos y trabajo, un día la señal quedó borrada de repente por una nueva radio. Creada, mira por donde, por el gobierno socialista de la ciudad. Nos opusimos como pudimos, hasta convocando manifestaciones. En la primera no llegamos ni al centenar y la transformamos en un pasacalle. Que de poco no acabó como el rosario de la aurora, porque mientras paseábamos nuestra pancarta arriba y abajo por la Rambla, desapareció Sergi, un chaval que acababa de llegar a la radio. Alguien

dijo que lo habían detenido dos secretas de la Urbana mientras hacía una pintada en el monumento a Colón. La manifestación viró hacia la comisaría de la Rambla. Al llegar sólo quedábamos unos 50. Pero con la pancarta. Y comenzamos a negociar con el policía que parecía más relajado, mientras los otros nos dirigían miradas turbias; pero al final sacamos a nuestro compañero y nos lo llevamos a tomar unas tapas por el barrio.

Para abreviar, nuestra experiencia de comunicación horizontal y participativa fue a la deriva. Reducida a radio privada, altavoz de egos políticos o artísticos castigados por la realidad, de gente convencida de tener cosas importantes que decir a un mundo deseoso de escucharlas.

En un último gesto de honestidad política, el grupo fundador propuso clausurar la radio y, ante la negativa del resto, hizo pública su retirada. Gracias a este gesto me convertí en diana de mensajes anónimos y rumores en la red: "vete a saber en qué líos estaba metido ese tío en los años setenta en Italia, que ahora viene aquí a manipular y mandar". Rumores que por suerte no despertaron la curiosidad de la policía.

•••

En aquella época viajaba bastante por todo el Estado. Habíamos creado una coordinadora de radios libres que incluía a las vascas, las más serias y que hasta entonces de coordinaciones estatales no habían querido saber nada, y a las de Madrid, divididas y enfrentadas a muerte en dos o tres facciones.

Una de las reuniones la hicimos en Santiago de Compostela, meta del famoso camino, donde había una emisora que todavía no había cerrado porque estaba en locales de la

universidad. Lo tenían mal, los pobres, con un presidente de la Xunta como Fraga, ex ministro fascista responsable, entre otras, de la masacre de Vitoria, con siete obreros asesinados a tiros por la policía dentro de una iglesia, y nada arrepentido. La radio en cuestión era gestionada por una asamblea de autónomos, feministas, anarquistas, antimilitaristas, etc., que para combatir una mala racha de averías en equipos y antenas aprobaron en asamblea la contratación de una "meiga".

El viaje en tren desde Barcelona, que duraba casi un día y una noche, lo hice junto con dos compañeros de una radio de barrio. Uno de ellos era gallego, moreno y de pocas palabras, pero que no se perdía una reunión, una manifestación, una concentración y tenía siempre a punto un porro. Yo estaba inquieto por el revisor, porque de nuestro compartimento salían unos efluvios de cannabis como para tumbar un caballo, y se lo dije. Pero él como si nada: siguió "rulando petas" a ritmo de cigarrera de Manila diciendo que no me preocupara. Y efectivamente, un par de años más tarde se descubrió que era un agente de la policía nacional que se estaba haciendo un currículum de militancia en los movimientos de Barcelona, para poder infiltrarse posteriormente en organizaciones del País Vasco.

Al País Vasco también iba. A Gasteiz, sobre todo.

Allá el movimiento de radios libres era autónomo respecto a los circuitos abertzales, pero aquel es un país pequeño, donde todo el mundo se conoce o es familia. Y casi todo el mundo ha tenido o tiene un pariente, un amigo, un conocido que ha pasado por comisarías o prisiones o que ha sido amenazado o torturado.

En las calles había tanquetas de la Guardia Civil, policía con chalecos antibala. Los compañeros te contaban historias de guerra sucia, las mentiras de la prensa oficial,

el cierre de diarios y de radios, persecuciones judiciales, acoso policial, provocaciones y humillaciones. En las herriko tabernas y en los bares y locales de asociaciones diversas, en las plazas y calles, estaban colgadas las fotos de los presos, de los muertos. Y no se percibía en ningún sitio el clima de enfrentamiento entre comunidades que los medios en España denunciaban. En las fiestas mayores todos pasaban por las barracas alternativas. La gente se saludaba, discutía.

Una radio de Gasteiz me censuró una crítica a ETA por el atentado al Hipercor de Barcelona. Sí, de acuerdo, habían avisado a la policía, pero en una guerra así no puedes arriesgarte a colocar un coche bomba en un lugar lleno de civiles y confiar que el enemigo lo evacue. Estas críticas hacen el juego al enemigo, me dijeron. Una de las frases que más me sublevan.

ETA nació contra el franquismo, contra 40 años de terror. Su primera víctima fue un policía torturador. Un experto en aplicar la picana o la bañera a presos atados e indefensos, en reventar tímpanos, en romper huesos y articulaciones. Que también había colaborado con la Gestapo. Un santo que algunas asociaciones de víctimas del terrorismo jamás han borrado de sus listados de mártires.

Se llamaba Melitón Manzano, el cerdo, y un gobierno del PP le concedió la medalla de oro. El PSOE por su lado había ascendido a general al coronel Galindo, un guardia civil, organizador de secuestros y torturas desde su fortaleza de Intxaurrondo, una especie de fuerte apache de cinco mil agentes y familias, enclavada en el corazón de Euskadi.

Arregi, ya en democracia, fue torturado hasta la muerte. Las fotos que vi en la prensa semiclandestina eran aterradoras. Zabalza acabó ahogado dentro de una bañera y lanzado a un río; otros caían desde un quinto piso o eran

ametrallados en plena noche. Bajo el gobierno de Felipe González, Lasa y Zabala, dos vascos de 20 años, culpables de haber quemado algún contenedor en movidas de kale borroca, fueron secuestrados, torturados, asesinados con un tiro en la nuca y enterrados en cal viva. Les habían arrancado las uñas.

Txiki, uno de los últimos fusilados, fue martirizado en Barcelona ante su abogado y su hermano. Los miembros del pelotón, voluntarios de la Guardia Civil, le dispararon de uno en uno, a intervalos, procurando no tocar órganos vitales para prolongar la agonía. Dicen que Txiki cantaba el "Eusko Gudari Irrintzia", el himno al soldado vasco. Su hermano que, gritando, intentaba intervenir, fue detenido.

Muchos miembros de ETA han muerto en la cárcel, lejos de sus casas, sus familias. La llaman política de dispersión, una pena añadida a la condena.

•••

"Lucha sí, fiesta también" reza una pintada, una de las pocas que desafían las modernas prohibiciones municipales, nuevas tablas de la ley: "no escupirás, no mearás, no acamparás en los parterres, no te manifestarás en vano...".

A pesar de su fama de trabajadores, a los catalanes les gusta mucho la fiesta, toda clase de fiestas, y tienen un montón. *In primis*, el 11 de septiembre. Curiosa efeméride ésta, celebración de una derrota. Por las mañanas iba a ver la gente concentrada en los alrededores del monumento a Rafael Casanovas, esperando a los representantes de los partidos de derecha o a los socialistas y algún personaje no grato para soltar pitadas, insultos y en los años más críticos también tomates. Más tarde al "Fossar", donde se daba cita el independentismo radical. Gente de todas las

edades desfilaba entre puestos de libros, camisetas, pins, pegatinas, revistas. Partidos, asociaciones, colectivos exhibían "senyeres", banderolas, pancartas. Desde el escenario, instalado detrás de la catedral de Santa María del Mar, hablaban enfervorecidos representantes de naciones oprimidas: vascos, castellanos, saharauis, palestinos. De vez en cuando, las diferencias de línea política se traducían en reyertas.

Y al anochecer, canturreando "els segadors", que Orwell definió himno hierático y solemne, no me perdía la "mani" de cierre en Canaletas, que se acababa tradicionalmente con la quema de banderas españolas, cargas de la policía y lluvia de piedras sobre los aparadores de todos los McDonald's y Burger King de la zona.

Por San Juan, las hogueras en las calles y plazas se alimentaban con un combustible que habría hecho ricos a centenares de anticuarios, porque la gente aprovechaba para renovar el mobiliario y lanzaba a la pira los trastos de los abuelos. Hasta que las autoridades decidieron que las hogueras eran peligrosas y estropeaban el asfalto, y las convirtieron en una actividad ilegal e ilícita, fuera de cuatro espacios debidamente controlados y autorizados. En cambio, los petardos, que son productos que hay que comprar, son lícitos y legales y se queman por toneladas antes, durante y después de la noche del solsticio.

Cuando llegué, ya escaseaban las fiestas en los terrados (una rareza arquitectónica para mí, unos edificios sin desvanes ni tejados) donde la gente bebía cava, bailaba al son de las músicas más chabacanas del momento y comía coca. Cada fiesta o "diada" tenía su dulce tradicional. Tradición ampliamente alentada por los gremios de panaderos y pasteleros que, a cada fiesta, aportaban su componente dulce. Como la crema catalana, que los restauradores franceses se han apropiado rebautizándola "crème brulée".

Y las fiestas mayores. Algunas de veras impactantes. La Patum de Berga. Mezcla de ritos antiguos, misturas alcohólicas, exhibición de máscaras animales, baile, músicas extrañas, humo y fuego, mucho fuego.

Una fiesta o tradición que, en cambio, no tenía demasiada aceptación entre mis conocidos era "la fiesta nacional".

La Monumental era destino de manifestaciones encabezadas por señores alterados que pretendían explicar a los turistas que "*si la corrida es arte, el canibalismo es gastronomía*". No lo conseguían nunca, porque siempre se topaban con el cordón policial que les convencía de que se largaran antes de que acabara el espectáculo: "ustedes son buena gente, pero los que están ahí dentro son unos animales". Y no aludían ni a toros ni a turistas, sino a los centenares de aficionados a la fiesta, catalanes, que los hay, españoles de pura cepa y fascistas nostálgicos, en buena compañía de los cuatro esnobs que defienden la tauromaquia en diarios y tertulias.

Un amigo que había visto decenas de corridas, porque su padre era un aficionado, describía así la función: — Hacen entrar al toro ¿vale?, que cuando hay suerte no está ni drogado ni "afeitado", es decir, con los cuernos desmochados, pero que suele estar desorientado porque ya de por si no ve bien; y enseguida le plantan un par de banderillas en el lomo. Después entra el picador a caballo y le clava la pica dos o tres veces, para que pierda unos litros de sangre. Cuando las fuerzas le empiezan a fallar, venga más banderillas, para que el dolor le haga sacar las últimas energías para correr arriba y abajo provocado por un enemigo que no ve. Así hasta el "momento de la verdad", o sea el momento en que, agotado, ya es incapaz de mantener la cabeza erguida. Y entonces lo matan, o intentan hacerlo. Si va todo bien, el matador acierta a la primera y la muerte

es cosa de segundos. Si no, toca el descabello, es decir, rematar al animal con el estoque o el puñal o, peor todavía, el degüello. En estos casos suelen ocultar la carnicería a la vista del respetable haciendo un corro con muletas y capotes.

Tengo una cicatriz entre nariz y labio. Es el recuerdo de otra fiesta, más acorde a los estándares juveniles europeos: música electrónica, chill out, discoteca donde la gente se empastilla y baila toda la noche. Me había llevado Sònic, trabajador social experto en drogas sintéticas, que con escrúpulo profesional probaba consigo mismo y con sus amigos. Antes de pasarme dos éxtasis y una botella de agua, me había explicado que un uso excesivo de la substancia agota las reservas de serotonina, la hormona de la felicidad. Y que entonces lo que queda es la "marcha negra", un estado de agitación sin sensación de bienestar y, finalmente, sicosis y locura.

Satisfecho por la información me las tragué y, de repente, todos se volvieron guapos, todos me querían, las chicas eran una pasada, la música un martilleo de taller mecánico que sonaba a ritmo de corazón; los urinarios escenarios encantados.

Me fui a las seis de la mañana en medio de una frenética y colectiva operación de apareamiento: como si hasta el momento hubiéramos estado demasiado ocupados y tocara espabilar y aprovechar los últimos minutos. Subí a mi bici y paseé por las calles desiertas del centro observando las plazoletas y los edificios silenciosos, hasta llegar al Portal del Ángel, donde un pobre borracho increpaba, tambaleándose, a tres o cuatro chavales que le habían mangado la cartera.

Seguí mirando sonriente alrededor mío, hasta que a mitad de Vía Layetana sentí un porrazo descomunal en la

frente... y acto seguido se me apareció la cara de una chica que, contra un fondo azul cielo, me pedía el teléfono.

Era guapa y pensé "vaya si es lanzada la tía".

Pero no, era médico.

Se me había roto la bici y había ido de cabeza al suelo. Tenía la cara como un mapa y no me podía mover, así que me quedé quieto y tendido en el suelo mientras la doctora, que pasaba por casualidad, llamaba a una ambulancia. El policía de guardia en la puerta de la comisaría central se había acercado y me registraba la mochila. Y encontró unas pegatinas que decían "boicot al turismo en Turquía" -material para una campaña de solidaridad con Oçalan, dirigente del PKK condenado a la horca –y me pidió los papeles, provocando la reacción de los municipales que acababan de llegar: — Pero ¿no ves que tiene una conmoción cerebral? Deja, deja".

En la clínica me atendieron sin demasiadas preguntas. Y mientras me ingresaban me vino a la cabeza, no sé por qué, Oriol, un obispo misionero en África, que había colgado los hábitos. Vivía en una pobreza alegre y feliz, con sus alpargatas y jerséis y camisetas remendados, siempre camino de una reunión o de una comida comunitaria con los amigos (el peculiar colectivo de Can Bardina), alrededor de la figura de un sorprendente anciano, Agustí Chaloux. En su lecho de muerte, Oriol había cedido su cuerpo a la ciencia diciendo que su sueño había sido siempre entrar en la facultad de medicina.

•••

Me gustaba entrar en las iglesias y sentarme, aunque las de aquí no pudieran compararse con las de Roma, donde me pasaba horas enteras leyendo, escribiendo, soñando,

dejando los peligros y los miedos en la puerta. Aquí también tenían su gracia. En el claustro de la Catedral, por Navidad ponían un pesebre con un montón de animales de verdad, y durante todo el año albergaba una cuadrilla de ocas chillonas.

Santa María del Mar era mi preferida, con esas columnas que suben vertiginosas. De allí nos echaron una tarde, a mí y a mi padre, que se había arrodillado con devoción para rezar. Tenían que celebrar una boda y los celadores hacían salir a los turistas. Al ver que mi padre no les entendía, le hicieron el gesto universal de "pírate". Sarcástico, le dije que podía estar echando a la calle al único creyente, pero el tipo se encogió de hombros.

Hay otra iglesia gótica, la del Pi, donde se encerraron los migrantes, gente de todo el mundo, decenas, puede que centenares. Con el apoyo de muchas organizaciones de base cristianas y no cristianas, hubo huelgas de hambre y asambleas y ruedas de prensa. Y uno se cosió la boca y su foto salió en todos los periódicos. Aunque el mismo tío, en uno de los locales de las asociaciones de apoyo violó a una chica nigeriana, también refugiada. Me lo explicaron traumatizados unos chicos que en la cara llevaban escrito "soy muy buena persona, y no sé qué coño hacer en una situación como esta", y yo les sugerí que le rompieran las piernas. Me contestaron que ya lo habían pensado, pero que el hombre llevaba pistola, y entonces les aconsejé que primero lo desarmaran, para luego romperle las piernas. No hicieron nada, pero respiraron aliviados cuando el violador se fue.

Son buena gente, los de los movimientos, pero el tema de la violencia no lo saben gestionar en absoluto, y no solo porque aquí, y en todos lados, ha triunfado la idea de que

la violencia hay que condenarla siempre si la practica el rebelde y, como mucho, criticarla si la ejerce el poderoso.

En la primera conferencia mediterránea alternativa, en el polideportivo de la "Mar Bella", junto a la playa, acudió un montón de gente de las dos riberas del Mediterráneo. Debates, conferencias, tenderetes, comidas; una semana de encuentro e intercambio. Pero una mañana, en la entrada del recinto se presentó un grupo de hombres y mujeres con banderas marroquís que gritaban e increpaban a una decena de saharauis arrinconados a un lado de la reja. Gritaban en árabe, agitaban los puños y había más de uno con pinta de policía. Un hombre, trajeado, grababa a los saharauis con una cámara. La organización dio la consigna de mantener la calma y no caer en las provocaciones. Poner la otra mejilla. En este caso la de los saharauis.

¿Y el deber sagrado de hospitalidad? ¿Y la solidaridad con los más débiles, los oprimidos, perseguidos? Nada: eran unos no violentos radicales, los organizadores. De los que les clavarían una buena zurra a los que rompen escaparates.

Cuando los marroquís se cansaron, se fueron tan tranquilos y los amenazados volvieron a su tenderete. Y vete a saber qué lo que pensarían de sus amigos y aliados europeos.

Pero esta actitud no es patrimonio exclusivo de los movimientos juveniles. Ateneo Barcelonés. Un portal de piedra pulida y una escalinata con pasamanos del mismo material, con un portero al final que te pregunta dónde vas. Dentro hay un café y un patio interior con jardín. Es el jardín romántico, donde iba en busca de un poco de tranquilidad, entre literatos jubilados y gente que jugaba al ajedrez. Me había hecho socio de la Asociación de Escritores en Lengua Catalana en la época en que aún estaba

Montserrat Roig y los escritores se movilizaban por cosas como la Guerra del Golfo. Pero poco a poco la Asociación fue delimitando su campo de intervención a la defensa de los derechos de autor, a las tasas sobre las fotocopias y otros gremialismos. Yo, defensor de la libertad de copia y de la libre circulación de los conocimientos, había seguido pagando la cuota solo para tener el carnet de escritor con mi foto pegada. Hasta que en Praga, detuvieron a decenas de jóvenes catalanes, entre ellos a mi hija. El presidente de Chequia era Havel, escritor de renombre y venerado por los nuestros, y me parecía lógico y natural que los escritores catalanes democráticos, defensores de la libertad de expresión, pidieran la liberación de los manifestantes al escritor checo democrático y amante de las libertades. La Junta de la Asociación, que acababa de condenar con un comunicado el incendio de una librería en el País Vasco, se negó porque, dijeron, la AELC no hacía política. Y así tuve que renunciar al preciado carnet y a las visitas al jardín romántico.

•••

Otra actividad que no cuesta nada y que, si se hace con prudencia y conocimiento del terreno, no presenta riesgos es pasear. Hacerlo sin una meta te puede llevar a lugares y situaciones imprevistas, por tanto siempre salía con un destino en la cabeza. Y un destino habitual en todos los lugares en que he vivido es la estación. Y en las ciudades de mar, el puerto.

La antigua terminal de la estación de Francia está muy cerca del Moll de la Fusta, donde antiguamente descargaban los troncos de América del Sur o de África, a menudo de los mismos barcos que a la ida habían transportado

esclavos. Sí, porque algunas de las mayores fortunas catalanas tuvieron su origen en el comercio de esclavos. Cuando aquellos audaces empresarios –los llamaban indianos– volvían a Cataluña cargados de dinero, mandaban edificar grandes palacios, torres, mausoleos, parques. Algunos se convertían en mecenas y otros se arrepentían, como aquel que se hizo enterrar en la entrada del cementerio de su pueblo, de manera que todos los que entraran lo pisaran.

Es muy bonita la estación de Francia desde que han limpiado y repintado su estructura de hierro. Pero, con su reducido tráfico de trenes, ya no ofrece la atmósfera de ajetreada humanidad en movimiento, la sensación de fundirte en las riadas de cuerpos e historias que se dispersaban por la ciudad y que retornaban de la ciudad con la regularidad de un respiro.

Puerto. Estación. Los lugares del viaje.

Delante, para los que se van, el mar, con sus mil destinos, o la estrecha línea de los raíles que se alarga en pensamientos, imágenes, olores y colores lejanos. Salidas y llegadas. Espera de personas y de afectos. Y también de sueños. O simplemente contemplación, meditación, recuerdos. Me encanta, aunque sea arriesgado, porque las estaciones y los puertos también son encrucijadas, puntos estratégicos del control militar, territorios permanentemente patrullados por policías de uniforme o de paisano, en busca de presas y al acecho.

Al lado de la estación de Francia está el antiguo mercado del Born, cerrado y decadente desde hacía años, futuro museo. Una gran estructura que culminaba en una cúpula de hierro, que también se salvó del cierre y la desidia en los años 70, entre otras cosas por la acción de la Asamblea de Trabajadores del Espectáculo, un grupo de jóvenes libertarios, independientes o autónomos, auto organizados al

margen de la más conformista Asamblea de Actores y Directores. Resucitaron más tarde un cine, que convirtieron en teatro, el Diana, bullicioso laboratorio de arte y política, y habían recuperado el Born para la ciudad montando para el 20 N una representación maratoniana y multitudinaria del don Juan Tenorio.

Junto al Born se extiende el parque de la Ciudadela, uno de los pocos de la ciudad, abarrotado de instalaciones e instituciones: museos, institutos, el zoo, pegado al Parlamento. Lugar donde había presenciado visitas de políticos italianos, a veces sobrados y arrogantes, recibidos con exquisita hospitalidad por el antiguo presidente de la Cámara, un viejecito simpático y culto que durante una sesión parlamentaria, tras anunciar que el debate sobre el despliegue de la policía autonómica seguiría a la discusión de la normativa sobre instalaciones ganaderas, comentó, fuera de micro pero olvidándose de cerrarlo, que en ambos casos de un asunto de animales se trataba.

El parque era, y es, escenario de conciertos, ferias y fiestas; del agua, del medio ambiente, de manifestaciones contra la guerra. Pero es fácil de cerrar… y de sitiar como ocurriría en mayo de 2011 con las protestas contra los primeros recortes.

Bordeando el zoo se llega al frente marítimo, que se extiende hasta la megalómana extensión del Fórum, con la plaza que, según los folletos del ayuntamiento, es la segunda más grande del mundo. Después de la de Tiananmen.

En el 2004, hicieron coincidir la clausura del Fórum ("*un encuentro que cambiaría el mundo*", en realidad un popurrí donde metieron de todo, desde las religiones a las lenguas, la artesanía y el maquillaje) con la final de las fiestas de la Mercè, con un castillo de fuegos especial.

Con la locura que aquí la gente tiene por el fuego, fueron decenas de miles las personas que se concentraron a lo largo de los cuatro kilómetros de playa. El clima era de espera impaciente, con el placer añadido de no tener que hacerse sitio a codazos entre una muchedumbre encerrada en una plaza. Grandes altavoces vomitaron sobre el público el manifiesto con las conclusiones del Fórum 2004. Una sarta de banalidades sobre participación, diversidad, derechos, etc. Las decenas de miles de personas aguantaron estoicamente todo el discurso y, al final... silencio. Ni un silbido, ni un aplauso.

Esta es mi Barcelona, la Cataluña que me gusta. La que se echa a la calle contra las guerras o contra la muerte de alguien que no tenía que morir, siempre reclamando diálogo y rechazando a los políticos demasiado de derechas y sus discursos de intolerancia y mano dura.

La sociedad que organiza referéndums por la abolición de la deuda externa. Que reivindica el "*derecho a decidir*". Que habla de dignidad. La que en las manifestaciones deja en la cola a los políticos y sus pancartas. La que se arremanga para echar una mano a palestinos, saharauis, inmigrantes. Que se abstiene en las elecciones, o que vota en masa para echar un gobierno como el de Aznar. Que ocupa plazas y jardines para oponerse a los desfiles militares. Que silba al rey y llena la ciudad de banderas catalanas durante las Olimpiadas, pero se ríe de la propuesta de enseñar "Els Segadors" en las escuelas. Que quiere la independencia, pero que no sabe qué hacer con un estado propio.

Los estados, en general, no le gustan, como no le gustan sus símbolos, sobre todo si estos símbolos son, como sucede a menudo, cuarteles, comisarías, fortalezas, prisiones.

Poco antes de la clausura del Fórum de las Culturas, colectivos críticos escenificaron una invasión por tierra, mar y aire, desafiando barreras y vigilancia policial, del recinto donde se celebraba el famoso encuentro de las culturas que tenía que cambiar el mundo y que, de paso, había cambiado aquella parte de la ciudad, alimentando generosamente cuentas bancarias de constructoras e inmobiliarias.

Algunos de los participantes, inmediatamente interceptados, intentaron una incursión cruzando a pie la escollera. Uno en parapente, consiguió aterrizar en medio de visitantes y tenderetes, al lado de la carpa donde exponían todo el "attrezzo" de una manifestación: pancartas, tambores, silbatos, cazuelas, banderas, espráis. Faltaban los molotov, las hondas, los cascos y las llaves inglesas. El resto de manifestantes se hicieron a la mar a bordo de neumáticos de camión, colchonetas hinchables, bidones vacíos de gasolina o garrafas de plástico, aludiendo a los inmigrantes que intentan llegar a las costas de Andalucía o de las Canarias.

Los "okupas" de una de las casas más glamurosas de la ciudad habían fabricado una balsa de verdad con maderas recuperadas y con todos los accesorios, incluidos vela y timón. Solo que el viento soplaba en la dirección equivocada y los empujó hacia el otro extremo de la playa, donde naufragaron miserablemente.

La Guardia Civil patrullaba con sus lanchas al lado de las de la Cruz Roja, y trabajo tuvieron, porque más de uno de los intrépidos piratas se mareó, y tuvo que ser rescatado y llevado a tierra.

Consiguieron llegar unos cuantos, pocos, porque en el mundo de los movimientos alternativos no abundan los deportistas.

Y eso que aquí, en general, a la gente le gusta el ejercicio.

Un compañero de trabajo, corredor de maratones, me habló del muro que se levanta ante ti después de unos 30 quilómetros de carrera. El auténtico reto, decía, consiste en superarlo. Eso del muro y del reto me animó, así que decidí probarlo y al cabo de unos meses de entrenamiento bastante irregular, subí al tren de las seis de la mañana con otros voluntariosos atletas, rumbo a Mataró.

Mataró–Fuentes de Montjuic. Tardé cuatro horas en recorrer los 42 kilómetros. No me encontré ningún muro, pero sí un calvario de coches, botellas de plástico, sol deslumbrante, asfalto, naves industriales, camisetas de todos los colores y gente de todas las edades que se arrastraba a mi lado. A la llegada, intentaba sonreír, como las bailarinas de danza clásica. Me senté para desatarme las zapatillas y cuando quise levantarme, las piernas no me respondían, eran dos palos de madera.

Regreso

¡Abbiam pagato caro, abbiam pagato tutto!

Hace frío y anochece. Mato el tiempo cortando, con una hoja de afeitar, ropa deportiva de marca –mi granito de arena en la lucha contra el consumismo– en un gran almacén del centro. A las ocho, bajo una llovizna insistente, me incorporo al grupo en un rincón de la plaza. Saludo a conocidos y amigos que aguantan la pancarta. Empezamos la marcha. Decenas de furgones de la policía están aparcados en los chaflanes de las calles por donde desfilaremos. Ha muerto Rugé un joven "okupa" asesinado por un nazi skin durante las fiestas de Gracia. La condena a los agresores ha sido, para variar, una burla. Abren la marcha los padres de la víctima y sus amigos. Hombres y mujeres de 50 años a cara descubierta. Me pongo a su lado. Los jóvenes vienen detrás, encapuchados.

Hace tiempo que no voy a una "mani" de "okupas"; en la última un grupo con disfraces de guerrero metropolitano me había acusado de secreta, suscitando supongo el interés de los numerosos secretas reales que participaban en la marcha. Me tuve que aguantar, sin plantar cara a los idiotas con pasamontañas que me increpaban. "Mata nazis" pintaban en las paredes.

Recordé las consignas coreadas hace tantos años: "con il sangue delle camicie nere più rosse faremo le nostre bandiere". Pero, luego los que habían tomado las armas serían acusados de provocadores, infiltrados, enemigos que había que derrotar a cualquier precio. Y muchos acabaron en la cárcel y muchos otros cayeron asesinados. Y no es justo, pensaba, si quieres matar, mata, no delegues, no incites, que es cosa de cobardes.

Pero esta vez es diferente. Estoy aquí por amistad y porque es una mierda que una manada de fachas puedan moverse por esta ciudad asesinando a "rojos" y que, en la calle, solo proteste este grupo de gente de mediana edad con sus hijos, a los que intentan proteger del acoso policial.

Aunque sepa que sería realmente una putada, la enésima, "caer" justamente hoy, cuando puede que falten pocos días para llegar a la meta.

Vibra el móvil, es mi hermana. Hacía casi un año que no llamaban y por un instante temo que haya ocurrido alguna desgracia. Pero su tono de voz es alegre y me dice "*Ciao, uomo libero*". Siento una sacudida, un ruido en la cabeza, como el de una sábana que se desgarra. Una sensación a medio camino entre la euforia de quien ha dejado atrás un campo de minas y la angustia del preso a quién han amnistiado cuando ya es un viejo, y que con sus cuatro cosas en una bolsa de plástico se queda plantado

delante de la cárcel, atónito, confuso, espantado por ese mundo que le desfila por delante demasiado rápido. Y que casi desearía volver atrás, entre los muros y los olores de su pequeño y doméstico infierno, para no enfrentarse al vértigo de lo que le queda de una vida "normal".

"*Va bene che non vado a mettere le bombe, va bene che non sputo sulle vostre tombe*"

Me viene a la cabeza esta pieza de Assalti Frontali, síntesis sublime que viene a decir: "Lo hemos pagado bien caro, lo hemos pagado todo. Por nosotros y por los demás. Por lo que hemos hecho, por lo que no hemos hecho y por lo que hemos dejado de hacer. Y hasta por lo que deberíamos haber hecho. ¡No nos toquéis más las pelotas!".

Seguro que habrá quien piense que me he salido con la mía.

¿Sabéis el chiste del cazador? Uno de esos bichos de ciudad que se disfrazan de Rambo el fin de semana y que pueblan, o mejor dicho, despueblan nuestros bosques en otoño. Con sus trajes de camuflaje, sus gafas Rayban, la escopeta automática último modelo, balas en la canana, puñal en la cintura, morral, botas militares... Muy cauteloso y con el fusil a punto, el Rambo dominguero avanza por los márgenes de un campo. De repente una liebre asoma las orejas. Él la ve y apunta. Ella lo ve y pega un brinco. El primer disparo diezma una familia de margaritas. El segundo taladra un matorral. El tercero descorteza una encina. El cuarto abate un espantapájaros. El quinto mata al perro. La liebre, dando saltitos, se adentra en la espesura boscosa. Y el cazador, rabioso, tira escopeta y gorra al suelo resoplando: "Cuando hacen eso, es que las mataría".

Se han acabado los 33 años de fuga. ¿Qué habrá después del purgatorio del exilio? Para empezar, días y semanas y

meses de indecisión porque nadie sabe bien cómo proceder en un caso así, porque hay pocos y todos diferentes.

Finalmente partimos rumbo a Italia, esta vez en coche, pasando por la carretera de la costa y el puerto de Banyuls. Hace años había venido en bicicleta para explorar la zona, y agradezco mucho el cambio de vehículo. Es como una excursión. Estamos en pleno verano y cruzamos el Midi y hacemos parada y fonda en un pueblo de la Camargue. Al día siguiente, un café con leche enorme y un croissant caliente de mantequilla. Todo me es familiar y acogedor: la lengua, los paisajes, la estatua del *poilu*[12], la tricolor que ondea por todos lados.

Decidimos no pasar por Ventimiglia, nunca se sabe, mejor los Alpes. En realidad tengo miedo a mis emociones y al momento del reencuentro. El coche se encarama cada vez más arriba y me congelo con mi camiseta sin mangas, porque llueve e incluso caen copos de nieve. De repente empieza el descenso y cambian las señales, los carteles y las banderas. Paramos para tomar un bocado en una típica fonda de montaña piamontesa. Es tardísimo, pero nos atienden encantados. El dueño es siciliano y su especialidad es el pescado, nos comunica.

•••

La ciudad donde nací. La veo igual, tal vez más pequeña que en los recuerdos. Han pasado 31 años.

Mi padre está mal, está inválido. No puedo salvarle como él hizo conmigo.

Mi vuelta no ha suscitado ningún revuelo y en casa se alegran. A mí me es igual. Uno a uno, voy superan-

12 Soldado de reemplazo francés en la 1ª Guerra Mundial.

do los obstáculos burocráticos, aunque los funcionarios se quedan perplejos cuando les digo que no tengo ningún documento, certificado o papel que demuestre que soy quien digo que soy. Al final acuden a los formularios para nómadas. Dos testimonios y una foto. Con eso podré solicitar la "carta de identidad" y después los documentos que hagan falta.

Y de nuevo "legal", portador de un nombre que ya no siento mío y que soporto con irritación, me paseo entre edificios renacentistas pisando calles enlosadas. Subo hasta la fortaleza que preside la ciudad y la llanura de alrededor. Detrás está el cementerio. Me estremezco, bajo un sol que funde las piedras, mientras avanzo entre nombres, fotos y olor de flores mustias, hasta la capilla donde veníamos el día de Todos los Santos a visitar a los abuelos y al hermanito muerto con quince días. Ahora están también las fotografías de mi madre, de tía Renata, de tío Enzo. Y no lloro porque no soporto las escenas dramáticas. Repito, en cambio, los gestos que aprendí en la infancia de mis padres. Adulto me siento ahora, de pronto, mientras quito las flores secas, voy a buscar agua, enciendo una vela que he traído de Barcelona. Pero no encuentro ningún consuelo. Solo la sensación, que me encoge el corazón, de haber llegado tarde, demasiado tarde.

En silencio vuelvo a la ciudad de los vivos. Me llego hasta el centro. Paso delante del portal de un edificio imponente, sombrío, con su columnata, sus escudos de piedra. Una placa me recuerda que es la sede del Liceo Clásico, el IES más prestigioso. En el vestíbulo desierto hay un monumento con los nombres de los caídos en combate en la Primera Guerra Mundial para defender su patria. ¿Quién sabe cuántos de ellos cayeron bajo el "fuego amigo" de los carabineros, que desde la retaguardia disparaban contra

quien intentaba huir del infierno de las trincheras? Hay un nombre añadido al listado, un único nombre con letras de oro bajo la indicación "Guerra de España". La patria, agradecida, le otorga una medalla de oro.

Era un miembro de la Aviación Legionaria, cuerpo de expedición de centenares de aviones de reconocimiento, transporte, cazas y bombarderos, que descargaron toneladas y toneladas de bombas sobre los "rojos", es decir, los defensores de una república legítima y legal, y sobre la población civil de ciudades y pueblos de una Cataluña que resistía el ataque de una banda de militares sediciosos, de fascistas fanáticos.

Había visto a Lucia por última vez hacía 25 años. Vino a decirme que mi madre había muerto. La policía vigilaba estrechamente a mi padre y a mi hermana. En el entierro, había agentes de paisano para controlar que no me encontrara entre la multitud que seguía el ataúd. Se ofreció ella, la prima más pequeña. Íbamos de vacaciones juntos, a la playa, de camping. Jugábamos en la placita delante de su casa, siempre vigilando que la pelota no rodara hacia el Arno, que corría unos metros más abajo. Volví de comprar el pan una mañana, y la encontré allá sentada, esperando. Me abrazó sin decir nada. Le pregunté si había sufrido mucho. Me mintió diciéndome que no. Salimos a pasear por Barcelona. Era el mes de marzo, el cielo era gris, la ciudad triste. Se marchó la misma tarde, no podía ausentarse demasiado sin levantar sospechas. La acompañé a la estación y continué caminando durante horas.

Ahora vuelvo a verla, desfigurada por el tiempo, por los medicamentos, por la enfermedad. Bajo los efectos de la morfina. Contenta, sorprendida, feliz de verme y poder explicarme a través de la mascarilla cosas del hijo, del trabajo, sus proyectos. Me reprocha sonriente que no haya

avisado, que se habría puesto la peluca, maquillado un poco.

Le envío un SMS, me lo ha pedido. No sé si lo ha leído. Ha muerto durante la noche y su hermana me dice que no quería, que ha luchado y se ha resistido hasta el final como una leona.

Cedo a la tentación de ir a dar una vuelta por otros lugares de mi infancia y juventud, que querría poder definir felices. No han cambiado mucho. Las puertas de la estación ahora son de aluminio. Hay un aparcamiento allí donde estaban la plaza y el campo, donde una vez encontramos una tortuga enorme y jugábamos al fútbol o nos enfrentábamos a golpes de bolas de barro o de nieve, según la temporada. Y a veces alguien dentro de las bolas escondía piedras que provocaban sangradas y broncas de los padres del afectado.

Miro hacia las ventanas a las que se asomaba mi madre para seguir nuestros juegos. Subo mentalmente las escaleras, rozando con los dedos el pasamano de madera. Bajo el felpudo está la llave. El pasillo y al final la cocina, con la gran mesa de mármol donde estudiábamos al lado de mamá, que corregía los deberes de sus alumnos, recortaba flores de papel o escribía informes con la ayuda de nuestro padre, que los tecleaba a máquina, porque allí estaba la cocina económica y se estaba calentitos.

De vez en cuando ella se levantaba y con medio cigarrillo en los labios se acercaba a la estufa. Era como sus gatos: se acercaba tanto, que tenía todas las faldas chamuscadas. Al otro lado del pasillo estaba la habitación de los niños, es decir, la mía y de mis dos hermanos. Bajo la ventana, una escalerilla lleva a la terraza, tan cerca de la catenaria que en la oscuridad veíamos las chispas cuando pasaban los trenes. Después de los temporales, allí encontrábamos

fragmentos de los gruesos aisladores de porcelana que los rayos hacían estallar.

En la terraza, mi madre tenía sus plantas, que alimentaba con tierra de castaño, posos de café, agua y cariño. También tendíamos la ropa y, en invierno, las piezas quedaban rígidas como bacalaos, porque allí sí que hacía frío: una noche metió las macetas en nuestra habitación para resguardarlas de la helada, y a la mañana siguiente ni una había aguantado. Yo me vestía dentro de la cama, bajo la sábana y el edredón.

Ahora, en el aparcamiento hay más coches, y en las calles más tiendas, más bares, más gente. No me quito las gafas de sol y nadie reconoce al proscrito, al malo. Así lo decidieron y escribieron magistrados y prensa.

"Va, venga, déjalo –pienso– lo pasado, pasado está". — Vamos, os enseñaré mi instituto allá arriba, en el pueblo que fue ciudad etrusca y después romana y más tarde medieval. Y desde lo alto el panorama es realmente magnífico, con el valle que se extiende en una geometría de campos hasta el monte Amiata y el lago Trasimeno. Y les hablo de la gran batalla, de la estrategia de los cartagineses, de los romanos que cayeron en la trampa, de parajes que se llaman Sepoltaglia, Ossaia, Sanguineto. Para hacerse una idea de la carnicería que hubo. Y todo a mano, observo, no como hoy, que tecnología mediante, sólo apretando un botón borras del mapa a miles de seres humanos, animales y ciudades enteras.

Entramos en la calle mayor, rigurosamente peatonal; total, los coches modernos apenas pasarían. La pequeña, austera y altiva ciudad se ha convertido en un parque temático más. Como Venecia, Carcassone o el Vaticano.

Ahora son todo tiendas para turistas, hasta hay un hotel de lujo. Antes, que yo recuerde, solo estaba la pen-

sión del Menci, uno que se había chupado unos cuantos años de presidio. Una tarde explicaba al público habitual de jóvenes ociosos un traslado de presos a Florencia. Eran unos 20 o 30, encadenados unos con otros iban en fila, cada uno sujetando su bolsa. En la estación habían desfilado entre la multitud de viajeros, empujados como ganado. Entonces uno de los ociosos va y le pregunta burlón si todo aquello no lo había sacado de alguna película sobre Rusia. La broma no le salió demasiado bien porque el narrador, que además de macarra era también un comunista ortodoxo, le rompió una silla en la espalda y la cosa acabó en pelea multitudinaria con mesas volcadas y vidrios rotos.

Ahora es un no parar de autocares, coches de alquiler, coches con matrículas exóticas, manadas de turistas que hacen fotos, graban, miran y, sobre todo, compran. Entramos en un bar y recuerdo que la mujer que lo regentaba era la sex symbol del pueblo y alrededores, y con perversa curiosidad la busco al otro lado del mostrador. No hay suerte, en su lugar hay un par de chavales con acento americano.

Fuera, en la escalinata del ayuntamiento, están probando un equipo de sonido y ponen a todo trapo los mayores éxitos de hace treinta años, exactamente los mismos, que retumban entre los muros antiguos y hacen vibrar los rótulos de los comercios. No pregunto qué están celebrando. Antes, las únicas fiestas eran la de la Unità –el diario del PCI– y alguna celebración religiosa. Ahora, por lo que he podido ver, hay ferias por doquier, en toda época y de toda clase.

Nadie me reconoce y yo no reconozco a nadie. Los jóvenes ni habían nacido cuando yo me fui, los de mi edad, a saber qué caras tienen, y los más viejos ya habrán muerto

o estarán clavados en una silla delante de la tele, ocupados en no mearse encima.

Me duele la cabeza. ¿Las emociones? ¿Las pruebas de sonido? Tengo que pararlo antes de que explote y que el mundo desaparezca en un "big bang" de dolor, sonidos, luces, olores. Entro en una farmacia, una de toda la vida, generaciones de honestos comerciantes. El que despacha debe tener unos 40 años, unos diez cuando yo corría por aquí.

— Un "Aulin"– le digo.

— ¿Tiene receta?, – me responde con suspicacia.

— No sabía que hiciera falta una receta. No vengo mucho a Italia, ¿sabe? El caso es que querría algo para la migraña. Me encantaría añadir, cogiéndolo por la oreja, que no soy ningún yonqui y que él, en cambio, sí que es un camello, o si le gusta más, un traficante que ha intoxicado a centenares de clientes y vecinos vendiéndoles Aulines, Optalidones, Prozacs, barbitúricos, y a saber cuántas mierdas más.

Y traficante o camello también su padre, que vendía anfetaminas, qué coño, que ya se sabía que provocaban dependencia, pero ya les iba bien que las amas de casa las compraran para comer menos y los camioneros para conducir toda la noche. Y su abuelo, que además de camello era fabricante de láudano, es decir, tintura de opio que servía para que los niños estuvieran quietos –¡y ya lo creo que lo estaban– y para evitar que las señoritas se pusieran calientes.

Me conformo con decirle que las aspirinas que me ha lanzado encima del mostrador a mis migrañas le hacen cosquillas. Él se encoge de hombros. Si algo no ha cambiado aquí, a pesar de toda la pasta que ha llovido, le digo, es la antigua y renombrada grosería local.

•••

Actualmente, una placa en la puerta del Palacio de Justicia informa a los turistas que, en origen, el edificio había sido un teatro. Y eso explica muchas cosas.

Juez: ——¿Acusado, reconoce los hechos que...

Acusado: ——¿Qué hechos?

J: ——¿Cómo que "qué hechos"?

A: ——¡Oh! Lo siento, estaba distraído.

J: ——Letrado, procure hacer entender a su cliente que este no es el momento ni el lugar más adecuado para bromas... Procedamos: acusado, ¿quiere responder a las preguntas de...?

A: ——¡Depende!

J: ——Acusado, ¡le aconsejo que no agrave aún más su situación con esta actitud!

A: ——¡Ah!, perdone, yo pensaba que agravándola le haría un favor.

J: ¡Ya basta! Usted se negó a responder al primer interrogatorio de la policía. ¿Puede explicarnos por qué?

A: ——A ver, ¿usted le habría contestado a unos individuos que primero te secuestran, te muelen a palos y después te piden que colabores contestando preguntas idiotas, aliñadas con amenazas e insultos?

J: ——No se vaya por las ramas. Yo no estoy en el banquillo.

A: ——Lástima.

J: ——Modere sus palabras o le hago expulsar, estoy harto de su insolencia.

A: ——¡Vale, señor juez, no se enfade! Mire, yo también estoy harto de todo esto y me gustaría acabar de una vez. Si me permite, quisiera hacer una declaración.

J: ——Solo si tiene que ver con el asunto que nos ocupa

A: ——Tiene que ver, tiene que ver, y tanto, puesto que aquí nos ocupamos de mis asuntos. Quisiera que constara en acta de qué manera las fuerzas del orden se "han ocupado del asunto". ¿Ve estos moratones? ¿Este hematoma? Impresiona ¿verdad? Tendría que haberlos visto la semana pasada. Me los hicieron justo salir del Tribunal. Y cuando llegué a prisión, el médico me dijo que tenía que ir con más cuidado al bajar las escaleras.

J: ——Este no es el lugar ni el momento para esta clase de quejas, pero es usted libre de hacerlo más tarde, siguiendo los trámites reglamentarios. Le recuerdo, sin embargo, que tanto la simulación de un delito como las injurias y la difamación de agentes de la autoridad se castigan con severidad. Pasemos sin más dilación a la declaración de los testigos. ¿Sr. tal? Veamos, afirma usted que vio un hombre parecido al acusado que andaba por...

A: ——¿Y qué? Yo...

J: ——Acusado, ¡silencio!

A: ——...una vez vi una señora que hacía la calle, sí, ya me entiende, una peripatética o, si lo prefiere, una prostituta, que era idéntica, clavada, algo increíble, a la madre del señor fiscal, y no por eso deduzco que él sea un hijo de...

J: ——… ahora le acusamos de ultraje, desacato, amenazas, etc., etc. ¿Señor fiscal?

F: ——Nos adherimos a la decisión del tribunal, bla, bla, bla y solicitamos una condena de dos años de reclusión por los citados delitos, bla, bla bla, así como bla, bla, bla...

A: ——¡Venga, adelante! ¡Más años! ¿Qué tal si los que me sobren los purgáis vosotros?

Abogado: ——… Yo...

A: ——Usted calle y deje que la justicia siga su curso. Puede que hasta aprenda algo al final.

El juicio no se desarrolló exactamente así, claro, pero sí que fue una farsa. Dedos apuntándome, brazos abiertos en gestos dramáticos, magistrados con togas negras, carabineros de gala con sable, bigote y plumero rojiblanco en el sombrero. Presidía el decorado una pintura algo hortera de la diosa con su venda en los ojos y pinta de pescadera, tanta balanza en mano. Estaban los jueces y estaba el jurado, todos con una banda tricolor cruzándoles el pecho. Era una sala saturada de símbolos, con decorados cargados, cortinas recogidas con cordones dorados, madera oscura y reluciente. Encima del estrado se hallaba el tribunal y, unos escalones más abajo, el box con mi banquillo de acusado y dos carabineros sin sable ni plumero, las mesas de los abogados –defensa y acusación particular– y del fiscal. A continuación, como en la iglesia o el teatro, el público y la prensa se disputaban los bancos.

A pesar de ser protagonista de la función, no estaba contento. Cuando podía hablar ni me escuchaban y además las palabras me salían entrecortadas, tal vez porque las preguntas no estimulaban mi natural ingenio. Palabras penosamente inadecuadas a la situación y al lugar. Palabras de alguien que llega a la cita encadenado, rodeado de guardias. Tampoco los otros estaban a la altura de la situación y el lugar. Los jueces con sus comentarios socarrones. El fiscal que no daba absolutamente la talla en su papel de ángel vengador. Y no digamos los abogados, "tú tranquilo que todo va como una seda". Me cayeron 14 años. Por el asesinato de un joven de mi pueblo en una –se supone– discusión.

La representación duró varios días y yo, a pesar del miedo por el veredicto, tenía unas ganas locas de acabar. Había esperado aquel momento durante casi dos años, esperando poder aclarar, dialogar, discutir, convencer, denunciar. Y me encontraba atrapado en una pantomima, un juego de roles donde todo estaba previsto y escrito. Y ya estaba harto de sentirme como un animal en el parque, harto de aquella coreografía de mal gusto. Me volvían a humillar y esta vez en público. Me insultaban. Recubrían con el fango de su malsana curiosidad todo lo que significaba algo para mí. Se reían sin pudor de los esfuerzos de mis padres por no llorar.

La metástasis se había extendido y mi madre agonizaba en una cama del hospital. En uno de los últimos instantes de lucidez, rogó a mis hermanos que no la dejaran sola ni un momento porque había una enfermera que, en el duermevela, la interrogaba. Quería saber dónde estaba yo. ¿Cómo podía no saber una madre dónde estaba su hijo, aunque estuviera fugado? Era imposible que lo hubiera olvidado. Mi padre y mi hermana pensaron en una alucinación provocada por los medicamentos y la enfermedad.

En la galería de mis malos sueños, destacan siniestras las figuras del fiscal, que pedía cadena perpetua ante la mirada aterrada de mis padres; de los policías que apuntaban con pistolas y metralletas a una maestra y un ferroviario envejecidos por el sufrimiento; de los funcionarios que recortaban las horas de visita; de los vecinos que dejaron de saludarlos; de los abogados que les chuparon todos los ahorros; de los carabineros que fueron a su funeral con la esperanza de poder cazarme. ¿Cómo lo habrían hecho? ¿Persiguiéndome entre la gente, esposándome delante del ataúd o pegándome un tiro por la espalda?; Y la de los

cobardes, delatores, chismosos, morbosos. ¡Malditos seáis, y que os pudráis en el infierno!

Anochece.

Tomo un avión. Me voy de una Italia donde la corrupción ha llegado a niveles sudamericanos, donde se organizan batidas contra los gitanos, nuevo pueblo maldito. Donde, en Roma, una multitud acoge con saludos fascistas al nuevo alcalde. Donde un truhan de baja estofa es dueño de televisiones, de empresas y del gobierno. Donde las decisiones económicas las toman las multinacionales. Donde los alumnos de bachillerato creen que los atentados de Plaza Fontana, Bolonia y Brescia los cometieron las Brigadas Rojas. Donde ya no se habla de la P2 o de la red Gladio, y la "Estrategia de la Tensión" solo se recuerda en programas especializados en OVNIS y en los misterios de las pirámides. Donde se percibe cada vez con mayor nitidez, detrás de la retórica y la demagogia de una derecha cavernícola, amplificada por el eco de la televisión, el "muera la inteligencia" que Millán Astray le espetó a Unamuno.

Vuelo a casa, estoy de nuevo en Barcelona. No llevo equipaje. El autobús me deja delante del edificio severo de la Universidad Central. Tiene unos jardines bonitos que un colectivo de vecinos irritados (COVI) había logrado, en los años 90, que fueran abiertos al público.

Los claustros, donde los estudiantes durante la dictadura recibían a los grises a pedradas, durante el gobierno de Aznar fueron escenario de las ocupaciones de los emigrantes y cuartel general de las movilizaciones contra la reunión de jefes de estado y ministros de asuntos exteriores de la Unión Europea. Allí teníamos el centro de comunicación. Y hacíamos reuniones y asambleas, escribíamos carteles y manifiestos y preparábamos las protecciones para la resis-

tencia activa no violenta. Los conserjes contemplaban el tráfico de gente y materiales con mala cara, pero una tarde que un grupo de policías se acercó a la entrada, uno de ellos se levantó de su mesa, dijo "y una mierda que les dejo entrar", fue hasta la puerta y se la cerró en las narices.

Bajo al metro. En la estación han instalado la recreación de un refugio antiaéreo. Los construyeron a centenares para resistir los bombardeos de la Aviazione Legionaria durante la Guerra Civil. Los fascistas italianos atacaron a la población con método y frialdad. Hubo miles de víctimas, por las cuales los diferentes gobiernos de la Italia post fascista no han pedido ni siquiera perdón.

"(...) La verdad respecto a los bombardeos sobre Barcelona es que los ordenó Mussolini a Valle, en la cámara, pocos minutos antes de pronunciar el discurso por Austria. Franco no sabía nada y ayer pidió que se suspendieran por miedo a complicaciones con las potencias extranjeras. Mussolini piensa que estos bombardeos son excelentes (…). Cuando le he informado de la iniciativa de Perth, no ha mostrado preocupación, al contrario, se ha manifestado encantado de que los italianos puedan despertar horror por su agresividad en lugar de complacencia como mandolinistas. Ello, en su opinión, nos hace crecer en la consideración de los alemanes, partidarios de la guerra integral y despiadada".

Así escribía Ciano, ministro de exteriores y yerno de Mussolini, y solo por eso pienso que el Duce mereció acabar cabeza abajo en la plaza Loreto, cubierto por los escupitajos del pueblo que había querido convertir en duro y despiadado. Duro puede que no lo consiguiera, pero despiadado al parecer sí.

Deambulo por las calles del barrio chino, finalmente tranquilo. Yo, no, el barrio. Han "esponjado" la zona,

vieja aspiración de arquitectos y urbanistas ilustrados de la ciudad. Las putas andaluzas y gallegas han dejado paso a las africanas, rumanas, rusas, sudamericanas. Hay más luz, eso sí, y más policías y plazas y tiendas de paquistanís. Y turistas y hoteles y restaurantes y comercios para turistas.

Han desaparecido los gitanos y sus mujeres, vestidas de negro las mayores, con colores llamativos y faldas y escotes vertiginosos las más jóvenes. Las han sustituido magrebís y paquistanas con velos, chador y hasta algún burka.

Esponjar. Han cerrado las pensiones miserables, así las africanas hacen mamadas en las esquinas y en los portales, y los vecinos se quejan, y entonces llegan los municipales y las obligan a desplazarse a otro barrio donde los vecinos también se quejan, y vuelta a empezar.

Paso delante de un hotel de lujo. Han abierto una plaza que quieren dedicar a Vázquez Montalbán, quien odiaba esta reforma posmoderna y especulativa de un barrio impregnado de tantas historias de humanidad desgraciada y diversa. Pero a nuestros gobiernos les gusta aprovecharse de nombres ilustres que ya no pueden protestar; tanto, que han dedicado otra plaza a Orwell, al cual los lejanos antecesores políticos de los que mandan ahora intentaron eliminar cuando vino a luchar con las Brigadas Internacionales. Y una a Jean Genet, que bien pocos de ellos habrán leído.

Tengo recuerdos esparcidos por todos los rincones de esta ciudad. Desorientado, siento la necesidad de rituales que me ayuden a recomponer un yo desgarrado. ¿Por qué no un tatuaje? Querría uno bonito, un lobo, mi animal totémico. Pero los que veo en las tiendas con tatuadores decorados como árboles de navidad me parecen acabados de salir de una película de Walt Disney o de un "droga-party".

Hace 33 años un heroinómano me gravó en el hombro un símbolo, con tinta de pintar paredes y tres agujas recuperadas de mejor no saber dónde. Me quedaré con este.

Salgo a las Ramblas. "Ramblas di Bacellona, la prima crisi dura dentro in me" cantaba Guccini cuando yo era un adolescente. ¡Qué guay vivir tu crisis existencial en un lugar así! Vaya. Un deseo que se ha cumplido. Llenas a rebosar de enjambres de turistas, máquina fotográfica en ristre, que arrastran los pies entre dos filas de estatuas humanas, algunas hasta con la tarifa expuesta.

El verbo "ramblear" se aplicaba a una actividad muy barcelonesa; la de ir arriba y abajo, desde la fuente de Canaletas (la leyenda dice que si bebes su agua volverás a Barcelona), a la estatua de Colón con su dedo apuntando a las Américas, aunque en dirección equivocada. En este recorrido había de todo: los seguidores del Barça que cada lunes hacían corros para discutir de estrategias, fichajes, jugadas y sobre todo de árbitros y Real Madrid, los travestis maquillados y vestidos de novia o de sevillana, abuelos y familias enteras que salían a tomar el fresco, putas, los clientes de las putas, borrachos, corazones solitarios y pandillas de amigos. No había tantos turistas, y los que había contribuían a enriquecer la paleta de tipos humanos que poblaban la avenida.

Siguiendo la estela de una comitiva de "guiris", entro en el mercado de la Boquería. Si quieres multiculturalidad date una vuelta por ahí: especímenes de todo el primer mundo, con gafas de sol y bermudas, y representantes de casi todo el tercer mundo, cargando con bolsas, capazos, críos y carretones. La primera atracción, ahora que han cerrado la parada de insectos, sigue siendo la zona de las pescaderas, que han perdido el entusiasmo propio de su gremio y ya no te dicen "rey, guapo, ¿no vas a querer nada?"

Cruzo la Rambla y, por la calle Ferran, voy a Sant Jaume, espacio abierto a golpes de incendios de conventos y monasterios. Episodios que en distintos periodos históricos se producían con cierta frecuencia y que dicen mucho de la opinión que una parte del pueblo tenía sobre clero e iglesia. Hoy en la plaza están haciendo castells (torres humanas), metáfora del espíritu catalán, de su capacidad de auto organizarse disciplinadamente cuando se trata de conseguir un objetivo compartido. Sin protagonismos ni individualismos: el personaje destacado, el que culmina el *Castell*, siempre es una niña o un niño, "*l'enxaneta*".

Entro en el laberinto del antiguo gueto, buscando la plaza de Sant Felip Neri. Era un rincón romántico, recoleto, con su fuente de piedra en el centro y la fachada de la iglesia con los agujeros de la metralla italiana que en el año 1938 mató a decenas de civiles, sobre todo niños, en el interior de un refugio. Ahora un hotel de lujo con su terraza con estufas y sombrillas se ha cargado toda la atmósfera.

Voy a cerrar esta tarde de reencuentro con la ciudad. Ferrocarriles de la Generalitat, de plaza de Catalunya hasta Peu de Funicular. Subo a la carretera de las Aigües. Paseando observo la ciudad entera, iluminada por la puesta del sol, con la Sagrada Familia que se yergue en el centro, fórmula alquímica esculpida en piedra.

Ha cambiado, la ciudad. Al este se recorta contra el mar un nuevo skyline de rascacielos con, un poco apartada, la fálica torre Agbar.

El mar sigue en su sitio. Cuando llegué, lo ocultaba una larga cadena de tinglados. Hoy se vislumbra entre hoteles y centros de convenciones.

Mi ciudad contaminada, densa, ruidosa, llena de bares, museos, teatros. Llena de gente que viene de todo el mundo.

Bajo andando mientras cae la noche. Vivo en una zona que se ha llenado de locales, comercios, bares y hoteles para gays y lesbianas. Es el "gay ensanche" ahora, pero el tráfico de parejas y grupos homosexuales aquí ya hace tiempo que no es motivo de escándalo.

En casa pongo la televisión. En el telenoticias dicen que en los Pirineos han encontrado un lobo llegado de los Apeninos. Solo. Puede que expulsado de su manada. Puede que en fuga él también de una Italia donde, cada vez más, mandan las hienas. En busca de tierras más libres. De lobas de ojos de ámbar o de ganado poco vigilado. Un largo, agotador viaje, alimentándose de carroñas o de los desechos de algún vertedero.

Estas montañas le han gustado, aunque a sus aullidos no haya respondido nadie. O puede que ya no aúlle. Un lobo silencioso, errante como una sombre entre abetos, castaños, prados y hayedos. Se quedará aquí, en una calma encantada, poblada de viento, susurros de hojas y *manairons*[13] .

13 Los manairons eran una especie de geniecillos del bosque en el folclore de algunas zonas de montaña.

Contenido

Introducción 7
Prólogo de Matthew Tree.. 9

Gobierno Civil 15
Cárcel. 21
Otra evasión fácil 99
Fugitivo. 133
Una frontera más.. 177
Barcelona 195

Este libro se acabó de corregir, maquetar, imprimir, encuadernar y guillotinar en la Imprenta Autogestionada Descontrol durante la aplicación del artículo 155 en Catalunya, Barcelona, Desembre de 2017

ebook volant
impremta manent